

Fondo Antiquo

FONDO ANTIGUO

G. 161877

161933

TRATADO DE ORATORIA SAGRADA

2mo

- 1889 -

F. A.
10150

2/54229

TRATADO
DE
ORATORIA SAGRADA

SEGÚN EL ESPÍRITU DE LA DOCTRINA

DE

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO

POR EL PRESBITERO

Dr. D. Saturnino Lopez Novoa,

*Dignidad de Chantre de la Santa Iglesia Catedral
de Huesca.*

Fides ex auditu, auditus autem
per verbum Christi.
(EPIST. AD ROM. CAP. X.)

SEGUNDA EDICION

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica.



HUESCA:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO OSCENSE
Plaza de San Pedro, 5, bajos
1889.

R. 3.711

«Ne autem Dei sermo, qui vivus, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti ad animarum salutem est institutus, ministrorum vitio infructuosus evadat, ejusdem divini verbi præconibus inculcare, præcipere, numquam desinite, Venerabiles Fratres, ut gravissimum sui muneris officium animo reputantes, evangelicum ministerium non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, non in profano inanis et ambitiosæ eloquentiæ apparatu et lenocinio, sed in ostensione spiritus et virtutis religiosissime exerceant, ut recte tractantes verbum veritatis, et non semetipsos, sed Christum Crucifixum prædicantes, sanctissimæ nostræ religionis dogmata, præcepta juxta catholicæ Ecclesiæ et Patrum doctrinam gravi ac splendido orationis genere populis clare aperteque annuncient.»

(SS. D. N. Pii PP. IX. Epist. Encycl. Qui pluribus ad omnes Patriarchas, Primates, Archiepiscopos et Episcopos die 9 novembris 1846.)

DEDICATORIA.

Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA

EN EL MISTERIO AUGUSTO DE SU

Inmaculada Concepcion.

"En honor de la Santa é individua Trinidad, para esplendor y ornamento de la Virgen Madre de Dios, exaltacion de la fé católica y aumento de la Religion cristiana; con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados San Pedro y San Pablo y la nuestra, DECLARAMOS, FAL-LAMOS y DEFINIMOS: que ha sido revelada por Dios, y debe ser creida firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María, en el primer instante de su Concepcion, fué preservada inmune de toda mancha de culpa

original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en vista de los méritos de Cristo Salvador del linaje humano.”

(Declaracion dogmática de Pio IX, 8 de diciembre, 1854.)

¡Madre mia! Conozca el mundo tu poder para glorificarle. Siéntalo el abismo para su confusion, y experimenten con vivos escarmientos tus enemigos y los nuestros que eres nuestra protectora amable. Sea el misterio revelado de tu Concepcion sin mancha el fuerte escudo de nuestra defensa en los dias de la tribulacion y del peligro. Descienda el poderoso influjo de tu maternal ternura sobre todos tus devotos, en especial sobre los Sacerdotes encargados de la predicacion de la divina palabra, á fin de que esta fructifique en las almas redimidas con la sangre preciosa de vuestro santísimo Hijo, las santifique y las salve.

Saturnino Lopez Novoa

PRÓLOGO



Desde la venida de Jesucristo hay un pueblo cristiano. En este pueblo los humildes y los pobres se colocan al lado de los grandes y de los ricos, y todos juntos forman lo que el apóstol San Pedro llama la nación *santa*, el pueblo *rescatado*, el cual, por los méritos de la sangre preciosa de Jesucristo, lleva en sí algo de real y de sagrado: *gens sancta, populus acquisitionis, regale sacerdotium* (Epíst. 1.^a, cap. II, v. 9). Tal es, en la Iglesia católica, el pueblo al cual se dirige la palabra divina.

El pueblo cristiano es, por consiguiente, sin excepción, la muchedumbre, el conjunto de los fieles en una reunión santa, porque todos deben recibir en ella la misma enseñanza y la misma palabra, palabra que descende sobre ellos de la misma fuente y los eleva á la misma altura. En esta reunion no hay, valiéndonos de las familiares y luminosas expresiones de la Sagrada Escritura, más que un rebaño con su Pastor, una familia con su Padre, y almas redimidas todas al mismo precio, todas iguales ante Dios.

Hé aquí por qué la palabra de la predicacion debe ser pastoral, paternal, popular; palabra que á todos se dirija, por todos sea entendida, que ilumine todas las inteligencias y conmueva todos los corazones. Si; la palabra de la cátedra cristiana es la palabra de un padre que habla á su familia y que desea ser comprendido por todos sus hijos; y por lo tanto, no debe ser exclusiva, afectar formas groseras ni demasiado delicadas, que no agradarían sino á algunos; la palabra apostólica es un lenguaje que impresiona, que está al alcance de todos y que al mismo tiempo conviene á las inteligencias cultivadas; es un lenguaje limpio, claro é inteligible. La predicacion

debe hacerse para dar luz á las almas, para enseñar al pueblo, y si bien ha de estar muy lejos de parecerse á lo común, á lo trivial, á lo grosero, debe ser ante todo, sencilla y aun familiar, guardando siempre cierto tono de dignidad y de elevación. «Prefiero, decia San Agustin, que mis pueblos me entiendan, aunque los gramáticos me critiquen».

Y esta conducta del Santo Obispo de Hipona la vemos tambien en los grandes maestros de la palabra sagrada, los Padres de la Iglesia; mostrándose siempre oradores prácticos, populares, buscando las almas y hablándolas ese lenguaje sencillo, claro, expresivo, animado que todo lo conmueve, que todo lo atrae. Su arte es maravilloso y su palabra correcta y bella; pero la frase no es para ellos más que la luz viva del pensamiento. Lo que les estrecha, lo que les inflama, lo que ambicionan, es el resultado; es la clara y sólida enseñanza de la fe; es la persuasion y la conversion de los oyentes.

Ahora bien: ¿la palabra del púlpito entre nosotros tiene en general este carácter? Nos complacemos en responder afirmativamente. Pero si esto es cierto, la verdad y los hechos nos obligan á decir, que no siempre la predicacion va acompañada de la importante cualidad de ser clara, sencilla é inteligible, para que pueda apoderarse de todas las almas. Particularmente en la predicacion llamada *solemne* es en la que se observa más esta falta. Nada menos popular que la mayor parte de los grandes discursos que se predicán en nuestras principales iglesias, y de consiguiente, nada más ineficaz y más estéril que estas predicaciones. La predicacion de Jesucristo, durante los tres años de su vida pública, era cotidiana, y si se estudian atentamente en los Santos Evangelios su método y su divina manera de proceder cuando hablaba, se verá que nunca hubo una palabra más instructiva, más sencilla y más popular que la suya. El Salvador se acomodaba con una divina condescendencia á las ideas, á los sentimientos, á las necesidades y aun al lenguaje de aquellos á quienes hablaba. Es preciso desengañarse: los discursos faltos de este carácter práctico, accesible á todos, de este carácter esencial, aunque bellos en la forma, pierden todo su encanto, y no solamente son estériles, sino también enojosos. Sí, es preciso abandonar esa senda; es preciso aprender á dar á la palabra ese calor, esa animacion que

van directamente á los corazones porque salen del corazon, penetran y se apoderan de las almas, las iluminan, las conmueven y las convierten. Así, y solo así, el orador sagrado será verdaderamente el ministro de Dios, el ángel del Señor, á quien todos escucharán con religioso respeto; así, en una palabra, es como cumplirá dignamente la sublime mision de *varon apostólico*.

Pues bien, siendo San Alfonso María de Ligorio uno de los más distinguidos entre tales varones; cuya extraordinaria elocuencia recogió en todas partes frutos copiosísimos; y cuyos luminosos escritos acerca del importantísimo ministerio de la predicacion prueban con toda evidencia hallarse adornado de las cualidades que constituyen el verdadero apóstol de Jesucristo, ¿no podremos sin temor alguno aceptar sus reglas, seguir sus sabios consejos é instrucciones, y ajustarnos á su conducta en el desempeño del difícil y espínoso cargo de la predicacion? Pues hé aquí explicado ya nuestro propósito en escribir el presente Tratado. Ofrecer al predicador cristiano en la doctrina de S. Alfonso una pauta segura que le guie en el ejercicio y práctica de su ministerio, y le facilite los medios para hacer más útiles y provechosos sus trabajos, tal ha sido nuestro principal intento... Declarado el objeto, réstanos decir algo del plan metódico que hemos dado á esta obrita.

Persuadidos de que, la buena distribucion y enlace de las materias, juntamente con la brevedad y claridad en la exposicion de las mismas, contribuyen no poco á facilitar el estudio de una obra, economizando tiempo y trabajo al lector; hemos creido conveniente disponer todo el contenido del Tratado en tres partes: 1.^a El predicador en orden á sí mismo; 2.^a El predicador en orden á la materia predicable; y 3.^a El predicador en orden y relacion á sus oyentes. La primera parte, que va precedida de una *Introduccion*, en que son tratados algunos puntos interesantes de la predicacion en general, así como de la oratoria sagrada, comprende las cualidades y condiciones principales de que debe estar dotado el predicador para el buen desempeño de su ministerio. La segunda abraza todo lo relativo á la materia predicable, y que puede reducirse á estos cuatro puntos, lo más esencial de la Oratoria sagrada: *Invencion, Disposicion, Elocucion y Pronunciacion*. Es la más extensa del Tratado, por

ocuparnos en ella, con todo el interés que exige su grande importancia, en las predicaciones parroquial y Catequística (1). Por último, en la parte tercera tratamos del modo y manera que el predicador debe conducirse con sus oyentes, y de los medios de que puede hacer uso, para que sus enseñanzas sean más útiles y provechosas.

¡Quiera el Señor y su Santísima é Inmaculada Madre, la Virgen María, á quien dedicamos este humilde trabajo, que produzca el fruto que deseamos en mayor honra y gloria suya, y bien de las almas!!!

(1) No puede desconocerse cuán necesario é interesante sea el estudio acerca de estas dos clases de predicacion, particularmente á los alumnos de los Seminarios Conciliares, puesto que, concluida la carrera, son destinados en sus dos terceras partes, á lo menos, al servicio de parroquias.

INTRODUCCION

LA PREDICACION CRISTIANA

I.

SU ORIGEN.

Si pretendemos buscar el origen de la predicacion, dice S. Alfonso, lo encontraremos en el mismo paraiso terrenal, pues en él habló el Señor á nuestros primeros padres, comunicándoles sus instrucciones. Habló despues á los Patriarcas y Profetas, para que estos en su nombre lo hicieran al pueblo de Israel: *sicut locutus est per os Sanctorum, qui á sæculo sunt, prophetarum ejus* (Luc. 1. 70), y últimamente nos mandó su Hijo, que es su Verbo: *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis...*»

Esto mismo viene á decir el Apóstol en su epístola á los hebreos: «Habiendo hablado Dios muchas veces y en muchas maneras á los Padres en otro tiempo por los Profetas: últimamente en estos dias, nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo» (1). Ciertamente; habiendo el Verbo, *hecho carne*, esto es, Jesucristo, recibido de su Eterno Padre la doble é importantísima mision de Salvador y de Maestro, vino al mundo no solamente para redimir á los hombres, muriendo por ellos en una cruz, sí que tambien, para anunciarles el camino de la salud y de la vida: para predicarles una doctrina celestial, doctrina llamada á disipar las tinieblas que tenian

(1) Cap. 1.º vv. 1 y 2.

oscurecidas las inteligencias, y combatir los errores que pervertian los corazones. Por eso la palabra que sale de los labios de Jesús es una palabra llena de luz, *lux vera*, que ilumina á todo hombre; una palabra llena de verdad, *verbum veritatis*. Y habiendo venido á hablar, no con aquel acento que tenia algo de poderoso y de terrible con que Dios hablaba al mundo en otro tiempo, sino con el del amor y la dulzura; su palabra es además una palabra de gracia y de virtud: *verbum plenum gratiae*... Palabra de luz y de verdad, de gracia y de virtud, que fué la respuesta á todas las necesidades, á todos los clamores, á todas las aspiraciones de la humanidad, á todas sus lágrimas, y á todas las esperanzas depositadas por Dios en el fondo de las almas...

Pero no está aquí todo el misterio de esta divina palabra; lo es también, y grande, el haber sido confiada á labios humanos. De los de Jesucristo, que es esta palabra misma, que es el *Verbo divino* encarnado, ha pasado á los nuestros, hombres mortales, pero continuadores aquí de la obra de Jesucristo. Hay en la tierra un ministerio humano y fundado en la palabra divina; sí, hay en este mundo hombres sacados del seno de la humanidad y elegidos para este ministerio; hombres cuya accion, cuya gran mision en la tierra es la de transmitir de generacion en generacion la palabra de Dios, y esto, hasta el fin y consumacion de los siglos.

Jesucristo el Verbo encarnado, cuando ya estaba próximo á subir á los cielos llamó á sus apóstoles y les dijo: «*Á mi se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra: Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo: Id, enseñad á todas las naciones..... anunciándoles todo lo que yo os he enseñado... y hé aquí que yo estoy convosotros hasta la consumacion de los siglos*» (1). Estas palabras derivan la enseñanza del poder sumo, infinito, que Jesucristo tiene sobre la verdad: poder que la comprende, poder que la hace comprender; poder que la difunde, poder que quiere salvar al mundo por ella. Este poder instituye la verdad en la tierra con la predicacion evangélica, la radica en la iglesia que funda, la perpetúa en la sucesion continua del sacerdocio. Antes de Jesucristo la verdad revelada exis-

(1) Math. 28.

tia depositada en un pueblo sin trascender al mundo; y en las otras naciones que no eran de este pueblo, era profundamente ignorada. Antes de Jesucristo á nadie le había ocurrido nunca, ni habria podido ocurrirle por cierto, el dar á la verdad una institucion, el derivarla del poder, el comunicarla por un ministerio, el sancionarla con una eternidad. Pero Jesucristo, al comunicar á sus apóstoles aquella mision, les dejó al mundo entero para que le recorriesen, á las criaturas todas para que les escuchasen, las llaves del cielo para que diesen eficacia á su predicacion. «*Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura...*» (1), dijo. Prometió mandar su Espíritu á la tierra, despues de haber subido á los cielos. Los apóstoles quedaron poseedores del lato poder que se les habia comunicado sobre la verdad, y solo esperaban al Espíritu Divino para repartirse el mundo con su celo. Diez dias despues de la Ascension descendió este Espíritu Divino, posó sobre los apóstoles, les comunicó sus dones y les otorgó cuanto les era preciso para llenar las augustas funciones del apostolado. Y desde entonces estos ministros, hombres ignorados, sin riquezas, sin influjo, sin poder, sin fama, y aún vistos como despreciables é ignorantes, se apoderan de la palabra que los instituye apóstoles, dan principio á la grande obra, desplagan sus labios delante de las turbas y de todas las naciones, porque de todas se hacian entender á un mismo tiempo, y recogen las abundantísimas primicias de una numerosa conversion, que fué, digámoslo así, como la sublime profecía de la conversion del mundo.

Esta predicacion santa que hicieron los apóstoles en el principio del cristianismo, es la misma que hacen hoy todos los ministros de la palabra evangélica. Esta predicacion ha recorrido el mundo, ha convertido naciones enteras, ha trasformado completamente el inmenso cuadro de la humanidad. Las conquistas de esta palabra de Dios son los ilustres hechos que ha venido narrando en la série de los siglos toda la historia de la iglesia.

Esta doctrina ha derramado un esplendor tan vivo sobre la inteligencia, que las primeras antorchas del saber humano son el reflejo vivísimo de la luz de la fê. Los Doctores de la iglesia, sus sabios de primer orden, han oscurecido á cuanto tenia de más brillante la

(1) Marc. 16. 15-16.

ilustre antigüedad. Esta doctrina, esta predicacion, cuyo primer objeto es abrir á los hombres las puertas del cielo, ha sido tambien el grande elemento de restauracion que han tenido las ciencias en la tierra. Su legislacion más perfecta es la que más se acerca á los preceptos divinos: su política mejor es la que mejor observa los principios trazados por la misma verdad á las relaciones que une á los individuos y á los pueblos. Esta doctrina no es una mera especulacion, tiende á la práctica y sus preciosos frutos están reservados, como Jesucristo decia, para *los que oyen y guardan la palabra de Dios* (1). Por último, esta predicacion es doctrina, porque es enseñanza, porque se trasmite por el ministerio católico, porque se comunica, no por el raciocinio al convencimiento, sino por la autoridad á la creencia; es cristiana, porque es de Jesucristo, porque Jesucristo la enseñó, porque Jesucristo le dió una institucion en la tierra, dejándola en su iglesia como un depósito de verdad en favor de los hombres, porque la dió un ministerio que la difundiese, y la sancionó con un decreto de salvacion para los que creyesen, y de condenacion para los que no creyesen en ella. Véase pues, como esta doctrina, esta predicacion, tiene un origen divino, pues viene del mismo Dios; origen que establece sus primeros títulos, su augusto rango y la primera de todas sus excelencias.

II.

SU OBJETO Y FIN.

Si del origen de la predicacion cristiana pasamos á considerar su objeto (2), no podemos menos de admirar los designios de Dios para con los hombres al comunicarles la revelacion de su verdad. La predicacion cristiana tiene un objeto grandioso, tiene por objeto la *verdad*, es decir, el conocimiento de las cosas como son en sí mismas, tratándose del orden especulativo; la manifestacion de las cosas como deben ser, tratándose del orden práctico. Esta doble manifesta-

(1) Luc. 2. 28.

(2) Munguía, *Exposicion de la Doctrina Católica*.

cion es un objeto tan grande, tan elevado en sí, que nada puede apeteer el hombre en sus más nobles aspiraciones. La verdad *es lo que es*, como ha dicho profundamente S. Agustin; la justicia es lo que debe ser. Sin la manifestacion de lo que es, el mundo intelectual volveria necesariamente al caos y el mundo moral entraria en un desorden inevitable. Por el contrario, cuando hay un conocimiento de las cosas como son, este conocimiento es una luz que guia los pasos del hombre por los senderos de la vida, dejando al cargo de su libertad el ser feliz ó desgraciado. El conocimiento de lo que debe ser, es el conocimiento de la justicia en su esencia; porque lo que debe ser es el precepto, es la obligacion, es la condicion precisa de la perfeccion moral. Este doble conocimiento no podia ser una conquista de solo el hombre: el entendimiento puede columbrar algunas verdades, puede cerciorarse de algunos hechos, puede formarse alguna regla; pero si no cuenta con recursos sobrenaturales, si no cuenta con la fe y la ley divina, se extraviará á los primeros pasos de su carrera, perderá la brújula que debia señalarle el rumbo en el océano de la vida moral y social; no será dueño de tener una conciencia recta, no hará por cierto la conquista de la verdadera virtud. Hé aquí por que, revelándonos Jesucristo la verdad y la ley, que nos son enseñadas por la predicacion cristiana, tuvo el designio de hacernos sabios y justos. Designio que supone lo infinito en la sabiduria y en el amor, porque tiende nada menos que á la regeneracion completa de toda la humanidad.

Pero si tan sublime por su objeto es la predicacion cristiana, no lo es ménos por el gran fin de la revelacion de la doctrina sobre que versa. El fin de la doctrina de Jesucristo se identifica de tal suerte con el del hombre, que nadie puede salvarse fuera de ella, nadie sin ella puede lisonjarse de poseer la verdad esencial, la regla infalible, y por consiguiente llevar sus pasos por los senderos de la felicidad. El hombre fué creado á imágen y semejanza de Dios, porque fué hecho para Dios, siendo claro que la excelencia de su naturaleza entraña la excelencia misma de su fin. El hombre nace y vive en el tiempo; mora en la tierra; pero su destino está fuera de los límites del espacio y del computo del tiempo, su destino está fijo en la eternidad. Nace para morir en el orden puramente temporal; pero muere

para vivir en el eterno. El hombre ha sido creado para Dios, Dios es su fin. Sumo verdad, es el único que puede satisfacer las aspiraciones de la inteligencia; sumo bien, es el único que puede llenar el inmenso vacío del corazón. Más para que el hombre disfrute después de su vida esta doble plenitud de verdad y de bien, en lo cual consiste la bienaventuranza, es necesario que se inicie en la tierra en esa verdad infalible, en ese bien sumo; y esta iniciación se verifica en el tiempo por la fé y por la justicia. La fé es un conocimiento sobrenatural de las cosas que Dios nos ha revelado acerca de sí y acerca de nosotros: la justicia es el cumplimiento de la ley divina en todas sus partes. Pero ¿cómo llegaremos á la fé sin la predicación de ella? imposible; y por esto el Apóstol decía que la fé entra por el oído con la palabra de Jesucristo: *Fides ex auditu; auditus autem per verbum christi* (1). ¿Cómo poseeremos la justicia sin una ley divina que nos trace los caminos del bien? imposible; por eso el mismo Apóstol cifraba en la ley el gran criterio de la justicia y del pecado: *Peccatum non cognovi nisi per legem* (2). Luego nuestro fin último exige imperiosamente una y otra cosa; y como tal es, según dijimos, el objeto de la predicación cristiana, es claro, clarísimo, que su fin es la salud eterna de los hombres. Hé aquí por qué Jesucristo al establecer la misión del predicador evangélico, vino á colocar en la bienaventuranza del hombre los resultados precisos de su palabra creída y observada; pues esto quiere decir que «*el que creyere se salvará, y el que no creyere se condenará*» (3) ¿Puede darse un bien más excelso, un destino más glorioso? No sin duda; pues tal es el de la predicación cristiana, considerado su fin.

III.

SU EXCELENCIA.

Después del santo sacrificio de la misa no hay en el ministerio eclesiástico misión más sublime que la de la predicación. En la ley an-

(1) Rom. 10. 17.

(2) Rom. 7. 7.

(3) Marc. 16. 16.

tigna este cargo era mirado con la veneracion más profunda: Moisés y Jeremías se dicen indignos é incapaces de él al mismo tiempo; Isaías tiene necesidad de que un ángel, para disponerle á él, vaya á purificar sus labios; el Precursor se prepara á ejercerle con la penitencia y la más áustera soledad. La ocupacion principal de Jesucristo, en los tres años últimos de su vida apostólica, fué la predicacion, dejando á sus discípulos como ménos importante el encargo de bautizar: *oportet me evangelizare regnum Dei, quia ideo missus sum* (1). En verdad, bajo cualquier aspecto que consideremos este sagrado ministerio, ya sea en su origen, objeto y fin, ya en sus resultados y efectos, ora en las ventajas que de él saca la sociedad, lo encontraremos de una excelencia incomparable. Más no hay necesidad de detenernos en todos y cada uno de estos puntos; basta fijarnos en la doctrina que sirve de materia á la predicacion, y muy especialmente en dos de sus más importantes cualidades, á saber, la universalidad de su inteligencia é infalibilidad de su carácter, para formarnos idea de la grandeza, sublimidad y excelencia que entraña tan augusto como respetable ministerio.

La doctrina de la predicacion cristiana encierra la verdad en toda su plenitud acerca de los sublimes objetos que pueden caer bajo la mirada de la inteligencia, y con esto, aventaja por sí á todas las producciones del espíritu humano. Sus revelaciones enseñan lo que este nunca hubiera podido descubrir por sí mismo, y perfeccionan áun aquello que suele ser obra del simple raciocinio. Sus misterios son de tal carácter, que áun en medio de su oscuridad natural derraman una luz excelsa sobre el alma. Su economía reduce á la unidad más perfecta toda la diversidad de los objetos parciales que la revelacion nos dá á conocer. Sus reglas tienden á dar al hombre, no esa simple honradez humana que respeta el mundo, sino la virtud verdadera, la santidad, que es el último toque de la semejanza del hombre con Dios. Tiende á la práctica, pues las ilustraciones que suministra á la inteligencia, ván encaminadas todas al gobierno de la conducta. Los resultados de su conocimiento y observancia están cifrados en la vista y goce eterno del mismo Dios. Pero si en alguna cosa muestra la doctrina cristiana, objeto de la predicacion, su ab-

(1) Luc. c. 4. 43.

soluta soberanía, es en la universalidad de su inteligencia y en la infalibilidad de su carácter.

La doctrina cristiana es todo para todos: el sabio, el ignorante, el hombre maduro, el niño; todos participan de ella sin que sea necesario, para poseerla en cuanto basta para conseguir el último fin, pertenecer al cortísimo número de los grandes talentos y de los esclarecidos filósofos. Recorriendo toda la extensión del mundo católico, todas las clases diversas en que los fieles se hallan distribuidos, admiramos la universalidad suma de esta doctrina celestial que, semejante á la luz, todo lo penetra, todo lo descubre, todo lo recorre. Las más grandes ideas, los misterios más elevados, las reglas más sabias é infalibles, no son el privilegio de unos cuantos, sino la posesion de todos. En las escuelas de los hombres cada discípulo necesita contar primero con sus talentos, discurrir acerca de sus aptitudes y también tener á la vista los talentos y aptitudes de sus maestros, para venir, y no sin mucho trabajo, á conjeturar muy remotamente los conocimientos que habrá de adquirir y los adelantos que haya de hacer. Más no sucede lo mismo en la escuela de Jesucristo; las cosas acá se gobiernan de otra manera: los talentos del Predicador y los talentos del auditorio, si bien se estiman como dones gratuitos, nunca figuran como unas condiciones indispensables, ó como bases primeras del edificio de la sabiduría. El pueblo fiel, cuando vé al Sacerdote que despliega sus lábios para enseñarle esta doctrina, no há menester preguntar si tiene grandes talentos, gran saber, grande erudición: sino inquirir si tiene la mision de la enseñanza católica, si ha recibido de Jesucristo la noble y angusta mision de evangelizar á los pueblos. Esto basta á los fieles para descansar en la verdad: los caminos que ésta recorre, para llegar á la inteligencia, no son los de la lógica, sino los de la autoridad; y hé aquí porque las conquistas de la palabra evangélica tienen por teatro el universo entero, por apoyo el poder, y por duracion los siglos.

No es extraño pues, que el ilustrado talento de nuestro inmortal Balmes, al considerar lo elevado de la predicacion evangélica en su admirable carácter de universalidad, se haya expresado de la manera siguiente: «Si Sócrates, si Platon, si Ciceron, si Séneca, si Epiceteto y demas filósofos de la antigüedad, aficionados á la moral, es-

levantaran de sus sepulcros y recorriesen un pais cristiano, no volverian de su sorpresa y asombro á la vista del espectáculo que se presentaria á su vista. Si se los introdujera en alguna de nuestras magnificas catedrales, donde oradores elocuentes desenvuelven con maestría las máximas evangélicas haciendo de ellas innumerables aplicaciones á todos los actos de la vida humana, donde un numeroso auditorio escucha atento y conmovido las palabras del ministro de Dios que descienden de la cátedra del Espíritu Santo, ora como raudales de benéfica lluvia sobre una tierra agostada, ora como rayos del Eterno que se complace en amedrentar el mundo para apartarle del camino de la maldad, llenáranse de admiracion al ver cual se derraman sobre todo un pueblo, sin distincion de edades, séxos, condiciones, ni clases, principios que ellos tuvieran allá reservados cuál recónditos secretos, cual inefables arcanos accesibles únicamente á un reducido número de sábios. Avergonzáransen de su filosofía al ver que lo que ellos se imagináran tocar á los últimos confines de la sabiduría humana, se hallaba excedido, eclipsado por el raudal de máximas sublimes que salen de la boca de aquel hombre y de quien conocieran desde luego que no las ha bebido en ninguna de sus escuelas. ¿Y cuál no fuera su pasmo si se les añadiese que la escena que acaban de presenciar nada tiene de desusado ni extraordinario, que se la repite á un mismo tiempo, en muchos puntos de una misma Ciudad y en todas las regiones del globo; si se les dijese que desde la poblacion más opulenta hasta la aldea más miserable, están distribuidos hombres encargados de llenar el mismo objeto, obligados estrictamente por su instituto á repetir á los pueblos aquellas altas lecciones; si se les advirtiese que á más de estos circulan, así entre las clases ricas como entre las pobres, entre los sábios como entre los ignorantes, una muchedumbre de libros, donde en variados estilos, en distintas formas, en todas las lenguas encontrarán explicadas y desenvueltas de mil maneras aquellas mismas máximas que acaban de oír de la boca del orador sagrado? Llorarian, llorarian sin duda de enternecimiento si se los condujera á una de esas aldeas retiradas, pobres, donde se albergan un escaso número de infelices, que alcanzan apenas á ganar con el sudor de su rostro el alimento de sus familias y los groseros trajes con que se cubren, y se los in-

trodujese un domingo en la pequeña iglesia donde un hombre revestido con los hábitos sacerdotales, en pié junto al ara del sacrificio, está explicando á los sencillos feligreses, un punto del Evangelio, algun pasage de la vida de Jesucristo, ó algun trozo de sus sermones... Confesarían á no dudarlo, que su ciencia era vana, que en sus escuelas se malgastaba inútilmente el tiempo; que vén realizado lo que ellos ni siquiera habían concebido como posible; exclamarían que sin duda había bajado del cielo algun Dios para enseñar esas cosas á los hombres, que sin duda él les ha dado la pauta que debían seguir para perpetuar por los siglos de los siglos tan sublime doctrina; dirían que á tanto no podía llegar el pensamiento del mortal, y que una organización semejante donde se hallan establecidas por todo el universo, abiertas para todas las clases de la sociedad, cátedras de tan elevada filosofía, solo puede haber dimanado de Dios, que compadecido de las tinieblas en que yacía el mundo, habrá querido ilustrarle renovando de esta manera la faz de la tierra.» (1).

En efecto, decimos nosotros, repitiendo las últimas palabras de Balme; «tan elevada filosofía solo puede haber dimanado de un Dios.....» Sí, porque Dios, que no ha querido fiar la suerte de los pueblos á los caprichos del talento humano, ha propagado los verdaderos principios de la conducta como una expresión genuina de sus designios y de su sabiduría. Los pueblos reconocen fácilmente el origen de esos principios, y con solo esto se abandonan tranquilos á las suaves inspiraciones de la razón divina. Los adoptan como infalibles á causa de su origen, y por esto se conservan inalterables ciertas verdades pertenecientes al orden moral.

Si la doctrina cualquiera que sea, se aísla totalmente de Dios, debe considerarse propuesta como un parto exclusivo de la razón humana, y como los caracteres distintivos de esta son la limitación y la falibilidad, no debe aspirar nunca á que se tengan como infalibles los sistemas que propone: pues para esto sería necesario suponer que el efecto pudiese contener en sí mismo lo que la causa no contiene: hipótesis imposible, pues importa nada ménos que una contradicción

(1) De la *Civilización*, revista religioso-política publicada en Barcelona, de la que Balme era uno de los escritores.

en los términos. Por otra parte, la infalibilidad puede alterarse, no sólo por lo que sean los principios en sí mismos, sino porque estos no tengan el poder necesario para contener los avances de aquellos á quienes se les proponen. Basta que un individuo proponga una doctrina como parto exclusivamente suyo, para despertar contra sus propias ideas, bien ó maldeducidas, el orgullo del talento y la fuerza de la discusión. Desde que una doctrina es falible, toma el carácter de problemática, puede ser verdadera ó falsa, ser consagrada en el respeto de los sábios, ó entregada ignominiosamente al desprecio del vulgo: podrá prevalecer algún tiempo; llegará tal vez á reunir los aplausos de un pueblo entusiasta; pero, destituida de infalibilidad, no tardará mucho tiempo en quedarse sepultada bajo las ruinas de su propio trono. ¿Faltó la infalibilidad? faltaron pues á un tiempo todos los apoyos, todas las garantías, todas las esperanzas.

No sucede así con la doctrina, materia de la predicación. Una doctrina que viene inmediatamente de Dios, cuyo objeto es la verdad en su esencia, cuyo fin la salvación de los hombres, y que, á parte de los caracteres de unidad y santidad, reúne los de la universalidad é infalibilidad, no puede dudarse, ser una doctrina de la más alta perfección, y que en sí contiene todas las excelencias.

IV.

SU NECESIDAD.

En todos tiempos han figurado la verdad y el bien como las dos primeras, las dos más grandes é imperiosas necesidades del hombre. No hay una sola época de la historia donde no veamos desarrollarse más ó ménos la inteligencia humana para conquistar la primera, y la voluntad para conquistar el segundo. Ni podría ser de otra suerte, porque la misma naturaleza del hombre le estimula de continuo, siendo claro que el entendimiento y la voluntad, gran resúmen del espíritu en el sistema de sus facultades, serian potencias sin acción, facultades sin objeto, si no tendiesen constantemente al conocimiento

de la verdad y á la consecucion del bien. Pero la marcha de la inteligencia y el movimiento de la voluntad han seguido diversos caminos, ya por la falta de luz, ya por el influjo de las pasiones, y todo en consecuencia del pecado. Esto explica perfectamente los errores y los vicios de que está llena la historia del género humano, y funda la necesidad de una luz para la inteligencia y de una regla infalible para el corazon. Más esta luz y esta fuerza, figurando como un socorro indispensable para el hombre ciego y débil, no podian por cierto salir del hombre mismo: debian bajar de los cielos, porque solo el Autor de la naturaleza pura podia ser el reparador de la naturaleza caída.

Hé aquí porqué antes de la venida de Jesucristo el mundo todo, si exceptuamos aquella corta porcion que se llamaba pueblo judío, y era la depositaria de las promesas, de las profecias y de la ley, estaba sumergido en las más densas tinieblas, sin que sus sábios ni sus filósofos hubieran podido llegar jamás á conocer, ni ménos á pro- pagar, la verdad absoluta, la verdad universal, la verdad eterna. Todo en aquellos pueblos era sombras para el entendimiento, tropiezos para la voluntad, extravíos para la conducta. Pronunciaban el nombre de Dios, sentian la necesidad de reconocerle como la primera de todas las causas; pero, no atinando con su esencia, se le representaron á su modo, le multiplicaron, le adoraron en la materia y hasta en los objetos más inmundos: buscaban la moral, porque tenian el instinto de la regla; pero sus máximas andaban de ordinario por esas diferentes curvas que las pasiones trazan al entendimiento cuando no están enfrenadas por un poder divino. Los conocimientos y las costumbres seguian pues una marcha tenebrosa y tortuosa, y los pueblos, faltos de luz y de espíritu, presentaban aquel último carácter de degradacion funestísima tan enérgicamente pintada por el Profeta cuando presenta el mundo de entónces profundamente sumergido en las tinieblas y sentado á las sombras de la muerte.

Más Jesucristo aparece entre los hombres como el restaurador divino del género humano: muéstrase bajo el doble carácter de Salvador y Maestro de los hombres. Tomó para esto nuestra propia naturaleza, siendo cierto, como todos lo sabemos, que Dios se hizo hombre, primero para poder morir por nosotros y rescatarnos con

su sangre de la mortal esclavitud del pecado; segundo, para enseñarnos con su doctrina y con su ejemplo el camino del cielo. En calidad de maestro disipó las espesas tinieblas que cubrían el mundo con la predicación de una doctrina bajada del cielo. Esta doctrina fué ya desde entónces la condición de la ciencia, la condición de la ley, la condición de la moral, la condición de la felicidad: esta doctrina es toda verdad para la inteligencia, es toda poder para la voluntad, es toda regla para el albedrío, es toda bien para el género humano. Sin ella, el entendimiento vuelve al caos de la ignorancia, al antiguo laberinto de los errores; la voluntad torna de nuevo á colocarse bajo el influjo de las pasiones indómitas, la libertad á ser el agente continuo de los vicios, y el hombre todo el domicilio del mal. Esta es la razón porque desde el principio del cristianismo se ha inculcado esta doctrina con una incansable solicitud, se ha predicado á los pueblos y ha sido constante y esmeradamente cultivada por los talentos de primer órden. Esta doctrina ha creado todas las ciencias con cernientes al conocimiento y á la dirección del hombre: las ciencias metafísicas, que explican la naturaleza espiritual; las ciencias teológicas, que enseñan lo que es Dios y el hombre y cuales son las relaciones que entre ambos médian; las ciencias morales, que tratan de nuestro principio, de nuestro último fin y de los medios indispensables para caminar sin extravió ni tropiezo del uno al otro; las ciencias sociales, que subordinando á la eternidad la marcha del tiempo, han reglado sobre la pauta sublime del Evangelio ese cumulo diverso de relaciones públicas de los pueblos con los gobiernos, de los Estados con los Estados, del mundo político con el mundo religioso.

Es por lo mismo, de una necesidad absoluta, de un general interés la propagación de esta doctrina, y por esto Jesucristo mandó á sus apóstoles predicar el Evangelio á todas las naciones; añadiendo: «que solo el que creyere será salvo, y el que no creyere se condenará»: es de un interés permanente, y por esto quiso establecer en la tierra un magisterio dogmático á cuyo cargo estuviese la conservación, fuéros, distribución continua y defensa constante de la verdad católica: es de un interés perpétuo, y por esta razón Jesucristo ligó la carrera de la predicación y enseñanza con la carrera del tiempo, prometiendo su asistencia permanente al apostolado hasta la consumación

de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.* (1)

Una de las más imperiosas obligaciones de todos los que ejercen el ministerio sacerdotal, es pues el propagar esta doctrina, cada uno en su esfera, cada uno hasta donde se extiende su posibilidad, y todos con la eficacia de su mision y la autoridad de su ministerio. Manifestar cual sea el deber de los sacerdotes sobre este punto, inculcarles la necesidad suma en que se hallan de enseñar, por medio de la predicacion, la doctrina de Jesucristo, y hacerles ver cómo en esta parte su salvacion es inseparable de la salvacion de los fieles, tal será el objeto del siguiente artículo.

V.

DEBER QUE TIENEN LOS SACERDOTES DE PREDICAR

LA PALABRA DIVINA.

En la iglesia existe un cuerpo de pastores de primer orden llamados *Obispos*, á cuyo cargo está la enseñanza dogmática de los fieles. Como sucesores de los apóstoles, tienen el deber de instruir á los pueblos en la enseñanza de las verdades católicas. Cuando Jesucristo dijo á sus apóstoles: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura,*» impuso á estos y á todos sus sucesores, el deber estrechísimo de evangelicar á las naciones. Hé aqui porqué los Obispos están repartidos por todo el orbe católico, teniendo cada uno á su cargo una porcion más ó menos numerosa de la universalidad de los fieles. Como pastor de la numerosa porcion que compone su rebaño, debe nutrirla con el pasto de la santa doctrina, vigilar sobre ella y cuidar en todo y por todo de su santificacion.

Más como es imposible que un Obispo atienda por sí solo á las necesidades espirituales de su Diócesis, se ha establecido muy santa y

(1) Matt. 28-20.

sábiamente que haya en todos los Obispos un cuerpo de pastores de segundo orden que se llaman *Párrocos* ó *Curas*, á cuyo cargo esté cierta porción de la greñ del Obispo; y un cuerpo de sacerdotes y ministros que ayuden á los párrocos en el gobierno y administracion de sus parroquias. Reservándonos tratar en la segunda parte de esta obra, segun el plan que nos hemos propuesto, de la obligacion especial que tienen los Curas de enseñar y predicar la doctrina cristiana, lo haremos aqui solamente del deber que incumbe á los Sacerdotes en general, tengan ó nó la cura de almas; á cuyo efecto expon-dremos íntegra y literalmente la doctrina de S. Alfonso Maria de Ligorio.

«Grand es en alto grado, dice el Santo (1). la dignidad y el oficio de los sacerdotes, pero más alta es aún la obligacion que tienen de atender á la salud de las almas: *omnis namque pontifex*, dice el Apóstol, *ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis que sunt ad Deum, ut offerat dona et sacrificia pro peccatis*. Y despues continúa: *Qui condolere possit iis qui ignorant et errant*. (Hebr. c. 2.) El sacerdote pues, es por Dios constituido para honrarle con sacrificios, y tambien para salvar las almas, instruyendo á los ignorantes, y convirtiendo á los pecadores: *Regale sacerdotium..... populus acquisitionis*. (1.^a Petr. 2. 9.) Los eclesiásticos por su posición difieren enteramente de los seglares: éstos atienden á la tierra y tan solo á sí mismos; más aquéllos forman el pueblo que tiene por oficio el hacer conquistas; pero ¿qué conquistas? *Officium quæstus, non pecuniarum, sed animarum*. (S. Ambr. inc. 1. Is.) Dice San Antonino, que el nombre mismo de Sacerdote, explica ya su oficio: *Sacerdos, id est, sacra docens*. Y Santo Tomás: *Sacerdos, sacrum dans*. (3. p. q. 22 a. 1.) Y á esto se conforma lo que dice S. Ambrosio, llamando á los Sacerdotes *duces gregis christi*; y añade en seguida: *Nomen respondeat actioni; ne sit nomen inane, crimen immane* (de Sacerd. div. Cap. 2.) Si pues el nombre de Sacerdote y el de presbítero significan prestar ayuda á las almas para salvarlas y conducir las al cielo, corresponda el nombre á las

(1) *Selva de materias predicables* part. prim. Cap. IX.

obras, á fin de que no sea un nombre vano, y el nombre del oficio no se convierta en delito.»

«Si quieres pues, dice S. Gerónimo, cumplir con el oficio de sacerdote procura que la salud de los demás sea la prenda de tu salud:

Si officium vis exercere presbyteri, aliorum salutem fac lucrum animæ tuæ (Epist. 13.) Y S. Anselmo tiene por oficio propio del Sacerdote, el preservar las almas de la corrupcion del mundo, y conducir las á Dios: *Sacerdotis proprium est animas é mundo rapere et dare Deo*. Á este fin el Señor ha separado los sacerdotes de los demás, para que se salven á sí y salven á los otros: *De medio populi segregantur, ut seipsos et populos tueantur*. (Philipp. abb. de dignit. cler. c. 2.) El celo nace del amor, como dice S. Agustin, por donde, así como la caridad nos obliga á amar á Dios y al prójimo, así el celo nos obliga primero á procurar la gloria de Dios, y á impedir que se le ultraje, y luego á procurar el bien del prójimo, y á impedir su daño.»

«Ni sirve de pretexto el decir: Yo soy un simple sacerdote, no tengo cura de almas, basta solamente que atienda á mí mismo. No: todo sacerdote está obligado á atender en el modo que pueda á la salud de las almas, segun que estas lo necesitan..... porque así como Dios envió á Jesucristo á salvar el mundo, así Jesucristo destinó á los sacerdotes para convertir á los pecadores: *Sicut misit me Pater et ego mitto vos* (Joan. 20. 21.) Los sacerdotes están destinados por Dios á ser la sal de la tierra, para preservar así á las almas de la corrupcion del pecado. Pero si la sal no cumple con su oficio, ¿de qué sirve sino para ser echada de la casa del Señor y de todos conculcada? *Si sal evanuerit..... ad nihilum valet ultra nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus* (Matth. 5. 13.) Cada sacerdote, dice el Crisóstomo, es como si fuese el padre de todo el mundo; y por esto debe cuidar de todas las almas que puede ayudar á salvar con sus fatigas. Además los sacerdotes son los médicos destinados por Dios para curar todas las almas enfermas; así los llama Orígenes: *Medici animarum*. Y de aquí, dice S. Buenaventura: *Si medicus fugit ægrotos, quis curabit?* Finalmente, el Crisóstomo llama á los sacerdotes colonos de la viña del Señor: *Coloni populorum, quasi vineam, colentes*. (Hom. 40. in c. 2. Matth.) Más ¡oh Dios!

exclama contristado S. Bernardo: los labradores se fatigan y sudan todo el día para cultivar su viña, más los sacerdotes que puso Dios para cultivar la suya, ¿qué hacen? *Torpent otio, madent deliciis...*»

Nó, no bastan los Obispos y los párrocos para las necesidades espirituales de los pueblos. Si Dios no hubiese deputado también á los demás sacerdotes para ayudar á las almas, no hubiera proveído con suficiencia á su iglesia. Dice Santo Tomás que, en los doce apóstoles destinados por Jesucristo para la conversión del mundo fueron figurados los Obispos, y en los setenta y dos discípulos fueron representados todos los sacerdotes, constituidos para la salud de las almas, las cuales son el fruto que de los sacerdotes exige el Redentor: *Elegi vos ut..... fructum afferatis*. A los sacerdotes pues, que según los llama S. Agustín, son los administradores de los intereses de Dios: *Eorum quæ Dei sunt negotiatores*, incumbe el extirpar los vicios y las máximas perniciosas de los pueblos, y el inculcarles las virtudes y las máximas eternas. En el día mismo en que Dios eleva á alguno al Sacerdocio, le impone aquello mismo que dijo á Jeremías: *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evelles, et destruas, et ædifices, et plantes* (cap. 1. 10.)»

«No sé ciertamente cómo puede excusarse de culpa un sacerdote, que viendo la grave necesidad que tienen las almas de su país, y pudiendo ayudarlas enseñándoles las verdades de la fé, ó predicándoles la divina palabra, deja de hacerlo por indolencia: no sé, repito, cómo éste tal en el día del juicio podrá quedar libre de la reprobación y del castigo con que amenaza Dios á aquel siervo holgazán que escondió el talento que se le dió para que le negociase, según se lee en el capítulo 25 de S. Mateo. No vacila un momento San Isidoro en condenar de culpa grave á aquellos sacerdotes que descuidan el instruir á los ignorantes y el convertir á los pecadores. Y Santo Tomás dice, que el sacerdote que falta por negligencia ó por ignorancia en ayudar á las almas, se hace reo delante de Dios de todas aquellas que por omisión suya se pierden (y habla el Santo de todo simple sacerdote): *Si..... sacerdos ex ignorantia vel negligentia non exponat populo viam salutis, reus erit apud Deum animarum illarum quæ sub ipso perierunt* (Opusc. 65.) Cierta sacerdote hallándose en Roma próximo á morir, no obstante de haber llevado

una vida retirada y devota, temia empero mucho por su eterna salud. Preguntado porque temia tanto, respondió: «Temo porque no he procurado por la salud de las almas.» Y razon tenia para temblar, pues el Señor se sirve de los sacerdotes para salvar las almas y librarlas de los vicios; y así, si el sacerdote no cumple con esta incumbencia suya, cuenta habrá de dar á Dios de las almas que se pierdan por su omision. ¡Oh qué terribles acusadores serán aquellas almas que costaron toda su sangre á un Dios, y que se perdieron por incuria del sacerdotel»

A lo dicho por S. Alfonso, debemos añadir: que si siempre ha sido necesario que los sacerdotes se ejerciten con interés y buen celo en el ministerio de la predicacion de la palabra divina, hoy aumentan esa necesidad, y áun la hacen urgente, dos causas poderosas y de todos conocidas: la mayor dificultad de instruirse en los fieles, y la ignorancia en materia de religion que jamás ha sido tan profunda y tan general.

En otro tiempo se daba la instruccion en familia, se hablaba en ella el lenguaje de la religion, y de este modo se aprendia lo que se ignoraba, y lo que se sabia no se olvidaba; hoy las tradiciones y la enseñanza de familia no existen; se deja al sacerdote el cuidado de hablar de la religion, y no se reserva, á lo ménos en un gran número de familias; más que la libertad de ridiculizarla y de violar sus preceptos. En otro tiempo la religion era la primera de las ciencias que se enseñaban en las escuelas y en los colegios; hoy se la elimina ó se la coloca en el último lugar, y muchas veces no se habla de ella, sino para crear preocupaciones contra la misma. En otro tiempo se instruia en particular, porque se daba una gran importancia al conocimiento de la religion; hoy la indiferencia que hiela los espíritus y seca los corazones, ha introducido disposiciones del todo contrarias; el estudio de la religion es mirado con disgusto, y considerado como una de las ocupaciones pueriles ó anticuadas. Hay, pues, para los pueblos grandes dificultades de instruirse

Respecto á la ignorancia en materia de religion, el mal ha llegado á un punto, que muchos de los hombres que componen hoy día la sociedad no tienen más que conocimientos superficiales de la doctrina católica, y un gran número de cristianos, aún de los que son

asíduos á la iglesia, cuando se les hace preguntas, semuestran bastante ignorantes para responder sobre las cosas más sencillas y triviales del catecismo. De esta ignorancia tan general proviene, dice un celoso Prelado español en carta Pastoral dirigida al clero de su Diócesis, «la indiferencia en la fé y la religion, y la corrupcion en la moral y en las costumbres»; y por consiguiente, que «el primero y el más principal deber del clero y de todos los sacerdotes, sea ahora más que nunca, la enseñanza cristiana por medio de la predicacion.» Nadie puede desconocer esta verdad, ni la importancia que debe dársele en todos tiempos, pero particularmente en los presentes en que, por desgracia, se encuentran por todas partes hombres perversos y corrompidos que, no contentos con renegar de la educación religiosa que recibieron en su juventud, se complacen en seducir á otros, y emplean con un empeño, digno de mejor causa, cuantos medios están á su alcance, para descotolizar la enseñanza, separándola hasta del contacto de las verdades reveladas por Dios y propuestas por la Iglesia; pervirtiendo de este modo las inteligencias de los que reciben su enseñanza, corrompiendo sus corazones, y apagando en las conciencias todo sentimiento religioso. Deber es, pues, de los sacerdotes y principalmente de los párrocos, conocer á estos hombres y sus doctrinas para combatir y anular su perniciosa influencia con la predicacion y enseñanza de la doctrina católica. Por tanto, no puede descuidarse un momento esta parte tan importante del ministerio sacerdotal, por que de su fiel cumplimiento depende la mejora de las costumbres y la salvacion de la sociedad. Si hasta há poco tiempo el clero podía contar con auxiliares que favorecian y atendian la enseñanza cristiana, hoy no sucede así: á la sombra de engañosas libertades se viene desterrando de las escuelas el espíritu de Dios, y se pretende sustituirle por el espíritu y juicio privado de la razon humana, que jamás ha dado otros frutos que la ignorancia y la corrupcion. Así que, el clero se encuentra casi sólo para atender á un asunto de tanta importancia, teniendo además muchos enemigos que combatir. Necesario es por lo tanto que, todos los sacerdotes se dediquen con celo y constancia á la predicacion de la palabra divina, y procuren con empeño que los pueblos, y sobre todo los padres de familia, conozcan y sepan distinguir en el sacerdocio del clero

las fuentes purísimas en las que, se enseña sin mezcla alguna la verdadera doctrina católica, para que allí manden sus hijos, apartándolos de las escuelas profanas, donde no se oye la religion ni el temor de Dios, sino quieren ver prontamente agostadas sus inteligencias por la ponzoña de la mentira, y secos sus corazones por la corrupcion de costumbres.

VI.

DEL ESTUDIO DE LA ORATORÍA COMO AUXILIAR DE LA PREDICACION.

Si bien el Sacerdote católico, como encargado de evangelizar los pueblos, continuando hasta el fin de los siglos el celestial ministerio de Jesucristo, tiene el deber sagrado de predicar la doctrina cristiana á los fieles, segun dejamos expuesto en el artículo anterior, lo tiene tambien de hacer esta predicacion del modo y manera que pueda ser más útil y provechosa á los mismos: procurando atender, no precisamente al respetable y augusto mandato que el Señor le impone al cometerle el sublime encargo de embajador y ministro de su palabra, si que tambien al fin elevado y trascendental que entraña la predicacion, cual es, la felicidad temporal y eterna de los hombres. Á este objeto, y para que pueda desempeñar debida y dignamente su mision de predicador, no le basta adquirir los conocimientos necesarios acerca de la doctrina cristiana, que es la materia predicable; preciso le es tenerlos tambien del modo y manera de prepararla, tratarla y exponerla, á fin de que produzca en lasalmas el mayor y mejor fruto posible. Pues asi como á un hortelano, áun cuando disponga de buenas y abundantes semillas, estas no le darán el resultado apetecido sembrándolas fuera del tiempo conveniente y sin la preparacion, órden y método debidos; tampoco el predicador, por grande que sea su caudal de ciencia y de doctrina, obtendrá los frutos deseables, anunciando á los fieles la palabra divina sin la disposicion necesaria. Por esta razon créemos que, el es-

tudio de la Oratoria sagrada, instruyendo al sacerdote en tan importante objeto, puede servirle de un buen auxiliar en el desempeño de la predicacion.

Sí, hay reglas para dirigir á aquellos que son llamados á este sublime ministerio. Los Padres de la Iglesia, desde los primeros siglos han venido dictándolas con sabiduría admirable, y recomendándolas con encarecimiento, en particular S. Agustin en su excelente tratado de *Doctrina Cristiana*, donde aplica á la predicacion las reglas de la elocuencia que conocia á fondo, y habia enseñado mucho tiempo con feliz resultado; San Juan Crisóstomo en el suyo, no menos notable, de *Sacerdotio*, en cuyos libros 4.º y 5.º explica la obligacion de predicar y la preparacion que pide este ministerio, y San Gregorio Magno en su hermoso libro de *cura pastoralis*. En los tres últimos siglos hallamos los mismos principios, explicados con la misma sabiduría y con observaciones de experiencia por Fr. Luis de Granada, San Francisco Javier, San Carlos Borromeo, San Francisco de Borja, San Ignacio, San Francisco de Sales, el P. Aquaviva, San Alfonso Maria de Liguorio y otros. De lo cual resulta que, si el púlpito tiene sus reglas trazadas por tan sabios y celosos varones apostólicos, como los que acabamos de nombrar, es un deber del predicador hacer estudio sério y tener conocimiento exacto de ellas.

Por otra parte, si el arte de bien decir puede emplearse para persuadir lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, ¿habrá de dejarse su monopolio á la mentira y á la iniquidad, y no servirse de él para la defensa de la verdad y de la virtud? *¿Quis ita decipiat, ut hoc sapial?* dice San Agustin (1); *cum in medio posita sit facultas eloquii, ¿cur non bonorum studio comparatur, ut militet veritati, si eam mali in usus iniquitatis et erroris usurpant?* En efecto, grande falta sería despreciar para salvar á los hombres los recursos que otros emplean para extraviarlos y perderlos. ¡Ah! no, el predicador, segun S. Pablo, nada debe omitir para ponerse en estado de anunciar dignamente la palabra de verdad: *Sollicite cura te ipsum probabilem exhibere Deo, operarium inconfusibilem, recte tractantem verbum veritatis* (2). Si para el ejercicio de un arte cualquiera debe

(1) Lib. 4. de Doct. Christ. c. 2.

(2) 2.º ad Timot. 2. v. 15.

preceder necesariamente el conocimiento de sus reglas ¿cuánto más para el buen desempeño de la predicacion, que es el arte sublime de hablar en nombre de Dios, de explicar los divinos misterios, de convertir los pecadores y ganar las almas para el cielo? «Tengo por cosa indignísima, dice Fr. Luis de Granada en su Retórica eclesiástica, que un empleo tan noble, tan necesario en la iglesia, y el más difícil de todos, sea ejercido sin ningun principio ni regla, siendo así que, hasta los oficios mecánicos no pueden ejercitarse bien sin haberlos aprendido.»

Tal vez ocurrirá decirse, al recomendar, como lo hacemos, el estudio de la Oratoría sagrada, que el éxito de la palabra divina es completamente independiente de las formas que, á virtud de dicho arte, puede darse á la predicacion, puesto que tiene su poder y eficacia propios é innegables, y no el hombre sino Dios es quien con su santa gracia puede mover los corazones. Esto es cierto, pero lo es tambien que, el modo de anunciar aquella influye muchísimo en su resultado; y que siendo el objeto de la Oratoría sagrada colocar la verdad en luz más ventajosa para *enseñar, deleitar, persuadir y conmover*, no podrá el predicador llegar á conseguir con tanta facilidad estos fines importantísimos de su ministerio sin las reglas de ese arte, á no suponerle con dotes extraordinarias, que rara vez se hallan para el desempeño de cargo tan difícil, ó divinamente inspirado, como lo estuvieron los Profétas y los Apóstoles. Más no siendo así, esas reglas le abrirán el camino para la invencion de los argumentos ó pruebas (segun el asunto que haya elegido), ya para elevarse á las altas consideraciones de Dios y de sus atributos, de la religion y de sus venerandos misterios; ya para recorrer el extenso campo de la moral evangélica, indicando al hombre los caminos de la virtud cristiana, oscurecidos por la densa niebla de la corrupcion, como tambien para presentar á la vista las hermosas virtudes y heroicas acciones de los Santos que han brillado en la iglesia de Jesucristo, á fin de que se esfuerce en adquirir las unas é imitar las otras.

Esas reglas le enseñarán el método con que deberá tratar cada una de las materias de nuestra santa religion, y el modo de exponer convenientemente las razones que há hallado y aduce en la predicacion

para llenar fines tan elevados y dignos, y al mismo tiempo presentarlas revestidas de la gracia y energía que exijan la naturaleza é índole de los asuntos de que ha de ocuparse; evitando en la composición el desaliño, ó los falsos adornos que emplean los que no han hecho el estudio de la Oratoría Sagrada. Por último, esas reglas le darán á conocer la propiedad y distincion con que ha de pronunciar sus sermones: el modo de hablar, que contribuye en gran manera á impresionar más ó ménos los oyentes; así como la naturalidad y decoro, la dignidad y analogía de la accion y del gesto, poderosos auxiliares del lenguaje oral, para atraer la atencion del auditorio cautivando su espíritu.

Más no se crea que, al recomendar al predicador el estudio y uso conveniente de la Oratoría Sagrada, pretendámos ver en él, cuando se presenta en la cátedra del Espíritu Santo, al orador profano, que valiéndose de los recursos que ofrece el arte retórico, y sujetándose estrictamente á sus preceptos y reglas, pronuncia discursos pomposos, ataviados con los adornos y galas de la elocuencia secular. No: *Sacra Schola præcepta rhetorum non sequitur*, dice San Basilio (1). No queremos que el sacerdote católico prescinda de la Oratoría, pero tampoco que se convierta en tribuno ni académico. Queremos que, sea *predicador*, no *orador*, y que sus peroraciones puedan llamarse sermones, no *discursos*; queremos con San Alfonso, que haga uso de la Oratoría, pero sin perder de vista el objeto principal de la misma, que es, «persuadir é inclinar el pueblo á practicar lo que se le inculca», y en manera alguna «se abuse de dicho arte.» El torpe abuso de la elocuencia humana quede para los que buscan mezquinos elogios de los hombres, y se hallan apasionados por sus propios intereses, que los arrastran á seducir el espíritu y corromper el corazón de los demás. El don sublime de la palabra que Dios ha concedido a los hombres, y del que tan lastimosamente han abusado en todos tiempos para espresar el lenguaje de la mentira, conmoviendo el corazón para despertar en él miserables pasiones, ha de emplearlo el predicador evangélico en ilustrar las inteligencias, morigerar las costumbres, estirpar los vicios, arraigar las virtudes y enaltecer la gloria de Dios. En una palabra: haga uso el predicador católico

(1) In Gord. mart.

de la elocuencia sagrada, más no de la profana, en todo diferente de aquella, como probarémos á continuación.

VII.

DIFERENCIA ENTRE LA ELOCUCIÓN SAGRADA Y LA PROFANA.

Á un cuando el *fin* de la elocuencia sagrada es, segun San Agustín, *ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat*, es decir, que se manifieste, guste y persuada la verdad, y este mismo parezca ser el fin de la elocuencia profana; sin embargo, en aquella todo es diferente de esta: la *persona*, el *lugar*, el *asunto*, el *auditorio*. Explicando un ilustrado autor eclesiástico (1) estas diferencias, dice así: «La misión del predicador es el carácter que lo distingue y lo recomienda. En él no se vé, como en el orador solamente al hombre de talento que habla, se vé al enviado de Dios, prescindiendo de sus dotes naturales que lo son todo en el orador profano. Aquel habla en el nombre de Dios, y este carácter elevado no necesita absolutamente de aquellas cualidades que son de toda necesidad en el Orador. Por esto en el predicador no busquemos su propia glorificación, ni la de sus opiniones, ó los antecedentes de su vida; le basta anunciar la santa palabra del Evangelio, ocupando la cátedra de la verdad, y en esto tiene títulos bastantes á la consideración de su auditorio, y esta es la razón porque no teme decir con frecuencia que es uno entre los pecadores, y compararse á los más humildes de sus oyentes; no es en verdad él el que habla, sino el Espíritu del Padre el que habla en él.»

«El *Lugar* de su predicación es también diferente de aquel en que el orador pronuncia sus discursos. A este se le vé en un salón decorado de objetos profanos, ó ante un sólio donde se hallan los magistrados de la justicia, ó rodeado de numerosos adeptos, ó de contrarios que oyen con prevención sus palabras. El predicador sube á una cátedra colocada en las majestuosas naves de un Santuario consagrado á la celebración de los augustos misterios de la religión; habla en la casa de Dios, casa de oración y de recogimiento; su voz resuena en medio de un silencio respetuoso é imponente, y la majestad misma del lugar sagrado donde se le oye previene en su favor.»

(1) *Sanchez Arce*, lecciones de Oratoria Sagrada.

«Los *asuntos* sobre que giran los sermones interesan lo mismo al grande que al pequeño, al potentado que al miserable, al justo que al pecador. En esos asuntos no se mezclan miserables pasiones de partido, ni intereses parciales, ni sistemas equivocados, ni opiniones que se modifican ó se contradicen. El predicador habla del Evangelio, del cielo, de la Iglesia, maestra de las naciones asistida por Dios, y testimonios tan relevantes son verdaderos, están justificados en sí mismos, cómo se lee en los libros santos.»

«En cuanto al *auditorio* del predicador lo componen los fieles de Jesucristo, y en estos fieles se hallan hombres de todas edades y condiciones, de todo rango y gerarquía; los ignorantes y los sabios, y todos tienen derecho á sus palabras y á sus enseñanzas. No tiene, pues, el predicador que deprimir á unos para ensalzar á otros; á sus ojos todos los hombres son hermanos; lo cual no sucede ordinariamente en el orador profano que, en la defensa de la causa que ha patrocinado, y á cuyo servicio pone su elocuencia, tiene precisamente que lastimar ú ofender los derechos, ó los intereses de los demás. De aquí es que aquel nada espera del auditorio con relacion á su persona. Los aplausos que el orador profano ha arrancado al entusiasmo de sus oyentes, ofenderian al predicador del Evangelio, quien no debe buscar la alabanza propia de parte de los hombres, sino solamente la santificacion de los fieles y la gloria de Dios.»

Véase la diferencia notable que así respecto á la persona, cómo al lugar, asunto y auditorio hay entre la elocuencia profana y la sagrada, y por consiguiente el abuso que ya el predicador cómo el orador cometerian haciendo uso indistintamente de ellas en el desempeño de su oficio. De aquí, la justa censura que merecen aquellos sacerdotes, quienes, fijando su mayor consideracion, no en el fondo de la materia predicable, sino en el modo y formas de espresarla, y en deleitar y agradar á sus oyentes, que en instruirlos y moverlos, se dejan ver en el púlpito más bien cómo oradores de tribuna y academia que cómo predicadores de la palabra divina; pronunciando discursos en estilo florido y relumbrante, hijo de una elocuencia puramente profana, con lo que, no tan solo puede sufrir desprestigio el ministerio de la predicacion, si que tambien ofensa la dignidad y gravedad de la cátedra del Espíritu Santo. Estos inconvenientes se-

rán salvados, procurando el predicador el estudio de la Oratoría sagrada y el buen uso de sus reglas, así cómo teniendo una prudente discrecion en la eleccion de materias, pues sabido es que, los autores profanos por bien que traten de las religiosas, suelen hacerlo en diferente estilo que de los eclesiásticos.

TRATADO DE LA PREDICACION CRISTIANA,

PARTE PRIMERA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á SÍ MISMO.

CAPÍTULO I.

DE LAS CUALIDADES QUE DEBE TENER EL SACERDOTE PARA PREDICAR
CON FRUTO LA PALABRA DE DIOS.

El ministerio del púlpito, para estar enteramente á la elevacion de su excelencia, pediria un conjunto de cualidades que rara vez se encuentran en un solo hombre. Todo lo que pueden y deben hacer los que se hallan honrados de él, es tender sin cesar á perfeccionar la medida de medios naturales y sobrenaturales que Dios les ha dado, reconociendo en su humildad la distancia á que se hallan de lo que debiera ser un ministro de la palabra santa. A fin de dirigirlos en este trabajo de perfeccion, trataremos aquí de las cualidades principales que deben distinguir á un predicador verdaderamente digno de este nombre; y las reduciremos á ocho: 1.^a Mision legítima; 2.^a Rectitud de intencion; 3.^a Celo apostólico; 4.^a Vida edificante; 5.^a Humildad; 6.^a Espíritu de oracion; 7.^a Ciencia; 8.^a Preparacion y Ejercicio.

§. 1.^o

MISION LEGÍTIMA.

Sin mision, habla solo el hombre: más la palabra humana no es palabra de verdad, no es camino de salud, no es elemento de vida. Ya hemos visto que la predicacion es una institución divina, y no

un hecho social; es el desempeño de una mision, y no el ejercicio de un talento; es un poder de gracia y de verdad, y no un influjo humano: que la mision del predicador se halla terminantemente consignada en las Sagradas Letras, numerada entre los grandes objetos de la institucion divina de la iglesia, comunicada con el órden respectivo, ejercida con la debida jurisdiccion. Colijese de aquí, que sin mision legítima nadie tiene el derecho de predicar; y como fuera de la iglesia católica, no hay mision legítima, solo sus sacerdotes tienen un título divino para predicar á las naciones la palabra de Dios. El sacerdote, pues, debe tener la conciencia de su mision; debe ser instituido, enviado y autorizado. El que simplemente se acaba de ordenar, tiene el primer requisito, pero no los otros dos. El que además del órden ha sido señalado por su Obispo para ejercer el ministerio en cierto lugar, tiene el primero y el segundo; más el que además de lo dicho ha obtenido de su prelado las licencias necesarias para ejercer el ministerio, tiene todos los requisitos fundamentales contenidos en la legitimidad de la mision.

La necesidad de la mision está fundada, entre otras, en estas dos causas principales: 1.^a en la subordinacion gerárquica; porque, supongamos por un instante que cada uno pueda ir, á pesar de los Obispos y de los curas, á predicar en todas las Diócesis y en todas las parroquias; la iglesia no presentaria mas que la imágen horrible del desórden y confusion: cada uno podria convocar á los pueblos segun su parecer, predicar la doctrina que más le gustase; y los Obispos, despojados del derecho de conceder ó negar la mision, segun juzgan que lo exige el bien espiritual de sus diocesanos, no podrian desempeñar debidamente las obligaciones que les impone el doble título de guardianes de la fé y de pastores de las almas: 2.^a, en la naturaleza misma de la predicacion; porque siendo esta una legacion, supuesto que uno es enviado legítimamente, esta mision legítima no puede obtenerse sino de aquellos á quienes Dios ha revestido de su autoridad para el gobierno de su iglesia, pues que ahora no hay predicacion inmediata como en tiempo de los apóstoles y de los profetas.

De este principio se sigue: 1.^o, que se debe ir á predicar por todas partes á donde Dios envia por el órgano de los superiores, sin dar

por escusas las desconfianzas que la pusilanimidad sugiere; pues al enviado de Dios nunca le faltarán sus auxilios: *vir obediens loquetur victorias* (1)... *Si Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiæ replebit illum* (2)—; 2.º, que no debe buscarse prevenir la eleccion de los superiores por medio de solicitudes directas ó indirectas, que el amor propio inspira con demasiada frecuencia, sino aguardar y seguir la indicacion de aquellos; y 3.º, que cuando el superior deja libre la eleccion de púlpitos, ó sea, de los puntos donde haya de hacerse la predicacion, deben ser preferidos aquellos en que se juzga que la predicacion será mas útil, y no los en que se espera obtener mayor reputación y mayores emolumentos. Una mision divina, cual es la del predicador, no ha de fundarse en la vanidad ó avaricia, sino únicamente en el interés de la mayor gloria de Dios y de la salvacion de las almas.

§. 2.º

RECTITUD DE INTENCION.

La rectitud y pureza de intencion es uno de los primeros y principales requisitos de que debe hallarse adornado el predicador, si bien el más difícil acaso de conseguir, atendida la gran fragilidad de la naturaleza humana. Abstraído por completo el sacerdote de toda mira mundana, al anunciar la palabra divina á los fieles, el único y esclusivo fin que ha de proponerse es la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Reconociendo con verdadera humildad la misericordia grande del Señor en haberle elegido órgano y fiel intérprete de su voluntad santísima en la tierra, á Él, que es quien solamente puede hacer fructuosa su palabra, ha de referir toda la alabanza: *Soli Deo honor et gloria*. ¡Qué desgracia la de aquel sacerdote que en el ejercicio del ministerio santo de la predicacion pretenda glorificarse á sí mismo y no á Dios, busque su propio interés y no el que debe inspirarle un celo verdaderamente apostólico! ¿Qué resultados podrá prometerse de su predicacion? Por aventajado en luces naturales,

(1) Prov. 21. v. 28.

(2) Eccli. 39. v. 8.

por instruido en la ciencia, por elocuente y fecundo en ideas y palabras que sea, escaso ó ninguno será el fruto que produzca, si su lengua no se halla movida por aquel Espíritu que hace sábias las de los infantes y abrasa en amor divino los corazones. ¿Y cómo suponer la asistencia del espíritu de Dios en un hombre que, olvidado de aquel negocio que el Señor le encargara, busca únicamente el suyo, posponiendo la voluntad divina á los respetos humanos, y el mejor bien, que es la salud eterna de sus semejantes, á una frívola y loca ambicion? Sin embargo, esta es una miseria humana á que está muy espuesto el pobre predicador. El apetito de la propia estimacion, el deseo de la honra y el amor á la excelencia personal son un enemigo fuerte y poderoso que conspira contra el santo propósito é intencion pura que deseamos en el ministro de la palabra divina. Explicando S. Gregorio aquellas palabras de Job: *Si yo fuere sencillo lo ignorara mi alma*, dice: «Hay cosas que no podemos entender fácilmente áun cuando las estamos haciendo. Muchas veces nos damos á la predicacion para aprovechar con esto á nuestros prójimos, y como no es recibido lo que se predica sino dámos gusto á los que hablamos, procuramos agradar, y cuando lo conseguimos, luego se apodera de nosotros la vanidad; de modo que, procurando librar á otros de ella, somos presa de la misma. Es pues la ambicion de la gloria y propia alabanza como un ladroncillo que se junta con nosotros disimuladamente en el camino del púlpito y sube con nosotros á aquella sagrada cátedra con el fin de robar la rectitud de nuestra intencion é inutilizar nuestra predicacion.»

Para precaverse contra este peligro, de que nos habla S. Gregorio, conviene que el predicador se penetre del grave desórden de que seria culpable sino procurara alejarse de él. Con efecto, llevar á la cátedra sagrada miras de amor propio y de vanidad, es ponerse en oposicion formal con los ejemplos de Jesucristo y de los apóstoles, es faltar á Dios y al prójimo, dañarse á sí mismo y hacer inútil é infructuosa la predicacion. Los apóstoles, dice Sta. Teresa de Jesús, aunque pocos, como predicaban con verdadero espíritu de humildad y recta intencion, convirtieron al mundo; más en el día, con haber tantos predicadores, es escaso el fruto de la predicacion y pocos los oyentes que abandonen el vicio, no siendo otra la causa, aña-

de la Santa, que el demasiado talento, los demasiados respetos humanos que los predicadores tienen y no la pureza de intencion que debieran. Confirma esta opinion Sto. Tomás de Villanueva, diciendo (1): *Multi prædicatores, sed pauci qui prædicant ut oportet*. Tiene razon el Santo, no todos los predicadores predicán cual conviene, porque no todos desempeñan su ministerio con aquella pureza de intencion que debieran hacerlo. ¡Oh si todos los sacerdotes encargados de anunciar la palabra divina imitásemos en esta parte á Nuestro Señor Jesu Christo, predicador por excelencia, y que debiera ser nuestro modelo! ¡Oh si tuviéramos siempre presentes las palabras que en un lenguaje mudo pero elocuente dirige á los sacerdotes y con particularidad á los predicadores! Oigámoslas (2): «Muchos trabajan y hacen cosas al parecer grandes, se afanan y fatigan por ganar almas; pero no obstante, sus trabajos y fatigas les son inútiles, por la razon que dió mi Profeta: *Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laboraverunt qui ædificant eam* (3). Pues para que á tí, oh sacerdote mio, no te suceda la desgracia de perder tus jornales en el desempeño del ministerio que te he confiado, fija la vista en mí que soy tu modelo, y en cuya semejanza hallarás tu perfeccion y santidad. Sábete, hijo mio, que yo nunca busqué mi propia gloria, en todo cuanto hice, sino la gloria de mi Padre celestial: *Honorifico Patrem meum*, les decia, ... *ego non quero gloriam meam*... (4). Protestaba á todos que yo habia venido á servir, y á cumplir no mi voluntad, sino la de Aquel que me habia enviado. El amor que tenia á las almas me hacia suaves y dulces los trabajos que empleaba en su bien; pero les amaba, porque eran amados de mi Padre, á quien miraba como último fin á que todas las criaturas habian de ordenarse. Hasta los medios de que me valí para atraer á los pecadores al camino de la salud, los subordinaba en un todo á la voluntad del Padre, y aunque Él puso en mis manos todas las cosas, yo nunca hice uso de este poder sino para glorificarle. Por eso cuando los hombres quisieron hacerme Rey, huí y me oculté de ellos, y por el con-

(1) Serm. 2. de Spiritu Sancto.

(2) Ejercicios de S. Ignacio de Loyola, Dia sexto, Meditacion segunda.

(3) Ps. 126. v. 1.

(4) Joan. 8, vv. 49-50,

trario, cuando mis discípulos quisieron castigar con fuego del cielo el desacato que á mí se hacia, no se lo permití. Y cuando aquel jóven me llamó *Maestro bueno*, luego me despojé del honor de aquella alabanza que, dada á mí, segun él me miraba como un puro hombre, usurpaba á mi Padre la gloria de ser la fuente de toda bondad, á la cual habria de referirse cuanto se encontrase en los hombres..... Vé, pues, como el sacerdote, que investido por mí de poderes tan amplios y excelentes, trabaja en su propia gloria y grandeza, es un usurpador de los bienes ajenos, un traidor que abusa torpemente de la confianza que yo he depositado en él. ¡Qué cosa tan fea y abominable! ¡Querer lucir el criado con las cosas de su amo, y guardarse para sí las ganancias del dinero que le dió para negociarlo en provecho de su dueño! Y aun que no trabaje directamente en este intento, si honrado por los hombres no sabe referir luego á Dios aquella honra, como hicieron mis siervos Juan Bautista y Pablo cuando al primero le confundieron con el Mesias y al segundo con una divinidad..... ¡Infeliz! sus trabajos no solo no le sirven de provecho alguno sino, lo que es peor, le atraen mi enojo é indignacion, que le precipitarán fácilmente en una loca presuncion, y por último, en una desgracia eterna.»

«Aun en este mundo ¡cuántos pesares y amarguras devora el Sacerdote que no purifica su intencion en las cosas que hace! ¡Cuánta envidia de ver que otros trabajan con más fruto, que tienen ocupaciones más brillantes, que son más buscados y estimados! Si buscas mi gloria oh sacerdote mio, cuando anuncias mi palabra, tan contento estarás enseñando el credo á un pobrecito que le ignora, como predicando un discurso elocuente á un auditorio numeroso.»

En conformidad á esta doctrina, dice tambien el V. P. Rodriguez en su obra *Ejercicio de perfeccion*: «Cuando hacemos alguna cosa á fin de que de ella resulte algun provecho general ó particular de los prójimos, procuremos no fijarnos principalmente en el fruto y buen suceso de la misma, sino en hacer en ella la voluntad de Dios; de manera que cuando confesamos, cuando predicamos, cuando leemos, no habemos de poner principalmente los ojos en si se convierten, ó enmiendan y aprovechan aquellos con quienes tratamos, ó á quienes confesamos ó predicamos, sino en hacer en aquella obra la

voluntad de Dios, y en hacerla lo que mejor pudiéremos para agradecerle. El suceso de la tal obra, que el otro se enmicnde y saque fruto del sermon, con efecto, eso no nos toca á nosotros, sino á Dios, á cuya gloria y alabanza debe todo referirse.»

Por último, recomendamos á los ministros de la palabra divina tengan presentes, y mediten sériamente, los avisos que S. Francisco Javier daba á un religioso predicador acerca de la rectitud y pureza de intencion con que debia desempeñar su ministerio; avisos que, contienen una leccion instructiva é interesante digna de encomendarla y conservarla en la memoria. Dice así (1): «Como oigo por todas partes hacer el elogio de vuestras predicaciones, temo, que á fuerza de agradar á todo el mundo, no dejéis de desagradaros á vos mismo: humillaos sin cesar en vuestros buenos resultados dando toda la gloria de ellos á Dios, único autor de vuestros talentos, cualesquiera que ellos sean, y de todo el provecho que vuestros oyentes sacan de ellos. Nada os pertenece como propio en este ministerio sino las faltas que mezclais en él; creed, que si Dios dá á vuestros discursos fuerza y luz, aunque seais indigno de ello, es un favor concedido no á vuestros méritos, sino á las oraciones de la iglesia y piedad del pueblo. No olvideis que dareis á Dios una cuenta muy severa de este don que os ha confiado para ventaja de los demás.... Comparad el fruto de vuestras predicaciones con el fruto mucho más abundante que resultaria de ellas, sino poniais obstáculo á los designios de la divina bondad por vuestros pecados diarios.... Lleno de estos pensamientos, cuanto más os ensalzarán, tanto más profundamente debéis abajaros.... Os lo ruego, aplicaos continuamente á estos ejercicios del desprecio de vos mismo; si llegáreis á hacer poco caso de ellos, ó á interrumpirlos, tendria que temerlo todo por vuestra salvacion. Acordaos de tantos predicadores que, despues de haber predicado á los demas, han sido reprobados, solamente porque les faltaba la humildad; predicaban elo-cuente, admirablemente; convirtieron un gran número de pecadores, y despues de haber servido de instrumentos á las misericordias del Señor, fueron precipitados á los fuegos eternos, porque se atri-

(1) Avisos al P. Barcéo. — *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, páginas 311. y siguientes.

«buyeron la gloria debida á Dios solo. Levantando su orgullosa ca-
«beza, encontraron los rayos que Dios lanza contra los que se en-
«salzan. Para prevenir esta desgracia, calculad lo que en vuestras
«predicaciones pertenece á Dios, y lo que os pertenece á vos mismo:
«entonces no hallareis de qué gloriaros, sino mucho de qué temer y
humillaros.»

Véase por lo dicho, cuán precavido debe estar siempre el predica-
dor para no dejarse llevar y seducir del espíritu de la propia esti-
macion. Antes, durante y despues de la predicacion, es menester es-
tar de centinela contra el amor propio. puesto que, tan difícil es no
sufrir su influjo, como fácil el disimulárselo á sí mismo. El sacer-
dote que desempeña tan sagrado ministerio jamás debe permitirse
un movimiento, una frase, una palabra, para hacerse notar, para
llamar la atencion y hacer decir: *¡qué hermoso es esto! ¡qué bien di-
cho está! ¡qué bellas imágenes!* Lejos de buscar tales elogios, debe
humillarse por ellos cuando se le dán, porque esto es prueba que
ha faltado á su objeto que es la conversion. Si los oyentes estuvie-
ran verdaderamente impresionados y convertidos, no pensarían
en la forma del discurso; estarian enteramente ocupados del fondo
de las cosas.

El predicador debe olvidarse tanto de sí mismo, cuanto debe preo-
cuparse vivamente del fin que se propone lograr para la gloria de
Dios y la salvacion de las almas. No son por cierto dignos de imita-
cion aquellos que solo aspiran á cumplir su encargo de modo que
contenten á sus oyentes, y no piensan siquiera en el designio de
convertirlos; el hombre de Dios, al contrario, el verdadero predica-
dor no tiende más que á convertir, y está como enteramente absorto
en este pensamiento. Para tener esta perfecta pureza de intencion,
es preciso ser muy santo. Porque no hay más que una eminente san-
tidad que esté á la prueba de la complacencia en los brillantes re-
sultados y del desaliento en los reveses, una humildad profunda que
no tome en ninguna parte los aplausos y las alabanzas, un desapego
completo que cierre los ojos á toda mira propia para no proponerse
más que engendrar hijos para Dios, formar á Jesucristo en los cora-
zones con su espíritu y sus santas inspiraciones, dichoso de hacerle
vivir y crecer en la estima y en el amor de todos.

§. 3.º

CELO APOSTÓLICO.

No basta que el predicador haya rectificado su intencion; es necesario que se apasione, digámoslo así, de su santo ministerio, que comprenda cuánto vale para Dios y para él mismo la difusion de la caridad por toda la tierra: es preciso que tenga celo, esta virtud heroica que viene á ser como el sello del apostolado. Consiste el celo, segun espresion de San Alfonso Maria de Ligorio, en un ardentísimo deseo de hacer amar á Dios y de salvar á sus hermanos, en una santa pasion de dilatar el reino de Jesucristo en todas las almas. El modelo más perfecto de este ardor celestial por la santificacion del mundo es Jesucristo: todo lo olvidaba ante una herida abierta, ante una llaga incurable, ante una necesidad estrecha del corazon: dejaba las noventa y nueve ovejas que tenia seguras, para ir en pós de la oveja perdida, traerla en sus hombros y volverla al redil. La gloria de su Padre y la salvacion de los hombres: hé aquí el tema de sus discursos, el objeto de su predicacion, el espíritu de su ministerio y el blanco de todas sus acciones. A ejemplo de este divino modelo decia San Pablo á los Tesalonicenses (1): «*Queríamos con un vehemente deseo traer á vosotros no solamente el Evangelio sino hasta vuestras mismas almas.*» «*Gustosísimo espondré cuanto tengo, y aun me entregaré á mí mismo, por la salud de vuestras almas*», dijo en otra ocasion á los fieles de Corinto (2).

«Asi que, dice un piadoso y sabio escritor, el que se destina á ser ministro, debe tener tanta sed de la gloria de Dios y la salvacion de los hombres, quanto ni el más avaro de las riquezas, ni el más ambicioso de las honras, ni ningun general de la victoria y triunfo sobre sus enemigos. Porque este ardentísimo deseo, que proviene de la raíz de la caridad, es tan propio de los predicadores evangélicos y tan necesario para cumplir con su oficio, que en mi dictámen,

(1) 1.ª Thesalon. 2.ª v. 8.

(2) 2.ª Corint. 12 v. 15.

aquel que esté destituido de este ardor y deseo, hará bien en no emprender este oficio.»

Hé aquí la razón porque, dice S. Alfonso, ser necesario, que aquel que se dedica á la alta misión de embajador de Dios, le suplique con fervor, que le inflame y abraze en su santo amor, á fin de que sus sermones sean fructuosos. Y el que, preguntado el V. Juan de Ávila, cual era el requisito más necesario para predicar bien, respondiese: «Amar mucho á Jesucristo.» En idéntico sentido se explica Sto. Tomás de Villanueva, cuando dice: «Las palabras del predicador deben ser saetas de fuego que penetren é inflamen á los oyentes en el divino amor. Pero ¿cómo podrán inflamar los corazones aquellos sermones, por bien escritos que estén, que salen de un monte de nieve, esto es, de un corazón que no está poseído del verdadero celo apostólico y abrasado en la caridad?»

De este ardor divino se hallaba inflamado el Rey David, cuando hablando con el Señor, decía (1): «*Vi á los prevaricadores y me consumía, porque no guardaban vuestra ley.*» Igualmente que el grande Apóstol S. Pablo, cuando prorrumplía en estas sentidas palabras (2): «*¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abrazo?*» Y en su carta á los fieles de Galacia (3): «*Hijitos míos, por quienes otra vez siento dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros.*» Esto es, herido de nuevo con el grande dolor de vuestra perdición, me dispongo con gran celo y esfuerzo á pariros segunda vez y volveros á Cristo. De este fuego interior se desprendieron aquellas centellas de las siguientes palabras. (4): «*Quisiera ahora hallarme entre vosotros y mular de voz, esto es, trasformarme en todas las figuras del orador, porque me confundo en vosotros.*» Que es decir, porque estoy falto de consejo, y lleno de tristeza y congoja, y no sé á dónde volverme ni qué consejo tomar. ¡Con qué dolor, con qué lágrimas testifica él mismo haber escrito la primera carta á los de Corinto, por haber entendido que se habían apartado de la sencillez del Evangelio! Por último, ¿qué no dán á entender,

(1) Salm. 128.

(2) Corint. 11.

(3) Ad Galat. 4.

(4) Ad Galat. 4.

que no dicen del ardiente celo del Apóstol aquellas sus palabras: *«Todo lo aguanto por los escogidos, para que aquellos logren también la salvacion..... Me he hecho con todo para todos, para salvar á todos?»*

Esta buena intencion, este afecto, este abrasado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro de este oficio. Ni las escuelas todas de los retóricos, ni todos sus preceptos, podrán ayudar tanto para hacer bien el desempeño de la predicacion como este divino ardor. Porque este afecto por sí solo, que es como la mente y alma de este artificio, dá al predicador casi todo lo que há menester. Este enseña á despreciar todo aquello que más sirve para deleitar á los oídos con el sonido armonioso de las palabras y agudeza de los conceptos, que para instruir y dar salud á las almas. Este divino ardor obliga á buscar todos los modos de persuadir y mover el corazón, y de ilustrar los entendimientos de los oyentes, para infundirles el temor de Dios, é inclinarlos al aborrecimiento del pecado y de la mala vida. Este, cuando se ofrece la ocasion, mueve afectos poderosos, dá admirables documentos para vivir bien, levanta con energía los ánimos decaídos, y despierta á los dormidos. Este exclama, arguye, ruega, reprende, espanta, se pasma, se admira y se transforma en todos los afectos y figuras del decir.....

Cuando el corazón del predicador se halla poseído de este ardor, de este celo santo, que se adquiere en las súplicas fervorosas de la oracion, en el silencio de la meditacion, en el ejercicio de las virtudes y buenas obras, puede decirse, que su corazón semejante á un magnífico foco de luz y de calor, esparce sus resplandores y su fuego con la palabra, y alumbra y vivifica cuanto le rodea. Tal es el celo santísimo que admiramos en los apóstoles, y en aquellos célebres misioneros de nuestros días que, despues de partir á países extraños, alentados por él mismo, lo han manifestado en su voz, en sus palabras, en sus miradas, en todas sus acciones, revelando la dignidad del hombre apostólico. Ese celo les ha comunicado una elocuencia verdadera y natural más persuasiva y eficaz que la que pueden facilitar todas las reglas del arte, más duradera que aquella que prestan los mejores modelos, pues está sostenida por la caridad de Jesucristo, y la caridad nunca muere.

Sin embargo, este celo tiene sus límites que es necesario no traspasar nunca, y mucho menos ejerciendo el ministerio de la predicación. Un celo inmoderado arrastra al predicador á decir inconveniencias; á exagerar las justas apreciaciones que debemos formar de las máximas evangélicas, y de las enseñanzas de los Padres de la iglesia, cuyas huellas constantemente debemos seguir; y en vez de promover la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos, y la observancia de los deberes que nos ligan con Dios y con nuestros semejantes, hacemos todo lo contrario, tal vez sin pensarlo, y mucho menos quererlo. El predicador ha de tener entendido que, se aparta abiertamente del fin que debe proponerse en su ministerio, cuando, ante la consideración de los crímenes que el hombre comete, se deja llevar del ardor de un celo imprudente. Cuando los hijos del siglo oyen al predicador de Jesucristo indignarse contra los pecadores con un tono irritado, y un aspecto inflamado de cólera, concluyen por decir que tal predicador es semejante á ellos que se dejan poseer y arrastrar de la pasión, como sucede á las almas vulgares. Reprenda enhorabuena, pues jamás debe transigir el predicador del Evangelio con los desórdenes del pecador; pero hágalo siempre animado de la santa caridad, no olvidando que está constituido por Jesucristo para compadecerse de los que *ignorant* y *yer-ran*, como dice S. Pablo; y cuide muy esmeradamente de evitar toda personalidad por la que se pueda venir en conocimiento de que alguno de sus oyentes es culpable de los defectos contra los cuales predica. Lo mismo decimos respecto á alusiones acerca de las cuestiones políticas ó de aquellas que son de actualidad: porque un celo indiscreto por el triunfo de las buenas opiniones expresado en la cátedra sagrada, sobre materias de este género, podrá ser altamente perjudicial al predicador y aun á la misma causa de la religión que predica.

Concluimos diciendo: que buenas son las disposiciones naturales del predicador: entendimiento claro, memoria feliz, voz dulce y sonora, personal bien proporcionado, acción magestuosa y un grande atractivo; buenas las disposiciones adquiridas: mucho conocimiento de las artes y de las ciencias, particularmente de la sana moral y sagrada Teología y mucha lectura de los libros divinos y santos Pa-

dres, y un buen estudio y manejo de la Oratoria Sagrada; pero si le falta la caridad, si le falta el celo por la honra de Dios y salvacion de los hombres, todo viene por tierra, y un predicador adornado de tantas y tan interesantes cualidades, no será otra cosa, segun la metáfora de S. Pablo, que un metal que suena, ó campana que retiñe: *Si linguis hominum loquar, et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut æs sonans, aut cymbalum liniens.* (1). No exigiremos del ministro de la palabra divina, como dice muy bien S. Alfonso, el celo de un S. Juan Crisóstomo, quien deseaba quedar ciego, con tal que fuesen convertidas las almas de sus súbditos: *Milles optarem ipse esse cæcus, si per hoc liceret animas vestras convertere* (2); el de un S. Buenaventura, quien protesta, que hubiera aceptado tantas muertes, cuantos son los pecadores que hay en el mundo, á fin de que se salvaran todos (stim. div. amor. p. 2. c. 11.); el de un S. Francisco de Sales, quien, hallándose en su mision de Chablais durante un invierno muy crudo, atravesó intrépido un torrente sobre un pedazo de hielo, que le servia de puente, con gran peligro de perecer, solo para ir á predicar á aquellas gentes; el de un S. Cayetano, muerto por el dolor de ver perderse tantas almas por el trastorno que produjo la gran revolucion de 1647 en Nápoles, donde se hallaba el Santo; y por último, el de un Ignacio de Loyola, á quien se le oyó decir más de una vez: «que áun cuando se viera á punto de morir y con seguridad de su eterna salvacion, no obstante, escogeria quedarse en la tierra, aunque incierto de su salvacion, con tal que pudiese seguir en el auxilio de las almas»: pero si deseámos, y pedimos para todo predicador el celo del Sacerdote que ama á Dios, y tiene conciencia de su ministerio.

§. 4.º

VIDA EDIFICANTE.

Grande es la dignidad de los sacerdotes, dice S. Alfonso, pero no menos grande es la obligacion que la acompaña. Muy eminente es

(1) 1.º Corint. 13. v. 1.

el puesto á donde suben, pero preciso es tambien que les asistan grandes virtudes. Todo cristiano ha de ser perfecto y santo, pues todo cristiano hace profesion de servir á un Dios santo; más la santidad del sacerdote debe ser otra que la del seglar, porque así, *añade el Santo*, como la gracia dada al sacerdote es superior, así la vida del sacerdote ha de superar en santidad á la de los seglares. Los antiguos sacerdotes, *continúa el mismo*, llevaban escrito sobre la tiara, *Sanctum Domini*, para que se acordasen de la santidad que debían profesar. Las víctimas que se ofrecían por los sacerdotes debían consumirse todas. Y por qué? dice Teodoro: *ut integritas sacerdotis monstraretur, qui totum se Deo dicaverit* (1). Pues si esto de los sacerdotes de la ley antigua ¿qué diremos de los de la nueva? El sacerdocio de ahora, no es aquel sacerdocio de figura y representacion, es el mismo que recibió Jesucristo de su Padre: *Et ego claritatem quam dedisti mihi dedi eis* (2). Si pues el sacerdote representa á Jesucristo, dice el Crisóstomo, el sacerdote ha de ser tan puro, que merezca estar entre los ángeles: *Necesse est sacerdotem sic esse purum ut in caelis collocatus inter caelestes illas virtutes medius staret*. S. Pablo quiere que el sacerdote sea incapaz de reprension: *Oportet..... episcopum irreprehensibilem esse* (3). Y en este pasage por obispo se entiende todo sacerdote, pues el Apóstol, despues de los obispos pasa á tratar de los Diáconos: *Diaconos similiter pudicos...* sin nombrar los sacerdotes; de lo cual se infiere que la intencion del Santo es comprenderlos bajo el nombre de obispos; y así lo entienden S. Agustin y S. Juan Crisóstomo, este último, se espresa así: *Quæ episcopis dixit, etiam sacerdotibus congruit*. Fácil es entender que la palabra *irreprehensibilem* encierra la posesion de todas las virtudes: *omnes virtutes comprehendit* dice San Jerónimo (4). Y Cornelio á Lápide, esplicando la misma palabra, dice: *Qui non tantum vitio careat, sed qui omnibus virtutibus sit ornatus*

Ahora bien, si la santidad de vida se exige, segun lo dicho, á todo

(1) Qu. 3. in Levit.

(2) Joan. 17. v. 22.

(3) 1.º ad Timot. 3. v. 2.

(4) Epist. 88.

sacerdote en general ¿con cuánta mas razon no deberá serlo á los que desempeñan el sublime cargo de la predicacion cristiana? «Si tal es la dignidad y majestad de este oficio, que tiene por su príncipe y autor al mismo Hijo de Dios, y el predicador es su enviado en la tierra; ¿cuál convendrá que sea la pureza é integridad del que es destinado para tan alto empleo? Verdaderamente ni la naturaleza de las cosas sufre que se oscurezca la vida del predicador con el esplendor de tan alta dignidad, sino que se requiere que anden á porfía la limpieza é integridad de la vida con la dignidad del ministerio. Por lo que, teniendo destinado el Señor al profeta Jeremías para corregir las malas costumbres de su pueblo, le santificó estando áun en el vientre de su madre. Y así mismo purificó los labios de Isaia de toda mancha de impureza y de pecado, por medio de un querubín que fué volando hácia él, y con el fuego celestial que éste tomó del altar de Dios, para que como idóneo ministro suyo reprendiera los vicios de un pueblo malvado y rebelde. ¿Qué diré de los apóstoles á quienes el dia de Pentecostés llenó el Señor de tanta gracia del divino espíritu, para formarlos buenos maestros de la doctrina evangélica? ¿Qué de Pablo, á quien no solo llenó del propio espíritu, sino que le levantó hasta el tercer cielo, para que aprendiera entre los ángeles lo que despues habia de enseñar entre los hombres?» (1).

La historia de la iglesia nos dice haberse aumentado y enriquecido ésta mucho más con los ejemplos de los hombres santos, que con las palabras de los sabios. ¿De cuántos monjes que vivian en la tierra como ángeles no fué padre el humilde Antonio? Por él se dicen aquellas palabras de S. Agustin (2): «Levántanse los indoctos y nos arrebatan el cielo, y nosotros con nuestra ciencia nos estamos aquí revolcando en la carne y en la sangre.» ¿Qué diremos tambien de S. Francisco, quien, sin letras, puso en el paraíso de la iglesia tantos planteles de virtudes, más con ejemplos de santidad que con elegantes palabras? ¿Qué no podria decirse de tantos otros varones celosísimos á cuya vida ejemplar y edificante, más que á su ciencia, se debieron innumerables conversiones, resultado que no pudieron conseguir otros mucho más sabios y elocuentes? ¿Pero á qué multi-

(1) Lanuza—*Discursos predicables*.

(2) Lib. VIII. Confes.

plicar ejemplos sobre una cosa tan cierta como sabida? ¿Qué necesidad hay de probar lo que de suyo es tan manifiesto, que lo encontramos reconocido áun por los filósofos antiguos, quienes al definir al orador, espresan como primera y esencial condicion de éste la probidad de la vida: *vir bonus, dicendi peritus*? Pues si en el encargo de ocuparse de los asuntos del foro, y para ser creído de los jueces, se busca más la integridad y bondad de la vida que la inteligencia del arte; ¿qué dirémos del predicador, cuyo total cuidado consiste en mover á los hombres al odio de los vicios y al amor de las virtudes, más con sus obras que con sus palabras? ¡Ah! «La buena y santa vida del predicador, dice S. Agustin (1), hace mucho mayor fuerza é impresion que la más fina y persuasiva elocuencia. Y san Próspero (2):» vivir mal, y enseñar bien, no es otra cosa que condenarse con sus propias palabras.» El gran Padre S. Gregorio supone que, el predicador y maestro debe ser excelente en todo género de obras. Por eso, dice (3), «le ha llamado Dios *atalaya*, porque debe subir al colmo y sumo grado de las virtudes.» Cuando eligió el Señor á Isaias por su ministro y profeta le dijo: *Super montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion* (4) Como si dijera: tu sabiduría, tu caridad, tu celo y todas tus virtudes deben ser altísimas, para que evangelices dignamente. Sobre cuyas palabras, haciendo reflexion el referido Santo Padre, vuelve sobre sí y se lamenta diciendo: «Oh infeliz de mí! cuanto digo á los otros me condena, porque veo que son ociosas mis palabras, y que mi vida es muy diferente y contraria á mi doctrina.» Pues si así se explica un predicador tan santo, como S. Gregorio, ¿cuál no deberá ser la confusion y vergüenza de los predicadores menos virtuosos, y mucho más las de los pecadores? Verdad es que, la palabra de Dios es viva y eficaz; que no pierde su divina fuerza porque se derive por inmundos canales; que el Señor depositó su sabiduría en los labios del sacerdote y no en su corazon; que injustamente se despreciará una doctrina santa, porque sea propuesta por un hombre lleno de defectos;

(1) Lib. 4.º de Doct. Christ. cap. 27.

(2) Lib. de Sententiis.

(3) In Ezeq. 3.

(4) Isai. 40. 9.

y finalmente, que el cristiano no debe poner sus ojos en la vida sino en las palabras del sacerdote: *Non vitam, sed verba attende*. Pero el ministro de Dios debe estremecerse á vista de su dignidad, sino lleva con honor el sagrado depósito que el Señor le ha confiado. Debe considerar que profana su santo ministerio con sus malas obras, que envilece la doctrina celestial, que anuncia sacrílegamente las justicias de Dios, y toma sin decoro en su boca su santo Testamento. Ha de tener en cuenta que, todas las amenazas que publique contra los pecadores, le comprenden con mayor motivo, y él mismo pronuncia contra sí la última y más funesta sentencia cuando contradice con sus obras lo que enseña con sus palabras.

«Todo esto nos hace conocer, dice un célebre escritor eclesiástico, cuál sea el motivo porque en nuestro siglo, resonando continuamente casi todos los templos con las voces y clamores de los predicadores, vemos tan poca enmienda en las costumbres y tan pocas conversiones. Pues siendo la palabra de Dios fuego y como un martillo que quebranta las piedras, si este fuego no abrasa los pechos helados, y este martillo no ablanda los corazones de hierro, ¿cuál puede ser la causa, sino que este negocio se trata más con palabras que con ejemplos; más con letras, que con lamentos; más con el estudio de la elocuencia, que con piadosas oraciones; más con el cuidado de adquirir aplausos, que de desterrar los vicios; y finalmente con mayor ansia de hacer su nombre célebre, que de conseguir la gloria del Altísimo y la salud de los almas?... Pero bien claramente dió á entender el real Profeta cómo se habrá Dios con semejantes operaciones, cuando dice en un salmo (1): *¿Cómo te atreves pecador á predicar mis leyes, y á tomar mis palabras en tu boca?.... Ah!, si, todos estos pertenecen á la suerte de aquellos de quienes dijo el Salvador en el Evangelio (2): Dicen y no hacen: imponen cargas pesadas é insoportables, y no quieren tocarlas con su dedo.*»

Concluyámos con las siguientes interesantes líneas, que S. Alfonso escribe en su *Selva de materias predicables* (Part. 1.^ª, cap. 3.^º): «Grande felicidad es, y honra eminente en un hombre el

(1) Salm. 49.

(2) Mat. 53.

ser sacerdote, el tener la potestad de hacer bajar del cielo á sus propias manos el Verbo encarnado, y librar las almas del pecado y del infierno, el ser vicario de Jesucristo, ser la luz del mundo, el mediador entre Dios y los hombres, el verse superior y más noble que todos los monarcas de la tierra, el gozar de un poder mayor que el de los ángeles, en resúmen, el ser un Dios en la tierra, como llama san Clemente á los sacerdotes: *Nihil felicius*. Pero, al contrario, *nihil laboriosius et periculosius*; porque si Jesucristo desciende á sus manos para ser su alimento, es menester que el sacerdote sea más puro que el agua, como se manifestó á S. Francisco. Si es mediador con Dios á favor de los hombres, menester es que no comparezca delante de Dios reo de pecado alguno. Si es vicario del Redentor, es preciso que le sea semejante en la vida. Si luz del mundo, es necesario que sea todo resplandor de virtud. En suma, si es sacerdote, es indispensable que sea santo.»

§. 5.º

HUMILDAD.

La humildad y mansedumbre dice S. Alfonso, fueron las dos virtudes favoritas de Jesucristo, y en la práctica de estas virtudes quiere que le imiten sus discípulos, y sobre todo los sacerdotes, quienes deben ser tanto más humildes y mansos, cuanto más elevados se hallan sobre los demás hombres por su dignidad. Contrayéndonos á sola la virtud de la humildad, y por lo que respeta al predicador cristiano, dirémos: que son grandes y poderosos los motivos que este tiene para ser humilde. La misión la ha recibido de Dios y con su auxilio la ejerce: la doctrina que predica no es suya sino la de Jesucristo; y el fruto que con ella puede alcanzar, no á sí mismo, sino á Dios se debe, que es quien dá el incremento: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus* (1.) De suerte que al predicador puede muy bien decirsele aquellas palabras del Apóstol (2): *¿Quid habes, quod non accepisti? Si autem accepisti,*

(1) 1.º Corint. 3. 7.

(2) 1.º Corint. 4. 7.

quid gloriaris, quasi non acceperis? Con todo, tal vez no exista en el ministerio sacerdotal un escollo mayor para poner á prueba la santa virtud de la humildad que el ejercicio de la predicacion; no por otra causa, sino porque este ejercicio abre la puerta al deseo de los honores y de la vanagloria que trabaja al hombre siempre que tiene que distinguirse de los demás. Contra este deseo, altamente reprehensible en todos los hombres, y mucho más en el sacerdote, ha de luchar constantemente el predicador de la palabra divina. Los aplausos que tanto lisongean; el aura popular que tanto seduce á nuestra corrompida naturaleza; el brillante renombre que llega á engreirnos y llenarnos de hinchada vanidad, no han de venir á profanar la pureza de intencion que debe presidir en las enseñanzas sagradas de la predicacion. Si el sacerdote, desatendiendo la elevada virtud que debe acompañar á todos sus actos, en vez de predicar á Jesucristo, y á Jesucristo Crucificado, como dice S. Pablo, se predica á sí mismo, desviándose de la senda que los apóstoles han seguido, y que los Santos Padres nos han enseñado; en vez de hacer entender á los pueblos los misterios de la cruz, enseña las perniciosas teorías de la sabiduría y prudencia de la carne; entonces profana la santidad del púlpito, haciendo de este trono augusto del Evangelio el asiento de su vanidad y el pedestal de su ambicion; entonces se realiza lastimosamente lo que con el acento de la verdad ha dicho Cornelio á Lapide: *Predicator qui aplausum querit, et non conversionem populi, hic damnabitur.*

Por esta y otras razones, conviene que el predicador, en el ejercicio de su ministerio, se limite á lo verdadero, á lo que forma la doctrina de la iglesia, á la comun opinion de los doctores. Conviene tambien que evite las concepciones demasiado elevadas y sùtiles; el desarrollo de temas científicos y los puntos de vista afectados; porque todo eso pasa por encima de lo general del auditorio y se pierde enteramente, sin otro resultado, que algun que otro aplauso que lisonjee la propia vanidad. Los oyentes en su mayor parte no comprenderian nada, y si bien podrian creer que el predicador es un sabio; creerian quiza tambien que la religion no fué instituida para ellos, puesto que está tan alta y tan fuera de su alcance.

¿Y se quiere saber cuál es el gran secreto oratorio de todo esto?

Pues no es otro que la virtud de la humildad. Sí, la humildad, la santa humildad cristiana y sacerdotal, es una excelente consejera en el asunto de la predicación, como en todas las cosas. De la humildad nace el buen sentido, así como del orgullo la ofuscación del espíritu. Los defectos que se revelan en el púlpito y que no proceden de falta de capacidad ó de estudio, tienen todos su raíz en el orgullo; este orgullo de que, dice S. Francisco de Sales, «no se dan cuenta algunos predicadores», y que tanto les dificulta el desempeño de su alta misión. Prefieren declamar, porque temen pasar por vulgares, y esto les impide el ser sencillos, vivos, exactos, naturales; esto les hace hincharse, violentarse y salir de la esfera de su talento, para afectar un estilo de predicación que no solo es superior á sus fuerzas, sino que exige otra clase de oyentes.

Sea, pues, el predicador hombre de buen sentido, y de un buen sentido humilde y verdadero; y con tal que á la humildad se añada el estudio y el trabajo, que á ningun humilde son difíciles, predicará bien, porque predicará útil, fructuosa y cristianamente. El predicador debe descender todo lo posible para ponerse al alcance de los fieles que le escuchan; y como S. Pablo, hacerse todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo: *omnibus omnia factus sum ut omnes facerem salvos* (1) Diga con S. Agustin: «No soy Retórico, sino Pescador de almas»; y como este Santo Doctor, tan elocuente, tan sabio, no se desdeñe, cuando sea necesario, de balbucear cómo las madres y las nodrizas con sus niños, *dimidiata verba*, y de preferir la humildé lengua de Hipona, al erudito y brillante lenguaje de Roma.

Observémos y fijémonos sino en el eterno modelo de los predicadores, Nuestro Señor Jesucristo; veámosle en sus discursos al pueblo, en el sermón de la montaña y en las parábolas. ¡Qué sencillez! ¡Qué humildad! ¡Qué vida! y al mismo tiempo ¡qué dignidad, qué majestad incomparable! Todos los más santos predicadores han imitado este modelo; y ninguno ha sido despreciado, sino al contrario escuchado, áun por los auditorios más ilustrados, con interés, con veneración y con provecho.

Por último, y como para complemento de este artículo, trasladá-

(1) 1.ª Corint. 9, 22.

mos las sábias é instructivas reflexiones que sobre tan interesante punto hace el V. P. Alonso Rodriguez en su *Ejercicio de perfeccion* (1). Dice así: «Los que profesámos ganar almas para Dios, tenemos oficio de grandes. Para nuestra confusion bien lo podemos decir, ha-nos llamado el Señor á un estado muy alto, porque nuestro instituto es para servir á la iglesia en muy altos y levantados ministerios (para los cuales escujo Dios á los apóstoles), que son la predicacion del Evangelio, la administracion de los Sacramentos y de su sangre preciosísima..... Hízonos Dios ministros suyos, embajadores suyos, como apóstoles suyos, legados del Sumo Pontífice Jesucristo, lenguas é instrumentos del Espíritu Santo: *Tamquam Deo exhortante per nos*. Por nosotros es servido el Señor de hablar á las almas. Por estas lenguas de carne quiere el Señor mover los corazones de los hombres. Pues por esto tenemos más necesidad que otros de la virtud de la humildad, por dos razones: La primera, porque cuanto más alto es nuestro instituto y la alteza de nuestra vocacion, tanto mayor es nuestro peligro y el combate de la soberbia y vanidad. Los montes más altos, dice S. Gerónimo. son combatidos con mayores vientos. Andamos en ministerios muy altos, y por eso somos respetados y estimados de todo el mundo, somos tenidos por Santos, y por otros apóstoles en la tierra, y nuestro trato es todo santidad, y hacer santos á los que tratamos. Grande fundamento de humildad es menester para no dar con tan alto edificio en tierra: gran fuerza y gran caudal de virtud son necesarios para sufrir el peso de la honra y ocasiones que vienen con ella; cosa dificultosa es andar entre honras, y que no se pegue algo al corazon. No todos tienen cabeza para andar en alto. ¡Oh cuántos se han desvanecido y caido por faltarles este fundamento de humildad.....! La segunda razon por la cual tenemos más particular necesidad de humildad, es para hacer fruto con esos mismos ministerios que tenemos; de manera que no solo nos es indispensable á nosotros, para nuestro propio aprovechamiento, sino tambien para ganar nuestros prógimos y hacer fruto en sus almas. Uno de los principales y más eficaces medios para esto es la humildad, que desconfiamos de nosotros mismos, y no estribemos en

(1) Part. 2.º Trat. 3.º cap. IV.

nuestras fuerzas, industria, talento y prudencia, sino que pongamos toda nuestra confianza en Dios, y á El lo refirámos y atribuyámos todo.»

§. 6.º

ESPIRITU DE ORACION.

Si la oracion mental, moralmente hablando, es necesaria á todos los cristianos, cómo escribe el doctísimo Suarez, más lo es á los sacerdotes; porque estos necesitan de mayores auxilios de Dios, ya por la mayor obligacion que tienen de aspirar á la perfeccion, ya tambien porque se hallan elevados a una dignidad que exige una vida pura y santa, y porque el Señor los ha destinado á trabajar en la salvacion de las almas. De aquí es, dice S. Alfonso, que para cumplir estas diferentes obligaciones, necesitan de doble alimento espiritual, á la manera que á las madres, cuando crian, les es necesaria doble comida material, á saber, para sí mismas y para sus hijos.

Nuestro divino Salvador, á pesar de que no tenia necesidad del silencio de la soledad para hacer oracion, porque su alma, gozando de la vision intuitiva de Dios, en todos lugares y en medio de sus ocupaciones contemplaba á Dios, y oraba por nosotros; sin embargo, para enseñarnos la necesidad que tenemos de la oracion, se apartaba de la muchedumbre, como refiere S. Mateo, y *se iba solo al monte á orar*. Sabido es tambien, que antes de dar principio á la carrera de su predicacion, se retiró al desierto, donde ayunó por espacio de cuarenta dias, entregándose á la oracion en todo este tiempo, y enseñando con su ejemplo á los sacerdotes, y muy particularmente á los predicadores, cuan necesaria les es la oracion para el desempeño de su difícil ministerio. ¡Ah, si el predicador necesita grandes fuerzas y grandes luces, y no puede tenerlas el que no hace oracion: *Accedite ad eum et illuminamini* (1) Necesita ciencia, es verdad, pero antes que esta debe tener el espíritu de oracion: *Attende tibi, et doctrinæ*, escribia S. Pablo á Timoteo (2). En primer lugar *Tibi,*

(1) Psal. 36.

(2) 1.ª Timot. 4. 16.

es decir, daos á la oracion, porque en ella el Sacerdote se ocupa de sí mismo; y despues *doctrinæ*, esto es, al estudio, para hallar en él el medio de salvar al prógimo. Aun cuando poseamos todas las ciencias, sino sabemos amar á Jesucristo, de nada nos servirán para la vida eterna. Pero si supiéremos amar á Jesucristo, todo lo sabremos y seremos felices. Bienaventurado, pues, aquel á quien se ha comunicado la ciencia de los santos, la cual consiste en amar á Dios: *Et dedit illis scientiam Sanctorum* (1) Una palabra salida de la boca de un sacerdote predicador que ama verdaderamente á Dios, producirá mucho más fruto que mil bellos y sabios discursos pronunciados por aquellos que no le aman sino medianamente.

Pero esta sublime ciencia de los Santos no se aprende por el estudio y lectura de los libros, sino por medio de la oracion, en la que, el crucifijo es aun mismo tiempo el maestro que enseña y el libro que debemos leer. Preguntando un dia Sto. Tomas á S. Buenaventura, en qué libro habia adquirido tantos conocimientos, éste, mostrándole un crucifijo: *«hé aquí, le respondió, en donde hé aprendido todo cuanto sé.* Un momento de oracion puede comunicarnos mayores luces, que diez años de estudio en medio de los libros. ¡Oh, cuántos mayores conocimientos adquirió S. Felipe Nerí en las catacumbas de S. Sebastian, donde pasaba noches enteras orando, que en los libros que habia leído! ¡Cuánto más aprendió S. Gerónimo en el fondo de la cueva de Belen, que en todos los profundos estudios que habia hecho! Dejemos, pues, á los sabios del mundo su ciencia, á los ricos sus fortunas y á los Reyes sus reinos; por lo que toca á nosotros los sacerdotes, sea Jesucristo nuestra ciencia, nuestra riqueza y nuestro reino. Esta verdadera ciencia debe venir principalmente de Dios, y Dios la concede á quien se la pide: *Si quis indiget sapientia, postulet á Deo, qui dat omnibus affluenter* (2)

No niego que el estudio es muy útil y aun necesario al predicador (continúa diciendo S. Alfonso), pero le es mucho más necesario aun el estudio de Jesús crucificado. Los santos Apóstoles fueron los mejores operarios evangélicos del mundo; no obstante, conociendo que los trabajos que emprendian para la salvacion de las almas, absor-

(1) Sap. 10.

(2) Jacob. 1. 5.

viendo todo su tiempo, les apartaban de la oracion, establecieron los diáconos, á fin de que, auxiliados por ellos en estas obras exteriores, pudiesen fácilmente aplicarse á la oracion y al ministerio de la divina palabra: *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus* (1). Ante todo conviene aplicarse á la oracion, y despues á la predicacion, porque sin la oracion producen muy poco fruto los sermones; pues solo Aquel que conoce los corazones de todos, es quien puede saber lo que más conviene hablar al predicador para el provecho de las almas.

«Pudiendo decirse muchas cosas, expresa S. Agustín (2) sobre cada «materia, y estas de diversas maneras; ¿quién sabe lo que será más «conveniente al provecho de las almas, sino aquel que conoce los «corazones de todo? ¿Quién hará que hablemos lo que conviene y «del modo que conviene, sino aquel en cuyas manos estamos nosotros y nuestras palabras? Si pidió la reina Ester á Dios, que pudiese «en su boca palabras dignas para hablar á Asuero en beneficio de su «pueblo ¿con cuánta mayor razon deberá pedir esta gracia el que «ha de trabajar con las palabras y la doctrina para la salvacion de «los hombres?»

Para que el Sacerdote predicador pueda atraer á Dios muchas almas, es preciso que él se ponga primeramente en disposicion de ser atraído á Dios. Así lo han practicado todos los Santos operarios evangélicos, como Sto. Domingo, S. Felipe Nerí, S. Francisco Xavier, S. Juan Francisco Regis y otros. Estos hombres apostólicos empleaban todo el día en alivio de sus hermanos, y pasaban en oracion la mayor parte de la noche. Más almas ganará para Dios un predicador de mediano saber, pero animado de un grande celo y de espíritu de oracion, que otros más hábiles, sí, pero tibios. Sto. Tomás de Villanueva decía que: para mover los corazones é inflamarlos en el amor de Dios, eran necesarias palabras encendidas, que fuesen como otras tantas saetas de fuego del amor divino. Pero, ¿cómo, añade el mismo Santo, podrán estas saetas encendidas salir de un corazon helado? La oracion es la que inflama el corazon de todos aquellos que trabajan en la viña del Señor, y á su natural hielo le sustituye el fuego del divino amor.

(1) Act. 6. 4.

(2) Lib. 4. de Doctrina Christ.

En efecto, ¿qué podrá hacer el más sabio y elocuente predicador sin el calor de este divino espíritu, sin este rocío saludable que es efecto de la gracia? «Bien que plante y riegue, dice S. Agustín, pero no está en su mano dar incremento y fruto á su trabajo. Así como el labrador puede muy bien arrojar su trigo en la tierra y regarla, más no es obra suya, sino reservada al poder del cielo, que arraigue en ella y dé fruto; así el predicador, aunque arroja el grano de la divina semilla en los oídos del hombre, no puede por sí, y sí solo Dios, hacer que penetre en su alma y la fecunde.» Cuando el Señor dió poder á Moisés para que sacase agua de la piedra, le dijo: «Tú la herirás con la vara, y yo estaré en ella ablandando su dureza, y disponiéndola para que se convierta en una fuente de agua cristalina.» *En ego stabo ibi coram te, supra petram Horeb, percutiesque petram.....* (1). Ved aquí lo que es necesario para que las palabras del ministro de Dios saquen del corazón humano aguas de contrición: que el Señor esté en él, le mueva y le disponga. Esto es lo que el apóstol S. Pablo pedía tan encarecidamente á Dios, y para lo cual interesaba también las oraciones de los fieles: *Orantes simul et pro nobis, ut Deus aperiat nobis ostium sermonis ad loquendum misterium Christi, ita ut oportet me loqui* (2). Y esto es lo que igualmente deben pedirle los ministros de la palabra evangélica: que forme en ellos un corazón nuevo, que renueve en su pecho su espíritu, y les comunique sus divinas luces, para poder enseñar á los pecadores los caminos de su justicia. La oración fervorosa de Jacob le hizo fuerte y victorioso de su hermano. Por este mismo medio se han de formar los fuertes de Israel, los operarios apostólicos, enviados por Dios para la difícil conquista del corazón humano. La oración les hará dignos de que el Señor los llene del Espíritu de su divina inteligencia, y les conceda un caudal de palabras tan poderosas, que como lluvia celestial fecunden y animen la tierra.

(1) Exod. 17. 6.

(2) Ad Colos. 4. 3.

§. 7.º

CIENCIA.

Basta al predicador considerar su ministerio, para convencerse de la necesidad que tiene de adquirir los conocimientos que exige indispensablemente, ó sea, la ciencia debida para su buen desempeño. Dos cosas, dice S. Gerónimo, son principalmente necesarias al que por oficio ha de anunciar los misterios del Señor: *grande estudio y fervorosa oracion* (1) «El predicador, continúa el Santo, debe ser sabio. Sus palabras han de estar sazonadas con la leccion de las sagradas Escrituras. No ha de ser el predicador gárrulo y parlador vano y sin razones; sino muy instruido en los misterios del Señor y en sus sacramentos: *misteriorum peritum, et sacramentorum Dei eruditissimum.*» «Siendo su obligacion, dice el Nacianceno (2), enseñar á todos, debe ser más sabio é instruido que todos, y habiendo de preparar en sus palabras un manjar sazonado al gusto de ricos y pobres, de nobles y plebeyos, de sabios é ignorantes, ha de tener toda la instruccion necesaria para una empresa tan difícil.» «Los predicadores, espresa S. Agustin (3), son vasos por los que se derrama el licor de la divina sabiduria. Deben llenarse estos vasos, para que viertan despues la doctrina celestial, segun lo que dijo el Profeta. *Eructavit cor meum verbum bonum.*» Y S. Alfonso Maria de Liguorio confirma esto mismo, en su *Selva de materias predicables* (4), diciendo: «Para salvar las almas no basta predicar, es necesario, predicar como se debe. Para hacerlo bien se requiere la instruccion y el estudio.» Y S. Bernardo declara lo propio en dos palabras: *Infunde, ut effundas*

Es verdad que, Jesucristo prometió á sus discípulos que pondria en su boca palabras con que confundiesen al mundo; manifestándoles no pensasen ni se affigiesen en buscar razones con que persuadir.

(1) Epist. ad. Nepot.

(2) Apolog. 11.

(3) Lib. 4.º de Doctri. Christ. cap. 6.

(4) Part, seg. Instruc. IV.

Pero esta asistencia inmediata del Señor, que suplió por altísimos fines de su sabiduría la ignorancia de los primeros apóstoles de su iglesia, no escusa á sus sucesores la obligacion de instruirse y llenarse con el estudio y meditacion de las verdades santas que han de anunciar á su pueblo. Fué aquel un prodigio de la divina omnipotencia conveniente en el establecimiento de la iglesia para convencer al mundo de que era obra de Dios y no de la sabiduría y poder humano «Mas aún cuando la mano de Dios, dice S. Agustin (1), conquistó el mundo, y estableció el Evangelio por unos hombres pobres «é ignorantes, á quienes llenó de su sabiduría y fortaleza; predicada ya la fé, y asentado ya en el mundo el estandarte de la cruz, «quiere que sus ministros se preparen é instruyan en todo lo necesario para combatir á sus enemigos y defender su iglesia santa. «Quiere que haya escuelas en donde se enseñen las sagradas letras y «las ciencias naturales; pues de toda clase de armas necesita el fiel «ministro de Dios para el desempeño de su cargo.» Conforme á esto, expresa tambien S. Gregorio (2): «Debe haber subido á la alta cumbre de la sabiduría el que haya de evangelizar á Sion: debe escudriñar la sabiduría de los *antiguos*, esto es; los libros santos, los hechos de los primeros fundadores de la iglesia, sus costumbres y su doctrina: debe vacar al estudio de los profetas, á la interpretacion de las parábolas. La santa Escritura y los escritos de los padres y expositores deben haber sido su ocupacion por mucho tiempo.»

Grande ejemplo nos han dejado en esta parte S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, el Nacianceno y otros, quienes, antes de comenzar á predicar, pasaron muchos años en el retiro, ocupados únicamente de la meditacion y del estudio; y sabida es la repugnancia que manifestó S. Agustin al ministerio de la predicacion que le confiara el Obispo Valerio, por creerse incapaz de instruir al pueblo desde la cátedra sagrada. «Si no quereis darme tiempo para adquirir lo que veo que «me falta, le decia, ¿quereis pues que perezca? Valerio, mi querido «padre, ¿dónde está vuestra caridad? Porque ¿qué habré de responder al Señor cuando me juzgue? ¿Le diré que estando ya empeñado «en los empleos eclesiásticos no me ha sido posible instruirme de lo

(1) Lib. 2.º de Doctrin. Christ. *per totum*.

(2) In Pastor. p. 2. cap. 4.

«que me era necesario para desempeñarlos bien.....?» Y notemos que, cuando S. Agustín hablaba así, había ya escrito obras llenas de sabiduría en defensa de la religion. Véase, pues, cuán necesario é importante es que el predicador tenga la aptitud competente para desempeñar bien su ministerio.

Para probar esta aptitud, que consiste en la provision suficiente de entendimiento y doctrina para predicar con provecho la palabra de Dios, no basta el solo hecho de ser sacerdote. Hay varios ministerios en la iglesia, y no todos los sacerdotes son igualmente á propósito para todos. San Pablo nos advierte que unos han sido particularmente destinados para unas funciones y otros para otras. Hé aquí porqué los obispos tienen que distribuir los cargos segun las aptitudes. Para evitar las dificultades que podrian sobrevenir del juicio individual de cada uno acerca de su aptitud, la Iglesia estableció la institucion de los sínodos, que sirven para calificar las aptitudes, y son una condicion prévia para dar las licencias. El que tiene, pues, las necesarias para predicar, puede ya, sin inquietarse en la conciencia, ejercer este ministerio sagrado. Sin embargo, es muy conveniente decir algo sobre los estudios propios del que tiene que desempeñar el ministerio de la predicacion en todos los objetos que comprende, y los que por lo ménos debe adquirir para la instruccion y edificacion de los fieles.

Cierto es que la materia propia de la predicacion consiste precisamente en el Évangelio, segun está mandado por Jesucristo: *Prediccate Evangelium omni creaturæ....*; pero como el Santo Evangelio es el centro de todas las relaciones que abraza la ciencia sagrada, su estudio es objeto de otros muchos estudios, y por lo mismo, no basta decir en general que se ha de predicar el Evangelio, sino que es necesario explicar el estudio que exige su perfecta predicacion. Todas las relaciones históricas, dogmáticas, morales y áun doctrinales de este divino libro, deben ser estudiadas por el predicador. ¿Cuáles son estas relaciones? Primero, las del antiguo con el nuevo Testamento; segundo, las de ámbos Testamentos con la doctrina de la iglesia; tercero, las de los escritos de los Santos Padres con la Escritura sagrada y la accion de la iglesia; cuarto, el movimiento moral de la especie humana, consignado en la historia; quinto, las que la razon

bien dirigida percibe entre la doctrina y la conducta. Hé aquí lo que debe tener bien estudiado el predicador, para que en el púlpito sea capaz de llenar todos los deberes que le impone su ministerio. Estos diferentes objetos de estudio lo son en tanto que constituyen el fondo mismo de la elocuencia sagrada; y por consiguiente, lo mismo es tratar de los estudios que requiere para su buen desempeño el ministerio de la predicacion, que indicar y caracterizar las verdaderas fuentes de la elocuencia sagrada. Hablarémos, pues, en primer lugar, de la Santa Escritura; en segundo, de los Padres; en tercero, de la Teología dogmático-moral; en cuarto, de la Filosofía cristiana é Historia Eclesiástica; en quinto, de la ciencia de la vida espiritual.

I.

LA ESCRITURA SAGRADA.

La Escritura sagrada es un solemnísimo Testamento que contiene las disposiciones más augustas de nuestro Padre celestial con que nos llama á la herencia y posesion del reino eterno. Es el gran libro por excelencia, como que es el libro de Dios, que contiene todas las verdades, la palabra celestial, la ley santa del Señor. Es el libro de la vida, donde el cristiano halla todas las enseñanzas neesarias; el tesoro abundantísimo, donde podemos abastecernos á nuestro arbitrio; es el pan del alma y el sustento del espíritu. ¿Qué extraño es por tanto, que nuestra madre la iglesia recomiende á todos su lectura y meditación y muy especialmente á los sacerdotes, á quienes manda anunciar y explicar al pueblo las santas Escrituras, como tan importantes para mantener el esplendor de la religion, la pureza de costumbres y el bien espiritual de los fieles?

Sí, los sacerdotes, á quienes el Señor ha dado la gran mision de evangelizar al mundo, no pueden prescindir del estudio de los libros santos, cómo que estos le suministran los medios más poderosos para desempeñar su sagrado ministerio. El Apóstol, escribiendo á Timoteo, explica lo provechoso del estudio de la santa Escritura, descubriendo en ella cuatro propiedades que corresponden admirablemente á los cuatro fines que N. S. Jesucristo se propuso al confiar á sus

apóstoles y sucesores de estos el encargo de predicar su celestial doctrina: enseñar la verdad, rebatir los errores, reformar las costumbres, y dirigir las almas por el camino de la justicia: *omnis scriptura*, dice (1), *divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in omni justicia*. A los predicadores cristianos puede muy bien repetírseles aquellas palabras que en otro tiempo dijera el Señor á los hijos de Israel (2): «No se aparte el libro de esta ley de vuestra boca: antes con atento ánimo estudiareis en él de día y de noche, para que hagais y guardéis conforme á todo aquello que está en el escrito; porque entonces hareis próspero vuestro camino y os gobernareis con prudencia.» Igualmente puede hacérseles el encarecido encargo que el Papa S. Gregorio á Teodorico (3): «Te recomiendo estrechamente, le decia, que te apliques al estudio de las santas Escrituras y medites cada día las palabras de tu Criador.» En efecto, el predicador que no lee y medita la sagrada Escritura, se aparta del ejemplo y conducta de los Apóstoles, Padres y Doctores de la iglesia, de cuyas divinas páginas recibieron la doctrina que tan luminosamente explicaron; renuncia su elevada mision; abdica su carácter de embajador de Cristo, y no puede ser considerado por los fieles como dispensador de los misterios de Dios. Nada puede excusarle la falta de este estudio, nada que pueda retraerle; porque si bien hallamos en los libros santos algunos lugares que parecen de difícil inteligencia, y otros que, encierran misterios profundos y verdades que no podemos penetrar; este inconveniente se desvanece, con tal que en el manejo y lectura de aquellos tengamos por guía á la iglesia, nuestra madre y directora, y observemos las reglas que para ello nos prescribe. Al poner esta en nuestras manos las Escrituras santas, pretende preservarnos de lo que S. Pablo llama *ciencia de falso nombre*, más no apartarnos del verdadero conocimiento, é imitacion de Jesucristo. Quiere que todas las leámos, pero con madurez y con la sobriedad que pide el Apóstol. Lejos de sernos motivo de retraimiento de su lectura la profundidad y alteza de los divinos libros, deben servirnos de incentivo

(1) 2.º ad Tim. 3. 16.

(2) Josué 1. 8.

(3) Epist. 9. lib. 4.º

y estímulo para aplicarnos con mayor desvelo á descubrir esos tesoros escondidos en ellos; y más cuando nos consta, que los misterios que suelen estar ocultos á los letrados y soberbios, se revelan y descubren á los rudos y á los humildes: *Abcondisti hæc à sapientibus, et revelasti ea parvulis....* El sentido que no encuentra en un Salmo un filósofo hinchado, lo percibe y saborea un lego humilde y sin letras cual un Diego de Alcalá, ó una virgen tierna y enamorada como Teresa de Jesús.

La especie vertida por algunos, intencionada acaso para retraer de su estudio, de que las santas Escrituras carecen de elegancia, ó están faltas de elocuencia, es enteramente gratuita y falsa, (1). Inspiradas por Aquél que es la sabiduría por esencia, fuente de toda verdad y Padre de las luces; en ellas, como dice S. Agustín, «se encuentra todo, lo grande y lo tierno, lo triste y lo vehemente como lo patético.» No hay por tanto razon alguna para que el predicador cristiano pueda dispensarse del importante estudio de los libros santos; por el contrario, sin dicho estudio, es sentir de todos los Padres y Doctores de la iglesia, que no podrá cumplir dignamente su sagrado ministerio. ¡Ay del dia en que se desterrara del púlpito la autoridad de las santas Escrituras! En ese dia el predicador, que tiene

(1) Hablando Fenelon de la elocuencia y sublimidad de las santas Escrituras, y haciendo comparacion de estas con los escritos de los filósofos antiguos, dice: «La diferencia que hay es toda en honor de la Escritura, pues los aventaja á todos infinitamente en viveza, naturalidad y sublimidad. Ni el mismo Homero se acercó jamás á la sublimidad de Moisés en sus cánticos. Ninguna oda griega, ó latina ha podido llegar jamás á la sublimidad de los Salmos.... Nunca Homero ni ningun Poeta se igualó á Isafas pintando la majestad de Dios, á cuyos ojos los Reinos no son más que un grano de polvo.... En este Profeta unas veces se halla toda la dulzura de la Egloga, como se vé en las halagüeñas pinturas que hace de la paz; otras veces se eleva hasta dejarlo todo debajo de sí. Pero ¿qué cosa hay en la antigüedad profana que pueda compararse al tierno Jeremías llorando los males de su pueblo? ¿ó á Nahun viendo de lejos en espíritu caer la soberbia de Nínive, bajo los esfuerzos de una armada innumerable? Al leerlo parece que se vé la armada, y se oye el ruido de las armas y de los carros. Todo está pintado de un modo tan vivo, que embarga la imaginacion, de suerte que, no se puede dudar que deja muy atrás á Homero. Léase tambien á Daniel denunciando á Baltasar la venganza de Dios dispuesta á caer sobre él, y búsquese en los más sublimes originales de la antigüedad alguna cosa que pueda compararse con estos pasages. Por otra parte, todo se halla bien sostenido en la Escritura; todo guarda en ella el carácter que debe tener, como la historia, la relacion menuda de las leyes, las descripciones, los pasages vehementes, los mis

una nusion divina, se confundiria con los oradores profanos que no gozan de otro predicamento que de aquel que les dán sus palabras.

MÉTODO CON QUE HA DE PROCEDER EL PREDICADOR EN EL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Para que al predicador sea provechoso el importantísimo estudio de los libros santos, creemos, ha de ayudarle mucho el conocimiento de algunas reglas, y entre otras, las siguientes: 1.^a El estudio de la sagrada Escritura debe hacerse con respeto profundo, afieion, grande deseo de aprovechar, humildad y afecto de amor de Dios. El espíritu mismo que inspira donde quiere, manifiesta el arcano de sus palabras, no á los vanos y presumidos que aborrece, sino á los humildes y devotos que ama, y de que gusta. El afecto de caridad, de humildad y devocion es la llave de oro para romper los sellos de los sagrados libros, y penetrar sus arcanos y misterios; y este mismo fuego que inflama y enciende la voluntad, es la antorcha más clara y brillante para el conocimiento é interpretacion de ellos. En esto fundó aquella su regla magistral el Padre S. Agustin, cuando á este propósito dijo: «Cualquiera que se persuada entender la divina Escritura, si con este conocimiento no levanta el edificio de la caridad de Dios y del prójimo, sepa que no lo entiende.»

2.^a El predicador debe hacer extensivo su estudio á toda la Sagrada Escritura, sin perjuicio de que lo aplique con asiduidad á aquellos libros de la misma que puedan serle de mayor aprovecha-

terios y los discursos morales. Respecto del nuevo Testamento, se explica así: «Seria fácil demostrar por menor con los libros en la mano, que no hay predicador alguno en nuestro siglo, que sea tan figurado en sus sermones, aun en los más preparados, como lo fué Jesucristo en sus predicaciones populares; no hablo de sus discursos referidos por S. Juan, en donde todo es sensiblemente divino, sino de otros más familiares escritos por los demás evangelistas. Los Apóstoles escribieron del mismo modo, pero con la diferencia que, Jesucristo, maestro de la verdad, la distribuía tranquilamente. Decía lo que le agradaba, y lo decía sin hacer esfuerzo alguno.... Los Apóstoles, al contrario, se rinden al peso de las verdades que les han sido reveladas.... pero, no obs;ante, todo en ellos es noble, vivo, y patético. En cuanto al Apocalypsis, se halla en él la misma magnificencia y el mismo entusiasmo que en los Profetas...» (Diálogo III)

miento. En los del antiguo Testamento, particularmente en el Eclesiástico, Sabiduría y Eclesiastés, hallará saludables preceptos y consejos sobre la moralidad y buenas costumbres; los Salmos encierran un rico tesoro, y en ellos se explican los atributos de Dios; en Job, Tobías, Judit y Ester se descubren los grandes modelos de paciencia, caridad, fortaleza y misericordia. En el nuevo Testamento, tenemos como principal el libro de los santos Evangelios, que es el alma y vida de la predicación, puesto que es la predicación oral y ejemplar de Jesucristo; las epístolas de S. Pablo contienen documentos importantísimos para estimular á la práctica de la virtud, al apartamiento del vicio, aprovechamiento de las gracias, ejercicio de las obras de misericordia, y á mantenerse y progresar en el camino de la perfección.

3.^a No conviene aglomerar textos para probar una misma cosa, como algunos lo hacen, más por alarde de erudición y memoria que para edificación; pocos y bien explicados harán mayor impresion en los oyentes y acreditarán más al predicador que muchos relatados sin orden ni método (1).

4.^a En los pasajes oscuros consulte á los intérpretes y expositores, como Cornelio á Lápide y otros; en los símiles y comparaciones procure que la aplicacion se haga sobre cosas dignas y sin que se falte al respeto grande que nos merece la Escritura Sagrada; y así mismo, cuando se hace uso de alguna parábola, preciso es explicar al auditorio las máximas morales que contenga, y contraerla al asunto con naturalidad y sin violencia. Las parábolas cautivan mucho el ánimo y atencion de los oyentes, que se complacen en todo lo que les mueve y ocupa. Jesucristo se sirvió de ellas como medio poderoso para introducir su doctrina de un modo indirecto y más suave en el corazón del pueblo judío: *sine parabolis non loquebatur*....

5.^a Proceda con discernimiento respecto á los sentidos de la sa-

(1) Los textos que se citen deben ser escogidos, é ir acompañados de su correspondiente traduccion. Escogidos; esto es, tales que por su brevedad, claridad y energía se impriman fácil y hondamente en la memoria, y sean como un resumen de las principales bases de la fé y la moral, por la íntima relacion que con ellas tengan. Traducidos en el idioma de los oyentes; porque los no traducidos, y por consiguiente no comprendidos, quedan como perlas ignoradas ó perdidas.

grada Escritura. Estos son cuatro, segun los distinguen los autores, y expresan aquellos versos tan sabidos:

Littera facta docet: quid credas allegoria:

Quid speres anagoge: quid agas tropologia.

El sentido literal debe ser preferido al místico, no sacando apenas argumento alguno de este, á no ser que los Padres ó expositores sagrados le hubiesen dado aquella interpretacion; y tanto sobre estos como los demás, bueno será tener presentes las reglas que señalan los autores tratando de la Sagrada Escritura como uno de los lugares teológicos.

El mejor medio para el acierto y facilidad en las citas de los testimonios de la Escritura Santa es el estudio de esta; más como no todos lo han hecho, pueden servir al objeto el *Index biblicus*, algun prontuario bíblico como el de Metz, y las mismas Concordancias, en especial las de Raze, que ahorran muchísimo tiempo. Supongámos que se quiere predicar de la paciencia: búsquese *patiens, patior, patientia*, con sus contrarios y afines: *impatiens, impatientia, tolerare, fortitudo*, etc.; y tomando los textos que mejor prueben la proposicion que se intenta explanar, se sacará un admirable partido de esta fuente riquísima.

II.

LOS SANTOS PADRES.

Los Padres de la iglesia son los verdaderos intérpretes de los libros santos, como que Jesucristo quiso asociarlos al magisterio que sobre los hombres le competía exclusivamente, auxiliándolos con luces superiores para el desempeño de tan sublime cargo. Son los canales de la tradicion, pues ellos nos manifiestan cual sea la creencia de la iglesia sobre puntos de la fé y de la moral, sin que sea permitido explicar la Escritura Sagrada en sentido opuesto á su doctrina constante y uniforme. El predicador, de cualquiera materia que ocurra tratar, tendrá á su disposicion una riqueza inmensa en las obras de los Santos Padres, encontrando en ellas doctrina sólida, pruebas abundantes, reglas y su aplicacion. Por elocuente que sea un predi-

cador, dice Mr. Rollin, por profundos que sean sus conocimientos, le faltará siempre un requisito esencial si prescinde de las obras de los Santos Padres. Estos hombres celosos á la vez que sábios, se aprovechaban de todos los medios y de todas las ocasiones de instruir y edificar á los fieles, de mover á la virtud y hablar de los misterios de la fé y de la moral del Evangelio. Así que, en sus escritos encontramos ámpliamente discutido y sólidamente probado todo el dogma, toda la doctrina moral, la disciplina é historia de la iglesia. Pero lo que más llama la atención, más áun que la abundancia y diversidad de materias, y merece observarse en las obras de los Padres, es aquel consentimiento universal, aquella unidad de doctrina que forma una série de tradicion tan indivisible como la misma verdad: aquel concierto unánime de tan gran número de doctores en lo sustancial de las cosas, sobre todos los puntos principales, y en cada artículo de nuestra fé reconocido por la iglesia. Ni la distancia de los lugares en que habitaron, ni la diferencia de costumbres é ideas, como de idioma é indole, ni lo remoto de los tiempos que enlaza con los primeros discipulos de los apóstoles; nada hace poner la menor diversidad en la enseñanza pública, nada hay que impida, ó mejor decir, que no concurra á formar esta cadena de tradicion, oráculo no ménos seguro que el depósito de las revelaciones de la Escritura, de la que es como complemento.

«En esta muchedumbre inmensa de tantos grandes hombres, prosigue el citado Mr. Rollin (1), se nota la rica variedad de los talentos naturales, como dones recibidos del cielo; admírase, particularmente en S. Atanasio, la sagacidad, agudeza y fuerza del raciocinio: la unción y dulzura de estilo en S. Ambrosio: la grandiosa y patética elocuencia en el Crisóstomo: la precision en S. Basilio: la sublimidad unida á la exactitud en el Nacianceno: el nervio y erudicion en S. Gerónimo: en fin, todo lo que la mayor parte de estos dotes juntos tiene de más útil para la iglesia, empleado por Agustino; hallándose al mismo tiempo una invariable conformidad de doctrina en todos ellos.»

Al recomendar, como lo hacemos, el estudio de los Santos Padres á todo aquel que haya de ejercitarse en el ministerio de la predica-

(1) Catecis. filosof. Tom. 3. art. 5.

cion, no es nuestro intento aconsejar la lectura de todos sus voluminosos escritos. Conocemos la dificultad grande que esto ofrece; pero sí que, sin perjuicio de consultar algunas materias determinadas en los otros, se estudien las obras de uno ó dos por lo ménos, señalando el V. Fr. Luis de Granada, como preferentes, las de S. Juan Crisóstomo y de S. Agustin. Este consejo de Fr. Luis le vemos confirmado por el ya mencionado profesor francés Rollin, quien dice: «El que posea bien las homilias de S. Juan Crisóstomo y los sermones de san Agustin sobre el antiguo y nuevo Testamento con algunos otros pequeños tratados de este último Padre, tendrá con ello cuanto es necesario para formar un predicador excelente. Estos dos grandes maestros bastarán para enseñarle cómo se debe instruir á los pueblos, haciéndolos aprender á fondo y por principios la religion; explicándoles con claridad el dogma y la moral, y sobre todo, haciendo que conozcan bien á Jesucristo, su doctrina, sus hechos, sus padecimientos, sus misterios: y esta instruccion tendrá toda ella por base el texto de la Escritura, cuya explicacion se acomoda al alcance y al gusto asi de los ignorantes como de los sábios, y fija las verdades en el entendimiento de un modo más fácil y agradable.»

Antes de concluir este artículo, creemos conveniente hacer algunas observaciones atendibles en el estudio de los Santos Padres: 1.^a, que debe tenerse presente el tiempo ó época en que estos escribieron; 2.^a las circunstancias en que lo verificaron, y á quienes dirigian su palabra ó escritos; 3.^a, que siendo la predicacion una de sus muchas y graves ocupaciones, se cuidaban más en ciertas ocasiones de lo que habian de decir que del modo de hacerlo, y asi no es extraño que, en algunos de sus escritos se hallen ligeras imperfecciones, poco esmero en el estilo, y pasages redundantes; sin que deba perderse de vista tampoco el mal gusto que dominaba en su época respectiva; 4.^a, que no se atienda tanto á las palabras cómo al sentido de las mismas, pues en los Santos Padres es bastante comun hacer la version de escritos por el sentido, más bien que sujetándose al materialismo de las palabras; 5.^a, que hay ocasiones en que hablan ó escriben los Santos Padres como predicadores, y otras como teólogos puramente. En el primer caso, sus palabras no han de ser entendidas en todo el rigor de la expresion, sino muchas veces hay que tomarlas en senti-

do hiperbólico, como procedentes del fervoroso celo de que estaban poseídos. Así v. gr., cuando san Juan Crisóstomo en la predicacion exhortaba al pueblo á la constante lectura de las santas Escrituras, no ha de entenderse que los libros sagrados hayan de ser manejados indistintamente por toda clase de personas, sino de la necesidad que el pueblo tiene de recibir la enseñanza é instruccion de los mismos.

Algunas otras reglas se dán para la buena inteligencia, interpretacion y exposicion de los escritos de los Santos Padres, que el predicador podrá consultar en los autores teológicos, y que omitimos en obsequio de la brevedad.

III.

LA TEOLOGÍA DOGMÁTICO-MORAL.

A parte del de la Sagrada Escritura y Santos Padres, es necesario al predicador el estudio de la Teología dogmático-moral, que en sentir de san Gregorio Magno, *es la ciencia de todas las ciencias, y arte de todas las artes*, puesto que por fin casi inmediato tiene el fin último de todas las ciencias. Sin otros conocimientos el sacerdote podrá ser útil á la iglesia; ignorando la Teología, seria en los designios de Dios la más completa nulidad para la misma. Y si esto de todo sacerdote ¿qué no podrá decirse del sacerdote predicador? ¿No ha de enseñar éste desde el púlpito las verdades de fé, religion y moral? ¿No ha de explicar el buen uso y correspondencia á las gracia^s divinas? ¿No ha de exponer la fealdad de los vicios, las consecuencia^s fatales de los pecados, y por el contrario, los atractivos, hermosura y saludables efectos de las virtudes? ¿No ha de instruir á los fieles en las reglas de moralidad y costumbres, inculcar la observancia de preceptos y leyes; combatir errores, disipar prevenciones, y por último, dirigir los pensamientos, deseos y acciones al gran fin para que ha sido criado el hombre? ¿Y cómo hacer todo esto sin haber adquirido los conocimientos necesarios para ello en la sagrada Teología? ¡Ah, y qué males tan trascendentales puede ocasionar á las almas el sacerdote que se permita ejercer el ministerio de la predicacion sin una mediana ciencia, al ménos, de ella. Posible es que, al tratar de algun misterio pueda deslizarse en la herejia, sin quererlo; que alar-

me las conciencias de sus oyentes, clasificando faltas graves donde no las hay, ó las extravíe con desacertados consejos; que al pretender excitarlos á la práctica de la virtud los incline al vicio opuesto, y en lugar de formar en ellos un espíritu recto, una conciencia sana, lleve á su ánimo la perturbacion, las dudas, la intranquilidad, y aún el error. Posible, sí, es todo esto en el maestro que pretenda enseñar sin ser antes instruido, en el médico que se permita curar enfermedades sin conocerlas, en el juez que se decida á fallar en asuntos y causas que ignora. «¡Oh, y cuántos médicos de las almas y pastores de la grey predilecta, dice un santo Padre, descuidando esta importantísima ciencia, dieron veneno en vez de antidotos saludables al enfermo; asolaron la viña en vez de cultivarla hábilmente; y en vez de ser pastores solícitos, convertidos en lobos carnívoros, hicieron espantosa riza en el rebaño del Señor!»

Ya lo oyen los predicadores; no pueden poner en duda la necesidad que tienen de hacer con tiempo anticipado al ejercicio de su ministerio el estudio de la Teología, si no quieren exponerse á errar, sea en la explicacion de los misterios, sea en la predicacion de la moral. Lo que no conviene es, hacer uso de las sutilezas poco prácticas y útiles, á fin de evitar que en vez de un sermón razonado é instructivo, se diga una fría disertacion escolástica. (1).

IV.

LA FILOSOFÍA CRISTIANA.—LA HISTORIA ECLESIASTICA.

Sabido es que, la mayor parte de los enemigos que hoy combaten la fé y la religion, en su desprecio á las santas Escrituras y escritos de los Padres de la iglesia, pocas ó raras veces se sirven de ellos como blanco de sus ataques; prefieren los sofismas de una filosofia orgullosa, y lanzan sus tiros ponzoñosos desde el palenque de la razon, creyéndose invulnerables en este terreno. Aquí, pues, ha de buscarlos el sacerdote católico, y en este campo es, donde con el raciocinio contundente de la lógica ha de confundirlos, arrollarlos é

(1) Véase lo que decimos en la Parte 2.^a cap. V. §. 2.^o—Sermones dogmáticos.

impugnar sus sofismas impios. Véase como la filosofía cristiana ha de servir de arma poderosa al predicador para contener los progresos del error, y dar solución cumplida á las dificultades que acerca del dogma proponen los que rechazan la autoridad de la iglesia y de los libros sagrados. No importa que, los incrédulos, arrogándose el título orgulloso de filósofos, forjen sistemas falsos, inventen paradojas absurdas, desnaturalicen los hechos, ataquen de mil y mil modos y maneras la religión; un teólogo mediano pero hábil en manejar las armas de la filosofía, desbastará fácilmente todos sus planes: cuando si pretendiera hacerlo con argumentos puramente Teológicos sin estar apoyados en razones filosóficas, acaso no fueran para el impío sino objeto de desprecio y de sarcasmo. Es preciso tener en cuenta la época en que se vive; pues si en otros tiempos ha podido prescindirse más ó ménos del estudio de la filosofía, hoy que puede decirse ser esta el arsenal principal donde los enemigos del catolicismo se proveen de armas para combatirlo, no solamente es útil é importante al predicador sino hasta necesario. Suponer que la filosofía no debe asociarse con la predicación evangélica, no pasa de ser una prevención gratuita, hija del abuso lamentable que se ha hecho de aquella palabra: y buena prueba de ello es la recomendación que los santos Padres nos hacen de la misma. S. Agustín dice: que el pretender huyamos de toda filosofía, es lo mismo que querer no amemos la sabiduría, puesto que esta palabra *filosofía* significa amor á la sabiduría; y que si bien las santas Escrituras nos aconsejan alguna vez huir de los filósofos y despreciarlos, hablan en este sentido con referencia á los falsos filósofos, á la filosofía mundana. Y el mismo Santo Doctor, contestando á Cosencio sobre lo que éste le consultaba «de que si la razón hubiera de tener parte en las materias de nuestra fé, la salud eterna estaría reservada á los oradores y filósofos.....» le dice (1): «No se concilia bien lo que me escribes; «porque en la misma carta en que deseas que la razón no intervenga «en las cosas de la fé, me pides que con las luces de mi ingenio disipe la oscuridad en que tu espíritu se halla envuelto con respecto «al misterio de la Santísima Trinidad. Si en punto tan capital recurre á mí para que te haga conocer, en cuanto me sea posible, lo

(1) Epist. CXX. Consentio. T. II. fol. 452.

«que ya crees, corrige el principio que has asentado, y sin apartarte «jamás del camino seguro de la fé, no rechaces enteramente los ser- «vicios de la razon. Considera que, ni aún creer podríamos, si no fue- «semos racionales; y que si es cierto que debemos comenzar por «creer, y tenemos obligacion y necesidad de creer, y creer cuanto «Dios se ha dignado revelarnos. no es ménos cierto que estas sabias «máximas nos las enseña la razon; por manera que siendo la fé lo «principal y necesario, la razon sin embargo en muchos casos pre- «cede á la fé.»

Testimonios tan terminantes y autorizados bastan por sí para persuadirnos lo útil que es el estudio de la filosofía cristiana, y nos relevan del trabajo en aducir otros muchos como pudiéramos hacerlo. Dedíquese el predicador á estudiar la filosofía; lea en ese gran libro que nos ofrece el espectáculo admirable de la naturaleza; lea en el hombre mismo, *mundo abreviado* como le llaman los SS. Padres; medite y contemple, y no dude que, la contemplacion misma de las obras maravillosas de Dios ha de inspirarle pensamientos sublimes, grandes ideas, demostraciones evidentes, y con ella adquirirá un caudal grande de conocimientos que han de facilitarle en mucho el desempeño de su elevada mision.

La Historia Eclesiástica.— Esta encierra tres grandes cosas: primera, el desarrollo práctico de la accion de la iglesia católica en todos los siglos del cristianismo para llenar la mision divina que tiene como maestra de la fé, regla de la moral y legisladora de la disciplina; segunda, la série de todos los acontecimientos que han ido sucediéndose en el movimiento social del mundo desde su origen hasta hoy; tercera, la vida y los hechos de los santos, de los hombres eminentes por sus virtudes y saber, así como tambien de los grandes impostores, de los enemigos de Jesucristo bajo todos sus aspectos. Estas tres materias presentan al predicador en primer lugar, un repertorio inmenso de hechos para servirse de la experiencia en su predicacion; en segundo un encadenamiento maravilloso de reflexiones profundas que le revelan la sabiduría, el poder y la bondad con que Dios atiende constantemente á su iglesia; en tercero, un tesoro inagotable de variados y eficacísimos ejemplos para conservar entre los hombres el reinado feliz de la virtud.

El predicador es respetable con solo el dogma, es respetable y muy interesante con el dogma y la enseñanza de la moral; pero es irresistible para el entendimiento y el corazón cuando se sirve con suficiencia, tino y discreción de los hechos al mismo tiempo que de los dogmas y de los preceptos. Nace de aquí la importancia de la historia eclesiástica para el predicador. «Util en general para todos los hombres, lo es muy en particular para el que tiene á su cargo edificar á los pueblos con la palabra divina. Los hechos hacen comprender mejor las doctrinas, constituyen un argumento muy palpable de su verdad y justicia, y las ponen muy facilmente al alcance de la multitud. Estas narraciones tienen además la ventaja de ser aquella parte de la instrucción que se retiene mejor, y de ordinario la única cosa que no se olvida: la doctrina concretada en los hechos sensibles, se grava más profundamente en la memoria y obra con mayor eficacia en el corazón. Finalmente los hechos ofrecen al predicador ocasión de dirigir á sus oyentes aquellas exhortaciones ó consejos, aquellas promesas ó amenazas que las circunstancias están exigiendo: como los hechos de otros naturalmente conmueven, abre la puerta del corazón y el predicador penetra en él, y de su narración misma deduce con buen éxito lo que se propone decir: es como el corolario sacado de un principio » (1)

No debemos detenernos más en recomendar el estudio de la filosofía é historia á los que se consagran al ministerio de la predicación, pues bien sabido es, que son unos auxiliares poderosos de la autoridad en algunos casos. Téngase, sin embargo, presente, que tanto la filosofía, como la historia, etc., deben subordinarse en materias de fé á la autoridad, y que la razón natural tan ponderada, hoy más que nunca, no pasa de ser una humilde servidora de aquella.

V.

CIENCIA DE LA VIDA ESPIRITUAL.

La ciencia de la vida espiritual, de que también debe estar ador-

(1) *Audizio*, Lezioni di Sacra Eloquenza: part. prim, Lez. XIV, y XV.

nado el predicador, tiene dos órganos de comunicacion, el de la oracion y meditacion, el de la lectura de los maestros del espíritu: una y otra comunican ciertos conocimientos prácticos que sirven al sacerdote para conducir el espíritu á su perfeccion moral por entre las dificultades y peligros de que se halla rodeada siempre la virtud. Hay pues una ciencia especialísima dirigida nada ménos que á formar los espíritus en la santidad; y esta ciencia, como desde luego se percibe, debe ser una de las grandes provisiones del ministro de la palabra evangélica; por que siendo el primer atributo del predicador el magisterio moral, su objeto la perfeccion moral, y su fin la salvacion, necesita conocer los principios, las reglas y áun la práctica de esta ciencia difícil, que caminando al traves de las sombras y por entre las dificultades de las pasiones, conduce al alma con solitud y particular esmero, gobernando todos sus elementos morales, á la posesion de las virtudes y á los diferentes grados de perfeccion.

Sería, pues, muy útil al predicador el haberse formado para sí un compendio de la explicacion de las cosas necesarias á la fé y á la vida perfecta. El padre Rodriguez en su admirable obra de la *perfeccion cristiana*; el V. Granada en todas las suyas; el padre Surin en los *fundamentos de la vida espiritual*; las obras de S. Francisco de Sales, las de santa Teresa de Jesús y las ascéticas de san Alfonso María de Ligorio le presentan una mina inagotable y un abundante y rico tesoro. No obstante, estos libros no le harán hábil en esta ciencia sino los estudia; 1.º en espíritu de oracion, por que la meditacion enseña más que todas las lecturas sobre Jesucristo y sus misterios; 2.º en espíritu de práctica, porque la ciencia de los santos es una ciencia experimental, en la cual la práctica de las cosas ó la propia experiencia hace más sabio que el estudio y la especulacion.

Mucho puede contribuir tambien á formar al predicador en la ciencia de la vida espiritual el mismo espíritu de la iglesia en las oraciones que ella dirige á Dios en los tiempos diferentes del año. ¡Oh! si todos los sacerdotes meditásemos bien las oraciones y lecciones piadosas que la Iglesia nos ofrece en los libros de rezo, de la misa y del Breviario! En la misa el intróito, Epístola, Evangelio, oracion y cánon; en el Oficio: los salmos, antífonas, lecciones, capítulos é himnos: hé aquí otras tantas oraciones piadosas de donde

brotan una luz verdadera que, saliendo del seno augusto de la religion, nos descubre con toda seguridad las más útiles, las más santas verdades, ya sobre los misterios, ya sobre la moral.

Es tanto más importante llamar acerca de este punto la atención de los predicadores, cuanto que por una triste fatalidad muchos de ellos pasan desapercibidos por esas páginas ilustres y santas que son para ellos el libro de todos los días. Semejantes al rústico labrador, testigo indiferente de las maravillas de la creación, ó que vé los más bellos fenómenos de la naturaleza y se encuentra frente á los cuadros más sublimes, sin quedar con una sola idea, sin recoger un solo sentimiento; así el eclesiástico poco atento al Misal, al Breviario, al Ritual, etc., pasa una vida pobre y miserable en medio de una riqueza inmensa; y cuando se le ofrece, prefiere mendigar de tercera ó cuarta mano una cosa insignificante, plagiando servilmente á un sermonario comun, por no decir otra cosa, sobre el material riquísimo que pudiera explotar con su espíritu y su meditación en todos los manuales de la liturgia católica.

Estos libros están dispuestos con tal profundidad de miras, con un método tan celestial, con una economía tan divina, que solo ellos, piadosa y atentamente meditados, bastarian para comunicar al predicador una sabiduría admirable y un poder irresistible.

§. 8.º

PREPARACION Y EJERCICIO.

Preparacion.—Todo lo dicho hasta aquí sobre los caracteres de la predicación y las cualidades del predicador, prueba bastante la preparación que pide este ministerio. Cómprenlese bien, que solamente despues de grandes esfuerzos se puede alcanzar esta medida de santidad y de ciencia esencial al predicador; y por tanto que, es de todo punto necesario á éste prepararse debidamente para desempeñar con provecho y dignidad el sublime cargo de anunciar la palabra divina.

Hay dos clases de preparacion: una *remota*, que consiste en emplear ciertos medios para formarse á la predicación, y por los cua-

les, el predicador llega á adquirir aquel *fondo científico*, ó sea el caudal de conocimientos necesarios para poder desempeñar su ministerio. La segunda que llamaremos *próxima*, en la disposición inmediata de la materia predicable antes de ocupar la cátedra del Espíritu Santo. Tratando de esta última en la 2.^a parte, solo lo haremos aquí de la preparación *remota*. Véase lo que acerca de ella, dice el ilustrado Arzobispo de Cambray, Fenelon (1):

«Siendo la cualidad más esencial de un predicador la de instruir, preciso le es estar muy instruido para instruir á los demás. Quisiera, que los predicadores se preparasen mucho tiempo en general, para adquirir un *fondo* de conocimientos, porque de este modo necesitarían prepararse ménos para cada discurso en particular.» Y continúa: «Lo que más falta hace á ciertos predicadores, que tienen á veces un buen talento, es un *fondo científico*, es, *el fondo de las cosas*: saben hablar, pero ignoran lo que debe decirse; las más grandes verdades se enervan en sus labios, porque no conocen ni los principios de una sana filosofía, ni los de la doctrina evangélica: así es que, á pesar de sus brillantes frases y de sus giros ingeniosos, su espíritu parece vacío; se advierte que han tenido mucho trabajo para hallar con que llenar sus discursos; se comprende que *no hablan porque reosan en ellos las verdades, sino que buscan las verdades á medida que quieren hablar*. Estos son los que un grande orador de la antigüedad llamaba *gentes que viven al día, sin provision alguna*.»

Los estudios que Fenelon pide para formar un fondo de ciencia en el predicador, son fáciles, sencillos y accesibles á todos. Quiere que se estudie toda la serie y todos los principios de la religion en sus fuentes, que son la Escritura y los Padres. En cuanto á estos, no exige el estudio en la extensión inmensa de todas sus obras; pero siendo ellos testigos de la tradición, quiere que por lo ménos *se estudie por ellos la doctrina*. Respecto á las sagradas Escrituras, menos voluminosas y de un acceso más fácil para todos, no vacila, y exige que, el sacerdote las estudie antes de predicar, y que continúe estudiándolas toda su vida, á fin de penetrarse de ellas y de aprender cada día la doctrina, los principios y su encadenamiento, para aumentar su inteligencia y su gusto «y tomar insensiblemente, con

(1) Diálogos sobre la Elocuencia.

la doctrina, el espíritu, el estilo, las figuras y la elocuencia.» Fenelon cree con razon que la Escritura puede satisfacer á todo, y es indudable que en ella se hallan las verdades morales y dogmáticas, «no solo con una autoridad y una belleza maravillosas, sino tambien con una abundancia inagotable.» En ella es donde se descubre todo el fondo de la religion: en ella se aprende á desenvolverla de una manera sensible, á manifestar la institucion de las cosas y á señalar su marcha y la tradicion, su origen y su establecimiento. Ateniéndose á ella con firmeza, «un predicador tendrá siempre cosas nuevas y grandes que decir. Es un mal deplorable el ver cómo se desprecia este tesoro, por los mismos que le tienen diariamente entre las manos.»

En cuanto á los sacerdotes jóvenes, que durante el curso de sus estudios en los seminarios, no han podido dedicarse formalmente al de la Escritura y Padres de la iglesia, dice: que bien que en un principio se ejerciten en *instrucciones familiares*, en los catecismos; pero sin renunciar con el pretexto de este ejercicio al estudio de aquellos y de los buenos libros, «que durante mucho tiempo debe ser su principal ocupacion.» Pues á parte de que en los primeros años, como es sabido, no son muchas ni graves las ocupaciones; y tambien que, distribuyendo ordenadamente las horas del dia, puede hallarse tiempo para muchas cosas, en medio de los trabajos del sagrado ministerio; «emplead, les dice, en la meditacion formal y sólida de la religion, el tiempo que otros emplean en su gabinete redondeando periodos, retocando descripciones, colocando frases y aprendiendo todo esto de memoria, y no tardareis en conocer la ventaja de vuestros estudios y de vuestro método.»

Habiendo dicho que la preparacion remota consiste en ciertos medios de formarse para la predicacion, muy conveniente será hablemos de ellos, áun cuando sea ligeramente. Estos son dos principalmente, á saber: las *lecturas* y las *colecciones*.

LAS LECTURAS.

Es cierto que la lectura de los buenos modelos es el primero y más excelente medio de formarse para el ministerio evangélico; porque,

como observó exactamente un filósofo antiguo, «el camino de los preceptos es largo, el de los ejemplos es áun tiempo más corto y más fácil.» Para que las lecturas sean provechosas, conviene observar algunas reglas, y entre otras, las siguientes: *Primera*.—Es menester limitarse mucho tiempo, y hasta que se haya formado el gusto, á un corto número de obras excelentes. La razon de esta regla es que, leyendo obras medianas, es muy expuesto á dejarse seducir por su brillo engañoso de estilo ó de pensamiento, á tomar la falsa elocuencia por la verdadera, y á viciarse el gusto quizá por toda la vida; es en segundo lugar, que meditando á fondo un corto número de obras modelos y de doctrina verdaderamente provechosa, es más fácil penetrarse de su espíritu, retener sus ideas, apreciar su estilo, y de este modo se forma el gusto y se perfecciona el talento: mientras que aquel, que lee muchos libros sin profundizar nada, saca poco fruto de sus lecturas: *non multa, sed multum*. *Segunda*.—En la eleccion de las obras de lectura debe desconfiarse del propio juicio, y por tanto, conviene consultar á los hombres de talento y probidad acerca de ello; este es el medio mejor para no engañarse y para andar con seguridad en tan importante asunto. Particularmente á los sacerdotes jóvenes, les será muy conveniente que, antes de decidirse á la lectura de alguna obra, pidan parecer y consulten á sus maestros ó superiores, quienes, teniendo en cuenta su aptitud y disposiciones, les informarán lo más acertado. *Tercera*.—No debe leerse mucho á la vez, sino poco y bien meditado. La demasiada lectura fatiga el espíritu, no dá lugar á la debida reflexion y no recoge nada de exacto y distinto. Es como la lluvia de trueno que no moja más que la superficie, y corre sin penetrar en la tierra. Lo esencial es, meditar mucho lo que se lee, estudiar el plan, la marcha y el conjunto de la obra: seguir el orden y encadenamiento de las materias que abraza, darse cuenta á sí mismo de las razones y de las pruebas; finalmente, ponerse en el espíritu toda la economía del trabajo del autor, queriendo penetrarse de su intencion y de sus propósitos. *Cuarta*.—Leyendo los autores es menester tener el espíritu bastante elevado y atento para apreciar todo género de belleza que se halle en ellos. Muchos en sus lecturas se dejan guiar por la prevencion: y asi resulta que, aquel que es amante del sentimiento y de la gracia

de estilo, no puede sufrir lo que se parece á la disertacion; el que tiene el gusto de lo sólido, desdeña todo lo que no es razonamiento; y quien busca las bellas aplicaciones de la sagrada Escritura, toma disgusto á toda lectura en que no se hallan. Esta conducta no es conforme. La prevencion es mala consejera; y el capricho y gusto particular de cada uno no son motivo bastante para avalorar el mérito y utilidad de una obra literaria, como tampoco para despreciarla y desdeñarla. Los libros de autores reputados, en los que buscámos el saber y la instruccion, deben ser leídos con respeto, interés, buen deseo y serenidad tranquila.

LAS COLECCIONES.

«Uno de los primeros frutos que el predicador debe sacar de sus lecturas, es el recoger por escrito todo lo que halla de más interesante y más á propósito para convertir: *Locos sibi comparabit*, dice S. Carlos, *quibus auditorum animi commoveri solent ad amorem Dei*. Anotando así en un cuaderno todas aquellas cosas de mayor interés que se leen ó se oyen, que nos impresionan ó nos conmueven, se llega á formar para lo porvenir un tesoro precioso que nos suministrará de qué hablar sobre todas las materias, y nos ahorrará investigaciones pesadas y á menudo infructuosas; harémos provechosas para todo lo restante de la vida las instrucciones públicas á que asistamos, las lecturas privadas en que nos ocupémos, las reflexiones que hagamos y los sentimientos que experimentemos: nada hay perdido, una inteligente precaucion lo pone todo en reserva para cuando se necesite; mientras que, siendo negligente en formar esta coleccion, se deja perder el fruto de las lecturas, de las reflexiones ó impresiones, áun de la mayor parte de los estudios. En el momento de la composicion, quizá uno se acordará de haber leído ú oído alguna cosa sobre aquella materia que se ha de tratar, más, si no lo tiene anotado, de nada le aprovechará el recuerdo.»

Por esto la autoridad y la práctica de los hombres más graves deponen en favor de la utilidad de las colecciones. Entre otros, el sabio papa S. Dámaso miraba como tiempo perdido todas las lecturas de que no se tomaba nota: *lectionem sine stylo somnium puta*. San

Cárlos habia compuesto para su uso varias colecciones, y de ellas, segun se lee en el prefacio de sus homilias, sacaba grandes ventajas para escribir y variar sus instrucciones. Las reglas de la Compañía de Jesús las prescriben á los predicadores; S. Francisco de Borja las recomienda del modo más expreso, y S. Francisco Xavier habla de ellas en estos términos al padre Barceo: «acordaos, 1.º, que lo que se confia al papel se imprime más en el pensamiento; el cuidado de escribir y el tiempo que se emplea en ello, lo graban en la memoria; 2.º, que las cosas que han llamado más nuestra atención, acaban por borrarse de nuestro espíritu, y nada quedará de ello si, mientras las ideas son aun frescas, no las escribimos en cuadernos en que podamos hallarlas, como las gentes del mundo conservan en sus archivos los títulos de que pueden tener necesidad. El provecho que produce la lectura de estos cuadernos es semejante al de los minadores, que vuelven á hallar una vena de metal que habian perdido, porque cavando esta vena, sacan de ella abundantes riquezas.»

El modo de hacer estas colecciones es cosa fácil y sencilla. Se tiene un cuaderno en que se indican en lo alto de las páginas, por orden alfabético, ciertos títulos, como: *caridad, limosna, esperanza, fé, etc.*, y bajo estos títulos se escriben las cosas mas notables referentes á los mismos, que hallamos en las lecturas, ó se oyen en los sermones, conferencias, conversaciones, etc. En dicho cuaderno no debe apuntarse sino aquellas cosas que dicen relacion á la predicacion; y si se quiere, consultando la mayor claridad y el mejor orden, se pueden hacer colecciones separadas para distintas materias. No hay necesidad de escribir los pasages enteros, bien sean de la Sagrada Escritura, SS. Padres, ó de otros autores; bastará solamente indicar algunas palabras y anotar el libro, capítulo y páginas de los mismos en que se hallen, pues de otro modo, sobre que la relacion completa del texto seria un tiempo perdido, daria tambien demasiada proporcion á los cuadernos. Hay momentos en que reflexionando sériamente sobre algun punto doctrinal, aun en los ménos esperados, como en un paseo, un tiempo de insomnio, etcétera, ocurren pensamientos é ideas que parecen inspirados por la viveza con que se nos representan; y entonces es del caso aprovechar-

nos de ello, procurando escribirlos lo antes posible, sin dar lugar á que se nos pasen de la memoria y se apague el sentimiento que nos han producido. No lo duden los predicadores, el uso de las Colecciones que se ván formando con las lecturas, el estudio y la meditacion, es un poderoso auxiliar para el ejercicio de su santo ministerio, pues prácticamente se tocan sus ventajas, no solo por la abundante materia que las colecciones suministran, si que tambien por la economía de tiempo y trabajo que prestan (1).

Ejercicio.—Este puede referirse ó bien á la composicion y arreglo de la materia predicable, ó bien á la expresion y version de ésta en el púlpito, es decir, á la palabra. Si á la primera, se llama *ejercicios ó ensayos de la composicion*; si á la segunda, *ejercicio ó práctica en el púlpito*. Diremos algo de uno y otro.

No hay duda que si bien la lectura y las colecciones enriquecen el espíritu, los ensayos de composicion enseñan á hacer uso de esas riquezas. ¡Cuántas personas piensan mejor que hablan! ¡cuantos maestros, llenos de erudicion y perfectamente instruidos, no tienen sin embargo el talento necesario para enseñar! Preciso es no olvidarlo; el ejercicio de la composicion es lo que facilita la elocucion, forma el estilo de los escritores y el lenguaje de los oradores, excita la imaginacion, familiariza al predicador con las palabras y con los giros que debe dar á sus discursos, y presta en fin la facilidad á las obras del espíritu, cómo el ejercicio material dá agilidad á los movimientos del cuerpo. Supuesta, pues, la necesidad indispensable del ejercicio de composicion, indicaremos los métodos principales que los autores señalan en esta materia.

1.º Entre los ensayos de composicion se considera tan sencillo como útil el de leer atentamente uno ó dos pasages perfectamente escritos, de modo que puedan retenerse los principales pensamientos. Despues, sin tener á la vista el libro donde se ha leído, se escribe, lo mejor que se pueda, los mismos pensamientos, esforzándose en re-

(1) El R. Migne ha publicado un *Manual eclesiástico, ó Repertorio*, que ofrece, por órden alfabético y en mas de 640 páginas blancas á dos columnas, otros tantos títulos con divisiones y subdivisiones sobre el dogma, la moral y la disciplina; obra con la ayuda de la cual, es imposible perder un solo buen pensamiento, ya ocurra en la clase, en la iglesia, en el viaje, en la lectura, en la conversacion, etc.

producir las figuras, los movimientos oratorios y giros del autor, y conocer y adoptar sus formas y su carácter, su gracia su precisión y su energía. En seguida se vuelve á tomar el libro y se compara el estilo propio con el del modelo.

2.º Los maestros del arte, entre ellos Fr. Luis de Granada, recomiendan otro ejercicio muy importante: el traducir y fundir en nuestro idioma las bellezas, ya de los principales libros de la sagrada Escritura, como Job, Isaias y los Salmos; ya de los Santos Padres, como S. Juan Crisóstomo y San Basilio entre los griegos, S. Agustin y S. Gregorio Magno entre los latinos. Los esfuerzos que se deben hacer para expresar exactamente el original, conservarle la gracia, el interés y el modo, obligan al espíritu á penetrarse de sus bellezas, á pensar y hablar como él, á apropiarse su estilo y sus frases, y finalmente á luchar con su modelo; y en esta lucha, á servirse de todos los recursos de la lengua, de donde nace una fecundidad maravillosa de ideas, de conceptos y de expresiones. Ciceron nos enseña (1), que el método por el cual se formó mejor para la elocuencia, fué el de traducir en su lengua propia muchos pasages de las obras de los mejores oradores de la Grecia. Fenelon se preparó á la composicion del Telémaco con la traduccion de la Odisea, de donde tomó el espíritu, las gracias y la abundancia. Es, pues, este un método excelente; pero es preciso tener acierto en la eleccion del autor, ú obra, y lugares de esta que se quiera traducir.

3.º El último método para aprender á escribir bien, es la imitacion, que consiste en procurar asemejarnos á otro en el decir: en usar de los pensamientos, imágenes de estilo que hallamos en los buenos modelos, acomodándolos á nuestro carácter y apropiándonoslos, cual si salieran, digámoslo así, de nuestro fondo, y como cosa nuestra. Para el buen resultado de este método de composicion es preciso: 1.º escoger los modelos más puros y perfectos, procurar igualarlos y áun disputarles la ventaja, sin cansarse jamás, y con la esperanza de poderlo hacer tambien como ellos; 2.º Impresionarse de tal modo de sus sentimientos, ideas, expresiones y giros, que se pueda disponer de ellos con comodidad y libertad, cual si fuera cosa propia.

(1) De Orat., lib. 1. 155.

3.º Pretendiendo imitar los buenos modelos, es necesario conservar el genio y el carácter particular, no tomando de ellos más de lo que se acomode al nuestro, y trasformándolo, si cabe decirlo, en nuestra sustancia: expresando mejor una idea mal vertida. renovando una forma anticuada, dando mayor energía á una frase, ampliando un período, etc. 4.º Es menester guardarse de la copia; pues esto sería caer en el plagio, que toma el trabajo ajeno sin la molestia de apropiárselo por la imitación.

Con todo, á pesar de lo que acabamos de decir sobre este método de composicion y las ventajas que ofrece; siendo pocos los talentos que puedan practicarlo en debida forma, bueno será pasarse sin el, al menos aquellos que no cuenten con dotes necesarias para hacer con buen resultado esta clase de ensayos de composicion. El ingenio propio se debilita y apaga cuando uno se obstina en sustituirle un ingenio extranjero; y la consecuencia de este trabajo no será otra para muchos, que, el acostumbrarse á no producir cosa alguna de su fondo, á perder su giro original y propio, á no poder marchar sin guia, y á que, cuando les falten modelos, se encuentren parados é impotentes.

Respecto al *ejercicio de la palabra*, ó sea, al ensayo de la predicacion práctica en el púlpito, es opinion generalmente aceptada por los varones y maestros más respetables que, los predicadores deben principiar su sagrado ministerio, ejercitándose en *instrucciones familiares*, en *pláticas*, *homilias*, y sobre todo en la enseñanza del *catecismo*, no solamente para los niños, sino para los jóvenes y áun las personas de mayor edad, que constantemente han preferido estas instrucciones verdaderamente *pastorales* á los sermones vagos é inconexos. S. Alfonso daba la mayor importancia á esta clase de ejercicios: hacia escribir á sus jóvenes religiosos pequeñas instrucciones en forma de catecismo razonado, y ensayarse en predicarlas. Cuando fué Obispo, estableció en sus seminarios conferencias en regla sobre la elocuencia del púlpito, y ejercicios frecuentes para formar los clérigos jóvenes en el ministerio de la palabra; versando dichos ejercicios sobre materias doctrinales y sencillas. Jamás faltaba á presidirlos personalmente, en medio de un considerable número de sacerdotes de la ciudad que iban á alentar los ensayos de una juven-

tud estudiosa, y quizá tambien á aprovecharse de las enseñanzas y larga experiencia del Santo Obispo.

¿Quién ignora que éste era en otros tiempos el método universal? Se comenzaba por los *catecismos*, y despues se enseñaba sucesivamente el Evangelio por homilias. Los hombres más célebres se han empleado en estas instrucciones, produciendo frutos maravillosos, como los que se recogen en las parroquias en que los curas ejercitan á los jóvenes sacerdotes en estas importantísimas funciones del ministerio pastoral. El historiador de S. Ignacio de Loyola cuenta que, habiendo llegado éste á ser General de su órden, comenzó el ejercicio de su cargo por desempeñar el catecismo en una de las iglesias de Roma; y, siguiendo su ejemplo, todavía hoy los Superiores de la Compañía de Jesús explican aquel por unos dias continuados, cuando entran en posesion de su cargo. San Felipe Nerí hacia seguir esta misma práctica á los sacerdotes de su congregacion, obligándoles á ensayarse en el ministerio de la predicacion con la enseñanza de la doctrina cristiana é instrucciones familiares.

Estas instrucciones continuadas son tambien las que Fenelon exigia para un ejercicio habitual: y «cuando los jóvenes predicadores, dice, se hayan ejercitado ya convenientemente mediante estas instrucciones familiares y estas conferencias, es cuando más ó ménos, y cada uno segun su talento, habrán adquirido cierta libertad para hablar bien y la facilidad necesaria, que les pondrá en aptitud para subir dignamente á la cátedra evangélica, hasta en las ocasiones solemnes.»

En efecto, no cabe duda alguna que, principiando los sacerdotes jóvenes por ejercitarse en la explicacion catequística dada á los niños, y continuada despues en forma de predicacion al pueblo, bajo la direccion de los párrocos, esto traería importantes ventajas. En primer lugar, dichos sacerdotes llegarían á cabo de cierto tiempo y sin grande trabajo á adquirir un conocimiento sólido y ordenado de los principios y verdades de la religion, de lo que constituye el cuerpo principal de la doctrina de la Iglesia, y por consiguiente á formar para sí ese *fondo de ciencia*, en que, hemos dicho, consiste la preparacion remota. En segundo lugar, que habituados á dirigir la palabra en las explicaciones doctrinales, tendrían mayor libertad,

desembarazo y facilidad para emplearse despues en la predicacion evangélica y solemne: subirian al púlpito más autorizados en su persona, digámoslo así, puesto que, el ejercicio y práctica en la catequística, naturalmente habia de hacerlos más acreedores al respeto y consideracion de los fieles, y su predicacion seria á la vez mas útil y provechosa; porque acostumbrados al órden y método de la enseñanza doctrinal, procurarian continuar observando ese método y regularidad en la predicacion mayor, así como tambien el estilo natural y sencillo, con el que estarian familiarizados, y por tanto resultaria más acomodada á la Inteligencia y capacidad de los oyentes. Habria otra ventaja además, y es que, los párrocos auxiliados en la explicacion catequística por los sacerdotes jóvenes quedarían más libres y desembarazados para la predicacion evangélica y pastoral, para la administracion de los santos Sacramentos y demás funciones de su ministerio; todo lo que, cederia en mejor servicio y aprovechamiento de los fieles. Por último serían evitados algunos de los inconvenientes que necesariamente se siguen de que los sacerdotes jóvenes, que no han tenido ese ejercicio y práctica, se ocupen en la predicacion mayor. Entre otros, nos permitiremos indicar los siguientes:

1.º *La falta de autoridad personal.* Cierto es que, un sacerdote, aunque joven, facultado con las licencias necesarias de su Prelado, tiene la mision legítima para anunciar la palabra divina á los fieles, y derecho á que estos le oigan con respecto y le consideren como representante de Dios, en cuyo nombre ejerce el santo ministerio de la predicacion. Con todo, los oyentes siempre notarán la falta de aquella autoridad que la experiencia de los años dá á la persona, y que no deja de influir mucho en el ánimo de los que asisten á oír la palabra de Dios. Así vemos y observamos que, un consejo, un apercebimiento, una leccion, dados por persona que á su ilustracion reune la superioridad de la edad, son escuchados y atendidos con más respeto, y recibidos con mayor confianza, que cuando lo son por otra, que, si bien recomendable, carece de dicho título.

2.º *La falta de ciencia.* Un joven, que acaba de terminar su carrera y de recibir los sagrados órdenes, por estudioso y aprovechado que sea, podrá tener los conocimientos que aquella le ha proporcio-

nado, pero no los que exige, y con la extensión, orden y método que los pide el ministerio de la predicación. Falto, pues, de ciencia propia, habrá necesidad de proveerse de la ajena, sirviéndose al efecto del uso de sermonarios ó de algunos libros que le suministren la materia predicable; de lo que resultará que, acostumbrado desde el principio á predicar los sermones de otros en todo ó en parte, será difícil que pierda esta costumbre, y por tanto, el que trabaje por adquirir ese, que llámámos, *fondo propio* de doctrina.

3.º *El envejecimiento.*—Hablando de la *rectitud de intencion*, como requisito necesario en el predicador, dijimos que: «el apetito de la propia estimación, el deseo de la honra y el amor á la excelencia personal son un enemigo fuerte y poderoso que conspira constantemente contra el santo propósito y pureza de intencion que deseamos en el ministro de la palabra divina.» Y tratando de la *humildad*, dejamos dicho también: «Tal vez no exista en el ministerio sacerdotal un escollo mayor para poner á prueba la virtud de la humildad, que el ejercicio de la predicación; no por otra causa sino porque, este ejercicio abre la puerta al deseo de los honores y de la vana gloria que trabaja al hombre siempre que tiene que distinguirse de los demás.» Ahora bien, si este peligro es de temer en cualquiera de los predicadores, áun los más prácticos y experimentados, ¿con cuánta mayor razón no lo será en los jóvenes que, sin experiencia y ejercicio previos, se entregan á toda clase de predicación, áun la más solemne? Cosa rara será por cierto, y estamos por decir, que lo consideraríamos como una gracia muy especial de Dios, el que no fuesen sorprendidos por el espíritu de la propia estimación y vana gloria. Porque grande tentación es, á lo menos para un joven, ponerle en ocasión de lucir su talento y propias dotes, de conquistarse los aplausos mundanos, de adquirir fama y nombradía, á todo lo que es más propensa la juventud que cualquiera otra edad, y querer sea tal su abnegación, que llegue á renunciar y sacrificar todo esto en obsequio de su ministerio. Por desgracia, la experiencia nos está enseñando lo contrario, y salvo algunas excepciones, lo que de comun se observa, es que, los jóvenes predicadores, en su mayor parte, son tentados por el deseo de lucimiento y de recoger aplausos. Prueba de ello es, esa tendencia tan marcada

en muchos de ellos á presentar sus discursos en lenguaje altisonante, en estilo florido.... más propio para halagar el oído que para mover los corazones.

Estos inconvenientes, y otros de que pudiéramos hacernos cargo, quedarían obviados, á nuestro humilde entender, obligando á los sacerdotes jóvenes, al ménos por algun tiempo, á dedicarse á la explicación catequística, sin permitirles durante el mismo, el ejercicio en la predicación mayor. Esta práctica, que sabemos han introducido ya algunos Prelados en sus Diócesis, la deseáramos ver generalizada, puesto que no puede dudarse de las muchas y grandes ventajas que reporta.

PARTE SEGUNDA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á LA MATERIA PREDICABLE.

Esta segunda parte, la más extensa del Tratado, comprende los cuatro puntos más interesantes de la Oratoría Sagrada, á saber: *la Invencion, Disposicion, Elocucion y Pronunciacion*; ó sea, todo lo más necesario que debe saber el predicador acerca de la materia predicable: donde se halla esta contenida, su eleccion, estudio, carácter y preparacion; modo y manera de disponerla y arreglarla segun las diferentes clases y formas de predicacion; el estilo, ó sea, la manera de tratarla por medio del language, y últimamente, del modo de anunciarla ó expresarla en el púlpito. El grande interés y reconocida importancia que tienen, entre las diferentes clases de predicacion, las llamadas *parroquial* y *catequística*, nos obliga á tratarlas con alguna mayor extension, però sin que perdamos de vista el carácter é índole de la presente obra.

CAPÍTULO I.

Cual sea la materia predicable.—Estudio, eleccion y oportunidad de la misma.—Su triple carácter.—Necesidad de la preparacion próxima.—Reflexiones sobre los diferentes modos de preparar la materia predicable.—Uso de los sermonarios.

§. 1.º

CUAL SEA LA MATERIA PREDICABLE.

La materia predicable no es otra que la doctrina cristiana, y sola la doctrina cristiana. Jesucristo no dió solamente á sus apóstoles la

facultad y mision de enseñar á las gentes; les advirtió tambien cuál habia de ser la materia de esta enseñanza. Les dijo: *Id, enseñad*.... pero les añadió: *Prædicate Evangelium omni creaturæ*... El Evangelio, si, que es la doctrina misma predicada por Jesucristo, doctrina celestial que recibió de su Padre eterno: *Quæcumque audivi á Patre, nota feci vobis* (1).... *Doctrina mea, non est mea, sed ejus qui misit me* (2).... es, y debe ser la materia de la predicación. Ya lo saben, pues, los sucesores de los apóstoles en el sagrado ministerio de la palabra divina; ya lo saben todos los sacerdotes que á él están consagrados, han de predicar el Evangelio.... *Prædicate Evangelium*.... la doctrina contenida en el mismo, que por ser de Jesucristo, se la llama cristiana. Pero hay más. El Redentor divino no concreta su mandato á que sea enseñada la doctrina predicada por Él á los Apóstoles, sino que lo hace extensivo á toda y sola su doctrina: *Docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis* (3). «Enseñareis todo lo que yo os he enseñado: *quæcumque mandavi vobis*, y nada más, solo esto y todo esto: *quæcumque*.... Nada inventareis; nada vuestro direis; nada de lo que hayais aprendido únicamente en las academias y escuelas del siglo: nada direis más que lo que á mí me habeis oído, por que en esta ciencia no hay más que un maestro, Cristo: *Unus est Magister vester, Christus*. Por tanto, todo lo que os he enseñado, lo enseñareis vosotros tambien, y esto, de un modo completo, sin omitir nada por negligencia, por temor, ni por vanadelicadeza. Nada calleis, decidlo todo: *omnia*; y para que tengais seguridad de enseñar exactamente mi doctrina; emplead mis propias palabras: *Quæcumque mandavi vobis*.

Con esta condicion ha prometido Nuestro Señor á sus apóstoles su continua y poderosa asistencia: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus* «y yo estaré con vosotros todos los dias, con vosotros en todas partes, con vosotros enseñando, instruyendo, hasta la consumacion de los siglos.»

Resulta, pues, que Jesucristo quiere que sus ministros enseñen á los pueblos la religion, pero la religion entera; y por consiguiente

(1) Joann. 15. v. 15.

(2) 2.º ad Tim. 3. 16.

(3) Matt. 28. 20.

que, en cada púlpito se prediquen: todas las verdades reveladas, todos los preceptos de la moral cristiana, todas las virtudes evangélicas, todos los medios de salvación, la oración, los sacramentos y el sacrificio. Tal es, sin duda, la voluntad de Nuestro Señor. Y todo esto abraza, todo esto comprende, todo esto quiso darles á entender en el mandato..... *Prædicate Evangelium....*; porque en el Evangelio está contenida toda su celestial doctrina; porque el Evangelio es el libro de Jesucristo, la filosofía y la teología de Jesucristo: es la preciosa nueva de la redención; es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió á los creyentes. Porque el Evangelio es el libro divino que contiene la suprema é infalible regla de las costumbres y la fé; la doctrina que vaticinaron los Profetas, que creyeron los Patriarcas, que predicaron los Apóstoles, que con su sangre y su vida confirmaron los Mártires, que siguieron y practicaron las Vírgenes, y forma el modelo más perfecto de todos los predestinados..... y por último, porque en el Evangelio se halla todo cuanto debemos creer y obrar para vivir cristianamente y hacernos salvos.

Por tanto, el sacerdote, al anunciar la palabra divina, como embajador que es del Señor, en cuyo nombre la predica: *Tanquam Deo exhortante per nos* (1), debe proponer con claridad y sencillez la verdad santa, la doctrina católica, la misma que los apóstoles recibieron de boca de Jesucristo, y que la iglesia, nuestra madre, guarda como en fiel depósito. Si así lo ejecuta, ha cumplido con su oficio, sino lo hiciere, será un traidor á su sagrado ministerio, y reo de muerte en la presencia del gran Dios que le envió: «*Sanguinem..... de manu tua requiram* (2).

En vista de todo esto, considere el sacerdote predicador, cual no será su responsabilidad ante Dios, cuando por él sea juzgado, si abusando de su ministerio, é infringiendo el mandato expreso de Jesucristo; en vez de predicar la doctrina evangélica, convierte la cátedra sagrada en un lugar profano, ocupándose en materias inconvenientes, peligrosas, y sobre todo, en doctrinas nuevas y extrañas, no admitidas ni aprobadas por la iglesia. (3) ¡Ah! juzguémonos noso-

(1) 2.^o Corint. 5. 20.

(2) Ecceq. 3. 17.

(3) Véase lo que decimos sobre esto en el §.^o siguiente.

tros mismos, á fin de no ser juzgados: procurémos que todos nuestros sermones, que todas nuestras pláticas y enseñanzas estén en relacion con el Santo Evangelio; y examinemos detenidamente desde este punto de vista, que es el verdadero, y que será el del juicio, lo que deba reformarse en nuestra predicacion, así en la eleccion de los asuntos, como en su atinada distribucion y manera sólida de tratarlos. Muy provechosa ha de sernos al efecto, la sábia instruccion que sobre el particular nos ha dejado S. Alfonso de Ligorio en su *Carta á un amigo religioso*, donde, hablando acerca de la materia de la predicacion, y el modo de que esta se haga con fruto, dice así:

«Le encargo que se ocupe con preferencia en sus sermones en hablar de los novísimos, de la muerte, del juicio, del infierno, de la eternidad, y otros puntos semejantes, por ser estas las verdades que hacen más fuerte impresion y excitan más á vivir bien. Le ruego tambien, que procure hacer conocer la tranquilidad que disfruta el que está en gracia de Dios. Por este medio sacó S. Francisco de Sales muchas almas del camino de perdicion, y por esto le elogiaba mucho Enrique IV de Francia, quejándose de los otros predicadores, los cuales pintan como muy difícil el camino de la virtud, haciendo perder la confianza de seguirlo. Ruégole tambien, hable á menudo del amor que nos mostró Jesucristo en su pasion y en la institucion del Santísimo Sacramento, y del que nosotros debemos profesar á nuestro amantísimo Redentor, recordando con frecuencia estos dos sublimes misterios de su afecto. Lo digo, porque comunmente hablando, pocos predicadores, y áun estos muy de paso, hablan del amor de Jesucristo, y es innegable que todo lo que se hace solamente por temor del castigo y no por amor, es de corta duracion. Decia el celoso operario y gran siervo de Dios P. Genaro Sarnelli: *No quisiera hacer más que ir predicando por todas partes: Amad á Jesús, amad á Jesucristo que muy bien lo merece*. Igualmente ruego á V. R. que inculque siempre en sus sermones la devocion á María Santísima, por medio de la cual nos vienen todas las gracias, haciendo recurrir el pueblo, al fin del discurso, á esta divina Madre, para obtener algun importante beneficio, como el perdon de los pecados, la santa perseverancia y el amor de Jesucristo.»

Pídole sobre todo, que en sus discursos proponga siempre verda-

des prácticas, indicando los medios de conservar la gracia de Dios, como el abstenerse de mirar objetos peligrosos: huir las ocasiones, tratando con personas de diferente sexo ó con malos compañeros: frecuentar los Sacramentos: inscribirse en alguna congregacion: hacer oracion mental, enseñando el modo de practicarla: la lectura de libros espirituales: las visitas al Santísimo Sacramento y á la purísima Virgen: el exámen de conciencia y el santo rosario. Insíne á menudo la conformidad con la voluntad de Dios en las adversidades, pues en ella estriba nuestro bien y nuestra perfeccion. Aconseje con preferencia, que diariamente se recurra á Jesús y á María para obtener la santa perseverancia, particularmente en el tiempo de la tentacion. Y lo que especialmente le recomiendo es, que indique al pueblo el gran medio de la oracion, de la cual veo que raras veces y muy por encima hablan los predicadores, siendo así que de ella depende nuestra salvacion eterna y todo nuestro bien. No ignoro que la explicacion de estas verdades prácticas gusta muy poco á los oradores de elevada esfera, que las miran como triviales y poco apropiado para lucir su sutileza con encumbrados discursos; pero así predicaba S. Francisco de Sales, que convirtió con sus sermones una infinidad de almas. Siempre que podia indicaba la práctica de la vida cristiana, de modo que en cierta ocasion pidióle el pueblo le diese por escrito las verdades prácticas que habia enseñado en el púlpito, para poder mejor ejecutarlas.»

«Si todos los sagrados ministros se portasen de este modo, predicando con el solo objeto de agradar á Dios, con un estilo claro y popular, tomando por materia y explicando las verdades eternas y las máximas del Evangelio desnudas y sencillas, indicando los remedios prácticos contra el pecado, y los medios de perseverar y adelantar en el amor de Dios, el mundo cambiaria de aspecto, y no serian tan frecuentes las ofensas de Dios, como las presenciarnos todos los días. Vemos que si en un país algun sacerdote fervoroso predica verdaderamente á Jesucristo, aquel país se santifica.... Prediquémos, pues, á Jesucristo; la doctrina y sola la doctrina de Jesucristo.

§. 2.º

ESTUDIO, ELECCIÓN Y OPORTUNIDAD DE LA MATERIA PREDICABLE.

Estudio.—La materia sobre que ha de versar la predicacion debe ser estudiada y meditada detenidamente. Nunca se podrá conseguir que la *invencion* sea fructuosa sin un conocimiento perfecto del asunto en que haya de ocuparse el predicador. Para ello, bueno será que consulte aquellas obras que lo traten particularmente y con alguna extension; dando preferencia á la sagrada Escritura, tomando del antiguo y nuevo Testamento, especialmente del Santo Evangelio y Epístolas de S. Pablo, los lugares que contengan doctrina relativa al mismo; y sirviéndose, para mejor conocer esta y desenvolverla, de algunas homilias y tratados de los santos Padres. A fin de facilitar este trabajo y auxiliar la memoria, el medio más sencillo será, escribir y anotar las ideas principales que se vayan adquiriendo con la lectura—como lo aconseja el V. Granada—para que, concluida que sea ésta, se tomen aquellas que parezcan más aptas y convenientes. Dos extremos han de evitarse en dicho estudio: uno, el empeño del predicador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia; pues á más de lo penoso y árduo, este trabajo le será inútil en gran parte, viéndose obligado á leer repetidas veces unas mismas cosas: y otro, el limitarse á la lectura de un solo autor, con lo que dará en el extremo opuesto; siendo además muy posible que, sin advertirlo, se amolde á las ideas y áun á las formas del mismo. De lo dicho se infiere, cuán útiles han de ser al predicador los estudios hechos de antemano, pues no hay duda que, encontrará ménos trabajoso el ejercicio de la *invencion* aquel que con la frecuente lectura haya llegado á poseer un caudal grande de conocimientos, que otro que no lo tenga. Por esta razon, los que durante su carrera y despues de ella se han dedicado asiduamente á la lectura y han hecho apuntes de las materias leidas, tendrán un recurso poderoso que les facilitará mucho los trabajos de la predicacion.

Por último, es indudable que, jamás el predicador llegará al término de la *invencion*, ó realizará el fin de la misma, sin un profundo

estudio del asunto en que se ocupe; sin una seria meditacion que le haga conocer perfectamente la naturaleza, las relaciones y circunstancias de ese asunto. Porque cuenta que, no basta hallar pruebas y pensamientos; es necesario además elegir entre esos pensamientos y entre esas pruebas los que sean más convincentes, los más sólidos, los más directos y análogos para esclarecer y confirmar la materia de que trate, y esto no podrá conseguirlo sin meditar bien esa misma materia, sin estudiarla con detenimiento, sin penetrarse de ella hasta dominarla. La falta de este estudio, de esta seria meditacion, es causa de que, algunos predicadores anden divagando en el púlpito, digámoslo así, sin fijeza, y como distraídos del asunto principal; habiendo necesidad de apelar á veces á razonamientos inconexos y extraños, y molestando al auditorio con repeticiones de una misma cosa. Todo esto consiste en que la materia predicable no se ha estudiado, cual debiera, ó que el predicador confía demasiado en sus propios recursos para suplir dicha falta con la improvisacion.

Eleccion.—No basta haber hecho acopio de pruebas, ó de materiales—si así puede decirse—para un sermón; es preciso que, el predicador los examine, medite y avalore, y hecho esto, elija entre ellos los que crea más adaptables al asunto que se propone tratar. Todos los argumentos podrán ser buenos, pero no todos podrán ser convenientes ni tendrán igual grado de eficacia y valor. La abeja recorre muchas flores, más no se detiene en todas, sino en aquellas de que puede extraer el jugo dulcificante; así el predicador, entre las pruebas habidas á consecuencia de la lectura y del estudio, debe dar preferencia á las que llenen mejor el objeto que se propone. El médico prefiere entre los medicamentos, de que puede disponer, los más directos para curar al enfermo; el maestro busca las enseñanzas más provechosas según el grado de capacidad de sus discípulos; maestro y médico de las almas es el predicador, y debe emplear en el púlpito la misma economía que aquellos en sus respectivas profesiones, si ha de acertar y obtener buenos resultados.

Sucede en ocasiones que, la abundancia de material embaraza al predicador, y aún le tiene perplejo en la eleccion, pareciéndole todo bueno, todo conveniente; viéndose con cierta dificultad así para tomar como para abandonar pruebas. En este caso, el medio mejor que

puede adoptar, es la pronta resolucion, dejarse de perplejidades, y aceptar la materia necesaria sin pararse mucho en la eleccion. Por el contrario, las hay tambien en que, la escasez de materia propia y adecuada al asunto que ha de tratar, pone al predicador en un verdadero apuro; como igualmente aquellas en que, si bien la materia es abundante, se ha hecho de ella tan repetido uso en el púlpito que parece haber quedado ya agotada. Pues bien, en cualquiera de estas circunstancias el predicador no debe inquietarse; sereno y confiado emprenda su trabajo, que el Señor sabrá inspirarle los medios para salir airoso en su empresa. Afortunadamente la materia predicable es abundantísima en recursos; pues tal es el misterioso enlace y consorcio que entre sí tienen todas las verdades católicas, que no solo nos prestan pruebas unas para otras, si que tambien facilidad para tratarlas de diferentes formas y maneras. De suerte que, por apurado que parezca hallarse el predicador en algunos de los casos referidos, sin necesidad de grande esfuerzo, y á poco que empeñe su ingenio y habilidad, podrá llenar satisfactoriamente su cometido.

Oportunidad.—Todas las materias de nuestra santa religion son dignas de atencion y de respeto; todas tienen un poderoso ascendiente en el corazon humano, como que están relacionadas con los buenos instintos del hombre. Esto no obstante, si el predicador no estudia el modo más conveniente de exponerlas, segun las circunstancias en que predique; si no lo hace con la oportunidad que debe, no obtendrá los resultados que eran de esperar. Es necesario pues, que tenga muy en cuenta la oportunidad relativa al tiempo y al lugar, al asunto que predique, á su persona y á su auditorio.

Jamás debe olvidar el sacerdote católico que en su predicacion está llamado á obtener todo el fruto que le sea posible para el mejoramiento y santificacion del pueblo á quien dirige la palabra. Esta consideracion importante debe hacerle tener presentes las circunstancias en que predica para que ajuste su sermon á ellas. En efecto: la iglesia tiene instituidas diferentes solemnidades en su culto que están en armonía con los misterios sagrados que recuerda al pueblo, ó con la materia que quiere sea objeto de sus meditaciones. En cada una de esas solemnidades se le vé variar sus ceremonias, sus cánticos, el color de sus ornamentos; ora se la oye gemir con Jeremías y

vestirse de luto en tiempo de Cuaresma para invitar á sus hijos á la penitencia; ora repite con los ángeles una *alleluya* de gozo durante el tiempo pascual para que los fieles se alegren en el Señor, y dilaten su corazon con la esperanza y la gratitud: ya entona tristes y melancólicas endechas en el oficio de difuntos, recordando á los vivos los tormentos de los que murieron en el Señor, y se hallan detenidos en el lugar de la expiacion, para que los socorran con sus sufragios; ya celebra con santas alegrías la memoria de los elegidos de Dios y su bienaventuranza en el cielo, para que los viadores aspiren á tanta gloria, y la consigan imitando sus heroicas virtudes.

Todo esto dice al predicador que debe atemperarse en sus sermones á tan sábia economía, eligiendo para ellos aquellas materias que secunden las intenciones de la iglesia en sus diversas solemnidades. Penétrese del espíritu de esta Madre en el asunto que la misma pone cada dia á la consideracion de los fieles, y tendrá mucho adelantado para ser escuchado con atencion y benevolencia. Por el contrario, si por singularizarse busca asuntos que no están en relacion, sino muy remotamente, con esas solemnidades, no ha llenado su mision. El auditorio está dispuesto á oír de boca del que anuncia la palabra divina las enseñanzas que prácticamente le ofrece la iglesia en su culto de cada dia, y cuando encuentra burladas sus esperanzas; cuando una cosa dice ese culto, esas prácticas piadosas, esas ceremonias representativas del ministerio ó asunto que celebra, y otra cosa se le anuncia en el púlpito, por buena que sea, le hace distraer su atencion.

Debe tambien el predicador, cualesquiera que sean las circunstancias en que se encuentre, elegir materias proporcionadas á la inteligencia y capacidad del auditorio, y acomodadas á sus necesidades; de otra suerte, por más que haya fijado su atencion en la doctrina, puede suceder que, al exponerla en el púlpito, produzca el efecto contrario que deseara. Verdad es que, ha de consultarse la oportunidad del asunto, del tiempo y lugar en que se haga la predicacion, segun dejamos dicho, pero más todavía la condicion y necesidad de los oyentes. «Yo me lleno de congoja, decia S. Agustin (1), cuando he de predicar, considerando qué medio he de tomar para declarar

(1) Lib. de Cathequiz. rudib.

«los misterios del Señor de una manera provechosa á sabios é ignorantes. Quisiera acomodarme á todos, como el Apóstol, que dice se «portaba en el ejercicio de la predicacion como el ama con sus hijos: *«Tamquam nutrix fovens filios suos.* Quisiera no pronunciar palabra alguna que no fuese provechosa al bien de mis hermanos, según lo deseaba el mismo Apóstol: *Formam habe sanorum verborum.*» «Los oyentes, dice S. Gregorio Magno, son como un instrumento músico, y para que resulte armonía, es necesario pulsar las cuerdas con un mismo peltro, pero no de un mismo modo.» Y en otro lugar: «No una misma exhortacion conviene á todos, porque no todos son de unas mismas costumbres; dañando muchas veces á unos lo que á otros aprovecha..... el pasto que conforta la vida á los robustos, quita la de los niños.»

Dedúcese de aquí, cuanto interesa al predicador tener presente la oportunidad relativa á los oyentes; de cuyo carácter, instruccion y condiciones especiales convendria tuviese conocimiento. Asi no se expondría, como sucede á algunos, á condenar errores, y reprender vicios, de que visiblemente están exentos aquellos; á proponer y explicar ciertos puntos doctrinales de difícil inteligencia para los que los oyen; á usar de lenguaje elevado con los sencillos ó viceversa; y á incurrir en otras inconveniencias que esterilizan el fruto de la predicacion, haciéndola inútil y tal vez perjudicial.

No olvide tampoco el predicador la oportunidad relativa á su persona. Tan delicada es su mision, que áun predicando las mismas verdades el jóven que el anciano, el simple sacerdote que el sacerdote constituido en dignidad, unos y otros deben atender á su edad, á su posicion y condiciones especiales para predicar oportunamente. El anciano predicador revestido de la dignidad que dán los años puede usar de conceptos más tiernos, de palabras más cariñosas y dulces que el jóven; como que esa misma ternura y afectuoso cariño sientan perfectamente en un hombre en quien se halla reunida la experiencia de los años y la autoridad para expresarse con la noble franqueza de un padre entre sus hijos; más no del mismo modo en un jóven que parece no hallarse autorizado para dirigirlas á su auditorio, por más que se halle caracterizado con la dignidad sacerdotal. Hay ciertos sermones que se avienen perfectamente, por ejen-

plo, al párroco en su parroquia, y que, predicados por otro sacerdote no haría en su auditorio el buen efecto que aquel hace. Por esto cada uno debe atemperarse á su propio carácter, y al puesto en que se halla colocado para predicar convenientemente. En vista de todo lo expuesto, nada debe extrañar nos parezca poco conforme la conducta de aquellos predicadores, que sirviéndose de una pequeña colección de sermones, que van llevando de un punto á otro, de uno á otro auditorio, nada les quitan ni les ponen; reproduciendo siempre unas mismas ideas y unas mismas palabras, aunque en diferentes lugares y clases de oyentes, haciéndose acaso objeto de crítica y censura, con lo que, ellos nada ganan en su reputacion y la predicacion pierde. No todos los asuntos de los sermones son buenos absolutamente para toda clase de personas, para todos los tiempos y lugares; pues muchos de ellos por faltar á esas condiciones, puede decirse que, se *predican en desierto*, como tambien por no acomodarlos á las necesidades y capacidad de los oyentes. Por último advertimos que, deben evitarse en el púlpito: 1.º Las inexactitudes de doctrina. 2.º La discusion de objeciones desconocidas á los oyentes. 3.º Las cuestiones dudosas y controvertidas. 4.º Las novedades. 5.º Las cuestiones elevadas y sùtiles que están fuera del alcance de los oyentes. 6.º Todo lo que no tienda á la salvacion, ó no sea propio á procurarla.

§. 3.º

TRIPLE CARÁCTER DE LA MATERIA PREDICABLE.

El objeto de la invencion es: instruir, deleitar y conmover; objeto que el predicador no debe perder de vista en el estudio y exámen de la materia para sus sermones. *Instruirá*, aduciendo pruebas que pongan de manifiesto la verdad de la *Tesis* ó punto que se proponga explicar; *deleitará*, presentando aquellas bajo un carácter de agrado que las haga aceptables á los oyentes; y *conmoverá*, excitando en estos los afectos y sentimientos que en sí mismo experimente y de que se halle impresionado. Así, llenará el fin de la elocuencia, que, segun S. Agustin, no es otro que: *ut veritas pateat, ut veritas pla-*

ceat, ut veritas moveat; es decir: que se manifieste, guste y persuada la verdad. De lo que se infiere que, no basta al predicador hallar pruebas para enseñar é instruir, ha de procurar tambien hacer agradable la materia de la predicacion y despertar los afectos. Con la instruccion cautiva el entendimiento de sus oyentes, inclina su voluntad con el deleite, y excita la sensibilidad de su corazon conmoviéndolos. Véase, pues, como la materia predicable ha de tener este triple carácter: Instructivo, deleitable y afectivo.

Instructivo.—La predicacion debe ser instructiva. El orador profano podrá cuidarse en sus discursos más de la belleza de las frases y de excitar las pasiones que de la enseñanza: no así el predicador, quien como objeto principal de sus sermones debe proponerse la instruccion. Discípulo de Jesucristo, ha de seguir la conducta de tan sabio maestro, ha de cumplir la mision santa que le confiara, y ésta en su parte principal no es otra que la de enseñar á los fieles las verdades eternas, que predicarles la misma doctrina que Aquél predicó de palabra y con el ejemplo: *Id, enseñad á todas las gentes..... Predicad el Evangelio á toda criatura* (1). Esto dijo el Salvador á sus discípulos, y en ellos, á todos los que habian de ser sus ministros. ¡Desgraciado el sacerdote que en el ejercicio de su ministerio olvidara este divino precepto! Sí, desgraciado el que, abusando de sus sagrados deberes, convirtiera el púlpito en cátedra profana, cuidándose más del adorno y atavío de palabras en sus sermones que de la saludable enseñanza á los fieles. Tal sacerdote desvirtuaria por su parte el fin de la palabra divina, porque lejos de buscar la gloria de Dios y salvacion de las almas, solo conquistaria los aplausos mundanos y su propia gloria. No ha sido esta, ciertamente, la línea de conducta seguida por los Apóstoles, Padres y Doctores de la iglesia. San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto, decia (2): *No he venido á predicaros en la sabiduria humana, en la sublimidad de la palabra, sino á Jesucristo, y este crucificado*. Examinense los escritos de los santos Padres, y se observará que estos, cuando predicaban al pueblo bien de palabra ya por escrito, se proponian como objeto principal la instruccion cristiana; sin que por esto carecieran

(1) S. Marc. 16.

(2) 1.ª Corint. 2.

sus sermones de las formas propias para agradar y mover á sus oyentes. Tenian presente que, ninguno puede ser deleitado ni movido por cosa que no conoce, y por consiguiente, que la enseñanza debe preceder al deleite y mocion: *Prius docendi quam movendi*, escribió S. Agustín.

Además, si los pueblos tienen necesidad de ser instruidos, esta enseñanza no la pueden recibir mejor que en las explicaciones claras, sencillas y metódicas de la doctrina de Jesucristo, hechas en la cátedra del Espíritu Santo. De aquí los fieles reportan inmensas ventajas; por la predicacion instructiva adquieren una piedad acrisolada, una virtud verdadera y bien entendida: frecuentan los sacramentos de la iglesia, y comprendiendo la importancia de la religion en los mandamientos que impone, y en los pecados que prohíbe, la voluntad abraza el partido de la virtud, y sus resoluciones son durables, porque están cimentadas en una firme convicción. (1)

Deleitable.—Al manifestar que la predicacion debe ser instructiva, no pretendemos sostener en manera alguna que un sermón sea un discurso académico que se dirige solo á la inteligencia. Es necesario que dicha predicacion sea agradable. Por esto dice S. Agustín en el libro 4.^o de la *Doctrina Cristiana*: «Cuando el principal objeto de una oracion es instruir ó enseñar al auditorio, la elocuencia no consiste entonces en hacer que agrade lo que enfadaba, ó que se egecute lo que se rehusaba; sino en hacer que se aclare y se descubra lo que antes estaba oculto y no se percibia. Pero si esto se hace de modo que no deleite, el fruto de la enseñanza se extenderá solamente á algunos pocos muy deseosos de saber, que se contentan con aprender la verdad, aunque se la propongan y declaren en un estilo llano y sin artificio.» De aquí inferimos la conveniencia de deleitar, que es otro de los objetos de la invencion oratoria, y de los fines de la elocuencia cristiana para ganar el corazón.

Es indudable que, las buenas formas en el que habla son estímulo poderoso para captarse la benevolencia de los que oyen: y no solo esto, sino que á veces el buen efecto de la palabra depende mucho del modo con que nos expresámos. La dulzura atrae y predis-

(1) Tratando de la predicacion *parroquial*, nos ocupámos más extensamente en el carácter *Instructivo*.

pone el ánimo favorablemente; la aspereza, acritud y destemplanza retraen. San Agustín nos dice, que oía á San Ambrosio, atraído, no por la doctrina que predicaba, sino por la dulzura de sus palabras; y de esta dulzura se sirvió Dios para hacer penetrar la verdad en aquella grande alma. Querémos, pues, que el predicador procure agradar, para que la palabra divina fructifique; más no para que convierta en favor suyo el agrado de los fieles, como expresa santo Tomás: *Quod fit dum aliquis sic loquitur quod auditores delectet, quod non debet aliquis querere propter favorem suum, sed ut homines alliciantur ad audiendum verbum Dei.*

Dos extremos debe evitar el predicador sobre este punto: el demasiado empeño en ataviar y adornar sus sermones, y el desprecio de todo adorno en los mismos. En el primero incurren aquellos, que se ocupan preferentemente de los pensamientos brillantes, frases pomposas y palabras escogidas, olvidándose del principal objeto que es la instruccion. En el segundo, los que, con austera independenciam no cuidan de agradar; á estos se les oye sin placer, ó no se les oye, y la predicacion resulta inútil para muchos. Oigan unos y otros los sabios consejos que acerca de tan importante asunto nos dá S. Francisco de Sales; consejos que, reproduce S. Alfonso Ligorio en su ya mencionada *Carta á un amigo religioso*, diciendo á éste: «A la opinion que ha manifestado V. R. «que el deleitar es una de las principales circunstancias del discurso, y que por lo tanto asistiendo al sermón gente ilustrada, se necesita la cultura del lenguaje, para que los tales encuentren tambien su aliciente,» no quiero responderle, cumplirá por mí con este encargo S. Francisco de Sales, quien, en una carta dirigida á un eclesiástico (1) refiriéndose al modo de predicar, en confirmacion de todo cuanto queda sentado en el *cap.* 5, dice así: «Los largos periodos, las palabras selectas, los gestos afectados, y otras cosas de este jaez, son la peste de los sermones. El más útil y hermoso artificio consiste en prescindir de todo artificio. Debe inflamar nuestras palabras el amor interior, saliendo estas del corazón mas bien que de la boca. El corazón habla al corazón; la lengua solamente al oído. El tegido de la oracion debe ser natural sin vanos follajes y sin palabras afectadas. Los antiguos Padres y todos los que

(1) Part. 1.ª cap. 5.

han dado algun fruto, se han abstenido de producirse con excesiva cultura y con adornos mundanos: hablaban con el corazon al corazon, como buenos padres á sus hijos. El objeto del predicador es lograr la conversion de los pecadores y la perfeccion de los justos. Por esto al verse en el púlpito debe decir en su corazon: *Ego veni, ut isti vitam habeant, et abundantius habeant*. Hablando luego el Santo de nuestro objeto, dice: «Me consta que muchos afirman que el predicar debe deleitar. En cuanto á mí, distingo que hay un modo de deleitar inherente á la doctrina que se predica, y á la conmocion de los oyentes; porque ¿cuál será el alma tan insensata que no escuche con mucho gusto el modo de encaminarse al cielo, de lograr el paraiso y de considerar el entrañable amor que Dios nos profesa? Para deleitar por este estilo ningun cuidado es excesivo, procurando enseñar y conmover. Hay otra clase de delectacion que las más veces impide el que se enseñe y conmueva, la cual consiste en una impresion agradable al oido, dimanada de cierta elegancia profana, de la curiosidad, y de la coordinacion de las palabras que solamente estriba en el artificio. En cuanto á esta última digo redondamente que no debe apelar á ella el predicador evangélico, por ser propia de los declamadores mundanos, de los charlatanes y de los cortesanos, que la buscan con particular esmero, y el que de este modo predica, no predica á Jesucristo crucificado sino á sí mismo. S. Pablo detesta á los predicadores *prurientes auribus*, esto es, que se proponen halagar el oido del oyente.» Hasta aquí son palabras del Santo, siendo de advertir, que sus documentos los ha recibido con particular elogio la iglesia, mandándonos pedir que, con la guia y práctica de los mismos procuremos obtener la eterna gloria: *Concede propitius ut..... diligentibus monitis æterna gaudia consequamur*: como leemos en la oracion del oficio de este eminente siervo de Dios.»

«Coincide con esto (continúa S. Alfonso) lo que dice el profundo teólogo Habert hablando tambien de lo que deben observar en sus sermones los ministros del Evangelio: *Evangelii minister delectabit, si sit sermonis apti, facilis, ac perspicui*. (Tom. 7. c. 4. §. 10.) Debe por lo tanto el predicador procurar agradar hablando de un modo claro, fácil y proporcionado á la capacidad de todos los que le

escuchan. De este modo deleitará á los oyentes el oír las verdades eternas y las máximas del Evangelio, y el saber lo que han de practicar, ó evitar para salvarse: les deleitará, en una palabra, el verse compungidos, alentados á confiar, y enfervorizarlos en el amor de Dios. Según S. Agustina (tract. 20 in Joann.) el conocer la verdad deleita más que los placeres de los sentidos, añadiendo, que nada anhela tanto el alma como conocer la verdad: *Quid enim fortius desiderat anima quam veritatem?* Lo confirma S. Francisco de Sales en su tratado del amor de Dios (lib. 3. c. 9.): «La verdad es el objeto del entendimiento, el cual cifra todo su gusto en conocerla. Y á proporcion que ésta es más sublime queda aquel más satisfecho. Por esto los antiguos filósofos abandonaron las riquezas, los honores y los placeres, para escudriñar la verdad de la naturaleza.» Deduce el Santo de todo lo dicho, que el más sabroso gusto lo encuentra el alma en conocer las verdades de la fé. Su conocimiento no solo nos es agradable sino á más sumamente útil por depender de él nuestra felicidad temporal y eterna. Por lo tanto, dice S. Antonino, el orador debe deleitar al oyente, ¿pero con qué objeto? Únicamente con el de que impresionándole el sermón, se resuelva á practicar cuanto se le ha enseñado: *Ut sic moveat affectum ut flectat, scilicet curando, ut quæ dicta sunt, velit implere.* (Part. 3. tract. 18. c. 3)»

A lo dicho por S. Alfonso, solo añadiremos: que uno de los mejores medios para hacerse oír con placer, es, la vida ejemplar y edificante del predicador. Aunque todos los predicadores anuncian la palabra de Dios, y esto basta para recomendarlos al respeto y al amor de su auditorio; sin embargo se observa que, aquellos predicadores que, merced á sus buenas cualidades morales, se distinguen de los demás, cautivan de tal manera á sus oyentes, que desde luego los hallan predispuestos para oírlos, no solamente con atención y docilidad, sino con aquel agrado que inspira la virtud. Lo contrario se nota en los oradores sagrados que no están tan recomendados por su conducta ménos apostólica; se les oye con atención, es verdad; pero existe cierta prevencion desfavorable, que impide las más veces que deleiten ó agraden á los que los escuchan.

Afectivo.—Que la mocion de afectos es uno de los propósitos importantes del predicador, no admite duda; pues si el que instruya es

de necesidad, y de conveniencia el que deleite, á la mocion de afectos está reservado el triunfo ó la victoria. ¿Qué importará que el predicador haya hablado de una manera correcta, que su argumentacion haya tenido las mejores formas, si á la vez le falta el sentimiento, la energía y la uncion necesaria? En este caso presentará á su auditorio abstracciones sùtiles, disertaciones puramente escolásticas que le merecerán los aplausos de ciertos puristas por haber observado las reglas de la sintáxis y de la retórica; pero no habrá movido las grandes potencias del alma: la imaginacion, la sensibilidad, la conciencia; dejará frios é insensibles á sus oyentes, y no habrá llenado el fin de la predicacion.

No desconociendo que la mayor parte de los hombres peca más por el vicio y depravacion de los afectos que por ignorancia de lo verdadero; deber es del predicador ocurrir al remedio de este mal con afectos opuestos, pues de otro modo difícil será que logre destruirlo. Con efecto, observámos haber muchos hombres de entendimiento claro que conocen el bien, sienten inclinacion hácia él, y sin embargo no se deciden á abrazarlo, porque á ello obsta la corrupcion del corazon. Ejemplo tenemos en Ovidio, quien decia de sí mismo: *video meliora, proboque, sed deteriora sequor*. ¿Y qué medio le queda al predicador para sacar partido de esta clase de hombres sino la mocion de afectos? ¡Ah, y qué maravillosas conversiones se deben á ella! ¡Qué cambios tan repentinos, que transformaciones ha obrado! ¡A cuántos hemos visto entrar indiferentes en el templo, oir con desprecio y desdén la palabra divina, y con todo, no pudiendo resistir en un momento dado á la uncion del predicador, han llegado á sentir su corazon conmovido, se han desecho en lágrimas y se han convertido!

Más si es cierto que, la mocion de afectos está llamada á producir grandes y felices resultados, tambien lo es que, el predicador debe hacer un uso conveniente de ella á fin de que no sea infructuosa. Por tanto, importa mucho tenga presentes estas observaciones: 1.^a Que el objeto hácia el que haya de escitar los afectos en los oyentes sea digno, interesante, y envuelva cierto género de grandeza; debiendo hacer la mocion de un modo suave, templado ó vehemente, segun la naturaleza del asunto lo exija. Como por ejemplo: despues

de referir Maria, hermana de Moisés, aquel señalado prodigio de haber permitido el Señor á su pueblo el paso libre del mar rojo, se mueve así con afecto piadoso hácia Dios (1): *¿Quién, Señor, entre los fuertes es semejante á Ti? ¿Quién es semejante á Ti, grande en santidad, terrible y obrador de maravillas?* Con mayor elocuencia se expresa el Profeta Habacuc, recordando este milagro (2): *Hiciste camino en el mar á tus caballos en el lodo de muchas aguas; oí, y mi vientre fué trastornado; de la voz temblaron mis labios.* Con cuyas palabras dá á entender el temor de su alma, la admiración y pasmo de tan grande acontecimiento. 2.^a Que esté animado de aquel ó aquellos afectos que pretende excitar en los demás: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.* Solo de un corazón abrasado en el amor divino pueden salir los dardos que atraviesen el corazón del pecador: *Nisi enim ardeat minister prædicans,* dice S. Agustín, *non accendit eum cui prædicat.* ¿Se quiere inflamar en el amor de Dios y del prójimo á los oyentes; moverlos á la práctica de la virtud y aborrecimiento del vicio? pues el predicador debe excitar en su corazón estos mismos sentimientos, y estar poseído de la santa devoción que es la llama de la Caridad. Porque, «mal podrán, dice San Gregorio, las palabras que salen de un corazón frío encender á los oyentes en deseos celestiales.» Para llegar á este grado de ardiente caridad, necesario para la moción de afectos en el auditorio, y tener la unción sagrada que tan preciosos resultados puede dar en el corazón de los fieles, no piense el predicador que lo conseguirá únicamente con el estudio. Medite las santas verdades que vá á predicar, medítelas con el espíritu de la religión, y no dude que el fuego de la caridad de Jesucristo encenderá su corazón en afectos purísimos para comunicarlos á los demás: *In meditatione mea exardescet ignis* (3). 3.^a Que los afectos que el predicador pretende excitar en sus sermones son diferentes de los del orador profano en sus discursos: este despierta las pasiones humanas que son movimientos puramente naturales, como el amor ó el odio, la tristeza ó la alegría, etc.; aquel, ó sea el predicador, excita las pasiones cristianas, que son movi-

(1) Exod. 15.

(2) Habac. 3.

(3) Psal. 38=v. 4.

mientos sobrenaturales inspirados por el Espíritu Santo. El motivo de las pasiones humanas es también diferente, como lo es su origen; pues esas pasiones no se mueven sino por la imaginación de los bienes ó de los males sensibles. Los afectos cristianos se apoyan en la vista de los bienes ó de los males que la fé nos descubre; así que, por ejemplo, la contrición nos hace aborrecer el pecado, porque es ofensa á la bondad infinita de Dios. Las pasiones en fin residen en el apetito sensitivo, y los afectos cristianos en la voluntad que es una potencia espiritual.

No nos extendemos más sobre este punto, puesto que volvemos á ocuparnos de la moción de afectos al tratar de la *Peroracion*, una de las partes del discurso sagrado, y también en el cap. III. §. 2.º hablando del estilo sublime.

§. 4.º

NECESIDAD DE LA PREPARACION PRÓXIMA.

El sacerdote predicador, antes de subir al púlpito, debe preparar sus instrucciones, ó sea, lo que ha de decir; y solo en casos excepcionales (1) en que la necesidad le escuse delante de Dios y de los hombres, podrá hacerlo sin este requisito. Varios y muy respetables son los títulos que obligan al sacerdote á la preparacion de la materia predicable, y entre otros, como principales, los siguientes: la correspondencia á su mision divina, la grande veneracion que se merece la palabra santa, el decoro y prestigio del ministerio apostólico, y el respeto al auditorio.

1.º *La correspondencia á su mision divina.*—El predicador que no prepara las instrucciones no corresponde á su mision, y falta á Dios. Un embajador que no representara dignamente á su príncipe, y no pusiera todo cuidado para el buen resultado del negocio de que estuviera encargado, seria mirado con razon por su superior como un prevaricador: ¿y no es este el crimen del sacerdote que no prepara las instrucciones? Es en el púlpito el representante de la Magestad

(1) Como el tener que reemplazar un predicador que falta de repente, ó verse precisado á hacer uso de la palabra santa en una circunstancia imprevista. En tales casos, la necesidad le dá derecho á las gracias del cielo y á la indulgencia de sus oyentes.

Suprema, y la deshonra por su negligencia; trata en él un asunto que interesa en el más alto grado á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, y no lo hace con el cuidado que reclama su importancia. No se reconoce en su lenguaje la dignidad de un enviado del cielo, y su palabra no corresponde á tal embajada. Falta á Dios, y falta por tentarle en una cosa gravísima. Porque ¿no es tentar á Dios, pedirle que supla nuestra pereza por un milagro, es decir, que instruya y mueva á los fieles por un discurso que nada tiene de instructivo y propio para mover; en que, han de faltar al mismo tiempo la claridad y el orden, la solidez y la uncion propias para producir estos efectos de gracia y santidad; como necesariamente tiene que suceder en discursos predicados sin preparacion alguna? Verdad es que, el buen resultado de la predicacion viene de Dios, por ser quien dá el *incremento*, y no del discurso en sí mismo; más tambien lo es que, en el curso ordinario de la Providencia, para producir estos efectos, se sirve como de causas secundarias, de la accion y trabajo de sus ministros, quienes por su parte, deben procurar hacerse dignos instrumentos de la enunciacion de la palabra divina, preparando sus instrucciones de modo que estas respondan de la manera mejor posible al importantísimo y sublime fin de la predicacion divina.

2.º *La grande y respetuosa veneracion que se merece la palabra de Dios.* Si en sentir de S. Agustin, la palabra divina es digna de los mismos respetos que el *cuerpo sacratísimo* de Jesucristo: y si por otra parte, un buen sermon exige grande y difícil trabajo, tanto que, áun aquellos que preparan mejor lo que deben decir, no consiguen siempre hablar tan dignamente como convendría, ¿cuán reprehensible no será aquel que se presente á hablar sin preparacion alguna? ¡Ah! es indudable que, el predicador que así obra, profana la santidad de su ministerio evangélico, y es digno de la mayor reprehension, pues con su descuido hace que sea infructuosa esa misma palabra que Dios ha puesto en sus lábios.

Hay más; el predicador sin la debida preparacion hace una grave injuria á la palabra divina. A la verdad cristiana se la ofende, presentándola á los hijos de Dios con un traje indigno, que no tiene la exactitud, la gravedad, la uncion ni la luz viva y natural que es su

verdadero y necesario atavío. ¿Y no se exponen á incurrir en este defecto los predicadores que hablan sin preparacion ligeramente? Nada hay en su palabra de grave, de digno y de elevado, y puede decirse de ellos que no tienen consideracion á las almas, ni respeto á Dios, que les envia á ellas. No se puede hablar con *afluencia* y con expresion llena de vida, sino cuando el espíritu y el corazón abundan en lo que se debe decir: *Ex abundantia cordis loquitur os*. Y aún así, y á los hombres más ejercitados, es necesaria una gran preparacion mental. Obrar de otro modo es una pequeñez, una ceguera; en ocasiones es indigno. Se confía por algunos en lo que se llama facilidad; pero no olviden que cierta facilidad es á menudo más funesta que útil, pues inspira esa presuncion que hace descuidar el trabajo, apresurarse, extenderse en vez de concretarse; no concluir bien lo que se expone y no producir, en fin, más que frutos verdes, en lugar de los sazonados y nutritivos con que deberían alimentar las almas de su auditorio. La palabra de Dios tratada de este modo, pierde toda su majestad en el espíritu de los pueblos; y de aquí el que no la respeten; antes bien la critiquen los enemigos de la religion. ¿De dónde procede las más veces esa falta de asistencia á las enseñanzas del púlpito, sino de la decadencia en que por desgracia han venido á parar los sermones por falta de preparacion? De dónde han surgido esa multitud de anécdotas que forman el entretenimiento de las gentes del siglo, explotadas por la malignidad pública, y referentes á la palabra divina? Han surgido de la falta de preparacion de algunos predicadores, que en el calor de sus mal preparados discursos han tenido que valerse de algunas comparaciones importunas, de algunas imágenes inconvenientes, de reflexiones ridículas, de expresiones burlescas y risibles que neutralizan el fruto que deberían haber obtenido de sus sermones, y solo han conseguido la triste celebridad de aparecer en buen lugar en los fastos del ridículo. ¿Y no cede todo esto en daño de la divina palabra por la irreverencia á que la expone el predicador negligente?

3.º *El decoro y prestigio del ministerio apostólico*.—Es tal la grandeza del ministerio apostólico, tal su excelencia é importancia, que nunca será demasiado el cuidado ni sobrada la diligencia en el

sacerdote predicador por conservar el decoro y prestigio que merece. Así que, tanto en lo tocante á la materia como á las formas de la predicacion ha de procurar ser muy celoso porque nada empañe su brillo, nada le rebaje, nada le haga desmerecer el profundo respeto con que debe ser mirado por los fieles. ¿Y podrá decirse, que atiende y mira al decoro y prestigio de su santo ministerio el predicador que, por falta de la debida preparacion, puede contribuir, no solo á que sea objeto de ridículo y censura pública, como hémos dicho anteriormente, sino aún á ser comprometido ese mismo ministerio? Conocidas la miseria y fragilidad humanas, que tantas veces ponen en evidencia con terribles desengaños lo poco que vale nuestra orgullosa razon ¿á qué no puede exponerse el predicador que sube al púlpito sin prepararse y confiado tan solo en sus propias fuerzas? ¿Quién le asegurará no verse burlado en sus talentos, y en los recuerdos que le hacian menospreciar el trabajo y esmero en la preparacion de sus sermones? Y si esto sucede; al encontrarse con un desengaño funesto para él, cómo fruto y resultado de su predicacion, ¿no será más funesto todavía para su ministerio apostólico que ha comprometido lastimosamente; puesto que, de la falta de consideracion que entonces le tiene el auditorio, participa en gran parte el ministerio mismo que tan mal ha desempeñado? Ciertamente que sí; y estas son las consecuencias deplorables á que dán lugar en su mayor parte, sino todos, los predicadores que improvisan sus instrucciones, segun un reputado escritor eclesiástico. «Todos los improvisadores, dice, se exponen á decir mal, y á perderse de un modo visible á todos: hay momentos de esterilidad en que el espíritu más fácil nada halla, no se requiere para esto algunas veces más que una pequeña variacion en la temperatura, en la salud, en el humor; y aún fuera de estos momentos desgraciados, mil causas pueden perturbar y hacer perder el hilo de las ideas, por ejemplo, un oyente inesperado, una circunstancia imprevista, á veces un contratiempo que sobreviene. Y aún cuando se pudiera siempre desempeñar el cargo, esto no seria, á lo menos habitualmente, sino de una manera trabajosa, y muy molesta para el que habla y para el que oye. De aquí los auditorios disgustados, el sacerdote desconsiderado, y el ministerio comprometido.»

4.º *El respeto al auditorio.* En la *Introducción* al presente Tratado, ocupándonos en la diferencia que hay entre la elocuencia profana y sagrada, decimos respecto al auditorio del predicador. «Este lo componen los fieles de Jesucristo, y en estos fieles se hallan hombres de todas edades y condiciones, de todo rango y gerarquía; los ignorantes y los sabios, y todos tienen derecho á sus palabras y á sus enseñanzas. No tiene, pues, el predicador que deprimir á unos para ensalzar á otros; á sus ojos todos los hombres son hermanos.» De aquí resulta, que sea cualquiera el punto ó lugar donde el predicador instruya á los fieles, y mayor ó menor el número de aquellos á quienes dirija la palabra, debe siempre considerar á su auditorio como objeto de grande atención y de profundo respeto; por cuánto no ha de ver en él tan sólo una agrupación de hombres de diferentes clases y condiciones, sino de fieles que pertenecen todos á una misma familia, á la familia cristiana: de almas redimidas con la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, á quienes es deudor de la enseñanza divina sin género alguno de acepción, puesto que todas y cada una tienen igual derecho á la participación de las gracias y herencia del Salvador y Redentor del mundo. Por tanto, lo mismo en la pequeña aldea que en la ciudad populosa, lo mismo á los oyentes ilustrados que á los sencillos, á todos, ha de tenérseles igual respeto, á todos debe hablárseles siempre de un modo conveniente y digno. Esta verdad la explica S. Juan Crisóstomo con una bella comparación: «Si en la casa de los ricos, dice, magníficas velas iluminan todos los aposentos, mientras que en el retrete de los pobres no hay más que una pequeña lámpara para iluminar todas las partes; si en las grandes ciudades hermosas fuentes embellecen todas las calles, mientras que en las aldeas no hay más que una fuente para todos los habitantes, es gloria de la iglesia, que es la casa de Dios como la ciudad santa, el ser iluminada hasta en sus menores partes por una predicación que brille cómo una magnífica antorcha, y ser regada en todo sentido por fuentes ricas y puras de esta agua que salta hasta la vida eterna: los hijos de Dios deben en todas partes ser tratados con honor.»

Dedúcese de lo dicho, que así por la correspondencia á su elevada y santa misión, por la veneración grande que se merece la palabra

divina, el decoro y drestigio del ministerio apostólico, cómo por el respeto debido al auditorio, el predicador está obligado á preparar convenientemente sus instrucciones; siendo grave la responsabilidad en que incurre el que por descuido ó negligencia omite la preparacion. Sobre él pesa entonces este terrible anatema: *Maledictus, qui facit opus domini fraudulententer* (1); pues obra de Dios es la predicacion, y con engaño y con desprecio la practica el predicador que para ella no se prepara como debe, comprometiendo los intereses de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Además; cada uno, dice el Apótol, recibirá segun su trabajo: *unusquisque propriam mercedem accipiet secundum suum laborem*; por consiguiete, asi como el buen sacerdote que habrá puesto la mayor preparacion, recibirá la más hermosa corona, áun cuando no hubiese logrado algun buen resultado, asi tambien aquel que, en cuanto está de su parte, la descuide ó desprecie, será castigado á proporcion de su negligencia.

A fin de evitar estos graves inconvenientes y terribles males, bueno será que consultemos la conducta que en esta parte han seguido los hombres más emiuentes de la iglesia asi de los tiempos antiguos como de los modernos. Entre los primeros, bastará citémos á las dos célebres lumbreras S. Agustin y S. Juan Crisóstomo. No puede ignorarse cuán hábil maestro en el arte de hablar era san Agustin, y sin embargo, preparaba con grande esmero sus instrucciones, segun el mismo nos dice al fin de su cuarto discurso sobre el Salmo 103: *Magno labore quesita et inventa sunt, magno labore nuntiata et disputata sunt; sit labor noster fructuosus vobis, et benedicet anima nostra Dominum*. S. Juan Crisóstomo no convidaba á nadie á su mesa, á fin de tener más tiempo para preparar las instrucciones, aplicándose estas palabras de los apóstoles: *non est æquum nos derelinquere verbum Dei, et ministrare mensis*. Entre los modernos harémos mencion de S. Cárlos Borromeo, quien, á pesar de la facilidad adquirida por largos estudios y frecuentes ejercicios, no creyó jamás poder omitir la preparacion. Tampoco Fenelon se dispensaba de ella, no obstante el espíritu prodigioso y fecundo de que estaba dotado; y S. Alfonso Ligorio, sin embargo

(1) Jer. 48. v. 10.

de su género sencillo y de misionero, no permitía á sus sacerdotes subir al púlpito sin haber escrito antes todo lo que debían decir, á ménos que su talento fuese bastante probado para no tener necesidad de escribir: y aún en este caso exigía que hubiesen meditado profundamente la materia, y formado un plan bien motivado. No creémos necesario extendernos más sobre este punto; basta lo dicho para que los ministros de la palabra divina comprendan la necesidad que tienen de preparar la materia predicable, cual corresponde, si han de ejercer dignamente su elevado cargo; no dudando que, aplicando en ello la debida diligencia, el Señor les comunicará sus auxilios divinos, que suplirán todo cuanto falte para que su trabajo sea útil y provechoso.

§. 5.º

REFLEXIONES SOBRE LOS DIFERENTES MODOS DE PREPARAR LA MATERIA PREDICABLE.

Varios son los procedimientos ó modos de preparar las instrucciones predicables que señalan los autores; de ellos, indicaremos solamente tres, á nuestro parecer, los más usuales y comunes: 1.º, escribirlas enteramente y pronunciarlas palabra por palabra al tenor del escrito.—2.º, escribirlas sumariamente, esto es, en todo lo que constituye su fondo, indicando las ideas principales, su enlace, transiciones, las figuras más notables, los afectos propios para cada lugar del discurso, etc.; pero quedando en libertad respecto al modo de expresar cada pensamiento; y 3.º, meditar y reflexionar lo que se debe predicar, pero sin escribir cosa alguna. Véamos ahora, aunque sea ligeramente, las ventajas así como los inconvenientes que puede ofrecer cada uno de los métodos expresados.

El primero, ó sea, el *escribir enteramente las instrucciones*, no hay duda, que tiene algunas ventajas no despreciables, no solamente para los jóvenes predicadores ó principiantes, á los que, es de todo punto necesario, y así se lo aconseja S. Alfonso, haciéndolo practicar á los sacerdotes de su congregacion de misioneros, como lo hacia, según tenemos dicho; sí que también para todos aquellos predicadores que todavía no hayan enriquecido su espíritu con un fondo sólido de doctrina, ni adquirido por el ejercicio la facilidad

de expresarse en público con libre comodidad. Pues en primer lugar, el que escribe las instrucciones predicables se vá procurando para lo restante de su vida materiales preciosos que, estará contento de hallar más tarde, y los que, han de economizarle mucho tiempo y trabajo; mientras que el que no escribe, pierde todo el fruto de sus investigaciones y de sus estudios, y há necesidad de nuevo trabajo cada vez que haya de predicar. En segundo, que dicho método tiende á perfeccionar y hacer más duro, si es permitido expresarnos así, el talento del predicador; porque limitándose á escribir las ideas, se obliga al espíritu á reflexionar más sobre ellas, á consultar más su ordenamiento y precision, á estrechar los discursos, á tener siempre el estilo puro, el pensamiento claro, la expresion conveniente; y finalmente, á estudiar y tratar la materia con mayor profundidad y perfeccion.

Hay que tener tambien en cuenta, que son muy pocas las personas dotadas del suficiente talento para tratar como se debe la palabra de Dios sin haber escrito. La mayor parte de los que se atreven á hacerlo, hablan sin exactitud y precision, sin órden y áun sin plan alguna vez, ó si lo tienen, suelen apartarse de él por digresiones frecuentes que, dando al discurso una prolijidad excesiva, fatigan y disgustan á los oyentes; habiendo ocasiones en que para recordar los pensamientos y palabras sienten un embarazo y dificultad que no dejan á la pronunciacion el tono conveniente, distraen la atencion del auditorio, y hacen se pierda en gran parte el fruto de sus sermones. Es muy cierto que, por grande facilidad que uno tenga, hablará siempre ménos bien que si hubiese escrito y preparado con cuidado la materia. El espíritu no puede hallar en la improvisacion tantos pensamientos y razones, al ménos tan buenos, como reflexionando con madurez y fijando las ideas en el papel; y así se ha visto que, sacerdotes muy instruidos y capaces de hablar bien despues de una preparacion no escrita, hânse manifestado algunas veces en el púlpito débiles é inferiores á lo que se tenia derecho á esperar de su reputacion como de su dignidad. Es menester pues escribir en cuanto sea posible, pero escribir lo necesario y sin emplear un tiempo considerable en corregir y perfeccionar el escrito como pudiera hacerlo un académico. Es preciso escribir mucho, áun cuan-

do poco ó nada se aprenda de memoria; y antes de escribir,—esto es esencial,—haber pensado mucho, leído, estudiado, meditado. Hablar y escribir, predicar y componer, son dos cosas muy diferentes, y que exigen dos distintas disposiciones. El predicador que escribe y compone, es más bien un escritor que un predicador. Cuando se le escucha, se comprende que para componer se encerró en su gabinete, en vez de colocarse en frente de su auditorio. Su falta no consiste en haber escrito, sino en escribir cual si hubiera de imprimirse, lo que debía hablar. A este propósito, véase lo que un célebre Prelado de la Iglesia escribía en cierta ocasion á un jóven predicador. «No buscáis el espíritu de vuestro auditorio para convencerle, sino que procuráis redondear bien vuestras frases: se os oye como á un profesor, á un escritor, ó á uno que declama bien: pero no se vé, no se oye á un apóstol. No os dirigís al corazon para impresionarlo y convertirlo: estais demasiado ocupado de vos mismo y de vuestro discurso, y la forma de vuestra composicion domina siempre al fondo y áun lo obscurece algunas veces. El fondo debiera inspiraros la forma, y no sucede asi; porque la forma es la que domina; envuelve y sofoca la vida de vuestra palabra.»

Respecto al punto de *aprender y recitar los sermones de memoria*, si bien es aconsejado á los predicadores principiantes en el ejercicio del ministerio, y hasta tanto que puedan adquirir suficiente caudal propio de ciencia; no obstante, hecha esta excepcion, y la de que dicho método podrá ser hasta necesario para ciertos *sermones extraordinarios*, nos parece no debe adoptarse como regla comun ó general por los varios inconvenientes que ofrece. A parte de otros, este método condena al predicador á recargar penosamente su memoria, á recitar su discurso como el niño de una escuela su leccion, y á repetir algunas veces varias palabras, para volver á tomar el hilo del sermon. Esta triste necesidad le esclaviza en la accion, le quita la libertad de un tono vivo, natural, y le sujeta hasta el punto de que no puede lanzarse á un movimiento extraordinario, sin correr el riesgo de perder el enlace de sus pensamientos y de su discurso; al contrario, el que no aprende de memoria servilmente la materia predicable, se afirma, se expresa con naturalidad y no habla como un simple declamador; su palabra sigue el curso libre de un pensa-

miento subordinado al fin propuesto; sus expresiones son vivas, acaso incultas alguna vez, pero siempre llenas de movimiento y de vida. Además, adapta las cosas á la impresion que le parece deben causar en el auditorio; vé lo que penetra ó no en el espíritu; lo vuelve á decir bajo otra forma, revistiéndolo de giros y de imágenes más sensibles; prepara, observa, vá en pos de sus progresos en las almas, y concluye casi siempre por conseguir su objeto, que es el de persuadir y convencer.

Pero si todavía, despues de haber comprendido estos inconvenientes y estas ventajas, se dijera que: estos sermones, aunque más vivos y más naturales, serán necesariamente de un tono desigual y vacíos de doctrina, débiles, sin un fondo sólido, sin precision y sin fuerza, ó bien que este método supone en el predicador un talento extraordinario, y no puede por consiguiente convenir á la generalidad..... Véase lo que responde Fenelon. «Figurémonos de una parte, *álice*, un hombre que compone exactamente su discurso, y que «lo aprende de memoria hasta la última sílaba. Supongamos de la «otra, uno que se penetra bien de su asunto, que medita detenidamente todos sus principios y su extension; que se ha formado un «órden en su espíritu; que prepara las expresiones más fuertes, con «cuyo auxilio quiere hacer sensible su asunto; que ordena todas sus «pruebas; que prepara cierto número de figuras capaces de impresionar; en una palabra, un hombre que sabe lo que debe decir, y el «lugar en que debe colocar cada idea; pero lo sabe por un trabajo «de inteligencia, más bien que por un esfuerzo de la memoria, aunque ésta le ayude mucho en su trabajo: únicamente le falta tener «decorada su leccion hasta la última sílaba.» (Diálogo II.)

Presentado así el estado de la cuestion, se vé que se trata de una improvisacion sería ó formal, y no de aquellos que improvisan á la ligera, que suben al púlpito, y hablan sin saber todavía lo que van á decir. No, Fenelon no trataba con esta ligereza el ministerio del Evangelio; y precisamente por veneracion á tan alto ministerio, no quiere que se obligue á los que lo ejercen á recitar la divina palabra ante el pueblo fiel, de memoria siempre y atentos al escrito, como se recita una leccion: él no prohíbe á un predicador «que prepare *por escrito* sus sermones, que coloque con exactitud todas sus

partes, y áun que premedite todas las figuras y las principales expresiones; le exige únicamente que no aprenda de memoria *palabra por palabra, hasta la última sílaba*, sin reservarse la posibilidad de añadir en el acto lo que la necesidad y la vista de los objetos y de los oyentes puedan inspirarle.»

Así la cuestión, puede decirse que este método, no solamente es el mejor, lo cual nadie contradice, sino que es practicable. Esto es lo que se cuestiona, «y lo que sin embargo no puede cuestionarse (1) si se meditan bien las tres condiciones que Fenelon, S. Francisco de Sales, S. Agustin, todos los maestros de la elocuencia cristiana, la religion misma, y áun el simple buen sentido imponen á todo predicador, en cualquier lugar y ante cualquier auditorio que predique. Estas tres condiciones son: 1.^a Algun ejercicio ó práctica en el ministerio de la palabra. 2.^a Un estudio concienzudo del cristianismo. 3.^a El celo por las almas. ¿No es evidente que estas tres cosas son esenciales para todo el que quiera predicar el Evangelio, y que el que carezca de ellas debe adquirirlas antes de subir al púlpito?»

El segundo método para preparar las instrucciones, es, escribir las sumariamente indicando *las ideas principales, su enlace, transiciones, las figuras más notables, etc.*; pero quedando en libertad respecto al modo de expresar cada pensamiento. Cuando se ha escrito durante un cierto tiempo, y se ha adquirido un conocimiento perfecto de la religion y la facilidad de hablar en público, vale más no escribir las instrucciones sino sumariamente en el sentido expresado. En efecto, cuando se habla de este modo, se pone en el discurso más de ese abandono que prueba al oyente que se habla por conviccion, más de ese lenguaje que vá directamente al corazon; el estilo y la pronunciacion tienen una naturalidad que gana la confianza, que apartando la atencion de la forma, la trae entera sobre el fondo de las cosas, y dispone los espíritus á aprovecharse más de la instruccion. Entonces uno es libre y fuerte en su accion, porque se posee; todas las palabras que vienen naturalmente, son vivas, llenas de movimiento, y el calor de que uno está animado inspira expresiones y figuras, que el estudio del gabinete no hubiera hallado jamás; entonces el discurso se proporciona al efecto que se vé que

(1) Duplantou. La Predicacion popular.

produce, se extiende lo que hace impresion, se repite de un modo nuevo lo que no ha sido comprendido, y se le reviste de imágenes y comparaciones más sensibles. Este método, como dice muy bien el autor del «*Camino del púlpito*», tiene aún otra ventaja, y es que pide ménos tiempo y trabajo. Cuando uno se acostumbra á no decir nada que no haya escrito, está obligado á emplear para componer una parte notable del tiempo, que le reclamarán los otros deberes del ministerio. Aún no es esto todo: si despues de haber escrito, no se tiene tiempo de aprenderlo de memoria, se vé reducido á no poder decir nada; y, ¿qué cosa más triste que ver á un pastor que no sabe hablar de Dios á su pueblo, si antes no ha arreglado todas sus palabras y aprendido como un estudiante la leccion de memoria? No sucede así al que sigue el método de que hablamos; pues sobre que necesita ménos tiempo para preparar y aprender, puede satisfacer el cumplimiento de las demas obligaciones de su ministerio. Ya hemos dicho, que este es el método que aconseja Fenelon, como tambien la mayor parte de los hombres apostólicos.

El método tercero consiste: *en meditar y reflexionar bien lo que debe predicarse, pero sin escribir cosa alguna*. Tales pueden ser los compromisos y tan excepcionales las ocasiones en que se halle un predicador, que no le sea posible disponer del tiempo preciso y necesario ni aún para escribir sumariamente la materia, habiendo necesidad de subir al púlpito con una corta y ligera preparacion. Pues bien, aún en estos casos, que deben prevenirse y excusarse todo lo posible, el predicador no ha de limitarse á reflexionar algunos instantes antes de ocupar la cátedra sagrada; es menester determinar con cuidado el punto ó puntos sobre que intente hablar, formar el plan aún cuando nada más sea en bosquejo, y fijarse en la marcha del discurso. Obrar de otra suerte, es exponerse á tratar la palabra divina de una manera poco decorosa, á que se falte al gran respeto que merece el santo ministerio de la predicacion, y tal vez á comprometer la salvacion de las almas. Es cierto, que los apóstoles y algunos santos predicaron sin una grande preparacion, y que limitándose á meditar algunos instantes el asunto se entregaban en seguida al espíritu de Dios. Más estos ejemplos no destruyen la regla general; y seria tentar á Dios, pretender hacer en esto cómo los

Santos, sin tener su largo uso del ministerio de la palabra, su union con Dios, su oracion habitual y las gracias extraordinarias de que estaban llenos.

No créemos necesario decir más sobre este punto, por considerarle suficientemente tratado en el §.º 4.º del presente capítulo.

§. 6.º

DEL USO DE LOS SERMONARIOS.

Entendémos por Sermonarios; *toda coleccion de sermones impresos, y que son de autores de buena nota*. Acerca del uso que deba hacerse de ellos, no están conformes los escritores de Oratoría Sagrada; pues mientras unos los consideran aceptables hasta el punto de señalarlos cómo uno de los métodos para la preparacion de la materia predicable, otros por el contrario reprueban absolutamente su uso; habiendo tambien algunos que siguen un término medio, esto es, el de aconsejarlo pero con ciertas limitaciones. Aceptando por nuestra parte este último parecer, cómo más prudente, y por hallarlo autorizado con la opinion de autores muy respetables, vamos á hacer sobre él algunas observaciones.

En primer lugar, el ilustrado autor de los «*Pensamientos teológicos*», Sr. Jamin, se expresa del siguiente modo: «Hay algunos, dice (1), que tienen buena disposicion para predicar, pero no tienen la habilidad ó la instruccion necesaria para componer un sermón: otros saben componerle, pero no tienen la disposicion corporal que se requiere para predicarle; y rara vez se hallan juntas estas dos prendas. Pero no se debe condenar, segun San Agustin, el que un predicador que no tiene capacidad ó instruccion para componer, predique los sermones de otro: porque este será un predicador más de la palabra de Dios, y si los tales son como deben, nunca sobran, mirada bien la utilidad de los fieles: *Sunt sané quidam qui bene pronuntiare possunt, quid autem pronuntient excogitare non possunt. Quo si ab aliis sumant eloquenter, sapienterque conscriptum, memorieque commendent, atque ad populum*

(1) Pens. Teolog. cap. XI §.º XXI.

proferant; si eam personam gerunt non improbe faciunt. S. Aug. lib. IV de Doct. Christ. cap. 29 n. 62. Edit. Bened.»

En segundo, tenemos el V. Fr. Luis de Granada, quien en su Retórica, dice: «No debe contentarse el predicador sólo con lo que lee, sino que debe aprovecharse de cuantas cosas hubieren dicho grave y sentenciosamente otros, sean predicadores ó personas de cualquiera clase. Así con este cuidado y diligencia poco á poco vá creciendo nuestro tesoro, y al cabo de algunos años se levanta con estos acrecentamientos un monton considerable de noticias exquisitas.»

¿Y quién puede dudar que los Sermonarios, reconociendo por autores á personas ilustradas, experimentadas y prácticas en la predicacion, han de proporcionar un caudal riquísimo de ideas elevadas, pensamientos graves y sublimes, y bellezas sin cuento? Sí, la lectura de los Sermonarios puede contribuir mucho á formar el gusto del predicador, á que adquiera facilidad en la expresion de sus pensamientos, á economizarle trabajo y tiempo en la combinacion del plan de sus sermones. Con todo, el uso que de ellos haga ha de ser prudente y sugeto á ciertas precauciones. Entre otras, conviene tener presentes, las consignadas en estas dos reglas importantes:

1.^a *El estudio de los Sermonarios no debe hacerse en el momento de la preparacion para predicar.* «La elocuencia, segun frase de un reputado escritor contemporáneo, es un movimiento continuo del alma: por consiguiente, lo que estrecha el círculo de las ideas le daña; y lo que embaraza la marcha del espíritu, apaga el fuego de la imaginacion ó enfrena los arranques del corazon, la aniquila. Tales son los efectos que puede producir la lectura de composiciones elocuentes, atrayendo y encadenando al jóven predicador: con la circunstancia que este peligro será tanto más inminente cuanto mayor sea el mérito de los modelos que lea.» En efecto, en el acto de la preparacion el predicador necesita obrar con entera libertad é independencia; ha de poner en juego, digámoslo así, la parte intelectual, imaginativa y sentimental; ha de trabajar su ingenio, y por consiguiente, todo lo que tienda á estrechar y reducir el ejercicio de sus facultades ha de pararle perjuicio y daño. Ahora bien, ponga en esos momentos en sus manos un Sermonario, lea y estudie, ¿y qué resultará? Que en vez de alentarse para seguir el camino que se propu-

siera, tal vez desmaye, y sea detenido é impulsado cómo por una fuerza irresistible á no salir de aquel círculo estrecho que le tracen las composiciones, objeto de su atencion. Cuaiquier trabajo propio que haga le parecerá débil, desaliñado, pobre y de escaso interés, comparado con el modelo que tiene á la vista; y concluyendo por desagradarle, posible es, llve á su ánimo el decaimiento y que este le conduzca al extremo de hacerse plagiarlo.

2.^a *Debe evitarse la copia literal de las materias contenidas en los Sermonarios.* La desconfianza de sí mismos, la economía del tiempo y el deseo de lucimiento, suelen ser las causas que excitan á los predicadores principiantes á caer en la tentacion de la copia, sin advertir acaso los graves inconvenientes que de ello resultan y las dificultades con que han de luchar. En primer lugar, el copista se apropia un trabajo ajeno, lo cual no le está permitido: en segundo, habituado á tomar los sermones predicados por otros, le será difícil hacer por sí composicion alguna; pudiendo llegar el caso en que, comprometido á predicar sobre algun asunto no contenido en los Sermonarios que posea, tenga que sufrir la vergüenza de mendigar la composicion á otros; y en tercero, que cada vez que suba al púlpito ha de temer el desconcepto, la censura y la critica, exponiéndose á que el sermon ó sermones que predique sean anteriormente conocidos y leídos por otros, quienes necesariamente han de calificarle con la nota ridícula de mero plagiarlo. Esto en cuanto á los inconvenientes; veamos ahora las dificultades. Una de ellas, la primera que ha de ofrecérsele, es el mayor trabajo en dar á la memoria y retener la materia del sermon, habiendo de ligarse al materialismo de cláusulas y aún de expresiones, cosa difícil y costosa. Otra, es el embarazo que ha de sentir para la pronunciacion de los sermones, pues las ideas prestadas no pueden ser expresadas con entera libertad, ni con aquella fuerza, mocion y energía que corresponde, y con que podemos tratar las propias, cómo armas ajustadas á nuestras fuerzas y á nuestro cuerpo, segun dice Fr. Luis. Por último, influyendo en el buen efecto y resultado de un sermon las circunstancias de lugar, y tiempo en que se pronuncia, no ménos que las personales del predicador, claro es que, el que intente sujetarse á la marcha de otro y á las formas de expresion que haya usado, ha de encontrar

difficultad grande Cada uno tiene su modo de considerar y de sentir las cosas, y en este supuesto, no puede ménos de ser difícil que, una composicion ajena se acomode perfectamente al espíritu y al corazón de aquel que la toma; y por otra parte, si la accion y pronunciacion no corresponden al fondo de las cosas, es imposible que el discurso haga impresion. Se debe pues, tratar de vencer la dificultad, retocando uno mismo un poco el sermón, para acomodarlo á su modo, tanto como á las necesidades de los oyentes.

Es permitido tomar en los autores los planes, las divisiones, las pruebas, los principales pensamientos, con tal que uno se lo haga propio por el giro y el estilo. Entiéndase sin embargo, que lo que acabamos de decir, es con referencia á los predicadores que poseen los conocimientos necesarios de la Oratoria, y tienen la capacidad suficiente para poder continuar por sí los planes de sus sermones; más si se trata de aquellos que carecen de tales conocimientos y facilidad para escribir, preferible es, que estudien los Sermonarios para predicarlos íntegros, á que tomen la pluma para escribir lo que no saben, exponiéndose á profanar la Cátedra del Espíritu Santo.

CAPITULO II.

DEL MODO Y MANERA DE ORDENAR Y DISPONER LA MATERIA PREDICABLE.

*Eleccion del asunto.—Plán del discurso sagrado y sus condiciones.
Algunas observaciones importantes para su ejecucion.—Partes principales de que se compone el sermón.*

§. 1.º

ELECCION DEL ASUNTO.

Al tratar en el presente capítulo del modo y manera de ordenar y disponer la materia predicable, no es nuestro intento ocuparnos en el método que ha de seguirse en dar las instrucciones, ó lo que es lo mismo, el plán á que deben sujetarse las predicaciones para hacerlas más útiles y provechosas, pues esto lo reservamos para más

adelante (1); y si tan solo, del ordenamiento y disposición de la materia correspondiente á lo que llamamos un discurso sagrado, ó más bien un sermón, dando principio por la elección del *asunto*.

Entendémos por *asunto especial* del sermón, el punto ó puntos de doctrina que el predicador se propone tratar, ó sea, el tema sobre que ha de versar su predicación, vg: el amor á ésta ó la otra virtud, la fealdad de un vicio, la enseñanza de una verdad católica, el cumplimiento de un precepto, la práctica de una obra buena, etc. La elección ó determinación del *asunto*, es lo más esencial, lo más interesante, y en lo que debe fijar toda su atención el predicador, pues es la base y el fundamento del discurso, y de lo que depende principalmente el fruto de la predicación. Un asunto bien escogido interesa por esto solo á los oyentes y les es útil; si la elección no ha sido acertada, conveniente y oportuna, desagrada y no será provechoso. Los autores de Oratoría Sagrada exponen algunas reglas, que pueden servir al predicador para el mejor acierto en la elección del asunto, y entre otras, las siguientes:

1.^a No tomar consejo del amor propio, amigo exclusivo de los *asuntos* que más se prestan á los grandes adornos y al triunfo de la elocuencia: fijar la elección según tan mal consejero, sería abusar de la palabra de Dios, y procurar la propia gloria en lugar de la salvación de las almas. El predicador nunca debe proponerse un fin extraño ó indigno, cómo el de satisfacer una vana curiosidad, el de predicar solo para sí, ó para desempeñar simplemente una obligación; es preciso que hable siempre con un objeto sacerdotal, apostólico y paternal; para iluminar, para excitar, para causar impresión, para ganar y retener las almas.

2.^a Entre varios *asuntos*, conviene preferir aquel ó aquellos que sean provechosos á lo general del auditorio, ó al ménos, á la mayor parte de este. El ministro de la palabra divina es deudor á todos, lo mismo á sábios que ignorantes, pobres que ricos: *non est acceptio personarum apud Deum*. «El que predica, dice S. Alfonso, no debe ambicionar las alabanzas de una parte de sus oyentes, sino la voluntad de Dios y el provecho de las almas, y sobre todo de los pobres ignorantes que le escuchan.....» Y prosigue el Santo: «El pue-

(1) Cap. VII. Predicación parroquial.

blo se compone ordinariamente de ignorantes: si les habláis de *asuntos* abstractos, y os valeis para explicarlos, de palabras y frases metafísicas, ¿qué provecho podrá sacar un auditorio que no os entiende?»

3.^a En la elección de asunto debe el predicador tener en cuenta su talento y capacidad, y así, determinarse por aquellos que mejor se acomoden á sus condiciones, dejando á otros los que le convengan ménos; porque uno que sea excelente para predicar la confianza, podrá hacerlo muy mal si predica verdades terribles.

4.^a Una vez determinado el *asunto*, es menester no perder de vista las relaciones ó puntos, bajo los cuales es más útil presentarlo; pues si hay un modo de exponer la virtud que la hace parecer llena de dificultades, desagradable y fastidiosa; otro hay que la muestra soberanamente racional, bella y amable, noble y grande. Conviene por tanto fijarse con cuidado en las disposiciones de los oyentes, para segun sean éstas, presentar el *asunto* de la manera que pueda ser más aceptable.

Sin perjuicio de estas reglas que dejamos indicadas, nos parece ser lo más importante y seguro para el acierto en la elección del asunto que, el predicador *busque la inspiración de éste en el alma de aquellos á quienes ha de hablar*. La predicación no debe ser una palabra vaga, ni vana, palabra al aire, como dice S. Pablo, *aerem verberans*, sino precisa, directa, siempre *ad rem*. Es preciso hablar al auditorio *y para* el auditorio, y no simplemente *ante* el auditorio. Esto es capital, evidentísimo. No mirar á las almas, es decir, á las necesidades presentes y apremiantes de las almas; no dar á la palabra el objeto determinado: girar dentro de esas generalidades vagas, á nadie aplicables, que sirven para todo, para todos tiempos y para toda clase de oyentes; semejante palabra no es ni podrá ser jamás una palabra de vida; no produce ni jamás podrá producir nada. Precisamente se necesita hacer todo lo contrario. Cuando se habla debe tenerse siempre un objeto directo y concreto, huir todo cuanto se pueda de lo abstracto y personificar las cosas; y para esto, *buscar la inspiración del asunto en el alma de aquellos á quienes se habla*. Esto es lo que dá á la palabra su inspiración verdadera, su vida; esos giros y rasgos que impresionan y penetran. Hé ahí el se-

creto de los hombres que entienden el ministerio de la palabra; de los que no hablan por hablar, sino para mover convertir y salvar las almas.

Por el contrario, obsérvese la conducta de esos habladores vulgares, que se contemplan, no en presencia de su auditorio, sino de sí mismos, sin atender nunca á los que les escuchan, y sin hablar ni responder más que á sus propios pensamientos ¿cuál es el resultado de esto? Que las almas no les responden, porque no se han dirigido á ellas, porque no les han hablado. «Les sucede, lo que á los pescadores que en vez de haber echado el sedal ó la red en donde están los peces, los arrojan sobre los bancos de arena ó en parajes en donde no hay pesca: *los peces no responden*, pero es porque no se ha buscado el lugar donde están.» Hablar sin introducirse en las almas, sin llamarlas, sin cuidarse de lo que las preocupa, de lo que sufren, de lo que reclaman, es no querer que respondan. Algunos se contristan y se admiran diciendo: «Parece que es en vano el hablarlas, no responden.» Pero á estos puede decirseles: «Las habeis hablado? Las habeis preguntado lo que necesitan?» No; habeis hablado al aire; no os habeis cuidado de que os respondiesen esos niños, esos jóvenes, esos padres de familia, esos ricos, esos pobres, esos indiferentes, ó esos incrédulos. No les habeis dicho clara y formalmente lo que queriais. Os han escuchado sin comprenderos, y no han respondido.

Insistimos pues, que para hablar con fruto, *es necesario buscar la inspiracion del asunto en las almas de aquellos á quienes se habla*. Es preciso conocer las necesidades p rementorias y apremiantes y dirigirse á ellas; estudiar y conocer la disposicion de los oyentes, meditar lo que puede impresionarles, conmoverles, y decidirles á lo que se quiera obtener de ellos. Así es como se podrá hablar *ad rem*, y dar á la palabra su verdadero tono, su accion, su poderosa eficacia: *sermo Dei vivus et efficac*. Es importantísimo, que el predicador para determinar el *asunto* de que haya de hablar, conozca del modo posible la condicion de aquellos á quienes ha de dirigir la palabra: si á hombres instruidos ó ignorantes; si á individuos de la sociedad rica y culta de las ciudades, ó habitantes pobres de una aldea; si á personas piadosas, llenas de fé, ó si á las que viven alejadas de la

Religion; si á niños, ó la gran reunion de fieles de una parroquia. Y no solo la eleccion de los temas, sino tambien el lenguaje debe variar segun los caracteres de los diversos auditorios. La verdadera elocuencia consiste en hablar de manera que se nos entienda, que produzcamos en el ánimo y en el corazon de los oyentes los efectos que el orador debe proponerse: en el espíritu, la luz y la conviccion; en el corazon, la persuasion y las generosas determinaciones de la voluntad. El mejor instrumento es aquel que obra más eficazmente sobre la materia en que se trabaja; pues de la misma manera, aquel tema ó asunto, será más conveniente y aquel estilo será mejor, el más elocuente, el más vivo relativamente, que mejor se adapte y acomode á la capacidad y condiciones del auditorio ante el cual se habla. Véamos sino, como obraba y que práctica seguia el eterno modelo de los predicadores, nuestro Señor Jesucristo; observémosle en sus discursos, en sus instrucciones al pueblo. ¡Qué sencillez! ¡qué virtud! ¡qué vida!.... ¡Cómo se adapta, cómo se acomoda á aquellos á quienes predica, bien sea á sus discípulos, ya á la plebe! y al mismo tiempo ¡qué dignidad, qué majestad incomparable! En este divino modelo debe inspirarse el predicador, cómo lo han hecho todos los verdaderos varones apostólicos, si se quiere que la palabra divina produzca en las almas sus saludables efectos.

§. 2.º

PLAN DEL ASUNTO PREDICABLE Y SUS CONDICIONES.

Una vez determinado el asunto, y hecha sobre el mismo la debida meditacion, el primer trabajo del predicador há de ser, procurarse la materia necesaria y conveniente para tratarlo. Al efecto, consultará los autores que se ocupen en el asunto y que mejor estime, prefiriendo los que lo hagan de un modo especial. Pocos hombres hay que tengan bastante ciencia adquirida para sacar de su propio fondo todo un discurso. La lectura enseña lo que se ignora, y refresca la memoria de lo que se sabe; despierta la imaginacion y la fertiliza; excita el celo y comunica la uncion; inspira concepciones llenas de vida, solícita y poue en actividad el espíritu de invencion. Durante la lec-

tura, que ha de ser seria y meditada, convendrá vaya anotando los pensamientos, testimonios, frases, sentencias, ejemplos, comparaciones.... que crea más útiles y de mejor aplicación á su propósito; así como escribir todo cuanto el espíritu, el corazón, la imaginación, la sensibilidad le inspiren de bueno y útil, de tierno y sorprendente sobre la materia que estudia, pero sin inquietarse de la exactitud en la expresión, sin querer producir alguna cosa acabada: más tarde, y trazado que sea el plan del discurso, se podrá tomar y dejar lo que parezca, ordenarlo y aplicarle el estilo conveniente. Después de esta lectura es menester recogerse en lo más íntimo del alma para meditar delante de Dios lo que se há leído, penetrarse bien de ello, eliminar lo que no convenga al objeto, recoger todo lo que se refiera á él, refundirlo en las propias ideas, esto es, hacerlo como suyo por el modo de sentirlo, (1) y finalmente, formular el *plan* á que deba ser ordenado. Esto último es, por lo general, lo que más trabajo cuesta al predicador, á la vez que lo que más influye en el éxito de los sermones. Todo viene á depender, en lo humano, de estas primeras líneas del cuadro; así que, debe ser punto de seria meditación, pues cuanto más medite su plan el predicador, más abreviará la composición: cuanto más le profundice, más se aclara el objeto. Fijando bien el término á donde se dirige, el asunto que se propone, el pensamiento que quiere desentrañar, cesará la perplejidad en que ha de encontrarse precisamente con el gran número de ideas que ha adquirido por la invención; entonces podrá elegir el punto de partida que crea más conveniente para llegar á dicho término.

No hay duda; un buen plan es necesario para todo buen discurso. Aun cuando las diversas partes de una composición considerada aisladamente fueran perfectas; unidas por un plan concebido, obscuro é indeterminado, formarían un conjunto enteramente defectuoso, cuando no extravagante y ridículo. Montones de piedras y maderas acumuladas no constituirían edificio, si la mano del arquitecto, auxiliada del ingenio y habilidad de este, no fuera colocando cada parte en el lugar correspondiente; así en un discurso, por excelentes materiales que tenga reunidos el predicador, sino los coloca cada

(1) «Difícilmente, dice S. Alfonso, pronunciará con calor los sentimientos de su sermón el predicador, si de antemano no los ha hecho propios.»

uno en el lugar que le corresponde, tampoco formará un sermón, sino una confusa aglomeración de ideas y palabras: un caos verdadero.

Dos cosas ha de tener presentes el predicador para fijar bien el plan: 1.^a, la clase de predicación que se proponga hacer; 2.^a, la del auditorio á quien ha de dirigir la palabra. Ambas son de absoluta necesidad. La primera, para que en el ordenamiento y aplicación de la materia se atempere á las condiciones oratorias que exija la clase de discurso que haya de predicar; v. g. si homilía, panegírico, doctrinal, de cuaresma, etc. La segunda, porque según sea la clase de auditorio, así habrá de modificar no solamente el estilo, sino también la materia. Hay pensamientos é ideas que podrán estar al alcance de personas ilustradas, más no de las ignorantes y sencillas; ciertos símiles, ejemplos y comparaciones que dirán bien á estas por acomodarse mejor á su corta inteligencia y capacidad, pero que serán tenidos como cosa vulgar por las más entendidas. De todos modos, y sea cualquiera la clase de predicación y auditorio, nunca se puede prescindir de que el plan del discurso tenga las condiciones necesarias para ser perfectamente regular. Estas son: *Unidad, claridad, exactitud y proporción.*

—*Unidad.*—Las partes de un sermón deben guardar entre sí tal enlace, que formen un solo cuerpo compacto. A la manera que todas las del cuerpo humano, no obstante tener cada una su propio oficio, responden al todo, y la variedad de las mismas dá forma de belleza al conjunto: así las de un sermón, si bien tengan su peculiar carácter, han de venir á formar un solo todo; de suerte que, no pueda separarse una sin que se deje sentir la falta de integridad y de buena armonía en el mismo. Procúrese pues, durante la composición, meditar bien las ideas, los pensamientos, los pasajes, episodios y cuantos argumentos se tengan preparados para formar el discurso predicable, abandonando aquellos que no tengan relación directa con el asunto ó que puedan desvirtuar la *unidad*. No olvide el predicador que en su discurso han de acompañarle los oyentes, y si en lugar de conducirlos por un solo y recto camino, los hace marchar por diversas y tortuosas sendas, han de hacerlo con pena y fatiga. Es bastante común observar la falta de unidad en las composi-

ciones de los jóvenes principiantes. Esto suele provenir en unos, del poco reparo en arreglar los sermones con párrafos y trozos tomados de distintos autores y Sermonarios, con lo que vienen á formar, no un todo, sino á las veces, tantos como son los párrafos copiados. En otros, de que, llevados de la vanidad en hacer ostentacion de sus conocimientos, quisieran decir en un solo discurso todo cuanto saben; no reparando en acumular ideas diversas, tengan ó no relacion con el asunto; y en muchos, de la falta de sujecion á las reglas de Oratoria Sagrada.

— *Claridad.*—El predicador no debe perder de vista al tiempo de arreglar la materia predicable el importante objeto que le lleva al púlpito, cual es enseñar al pueblo cristiano las verdades divinas, é instruirle en las máximas de religion. Deudor á sabios é ignorantes, su palabra ha de dirigirse á todos, para todos ha de ser inteligible, y acomodada á la capacidad general de los oyentes; por tanto, ha de consultar mucho que en los discursos presida la claridad y sencillez. La verdad es de suyo elocuente y clara, y no necesita de explicaciones redundantes, de rodeos difusos, de términos complicados para hacerse entender. Expóngase con naturalidad, precisa y sencillamente, y ella se abrirá paso y penetrará en el corazon de los que la oigan. El predicador, lejos de elegir ideas peregrinas, nuevas y desusadas: de preferir conceptos elevados, que no están al alcance de todos, y de inventar palabras poco comunes para expresarlos: de acumular términos monótonos y uniformes: establecer divisiones y subdivisiones: traer materias extrañas y tocar puntos difíciles; debe hacer estudio hasta de las palabras (1), y si conoce que alguna de ellas no ha de ser entendida por la generalidad del auditorio, procure sustituirla con otra más usual y comun. ¡Ah, y cuántas veces, despues de haber escuchado algunos sermones, los oyentes quedan *calientes en la cabeza*, como suele decirse, y *frios en el corazon*! «*Si, bien lo ha hecho; ha dicho muchas y buenas cosas; debe ser un hombre grande y profundo; pero..... nada le hé entendido.*» Así suelen explicarse muchos despues de haber oido algunos sermones, en que el predicador, por hacer alarde de erudito y vana ostentacion de su talento, se aparta de la naturalidad, claridad y sencillez. ¿Y cuál

(1) En el §.º siguiente tratámos extensamente de esto.

será el resultado? haber sembrado, más no recogido fruto, porque la semilla no ha podido penetrar en el campo que estaba preparado á recibirla.

—*Exactitud.*—Esta consiste en abrazar la materia en toda su extension, sin mezclar con ella nada de extraño, así como sin omitir nada de lo que le es propio. El predicador debe circunscribir el discurso á los verdaderos límites del asunto; no multiplicando demasiado las relaciones que éste tenga con otros; no siguiendo caminos comunes, ó harto triviales, ni escogitando otros demasiadamente desconocidos; descartando las nociones vulgares siempre vagas é ilimitadas, y las opiniones aventuradas é inciertas. En el §.º siguiente diremos más sobre este punto.

—*Proporcion.*—Dos extremos ha de evitar el predicador respecto á la extension que haya de dar á la materia del asunto: encerrarse en un círculo demasiadamente estrecho, y la difusion desmesurada. Lo primero, porque embarazará mucho su accion y coartará su libertad, viéndose precisado á reducir el número de pruebas, y no poder darlas la explicacion conveniente y tal vez necesaria para que los oyentes se penetren bien del asunto. Lo segundo, porque, á parte del mayor trabajo que supone en el predicador para disponer y encomendar á la memoria la materia, tiene el inconveniente de causar en su ánimo y fuerzas físicas el cansancio y la fatiga en el acto de predicar, y de retraer por molestia la atencion del auditorio, que difícilmente podrá seguir constante una larga y difusa peroracion. Verdad es que, no es posible dar regla fija sobre este punto, puesto que en la duración de un discurso puede influir no solo la índole del asunto, sino tambien las circunstancias del predicador, oyentes y ocasion en que se predica. Con todo, la opinion comun es más favorable á la brevedad que á la demasiada duracion; siendo preferible, que el auditorio quede deseoso de oír al predicador á que salga del templo moleestado y cansado de una larga predicacion, que pudiera darle motivo á retraerse de la asistencia en lo sucesivo. De todos modos, la extension del discurso debe ser proporcionada y guardar un medio entre la demasiada brevedad y la proligidad excesiva; como igualmente debe consultarse la proporcion entre las

diferentes partes del mismo, pues lo contrario ofrecería un cuerpo monstruoso.

Expuestas las condiciones principales que debe tener un buen plan; harémos en el artículo siguiente algunas observaciones muy convenientes para la mejor y más fácil ejecución del mismo.

§. 3.º

OBSERVACIONES IMPORTANTES PARA LA EJECUCION DEL PLAN.

Elegido el asunto y formado el plan, síguese la ejecución de éste, ó sea, el arreglo y composición del discurso ó sermón. Cómo no toda la materia que por la lectura y meditación tenga preparada el predicador, podrá ser adaptable al discurso, ya porque no lo permitan la índole de éste, la clase de auditorio, ya la ocasión en que ha de predicar y otras circunstancias: razón por la que, tendrá necesidad de eliminar ó dejar algunas cosas, modificar otras y hacer una elección estudiada de las más útiles y convenientes á su propósito; créemos han de servirle para facilitar este trabajo las observaciones que, acerca del uso de las palabras, razonamientos, frases, comparaciones y demás, vamos á exponer. Ciertamente que de ellas, no podrá deducirse una regla fija y determinada para cada discurso sagrado ó sermón en particular; pero si prestarán un conocimiento interesante á la conducta que ha de seguirse en el arreglo y composición de la materia predicable considerada en general, y que convendrá tenerlo en cuenta en los casos especiales. Ya hémos dicho en el artículo anterior que, el predicador ha de tener presentes necesariamente al tiempo de fijar el plan estas dos cosas: la clase de predicación que se proponga, y la del auditorio á quien haya de dirigir la palabra; pues también es preciso no las pierda de vista al ejecutarle. En la materia que tenga preparada para la composición habrá pensamientos buenos y elevados, medianos y vulgares: conceptos claros y oscuros, períodos precisos y redundantes, símiles bien ó mal apropiados, comparaciones más ó menos exactas, palabras ambiguas ó mal expresadas, etc.; puesto que, en la lectura de varios autores, cómo cada cual tiene su estilo y gusto particular, se

encuentra de todo. Pues bien, el predicador no ha de proceder á la ligera, y tomando la pluma ó reteniéndolo en la memoria, escribir ó aprender lo que haya leído y tal cual lo ha leído; sino ver, consultar y examinar detenidamente lo que más convenga, y en el modo y forma que más convenga á su discurso y auditorio. Sentado esto, vengamos á las observaciones.

1.^a *De las palabras.*—«Hablando en segundo lugar de las palabras, dice S. Alfonso (1), conviene servirse de las usuales, evitando las poco conocidas. Deben abstenerse particularmente de ellas «los predicadores ancianos y los de mayor nombradía, porque los «jóvenes, propensos naturalmente á captarse aplausos, oyendo las «alabanzas tributadas á los que se producen con limada cultura, se «esmeran y se acostumbran á predicar por el mismo estilo, toman- «do así pié el abuso de predicar en estilo florido, defraudando á la «pobre gente del fruto de la palabra de Dios. Segun S. Gerónimo, «los oradores vanos y amigos de cláusulas retumbantes se parecen «á las mujeres engalanadas: gustan éstas por sus atavíos á los hom- «bres, pero no á Dios: *Effeminate quippe sunt eorum magistrorum animæ, qui semper sonantia componunt, et nihil virile, nihil Deo dignum est in iis.* (S. Hieron. sup. Ezeq.) La palabra de Dios «cuanto más sencilla se anuncia, tanto más se insinúa en el cora- «zon de los oyentes, pues como dice el Apóstol, es por su esencia «tan viva y eficaz, que penetra con más fuerza que la espada mas «aguda: *Vivus est sermo Dei, et efficax et penetrabilior omni gladio ancipiti.* (Heb. 4. 12.) Ya anteriormente por boca de Jeremías «había Dios calificado su palabra de fuego que por sí mismo encien- «de y de martillo que pulveriza las piedras, esto es, los más duros «corazones: *quasi ignis, et quasi malleus conterens petram.* (Jerem. «23. 29.) Véamos tambien lo que dice sobre el particular el autor «de la obra imperfecta (Hom. 46): *Omnia verba divina, quamvis rusticata sint et incomposita, viva sunt, quoniam intus habent veritatem Dei, et ideo vivificant audientem. Omnia autem verba secularia, quoniam non habent in se virtutem Dei, quamvis sint composita et ingeniosa, mortua sunt, propterea nec audientem salvant.* La palabra de Dios por lo tanto, bien que sencilla en sí mis-

(1) Instrucciones del Santo.—Carta á un amigo religioso.

«ma, es vida, y dá la vida al que la escucha, por contener la ver-
«dad del Señor que persuade y mueve los corazones. Al contrario,
«las palabras mundanas por más escogidas que sean, faltándoles la
«virtud divina, en cuanto Dios no concurre en ellas, son palabras
«muertas y de consiguiente infructíferas.»

«Convieni tambien oír lo que dice S. Juan Crisóstomo de los dis-
«cursos sobrecargados de palabras pomposas y de cadenciosas cláu-
«sulas: *Hæc nos patimur verborum fucos conquerentes, et compo-
«sitionem elegantem, ut delectemur proximum. Consideramus, quo-
«modo videamur admirabiles, non quomodo morbos componamus.*
«(Hom. 33 ad pop.) Añadiendo que, quien tal practique debe llamar-
«se: *Miser et infelix proditor.* Igualmente dice S. Agustin: *Non
«nos tonantia et poetica verba proferimus, nec eloquentia utimur
«sæculari sermone fucata, sed prædicamus Christum crucifixum*
«(serm. 1. de Acced. ad Grat.)—San Gregorio tiene por indigna del
«orador evangélico la estricta sujecion á las reglas gramaticales, ó
«como diríamos nosotros, á los preceptos de la academia; por lo
«que, segun añade el Santo, en sus sermones muy poco le importa-
«ba pasar por ignorante incurriendo en barbarismos, con tal que
«fuesen entendidas sus palatras por sus oyentes: *Non barbarismi
«confusionem devito, etiam præpositionum casus servare contemno,
«quia indignum existimo, ut verba celesti oraculi restringam sub
«regulis Donati.* (S. Greg. apud S. Antonin. 2, p. Hist. 12, tit. c. 4.)
«San Agustin, comentando las palabras de David: *Non est occulta-
«tum os meum à te, quod fecisti in oculto,* considerando que la pa-
«labra *os* significa la boca y el hueso, como de éste último habla el
«profeta, no se desdenó de escribir *ossum*, diciendo que preferia in-
«currir en la crítica de los gramáticos, antes que exponerse á que
«el pueblo no le entendiese: *Habeo in abscondito quoddam ossum:
«sic potius loquamur, melius est ut reprehendant nos grammatici,
«quam non intelligant populi.* (S. Aug. in Psal. 138, cap. 115.) Este
«es el caso que hicieron los Santos del esmero en el lenguaje cuan-
«do hablaban al pueblo. Tambien en el *libro 4 de Doctrin Christ.*
«c. 28, nos advierte el mismo Santo Doctor, que generalmente en
«nuestros sermones nos atengamos á las cosas y no á las palabras:
«*In ipso sermone malit (Concionator) placere rebus, magis quam*

«*verbis; nec doctor verbis seruiat, sed verba doctori.* ¡Admirable documento! No debemos sugetarnos á las palabras con peligro de ser «oscuros; antes al contrario, las palabras deben servirnos para hacernos entender con facilidad y para conmover á los oyentes.»

En efecto, conviene estudiar mucho la claridad de las expresiones. Hablar ante un auditorio á quien se quiere instruir ó persuadir, usando palabras cuyo significado no alcanza, es verdadero absurdo. Ciertamente que, estando familiarizados con los autores clásicos y con la teología, es difícil evitar algunas expresiones abstractas ó técnicas cuando escribimos; pero al repasar nuestros discursos ó los notas de que nos valémos para hablar, debémos hacer una revision muy severa, y sustituir todos los términos que nuestros oyentes no comprenderian, con otros que, expresando la misma idea, estén á su alcance. Tal ó cual palabra es hermosa, retumbante, científica... pero ininteligible para ellos; borrémosla, pues, y pongamos otra. El ser claro, es ser inteligible para todos, es la primera condicion para que se nos escuche; de otro modo, la mayor atencion del auditorio no bastaria para impresionarle y convencerle. La palabra ininteligible, no es otra cosa que una palabra sin vida, una palabra muerta. Por último, como no basta que la expresion sea clara y exacta, sino que además debe ser digna y conveniente; es preciso evitar toda palabra baja y trivial, toda palabra no consagrada por el uso en el sentido que se emplea, todo término no aprobado por la fé, cómo *el destino, la fatalidad, la fortuna, el acaso* y otros. Nuestro idioma tiene en la eleccion de la expresion mucha exactitud; y á veces una palabra mal empleada, hace más daño que una mala razon.

2.^a *De los razonamientos.* Estos no deben ser largos; y el predicador, en cuanto lo permitan la claridad y suficiente explicacion de los pensamientos é ideas, ha de procurar reducirse en ellos todo lo posible. Los razonamientos demasiado difusos, confunden y fatigan al auditorio. La medida de la capacidad humana no permite á las inteligencias medianas, y ménos á las vulgares, aprender y retener muchas cosas, ni mucho de una misma cosa: es preciso por tanto, no decirles demasiado, porque esto, más que instruir las y vivificarlas, seria ahogarlas: es preciso tener una eleccion acertada en los

razonamientos, contentarse con lo necesario, con lo verdaderamente útil, y descartarlos de todo aquello que no pase de curioso ó que no ofrezca sino una mediana utilidad. Y así, nada de circunloquios, de frases prolongadas, de expresiones ó epítetos inútiles; nada de periodos confusos, enredados y pesados; nada en fin de aquellos adornos supérfluos que, ahogando la verdad en un lujo de palabras, hacen el razonamiento obscuro, difícil de entender, y distraen, ó cuando no, ocupan inútilmente la atención de los que escuchan. Ideas vivas, claras, precisas, abundantes de verdad y de buen sentido: pensamientos naturales, sólidos, exactos: razones convincentes y sencillas, esto es lo que se necesita para poner la predicación al alcance de los oyentes.

3.^a *De la amplificación.*—Amplificar una idea, un pensamiento, una verdad, no es otra cosa que *darles mayor explicación*, ya con objeto de que los oyentes se penetren mejor de su interés ó importancia, ó bien para hacérselos más sensibles, y que causen más viva impresión en su ánimo. El predicador podrá servirse de la amplificación en el primer sentido, cuando haya de dar instrucción sobre algún punto importante, y no de fácil acceso á la inteligencia común del auditorio, ó que su grande interés exija la ampliación; y en el segundo, cuando después de haber expuesto una idea digna de admiración, horror ó compasión, quiera excitar y mover los afectos de los oyentes, para hacérsela más impresionable y sensible. No hay duda, que la amplificación es un poderoso auxiliar para el desarrollo del discurso, pues con ella, se aclaran más los asuntos: los pensamientos se ofrecen con mayor viveza, se enriquecen y adornan: se sembilizan más las ideas: la argumentación recibe mayor fuerza y energía: el estilo se embellece con la variedad de figuras á que se presta la ampliación, y el discurso mismo se hace más agradable, más inteligible, especialmente en aquellos puntos ó materias, cuya verdad ó importancia no están de suyo al alcance de la generalidad del auditorio. Pero por esta misma razón, y á fin de no desvirtuarla en sus efectos, conviene mucho ser aconsejado por la prudencia en cuanto á su uso, y tener presente: 1.^o que la amplificación no debe hacerse en asuntos frívolos y pueriles, sino que sean *dignos y de marcado interés*: porque con pretender dar á los trivia-

les y sencillos una importancia que no tienen, solo se logrará ser exagerado, hinchado, ampuloso, y caer en ridículo; «defecto á que están muy expuestos los principiantes, dice S. Alfonso, si se dejan llevar de la viveza y fogosidad de la imaginacion»; 2.º, ha de procurarse que, *el hecho ó fondo de la idea esté sólidamente establecido*; pues de otra manara es una declamacion vana; 3.º, que la amplificacion *no sea vaga y redundante, si no concreta*: que esté perfectamente ligada á la prueba, aumentándola ó añadiéndole algo, pero sin exageracion; y 4.º, que tampoco deben desarrollarse igualmente todos los pensamientos grandes, sino relativamente á la parte que han de ocupar en el discurso, y en cuanto baste al objeto á que los destina el orador; objeto á que nadie llega cumplidamente si la amplificacion no es como una escala que vá creciendo siempre hasta el fin. Por lo que, si el predicador cuando amplifica, en vez de subir, desciende á vanas digresiones y comparaciones, ó se detiene en hacer alarde de erudicion importuna, perderá el tiempo y el trabajo.

Los medios para el uso de la amplificacion vienen á ser los mismos que empleamos para hacernos entender mejor en un asunto de importancia, para referir un hecho de interés, para explicar un punto difícil; pues en tales casos, procurámos valernos de definiciones, semejanzas, comparaciones y ejemplos: de los antecedentes, circunstancias y efectos: de la enumeracion de partes, suposiciones y otros, y de todos ellos podémos tambien servirnos para la amplificacion, segun lo exijan la índole del asunto, la ocasion en que se predica y la capacidad y disposicion del auditorio. Hé aquí algunos ejemplos: *Por definiciones.* — «Qué es el mundo, sino un monton flotante de nubes y vapores ligeros que un rayo de luz celestial eleva al aire desde lanada y disipa un momento despues? Una figura que brilla de lejos y así solo engaña: una region de tinieblas, camino de precipicios; morada de tormentos, y tristes inquietudes? Un lugar en que, las amistades más estrechas se rompen, en que los honores no son más que vanos títulos que borra el tiempo? Qué es, sino una tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, jardin florido y sin fruto, rio de lágrimas, fuente de cuidados, fábula compuesta y frenesí deleitable?»..... *Por enumeracion de partes.* — S. Gregorio Na-

cienceno amplifica de este modo la fortaleza y constancia de la madre de los Macabeos: «Nada pudo torcer, ablandar, ni enflaquecer el valor y firmeza de su ánimo. No los instrumentos destinados para descoyuntar los miembros: no las ruedas puestas á su vista: no las puntas de aceradas uñas: no las bestias enfurecidas: no las espadas afiladas: no las ollas que hervian: no el fuego que se atizaba: no la confusa tropa..... no el destrozo de miembros, los arroyos de sangre, no la flor de la edad ajada, no los males presentes, no las amarguras que la aguardaban.» (Hom. de los siete Macabeos) *Por comparaciones y ejemplos.*—El célebre y erudito autor *Claus* en su obra «*Espejo de predicadores*, tom. 3. concep. 40, con referencia á los milagros que más llaman la atencion en el augusto Sacramento de la *Eucaristia*, y fijándose en las especies sacramentales, hace esta bellísima amplificación: «Estas especies separadas de todo sugeto son como el velo sagrado, dentro del cual se halla oculto el Santo de los Santos, esto es, la divinidad y humanidad de Jesucristo: son la niebla que cubre la gloria de Dios para nosotros, mientras caminemos por la fé y hasta que lleguemos á gozar de la vision de su divino rostro: son la sombra que no permite á nuestros ojos enfermos ver la claridad de los rayos del sol divino..... Y si se pregunta, si divididas las dichas especies sacramentales, se divide tambien el cuerpo de Jesucristo, responderé: que de ninguna manera; porque así cómo todo está en cada hostia, así todo Él está tambien en cada parte de la misma. Ninguna repugnancia debemos tener en admitir este punto de fé. El alma humana está toda ella en el cuerpo todo, y toda en cada parte de éste: la imágen se presenta toda en el espejo, y toda tambien en cada parte del mismo, aunque esté dividido en muchas: la palabra que sale de nuestra boca, aún cuando sea escuchada por miles y miles de hombres, por todos y cada uno es oída íntegra y no dimidiada.» *Por efectos.*—Después de enumerar las consecuencias funestas del pecado, amplifica de esta manera el V. Fr. Luis de Granada los efectos de la misericordia de Dios en el beneficio de la justificación. «Pues de todos estos males nos libra este beneficio; porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados y recibirnos en su gracia, sino que destierra todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y re-

novando nuestro hombre interior. Y así, cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, librános de la servidumbre del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del alma, vuélvenos la paz y alegría de la buena conciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos ligeros para el bien, tardíos para el mal, fuertes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquece de buenas obras.» (1) *Por contraposición de contrarios* (antithesis).—«No demos á nadie ocasion de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio. Antes en todas las cosas nos mostrémos cómo ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones..... Por honra y por deshonra: por infamia y por buena fama: como seductores, aunque verdaderos: como desconocidos y aunque conocidos: como muriendo, y hé aquí que vivimos: como castigados, más no amortiguados; como tristes, más siempre alegres: como pobres, más enriqueciendo á muchos: como que no tenemos nada, más poseyéndolo todo» (2). S. Alfonso de Ligorio, dirigiéndose á la Virgen (Serm. de la Visitacion, *Glorias de Maria*) pone en su boca estas palabras de San Agustín: «Por tí nosotros miserables heredamos la misericordia, ingratos la gracia, pecadores el perdón, enfermos las cosas sublimes, mortales la vida, y peregrinos la patria.»—*Por repeticiones*.—Véase el siguiente de S. Alfonso. «¿Qué es lo que os movió, ó Redentor mio, á dejar vuestro trono celestial para nacer en un pesebre? El amor que teneis á los hombres. ¿Quién de la derecha del Padre, en que estabais sentado, os llevó á un establo? Quién de reinar sobre las estrellas, á estar recostado sobre la paja? Quién de en medio de los ángeles, para poneros en medio de dos animales? El amor. Vos que encendeis á los serafines, ahora tiritais de frío: Vos que sosteneis los cielos; ahora necesitais que os traigan en brazos: Vos que alimentais á los hombres y á los animales, ahora teneis necesidad de un poco de leche para sustentar vuestra vida: Vos que llenais de toda felicidad á los Santos, ahora llorais y gemís. ¿Quién os ha traído á

(1) Guia de pecadores cap 5.º

(2) S. Pablo, 2.º á los d. Corinto, cap. 6.

tanta miseria? El amor.» (1)—*Por suposiciones.*—Este es el asunto: «Es temible para el hombre hallarse reducido á no tener en el mundo otros recursos que á sí propio.» Su amplificación: «Si yo me hallase solo y sin guía en una soledad espantosa, expuesto á todos los riesgos de un extravío, ó pérdida irremediable, sufriría angustias mortales. Si en una enfermedad grave me viese abandonado, no teniendo más que á mí mismo que velase por mí, desconfiaría de mi curacion. Si en un negocio capital, donde se tratase no solo de mi fortuna, sino tambien de mi vida, no tuviera más consejo que el mio, me creeria perdido sin esperanzas. ¿Cómo pues en medio del mundo, de tantos escollos y riesgos como me cercan, de tantos peligros como me amenazan, de tantos enemigos como me persiguen, sin otro socorro que yo mismo, podré vivir en paz y no estar en conti-nuas alarmas?»

Respecto á la amplificación de los *textos* sagrados, nos referimos á lo dicho en la *Parte primera*, tratando del estudio de las Santas Escrituras.

4.^a *De las comparaciones, símiles y ejemplos.*—Tambien son estos un buen recurso para el orador; pues tanto las comparaciones, cómo los ejemplos y símiles dán al discurso claridad, gracia é interés: hacen comprender las cosas á la gente sencilla, y agradan á las personas ilustradas: son como un rayo de luz que embellece el asunto de que se habla. La Sagrada Escritura nos ofrece un rico y copioso arsenal de esta clase de argumentaciones. En particular los Santos Evangelios nos las presentan con mucha frecuencia, por la razon de que, habiéndose de acomodar nuestro Señor Jesucristo en su predicacion á la rudeza y grosera inteligencia de las gentes que le seguian, hacia uso de ellas en casi todos sus discursos y ocasiones en que les hablaba. Así vemos, que unas veces para manifestar el origen y eficacia de su doctrina celestial, y que solo ella puede dar la vida espiritual á las almas se compara *El* mismo á la *vid*, y á sus discípulos á los *sarmientos*: *Ego sum vitis, vos palmities; sicut palmes non potest ferre fructum nisi manserit in vite, sic nec vos, nisi in me manseritis* (2). En otras, para darles á conocer su grande in-

(1) Discurso segundo sobre el nacimiento del Salvador.

(2) Joan. 15—5.

terés y celo ardiente por la salvacion de los hombres se compara al *buen pastor*, que dá su vida por el bien de sus ovejas: *Ego sum pastor bonus..... Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis* (1). Para darles una idea de la Iglesia que venia á fundar; les explica el aumento, extension y fecundidad de la misma, poniéndoles el ejemplo del grano de mostaza, *grano sinapis*, que á pesar de ser el menor de todas las simientes, *omnibus seminibus*, despues que crece, es mayor que todas las legumbres y se hace árbol; y el de la levadura, *fermento*, que aun siendo en corta cantidad, hace fermentar toda la masa. Y para enseñarles la suma importancia que debe darse á la adquisicion del reino de los cielos, les dice que éste: «es semejante á un tesoro escondido en el campo, *thesauró abscondito in agro*, que hallándole un hombre, le esconde; y con el gozo de él vá y vende todo lo que tiene y compra aquel campo.» Que tambien «es semejante á un hombre negociante, *homini negotiatori*, que busca perlas preciosas; y habiendo hallado una, fué y vendió todo lo que tenia y la compró.» (2). En una palabra: no les hablabasino en parábolas, *nisi in parabolis non loquebatur eis...* (3). Pero hay que notar, que si bien el Salvador hacia uso de este lenguaje tan sencillo en sus discursos al pueblo, sirviéndose de las comparaciones, semejanzas y ejemplos; tambien empleaba un estilo más elevado, una argumentacion más fuerte y nutrida cuando predicaba á personas instruidas, como los escribas y doctores de la ley, á quienes redarguía con las Santas Escrituras, etc.

Esto conviene tenerlo presente; porque si bien el uso de ejemplos y comparaciones puede ser útil y hasta necesario en cierta clase de sermones, cómo los de mision, los puramente doctrinales, y los de enseñanza catequística, en que se busca y pretende en primer término la instruccion de la gente más sencilla é ignorante; no así en otras clases de predicacion, en que, su aplicacion frecuente podria desvirtuar el carácter de unidad del discurso, su gravedad y estilo. Aun más: por lo que respeta ó hace á las *comparaciones*, hay que cuidar: 1.º Que sean, cómo las alusiones, oportunas. 2.º Que exista

(1) Joan. 10—11.

(2) S. Mat. 13.

(3) Id.—13—34.

alguna semejanza entre el pensamiento y el objeto con que se le compara; sin que se exija sin embargo que sea tan completa que cuadre perfectamente á todas las circunstancias que al pensamiento acompañan, y tan obvia ó cercana que no le añada nada nuevo; puesto que no existiendo dicha semejanza no habria unidad, pareceria estudiada sobrado completa, y seria trivial siendo demasiado cercana. En tal sentido es bellísima esta comparacion de Fr. Luis de Leon: «Como cuando la fruta en el árbol llega á tener su sazón, se suele ella caer de suyo, sin que los otros la corten; así tiene su cierta sazón el vivir, adonde la vida misma cuando llega, llama á la muerte.» 3.º Que sean conocidos de la generalidad de los oyentes los objetos de donde se toma la semejanza; porque lo que está destinado á esclarecer una sentencia debe tener más luz que ella; y 4.º Que no se tomen por término de comparacion objetos bajos é innoles, sobre todo en composiciones serias.

NOTA. De las *transiciones*, orden de pruebas etc., trataremos en el §.º siguiente.

§. 4.º

PARTES PRINCIPALES DE QUE SE COMPONE EL SERMON.

Sin perjuicio de tratar más adelante, cuando vayamos explicando las diferentes clases de predicacion, de las reglas especiales que tienen por objeto guiar al predicador en el plan de su sermón segun la índole y carácter de este, lo haremos ahora de las generales, ó sea, de aquellas que se adaptan á todo discurso. Basta consultar la razon para aprender cuales sean estas, pues ella misma dicta naturalmente el curso de operaciones que han de seguirse en cuanto al orden y disposicion de un razonamiento metódico. Lo primero que ocurre, ántes de hablar de un asunto cualquiera es, preparar el ánimo de los oyentes: fijar despues el punto explorable ó controvertible: luego, ofrecer las pruebas y razones acerca del mismo: excitar en el auditorio los sentimientos de afecto ó aversion segun lo pida el asunto: refutar, si hay necesidad, las observaciones que pueden hacerse contra él; y por último, resumir con la brevedad posi-

ble lo que se ha dicho, procurando persuadir eficazmente lo que se deje probado. Estas diferentes operaciones constituyen lo que llamamos partes de un sermón ó discurso sagrado, y que, atendido el orden natural, pueden ser las siguientes: *exordio, proposicion, division, narracion, confirmacion, refutacion, peroracion y epilogo*. Más si consideramos el orden arbitrario ó método de prudencia que depende del buen juicio del predicador, quien segun la variedad de circunstancias, puede variar tambien de esta ó la otra manera la disposicion de su razonamiento; no es fácil señalar partes determinadas, si bien han de ser siempre del número de las arriba mencionadas, y entre ellas como principales estas tres: *exordio, confirmacion y peroracion*; pues la *narracion* y *epilogo* son más bien partes integrantes, habiendo casos en que pueden ser omitidas; cómo los hay en que no tiene lugar la *division*, que es, cuando la *proposicion* contiene un solo miembro; y esta última, más bien que del sermón, debe considerarse como parte del *exordio*.

I.

EXORDIO.

Entiéndese por *exordio*, el principio del sermón, en que el predicador prepara el ánimo de los oyentes á que reciban favorable y benévola mente lo que se propone decirles. A fin de tratar esta parte del sermón con el detenimiento y claridad que exige su importancia, nos ocuparemos separadamente en los diversos puntos relativos á ella, como son: *las partes que entran á componer el exordio—sus cualidades—sus diferentes clases y fines*.

Partes del Exordio.—Estas son cinco: *Texto, Introduccion general, Anuncio del asunto ó Proposicion, Invitacion al auditorio, Invocacion*.—*Texto*, es un pasaje tomado de cualquier libro de la Sagrada Escritura que se pone como tema del sermón. La piadosa práctica de dar principio á la predicacion con palabras de la Santa Escritura es antigua, y si pretendemos averiguar su origen, acaso podamos repetirla de tiempo anterior á la venida de Jesucristo. Entre los judíos era costumbre fundar en algun lugar ó pasaje de los

profetas las explicaciones é instrucciones que se daban al pueblo. Jesucristo, según los evangelistas, se acomodó á dicha costumbre; la misma que siguieron los apóstoles y han venido practicando en lo general los Santos Padres, quienes ya por sí, ya por otros, solían leer al pueblo el pasaje ó pasajes que habían de exponer en la predicación. ¡Ojalá, que no hubiera decaído costumbre tan útil y laudable! Otra sería la predicación en sus efectos, si se hiciera consistir en la exposición de la Escritura Santa, donde para todos los asuntos se encuentra materia abundantísima; entonces si que podríamos decir, en el genuino sentido de la expresión, que predicábamos la palabra divina. Más ya que por lo común así no sea, y esté admitido el uso de presentar en el principio del sermón algún texto de la Santa Biblia procúrese hacerlo del modo más digno, respetuoso y conveniente. El *Texto*, aunque de libre elección del predicador, debe tener analogía con el asunto del sermón; y al efecto, recomendamos el uso de las *Concordancias bíblicas*, en cuyo libro, por orden alfabético, según sea la materia, se hallaran con facilidad textos análogos á la misma. No nos parece muy conforme la conducta de algunos predicadores, quienes llevados del empeño en querer presentar en el texto el asunto que han de tratar, no reparan tomar dos ó más, á veces de distintos libros de la Escritura, sin que tengan conexión unos con otros, y acaso violentando el sentido de los mismos.—*Introducción*.—Rara vez el predicador da principio al sermón manifestando el asunto sobre que ha de versar. Lo natural es que, al anuncio de éste precedan algunas ligeras reflexiones que sirvan como de introducción, las cuales han de ser breves, y han de tender á preparar el ánimo de los oyentes y conducirlo de un modo suave y nada violento hacia el objeto principal. Las disertaciones prolijas y vagas, á que algunos se entregan en la introducción, hacen al predicador—cómo dice muy bien un tratadista de retórica eclesiástica asemejarse á un viajero que no sabe el camino que va á recorrer, y sugieren á los oyentes la idea de que aquel no ha meditado suficientemente el plan de su sermón.—*Anuncio del asunto ó Proposición*.—«Es un defecto grande, dice el célebre escritor Albert, pronunciar una palabra de la Escritura y hablar hasta lo que se llama *Ave María*, sin que el auditorio pueda comprender de qué materia se ha-

blará despues. Esto acontece, ó porque no se sabe para que es el preámbulo del exordio, ó porque á fuerza de querer decir cosas bellas se olvidan las necesarias, ó porque se quiere dar al auditorio el placer de adivinarlas. No es, pues, una bajeza, es una necesidad el anunciar el asunto, formularlo en una proposicion, y decir: *hé aquí mi idea; hé aquí á lo que se reduce lo que tengo que manifestaros; hé aquí lo que me ha hecho subir al púlpito*. Es un gran abuso querer decirlo todo con delicadeza. El placer que se procura al auditorio de proponerle claramente el asunto del sermón, le satisface más que todos los primores imaginables.»

La Proposicion *es el sermón en compendio*; así como éste no es otra cosa que la proposicion explicada y extendida (1). El objeto principal de la proposicion no es otro, que poner de manifesto en términos reducidos el asunto en que ha de ocuparse el predicador; y en tal concepto, necesario es que, antes de formularla, haga un detenido estudio y exámen de la materia predicable, para que de ella brote naturalmente, digámoslo así, el pensamiento que ha de abrazar la proposicion, y que pueda ser propio, exacto, y cómo el punto culminante del cual se irradie la luz para todo el sermón. Sabido es que, el asunto de todo discurso sagrado ha de ser grave, sólido, interesante y edificativo, y por tanto, á la proposicion en que esté contenido han de acompañar ciertas condiciones indispensables, como son: *claridad, brevedad, interés y exactitud*. La proposicion debe ser *clara*, esto es, concebida y expresada en términos naturales y sencillos que estén al alcance del auditorio, y no envuelvan obscuridad ni confusion. Por tanto, en ella, no deben tener lugar los tropos ni figuras, cómo tampoco las palabras escogidas, que por su novedad y poco uso no se presten á la inteligencia de los oyentes. Para que estos puedan comprenderla y retenerla fácilmente, conviene que la proposicion sea *breve*, estando concebida en los términos más precisos y suficientes á manifestar él asunto. Nada de rodeos, repeticiones, ni uso de palabras sinónimas, que sobre prolija, pueden hacerla obscura y vaga.

También la proposicion ha de ser *interesante*, esto es, adecuada á las circunstancias y que pueda excitar la atencion del auditorio. Es

(1) Fenelon, carta á la Academia francesa sobre la elocuencia n.º IV. pág. 69.

cierte que, todas las materias, objeto de la predicacion divina, son interesantes de suyo; pero preciso es conocer, que hay tiempo y ocasiones en que no conviene tratar algunas, y el predicador debe consultar la oportunidad y elegir, segun ésta exija, el punto predicable. Por último, la proposicion ha de ser *exacta*: condicion necesaria á todas las partes del sermon. No basta predicar la verdad, sino predicarla en conformidad al sentir de la iglesia. Proponer y explicar en el púlpito asuntos dudosos ó cuestionables, no es propio de tan sagrado lugar ni de la mision confiada al sacerdote católico. «El púlpito, dice el Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, D. José Climent (1), es la cátedra del Espíritu Santo y de la verdad. Los predicadores son embajadores de Dios para anunciarla á los hombres, y áun que no todas las proposiciones que se predicán hayan de creerse con fé divina, deben ser dignas de la fé humana; y para que lo sean, deben los predicadores, en cuanto les sea posible, asegurarse de que son verdaderas. Así pecan gravemente los que predicán lo mismo que dudan ser verdad, ó quizá entienden que no lo es; dando justo motivo para que los fieles más advertidos no les crean.»

Como complemento á lo que dejamos dicho de la *proposicion*, véamos como se explica S. Alfonso Maria Ligorio acerca de tan interesante punto en sus *Instrucciones sobre la predicacion*. Dice así: «Al exordio asignan los retóricos siete partes..... pero comunmente hablando, las partes sustanciales del mismo son tres: Proposicion general ó del asunto: Complemento ó enlace que la une á la proposicion particular: Proposicion particular ó principal del sermon á la que vá unida la division de los puntos ó partes de este. Por ejemplo: 1.º *Es necesario salvarse, porque no hay medio entre la salvacion y la condenacion*. Esta es la proposicion general. 2.º *Para salvarse es necesario tener una buena muerte*. Este es el complemento ó enlace. 3.º *Pero es muy difícil tener buena muerte, despues de haber tenido mala vida*. Esta es la proposicion particular ó sea la principal del sermon; la cual debe ser clara, breve y fácil, y al mismo tiempo única: de otro modo, esto es, si en la proposicion no se guardase unidad, el sermon no seria uno solo, sino muchos. Y por

(1) Carta pastoral de 12 de mayo de 1770, dirigida al clero de su Diócesis.

lo mismo, los puntos en que se divide el sermón deben todos conspirar á probar una sola proposición. Ejemplo: *El hombre que ha contraído malos hábitos, difícilmente se salva; porque los malos hábitos 1.º ciegan el espíritu; 2.º endurecen el corazón.* Estos serán los dos puntos del sermón. Ellos deben ser cortos, claros, y pocos; dos ó tres cuando más. A veces basta uno solo. Ejemplo: *El pecado mortal es un gran crimen, porque es una ofensa grave contra Dios.* Otro: *El que abusa demasiado de la misericordia de Dios, será abandonado por él.*—*Invitación al auditorio.*—Esta sigue al anuncio del asunto, y se reduce á pedir á los oyentes en breves y sentidas palabras su benévola atención; manifestando el interés del punto propuesto y el fin que conduce al predicador á desenvolverlo, cual es, el bien espiritual de las almas, etc.—*Invocación.*—Es costumbre muy laudable en los predicadores (al menos en nuestra España); después de haber propuesto el asunto, dirigir una tierna y breve plegaria á María Santísima, demandando por su intercesión poderosa los auxilios divinos para el buen desempeño y fruto del sermón. Dicha invocación ha de hacerse en términos precisos y no ser muy larga; omitiéndose en las oraciones fúnebres y en otras en que el asunto principal sea profano.

Cualidades del Exordio.—Cuatro son las virtudes ó cualidades del exordio: *propiedad, corrección, brevedad y modestia.* El exordio será *propio*, si tiene relación íntima con la materia del sermón; pues los pensamientos é ideas que no se relacionen con el asunto, sobre inoportunos, pueden ser hasta perjudiciales, porque en vez de fijar la atención de los oyentes, la extravían á otro punto distinto de aquel á donde es necesario conducirla; y de temer es, tengan tal carácter en exordios extraños á la naturaleza de la materia que haya de tratarse. De esto, fácilmente se infiere la inconveniencia de las introducciones demasiado genéricas en los sermones, ó sean, aquellos exordios comunes que se apropian á distintos asuntos, resultando de ello una palpable disconformidad entre la cabeza y cuerpo del sermón, ó lo que es lo mismo, entre el exordio y las demás partes. No hay que dudarlo, por bien trabajadas que sean estas composiciones anticipadas, y por grande el ingenio del predicador en apropiárselas á determinada materia, siempre resaltará su extrañeza

y vaguedad, con lo que pierden su mérito. Por el contrario, un exordio breve y sencillo, pero nacido del asunto mismo predicable, supone más y dará mejor resultado. — *Correccion.* — El exordio debe ser *correcto*, esto es, bien trabajado. Así lo exige uno de sus principales fines, el captar la benevolencia del auditorio; pues éste será atraído suavemente, si el predicador procura agradarle con sus primeras palabras, retrayéndole por el contrario el desaliño y la poca cultura en las frases. Los oyentes forman idea por el exordio de lo que pueden esperar en el resto del sermón, por consiguiente, si advierten ser aquel un trabajo pueril y superficial, natural es que, su atención se interese poco, y que el efecto de la palabra del predicador no corresponda á sus deseos. Pero si bien el lenguaje del exordio debe ser natural, castizo y culto, no ha de hacerse tal estudio de las ideas, frases y palabras que pueda tomar el carácter de afectado: esto desagradaría tanto ó más que el desaliño y falta de arreglo. — *Brevedad.* — La demasiada prolijidad en el exordio se considera cómo defecto. Su naturaleza exige que sea breve y guarde proporcion debida con el resto del sermón. Una cabeza grande en cuerpo pequeño se tendría por monstruosa, así cómo por irregular un pórtico de grandes dimensiones en un templo poco capaz; pues de la misma manera, un largo y difuso proemio para un sermón corto será monstruoso y desproporcionado. El cúmulo de citas, figuras y lugares comunes, de que algunos hacen uso en el exordio, cómo igualmente de rodeos y repeticiones para dar á conocer el asunto, no es conforme, y ménos, necesario; prueba solamente vana ostentación del saber, ó falta de conocimiento de la materia predicable. Verdad es que, la índole del asunto, y aún circunstancias especiales, podrán exigir mayor extensión en el exordio, pero siempre deberá ser arreglada á las demás partes del sermón. — *Modestia.* — La humildad ha de acompañar al sacerdote en todos los actos de su vida, y mucho más en el ejercicio del ministerio augusto de la predicación. La arrogancia en el predicador es odiosa á los oyentes y retrae su atención, por el contrario, las formas modestas atraen y cautivan. Principiar un sermón con aire de vanidad y ostentación ofende el amor propio de los que oyen, y causa en su ánimo cierta prevención desfavorable á la persona

que les habla, haciendo á la vez suponer en esta poco talento y ciencia escasa; pues como dice bien un escritor distinguido: «no los grandes sino los pequeños trabajan por empinarse.» Bueno es, que el predicador comprenda el lugar que ocupa, y á quien representa en el púlpito: que dé principio al sermón con un exordio no comun, vulgar y desaliñado; más procure no trabajar éste con tal primor y delicadeza que revele falta de modestia. Cuide tambien de no prometer mucho en el exordio, á fin de no exponerse á defraudar las esperanzas del auditorio. Es regla general, que el predicador no manifieste en un principio todas sus fuerzas, sino que debe ir aumentándolas á proporcion que adelante en el sermón.

—*Clases de Exordio.*—Aún cuando acerca de la forma en los exordios no puede darse regla fija, por estar sujeta á variedad segun lo exijan el asunto predicable, las circunstancias del predicador y condicion de los oyentes; no obstante, vamos á indicar las más comunes, que pueden reducirse á cuatro y dán á los exordios las denominaciones de *sencillo*, *vehemente* ó *exabrupto*, *insinuante* y *pomposo*. Será *sencillo* el exordio, cuando el predicador dá principio al sermón en forma regular, sin manifestar hallarse afectado de pasion alguna, preparando el ánimo de los oyentes de un modo natural y franco, y expresándose con voz serena y tranquila; cómo v. g.: si para introduccion al asunto se sirve de algun ejemplo, explicacion de algun testimonio de la Sagrada Escritura, de antecedentes que digan relacion con el punto que ha de tratar, etc. *Vehemente*: cuando, conmovido por la gravedad ó importancia del asunto que ha de tratar ó por cualquiera otra circunstancia muy notable, capaz por sí de excitar los afectos propios y los del auditorio, entra el predicador repentinamente en la materia, objeto principal del sermón, expresándose con acento y entonacion vigorosos é impresionables.

Pudiéramos citar varios ejemplos tomados de los escritos de los Santos Padres y especialmente de S. Juan Crisóstomo, quien, sin duda por efecto de su carácter enérgico, usa, más que otros, de esta clase de exordios; pero nos limitamos á trascribir el que nos ofrece en su Homilia—*Ad versus eos, qui, ecclesia relicta, ad circenses ludos et ad Theatra transfugerunt*—no traduciéndolo, por el temor

de desvirtuar la fuerza de expresion. Dice así: «Hæccine ferenda? hæccine toleranda? vobis enim ipsis iudicibus contra vos uti volo. «Sic Deus olim se gessit erga hebreos, cum ipsis enim expostulans, «sic eos alloquebatur: *Popule meus! Quid feci tibi, aut in quo contristavi te, vel molestiam tibi attuli? responde mihi.* Ac rursus: «*Quid invenerunt Patres tui in me delicti?*..... Hunc ego quoque «imitabor, vosque iterum sic alloquor: Hæcine ferenda? hæcine toleranda? Post longa sermonum curricula, post tantam doctrinam... «quidam, nobis relictis, ad spectaculum concertantium equorum »transfugerunt; atque ita debacchati sunt, ut totam urbem vocibus, «clamoribus que repleverint inconditis, multumque risum moventibus, imo potius luctum afferentibus. Ego itaque, domi sedens, et «erumpentium *vocem audiens*, graviora patiebar, quam ii, qui tempestate jactantur (1).»

Dos advertencias debemos hacer respecto á esta clase de exordios: 1.^a, que su uso ha de exigirlo la gravedad ó importancia del asunto, como digimos antes, por lo que el predicador se crea obligado á manifestarla desde el principio; ó bien la circunstancia de algun hecho ó suceso extraordinario cuya impresion pese sobre el ánimo de los oyentes, y dé oportunidad al predicador para entrar declamando acerca de él, como sucedió al Crisóstomo en el ejemplo citado. 2.^a, que no á todos es dado hacer uso de tales exordios; porque siendo indispensable al predicador sostener hasta el fin del sermón aquel temple, vigor y animacion con que dió principio, pues de otra suerte no podrá mantener la tension de los ánimos y evitar la debilidad en los sentimientos, debe contar con fuerzas para ello tanto en lo moral como en lo físico, y no todos pueden disponer de las suficientes. *Insinuante*: Cuando se cree que hay ó puede haber en el auditorio alguna grave preocupacion bien contra la materia que ha de predicarse, ya contra la persona del predicador, conviene disiparla con tacto prudente y delicado en el exordio, el cual se llama entonces de *insinuacion*. En esta clase de exordios ha de emplear el predicador grande habilidad y destreza, procurando indicarse en

(1) Alude á los que habian sufrido grandes pérdidas en los campos á causa de una fuerte tempestad.

términos suaves que no puedan herir la susceptibilidad de los oyentes, y si, hacerlos dóciles y atentos. En los Santos Padres encontramos el uso de estos exordios, que podrian servirnos de norma para el mejor acierto en tales introducciones. Observámos que, alguna vez principian el sermón excusándose ante el auditorio, y dándole explicaciones de su conducta en ciertos y determinados casos: cómo de su silencio, sobre la injusticia con que algunos se permitian censurar sus sermones, lo hace S. Gregorio Nacianceno.—Orat. 9 in suis sermon.—Así cómo, vemos tambien que, cuando S. Basilio y S. Juan Crisóstomo conocian que sus increpaciones, no obstante ser hijas de buen celo, habian exacerbado el ánimo de algunos oyentes, procuraban calmarlos en la ocasion primera; siendo notables los exordios que nos han dejado con tal motivo y que suponen el superior conocimiento que tenian del corazón humano.—*Pomposo*: hay algunos sermones que, bien por su naturaleza ú ocasion en que se pronuncian, exigen una introduccion trabajada, en la que, sin faltar á la modestia, puede hacerse uso de las galas de la elocuencia. Tales son aquellos cuya grandeza y elevacion del asunto interesan la atencion de los oyentes, como los de elogios de Santos, oraciones fúnebres, etc. En estos casos, el predicador ha de corresponder á la dignidad del asunto y esperanzas del auditorio, dando al exordio una forma elevada, que manifieste hallarse bien penetrado del objeto que le trae al púlpito y de los sentimientos de los que le oyen; pues seria no solo defectuoso, sino ridiculo, un comienzo pobre y mezquino al tratar un asunto grande. Con todo, ha de tenerse en cuenta, que la elevacion no sea tal, que no pudiendo el predicador sostenerla, decaiga en el curso de la predicacion.

Expuestas las cuatro clases principales de exordios, réstanos decir con S. Alfonso, que: para materia del exordio puede servir alguna vez la explicacion del texto sagrado, la del evangelio del día, y en otras, la de alguna sentencia, ejemplo ó figura de la Sagrada Escritura. Tambien puede tomarse de la dignidad, utilidad y necesidad del asunto que haya de tratarse; de los adjuntos, el lugar, tiempo, ocasion; de algunos antecedentes acomodados á la materia predicable, y aún de las objeciones que puedan ofrecerse contra la misma. Pero lo mejor es, para que los exordios tengan el carác-

ter de *propiedad*, tomarlos del mismo asunto predicable despues de bien considerado y meditado.

—*Fines del exordio.*—Siendo el objeto principal que el predicador se propone en el exordio, preparar el ánimo de los oyentes para que reciban favorablemente lo que ha de decirles, natural es que, su tendencia en esta parte del sermón sea á captarse la benevolencia, atencion y docilidad de aquellos, ó lo que es lo mismo, que procure hacerlos *atentos*, dóciles y benevolos, que son los tres fines del exordio. Conseguirá hacerlos *atentos*: si les pone de manifiesto la importancia, dignidad ó novedad del asunto, y les habla del provecho y utilidad que ha de reportarles. *Dóciles*: si lo expone breve, clara y sencillamente, sin reserva y con natural franqueza, y procura desvanecer cualquiera preocupacion que pueda haber contra el mismo. Sin embargo de que, una vez ganada la atencion, sin más trabajo los tendrá dóciles, pues, como dice Ciceron (1): *Is máxime docilis est, qui attentissime est paratus audire*. Por último, los hará *benévolo*s: si habla de sí mismo con modestia, y de los oyentes con estimacion, ternura y caridad.

II.

CONFIRMACION.

De ésta parte del sermón, en que el predicador prueba el asunto indicado y propuesto en el exordio, dice S. Alfonso Maria de Ligorio: «Hablando ahora del cuerpo del sermón, y en primer lugar de las pruebas, debemos decir, que han de ser un silogismo perfecto, sin que parezca que lo es. Para esto débese probar la mayor antes de pasar á la menor, y ésta antes de pasar á la consecuencia. Esto sucede cuando la mayor ó la menor necesita probarse: porque cuando son claras y ciertas, basta amplificarlas sin necesidad de probarlas. En cuanto al órden de las pruebas, se acostumbra hacer uso en primer lugar de la autoridad de las Escrituras y de los Santos Padres; despues vienen las razones, las comparaciones y los ejemplos. Los

(1) In partit. Orat.

textos de las Escrituras deben pronunciarse con mucha gravedad. Es mejor no citar sino uno ó dos, y desenvolverlos bien que hacer muchos sin comentarlos. Las sentencias de los Padres deben ser pocas y breves; procurar elegir las más cortas y que contengan bellas ideas y sentimientos. Despues se aducen las razones, acerca de las cuales dicen algunos que, primero deben exponerse las ménos fuertes y despues las más poderosas. Pero yo juzgo, que es mejor aducir primero alguna fuerte, en medio las más débiles, y al fin las más poderosas. Porque hacer uso al principio de las débiles, puede causar mal efecto en la mente de los oyentes. Despues de las razones vienen los ejemplos y las comparaciones. Se ha dicho que debe observarse este orden *ordinariamente hablando*; pero algunas veces puede convenir invertirlo, y hacer uso en primer lugar de las pruebas que reservábamos para el fin; lo que dejamos al gusto y prudencia del predicador.»

«La transicion de un punto á otro debe tener un enlace natural, evitando pasar de una idea á otra sin enlazarla con facilidad y sencillez. Los modos más usuales y sencillos son estos: *Pasemos ahora al otro punto, etc. Despues que hemos visto, etc. Es menester que consideremos tambien, etc.*, procurando cuanto sea posible que la última idea del punto ó de la razon que antecede, tenga alguna connexion con la del punto que sigue.»

«En cuanto á la amplificacion de las pruebas debemos distinguir dos especies; la *verbal*, que consiste en las palabras, y la *real* que puede hacerse, ó por la *progresion*, por ejemplo: *Es virtud sufrir la tribulacion con paciencia, mayor virtud todavia es desearla, y mucho mayor regocijarse sufriendola*: ó nace de las circunstancias del sujeto, ó de la comparacion que se hace con otro de igual ó menor importancia ó valía. Las reflexiones morales se colocan regularmente en la peroracion; y á las veces pueden hacerse despues de haber aducido alguna prueba fuerte. Y esto sucede especialmente en los sermones de misiones, cuyos oyentes son ordinariamente rudos, en quienes hace mayor impresion la moralidad. Pero jamás debe moralizarse mucho, ni á menudo por incidencia, de manera que se haga fastidioso y lánguido el sermón.»

A la doctrina que antecede, nos permitimos añadir lo siguiente.

Se debe cuidar no extenderse mucho en las pruebas ni multiplicarlas demasiado. La extension excesiva puede dar motivo para suponer sospechosa la causa que se intenta probar, así como la multiplicidad innecesaria confunde la memoria y disminuye el convencimiento de que podría haber pocas bien escogidas. La fuerza de los argumentos no está en el número, sino en la autoridad de donde emanan y grados de certeza y persuasión que tengan. A veces una sola razon clara, sólida y bien expresada, dá mejor resultado que muchas si son débiles y pesadas.

Han de economizarse, en lo posible, las citas profanas. Al decir esto, no es nuestro intento reprobar en los sermones el uso de testimonios y pruebas tomados de autores profanos; no desconocemos la conveniencia que puede resultar en algunos casos de la cita de los mismos; pero no nos parece conforme el que, por grande que sea su autoridad y recomendable su doctrina, se consulten y adopten para la prueba con preferencia á los de la Sagrada Escritura, Santos Padres, Concilios é Historia eclesiástica. Desdice de un orador sagrado, y desvirtúa su elevada mision, presentar un sermón con carácter profano, cómo lo es sin duda aquel, en que todas ó la mayor parte de las pruebas son tomadas de otros lugares que los señalados en la oratoria sagrada. A veces, es verdad, se hace necesaria, ó al ménos muy oportuna, la cita áun de autores cuyas doctrinas están reprobadas por la iglesia, ya para manifestar su contradiccion en algun punto, ó censurar sus palabras; más cuando así suceda, debe expresarse la causa porque son citados, y siempre hacerlo con las salvedades convenientes.

Respecto al uso de testimonios latinos y modo de citar los de la Sagrada Escritura y Santos Padres, decimos: que autores respetables tienen por defecto interponer largos testimonios latinos en los sermones que se predicán en lengua vulgar. Fr. Luis de Granada es de sentir que, solo se digan en latin algunas sentencias breves y agudas; más, cuando son largas, que se proferan en lengua vulgar citando sus autores. En efecto, siendo pocos los fieles que entiendan el idioma latino, es muy posible, que el relato de largos periodos y oraciones en latin haga suspender la atencion general de los oyentes, y entibie los afectos de que pudieran estar impresionados.

Otra cosa son las citas latinas de las principales sentencias, que expresadas en el lenguaje propio de la iglesia por los Padres y por los oradores clásicos, ha hecho familiares á los fieles el constante uso de los tiempos; uso que, no quisieramos ver desterrado de los púlpitos, si bien el que tampoco se convierta en abuso.

Las citas latinas dan á los discursos sagrados más autoridad y concilian mejor, como dice un ilustrado escritor (1), el respeto de los oyentes; con especialidad cuando ellas vienen á quitar cierta repugnancia que producen aquellas sentencias que parecen duras, y que por tanto pudieran creerse de la exclusiva pertenencia del predicador, lo cual se desvanece, presentando el texto latino. Añad además, que las citas latinas fijan mejor la atencion del auditorio sobre ciertos puntos de importancia, y hieren más vivamente su espíritu; pero que de ellas se haga un uso prudente, del que no puede prescindirse en determinados casos.

En la cita de textos y sentencias de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres convendrá guardar estas cuatro reglas de Fr. Luis de Granada: 1.^a, que los textos no sean comunes ni triviales, excepcion hecha; cuando son ilustrados con alguna insigne exposicion. 2.^a, que sean traducidos en el idioma del auditorio, pero sin violentar su sentido, que debe conservarse fiel é íntegramente. 3.^a, que, además de traducidos, deben ser explicados segun el sentir de los expositores sagrados; porque á veces una sentencia de la Escritura contiene pensamientos profundos é ideas sublimes que necesita desenvolver el predicador. 4.^a, que se haga uso prudente de los textos, no aglomerando muchos en el sermon, pues, á parte de la confusion que necesariamente envuelve el crecido número de citas, hay el inconveniente de que no puedan ser aplicados cual corresponde.

Refutacion (2).—*Conviene*, dice S. Pablo, hablando del ministro de la palabra divina (3), *que sea poderoso en exhortar en la doctrina sana, y que pueda arguir á los que la contradigan*. Necesario es que el sacerdote predicador sea un buen maestro, más á la vez un de-

(1) Sanchez Arce, leccion. de Orat. sagrad. XVIII. pág. 118.

(2) Siendo necesario en algunas ocasiones el uso de la *Refutacion*, exponémos en este lugar lo que créemos más importante acerca de la misma.

(3) Epist. ad Titum cap. 1. v. 9.

fensor valeroso de la doctrina que enseña. Jesucristo predicaba á las turbas, enseñando las verdades de la ley evangélica; pero al propio tiempo, y siempre que lo estimaba necesario, se hacia cargo y rebatía los falsos argumentos, disipaba las dudas y condenaba los errores que contra su predicacion oponian los fariseos y demás sectarios, á fin de que; no fuesen seducidos los nuevos creyentes por la mentira é hipocresía de sus palabras. Pues esta misma conducta es la que ha de observar el predicador católico: enseñar la verdad, combatir el error; estimular á la práctica de la virtud, retraer del vicio y del pecado. Todo esto extraña en los deberes que tiene para con los fieles, y no puede faltar á su cumplimiento sin hacer traicion á su ministerio. Más como en la práctica de estos deberes pudiera haber inconveniencias que dieran un resultado contrario al que se desea, especialmente en el modo y manera de condenar los errores, disipar dudas, y desvanecer las prevenciones que pueden tenerse contra la doctrina de la iglesia, que es el objeto de lo que llamámos *Refutacion* en los sermones; preciso es, digámos algo de la conducta del predicador en punto tan interesante, y al efecto, examinaremos separadamente estos tres: 1.º Cuando es necesaria la *refutacion* y en qué lugar del sermón debe hacerse: 2.º Reglas que ha de tener presentes el predicador para hacerla debida y cumplidamente, y 3.º, Observaciones importantes acerca del modo de hacerla.

La *refutacion* no siempre es necesaria, y si tan solo en los casos en que el predicador, examinado bien el asunto que se propone tratar, conozca haber en contra algun error, ó suponga fundadamente alguna prevencion en el auditorio. Acerca del lugar del sermón en que haya de hacerse, no es posible determinarlo; siendo la prudencia y circunstancias las que han de aconsejar al predicador cual sea el más conveniente y oportuno. Sin embargo, cuando el error, mala inteligencia ó prevenciones de parte del auditorio se refieren á la totalidad del asunto principal del sermón, pueden reservarse la refutacion para despues de las pruebas, ó sea de la *confirmacion*, y tambien puede tener lugar en el *exordio*: práctica que hallamos en los Santos Padres, quienes algunas veces daban principio á la predicacion presentando objeciones que al parecer, se complacian en esfor-

zar, pero que al resolverlas, desarrollaban y llenaban su oracion. Más si bien este método tiene la gran ventaja de avivar la curiosidad y excitar la atencion del auditorio, es preciso usarlo como aquellos grandes oradores, cuya nerviosa argumentacion hacia brillar la verdad tanto más clara cuanto habia sido más impugnada. Si las objeciones son en contra de alguna de las razones ó pruebas alegadas por el predicador, parece más conveniente que, á seguida de esponer aquella se refute el argumento en contrario. De ordinario la refutacion sigue á las pruebas, por ser más fácil desterrar las preocupaciones del ánimo de los oyentes sobre la materia que se trata, despues de haber ilustrado su entendimiento con poderosas y sólidas argumentaciones en favor de la misma; no habiendo duda que, la mayor parte de los errores, delirios y prevenciones son hijos de la ignorancia y falta de instruccion.

Dos reglas debe tener presentes el predicador al hacer la *Refutacion*: 1.^a que esta sea cumplida y victoriosa; 2.^a, que se haga de una manera digna, decorosa, caritativa y hábil.

Respecto de la primera diremos: que el predicador no debe empeñarse nunca en refutar objeciones á que no haya de dar solucion satisfactoria y convincente, porque lejos de favorecer á la causa de la verdad, cederá en perjuicio de la misma. Cuando no se cuenta con los recursos y fuerzas suficientes, preferible es no refutar á que la verdad quede desairada; pues una refutacion débil é incompleta, á parte de suponer en el predicador escaso conocimiento de la materia, arguye condescendencia con el error y aumenta la importancia aparente de las objeciones. Cierto que, así como algunas de estas pueden ser de tan poco valor que no merezcan el trabajo de refutarlas, hay tambien argumentos de tal calidad, aún en las causas más ventajosas, que el predicador no puede prometerse disiparlos á pesar de los mayores esfuerzos. En este caso, el medio más prudente es no fijarse en ellos, para no llamar la atencion sobre tales dificultades. Ellas encontrarán las respuesta conveniente en las pruebas más eficaces de la *confirmacion*, puesto que, segun el principio de Descartes, «no se puede negar una verdad demostrada, aunque tal vez se le opongan dificultades indisolubles.»

Créemos, que, para obtener una *Refutacion* victoriosa debe en

primer lugar atacarse directamente el fundamento falso en que esté apoyada la objecion ú argumento en contrario, á fin de que, destruido aquel, pierdan todo su valor las consecuencias que de él se deducen, con lo que se logrará dar en tierra con todo el edificio aparatoso del enemigo de la verdad y se obtendrá un triunfo completo. Para ello, prepárese el predicador con un detenido estudio de la materia; elija las razones de mayor peso, y á ser posible, tome estas de los principios mismos en que estén apoyadas las objeciones; pues haciéndolo así, volviendo contra el adversario sus propios argumentos, que es lo que se llama raciocinar *ad hominem*, podrá prometerse una *Refutacion* excelente.

En cuanto á la segunda regla, esto es, que la *Refutacion* sea digna, decorosa etc., nos limitamos á hacer la observacion siguiente. Por grande que sea el celo del sacerdote predicador en bien de las almas, y su deseo por separarlas del funesto camino del vicio y del error, nunca debe perder de vista que, áun el mayor y mássanto celo tiene sus límites, que es necesario no traspasar. Dignísimo y elevado por todos conceptos el sagrado ministerio de la predicacion, ha de ser ejercido dignamente, usando de palabras, formas y maneras que en nada desdigan de la gravedad respetuosa que debe presidir en el púlpito. Y si de esto no puede dispensarse el predicador en caso alguno, mucho ménos en el acto de verse obligado á reprender el vicio ó refutar el error. Entonces precisamente es, cuando más necesita guardar la dignidad, el decoro y la caridad que exige tan santo oficio. Sea en hora buena enérgico y firme en el sòstenimiento y defensa de la verdad, intransigente con el error; pero en las formas de combatirlo sea templado y suave, como aconseja S. Agustin por estas palabras: *Fortiter in re, suaviter in modis*.

Un celo inmoderado puede llevar al predicador á decir inconveniencias, á herir susceptibilidades, á exagerar justas apreciaciones; decimos más, á profanar el lugar santo que ocupa, y esto, claro es que, en vez de edificar, destruye; en vez de atraer, separa; y en vez de curar, mata. Caridad y prudencia: hé aqui las dos virtudes que en la obra de la conversion del impio y del incrédulo han de ejercer un grande influjo y facilitar el éxito al predicador. «Las palabras del que predica con caridad y prudencia, dice Kempis, son dar-

dos penetrantes; sin prudencia y caridad son aristas que vagan por el aire.» El modo de que en la *Refutación* no cause el predicador desprecio, resentimiento ni escándalo en el auditorio es, presentar en formas suaves y delicadas la objecion ú argumento que haya de rebatir, usando de éstas ó parecidas frases: *Tal vez algunos de vosotros pudierais decirme..... Sin que trate de ofender vuestra religiosidad, y no obstante el convencimiento que entrañan las pruebas y razones que acabo de exponer en confirmacion de mi aserto, voy á permitirme.....*

Por último; si bien es cierto que, en los aciagos tiempos de irreligion que atravesámos conviene á veces rebatir los delirios de los hereges y pseudofilósofos, esto debe hacerse con mucha cordura. Nunca en los lugares en donde no ha penetrado todavía el error. Únicamente refutar lo que pudieren haber oido los fieles, no sea que se escandalicen; y siempre, omitiendo toda cuestion sutil y elevada, que no esté al alcance de un auditorio sencillo. No se dé tampoco mucha importancia á semejantes delirios: cierto desprecio y alguna ironía que no desdiga de la gravedad del púlpito, servirá mucho para ponerlos en ridículo. Pues siendo los impíos tan orgullosos, nunca quedan más mortificados y pierden más terreno, que cuando se vén despreciados. Ellos se jactan y precian de sábios: pues hagamos patentes á todos su necedad y locura. Por otra parte, como los más de los católicos que nos escuchan no han bebido aún la copa ponzoñosa del error, más necesidad tienen de ser corroborados en la fé y prevenidos contra la falsa doctrina, que enterados de lo que no les conviene saber; y así, en vez de perder tiempo en controversias estériles, vale más declamar contra la vida desordenada, único principio de la incredulidad.

III.

PERORACION.

La *peroracion*, dice S. Alfonso, contiene tres partes; el epílogo, la exhortacion ó reflexiones morales, y la mocion de afectos. El epí-

logo es una recapitulacion del sermon en la que se repiten compendiosamente las razones más convincentes y poderosas que se han expuesto, y deben servir como de preámbulo y preparacion á la mocion de afectos que viene despues. No siempre es necesario hacer la recapitulacion; pero no debe ómitirse cuando las pruebas hayan sido largas y complicadas, y el predicador considere difícil que el auditorio pueda abarcarlas en su conjunto. En todo caso, há de procurarse que sea breve y precisa, haciéndola en términos diferentes á los usados en el cuerpo de la oracion, pues el epílogo no es una repeticion de las pruebas, sino por decirlo así, la esencia del sermon presentada bajo un aspecto nuevo en la forma, y en términos los más convenientes para que exciten el mayor interés posible las especies que en él se reproducen. Interesa mucho dar cierto carácter de novedad á las indicaciones que, sobre lo anteriormente dicho, se hagan en el epílogo; siendo varios los medios para conseguirlo y entre otros: si el predicador, dejando de hablar en nombre propio, lo hace en el de Jesucristo, los Santos, ó poniendo en escena algun objeto inanimado, ó cambia el giro de la expresion sirviéndose de la interrogacion ó repeticion, de algun diálogo ó de cualquiera otra forma que no permita adviertan los oyentes estarles hablando sumariamente de lo mismo que antes se les habia dicho por extenso.

La *Exhortacion* se hace excitando al efecto ó fruto que el predicador quiere que los oyentes consigan del sermon. Para ello puede servirse de alguna sentencia de la Escritura ó de los Santos Padres, amplificándola y glosándola bien, como hace S. Bernardo con él: *Respice stellam, voca Mariam* (1). Tambien de ciertas figuras vehementes, como son la apóstrofe, prosopopeya, etc..., si el asunto exigiese mayor energía.

De la mocion de afectos como parte de la *peroracion* dice Fr Luis de Granada: «El prudente predicador, conforme á la materia que trató en el sermon, debe desplegar las velas para amplificar, pero de modo que la amplificacion más ó ménos extensa que haga, tenga coherencia con la parte precedente de la oracion. Y así, si persuadimos, probada la dignidad y utilidad del asunto, añadiremos estímulos al fin de la exhortacion; y al contrario, si disuadimos, incita-

(1) Bern, hom. 2, sup. miss.

rémolos al odio, al desprecio y aborrecimiento del asunto. Pues esto, aún que puede hacerse en el cuerpo del sermón, ocupa en el fin el primer lugar: porque entónces es, cuando ha de doblarse el oyente, ó bien para apartarle de alguna acción torpe, ó bien para moverle á las honestas. Conforme á lo cual, dice S. Agustín (1). «Si los oyentes más han de ser movidos que enseñados; es necesario usar de mayor energía para que no se entorpezcan en hacer lo mismo que ya saben, y para que asientan á las cosas que confiesen ser verdaderas. Conviene pues, que así como se ha de deleitar al oyente, para obligarle á oír, así se ha de inclinarle para moverle á obrar.» A lo dicho por el respetable Granada añadiremos solamente: que al pretender el predicador excitar los afectos del auditorio procure presentar á su imaginación con la viveza posible los objetos propios para mover, usando de las figuras de mayor efecto que permita el asunto; si bien no debe insistirse por largo rato en la excitación de afectos, por la razón de que, las largas impresiones no pueden ser muy duraderas, y el mantener por mucho tiempo á los oyentes en el estado de violencia que ocasiona la agitación de los vivos afectos arriesga el que caigan en la postración y frialdad.

Los afectos á que comúnmente acostumbran excitar los predicadores, son: el santo amor de Dios, el aborrecimiento del pecado, la confianza en la misericordia divina, el temor á las penas eternas, el gozo en la virtud, la tristeza saludable, la admiración de las cosas divinas. Son poderosos estímulos para mover al amor de Dios: su bondad infinita, caridad, misericordia, hermosura y beneficencia; así como para excitar al temor del mismo: la incertidumbre de la vida, el número de pecados, la muerte, la justicia divina, la consideración de las penas eternas, etc. También puede convenir alguna vez excitar al de la compasión, como v. gr., cuando se habla de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, los dolores de María, los tormentos terribles que sufrieron los mártires..... (2).

(1) Lib 4 de Doctrin. Christ. cap. 4.

(2) El método que S. Francisco de Gerónimo, de la compañía de Jesús, seguía ordinariamente en sus discursos, según nos dice el autor de su vida, era: «el pintar la enormidad del pecado y lo terrible de los juicios divinos con colores tan vivos, que excitaba en los pecadores temores ó indignación contra sí mismos; después cambiando de tono con suma maestría se detenía en explicarles la mansedumbre y bondad de Jesucristo, ha-

Pero ante todo, encarga S. Alfonso, que el predicador «procure, siempre que pueda, insinuar en sus sermones los remedios para abstenerse de los vicios, y los medios para perseverar en la buena vida, como son, evitar las ocasiones de pecar y las malas compañías; aconsejar á los oyentes que para evitar la maldicion ó la blasfemia, pronuncien algunas palabras santas y pacíficas; recomendarles la práctica de la oracion, frecuencia de Sacramentos, lectura espiritual, visita al *Santisimo Sacramento*, y la tierna y constante devocion á *María Santísima*.»

CAPÍTULO III.

DEL ESTILO Ó FORMA DE LENGUAJE CON QUE HA DE SER TRATADA LA MATERIA PREDICABLE.

De la elocucion.—Del estilo y sus géneros.—Del estilo figurado.—Doctrina de S. Alfonso Maria de Ligorio sobre el estilo más conveniente para la predicacion en general, é instrucciones del mismo acerca de materia tan importante.

§. 1.º

DE LA ELOCUCION.

Elocucion quiere decir lenguaje bueno, escogido, *locutio electa*: *Locuente* es todo aquel que habla, sea cualquiera su lenguaje; *elo-cuente* es tan solo el que sabe hablar bien, haciendo uso de palabras propias y exactas para expresar las ideas y pensamientos. La locucion es natural en el hombre, por haberle concedido Dios el uso de la palabra ó la facultad de hablar; la elocucion supone trabajo para

ciendo que sucediese la esperanza á la desesperacion, y que se compungiesen áun los corazones más endurecidos. Este era el momento que escogia para dirigirles una alocucion tan tierna y seductora, que se les veia caer de rodillas ante la imagen de Jesús crucificado, y pedir por sus sacratísimas llagas, derramando lágrimas y arrojando suspiros, su perdon y su reconciliacion. Tenia costumbre de añadir á la conclusion de sus sermones algun ejemplo sorprendente de los premios y castigos divinos, para que á su auditorio le hiciesen más profunda impresion las verdades que trataba inculcarle.»

adquirirla, y solo se consigue con el estudio, lectura de buenos escritos, y trato con personas que hablen con propiedad, claridad y correccion. No debe confundirse tampoco la elocucion con el estilo: aquella es el lenguaje, si bien propio, exacto, ó si se quiere, perfeccionado; este es la forma, el modo y manera de que se hace uso del lenguaje. Así que, entre varios hombres elocuentes que hablen ó traten un mismo asunto, hallarémos diferencia en el estilo, pues áun cuando todos se expresen bien, cada uno tendrá su modo ó manera especial de hacerlo. Como sucederia, si dada una coleccion escogida de flores, se encargara á varias personas el que cada una formara de ellas un ramillete; pues áun sirviéndose cada cual de igual número y clases de flores, los ramilletes resultarian diferentes, y más ó ménos agradables á la vista por su hermosura y belleza, segun el gusto, el ingenio y habilidad con que cada persona hubiere hecho la aplicacion y combinacion de las flores.

Esto supuesto, dejando para los artículos sucesivos lo perteneciente al estilo, y contrayéndonos á la elocucion del púlpito, ó lenguaje con que ha de ser tratada la materia predicable; decimos, que este debe ser: puro y claro, sencillo, noble, moderadamente adornado, y acomodado. *Puro*.—Que sea conforme á las reglas gramaticales, y segun el giro propio y peculiar de la lengua en que se habla: *Cavenda tamen diligentia putida* (1). Las mejores cosas desagradan, si son mal expresadas, y la inexactitud en el lenguaje tiene los tres inconvenientes de distraer la atencion, provocar la crítica, y deshorrar el ministerio. Tambien há de ser *claro*, no solo expresando perfecta y distintamente el pensamiento, sino hablando de suerte que hasta la gente más ruda y vulgar pueda comprenderle en cuanto sea posible. Si no tuviese que entender al predicador más que la clase culta é instruida, se dirigiria á poquísimos oyentes, precisamente los que con menor frecuencia asisten á oír la palabra divina.

Sencillo.—«La palabra de la cátedra cristiana, dice S. Alfonso, es la palabra de un padre que habla á su familia y que desea ser comprendido por todos sus hijos.» No debe por tanto ser exclusiva, afec-

(1) R. P. Joannes Roothaan. Véase lo que dejamos dicho en el cap. anterior §.º 3.º «De las palabras.»

tar formas groseras, ni demasiado delicadas, que no agradarian sino á algunos y áun acaso chocarian á todos; porque hay palabras que no se dirigen á ninguna alma, á ningun espíritu, que son por consiguiente vanas. Y por el contrario, la palabra evangélica, es un lenguaje que impresiona, que está al alcance de las masas, y que al mismo tiempo conviene á las inteligencias cultivadas. Es preciso que todos la entiendan: nada hay peor que pasar al lado ó por encima de sus oyentes y hablar para no ser entendido. Por esta razon, el lenguaje del púlpito debe ser limpio, inteligible, sencillo y áun familiar, pero nunca hasta la vulgaridad, guardando siempre cierto tono de dignidad y de elevacion. «El deber de todo predicador cristiano prosigue S. Alfonso, es hablar á cada oyente en particular, como si no hubiere otros que le escucharen. El que usando un lenguaje sublime y elevado no cuida de que todos le entiendan, falta á la intencion de Dios y á su obligacion, y no satisface la necesidad de la mayoría de sus oyentes.» «¿De qué me sirve, decia tambien á este propósito S. Agustin (1), una llave de oro, si no abre el lugar en donde quiero entrar, ni qué mal hay en que sea de palo, si lo abre?: *Quid prodest clavis aurea, si aperire quod volo non potest, aut quid obest lignea, si hoc potest?*

El orador más grande de los tiempos antiguos, Demóstenes, fué ante todo un orador popular. El pueblo de Atenas estaba completamente de su parte: Demóstenes le queria, y al mismo tiempo le conocia bien. Conocia su ligereza, su vanidad, pero tambien su generosidad y sus nobles rasgos: cuando le hablaba, sabia tocar todo cuanto hay de grande y de sensible en el corazon del hombre, no con huecas declamaciones, sino con exhortaciones sencillas á la vez que enérgicas á los sentimientos generosos y revistiendo sus más vivas inspiraciones del más puro patriotismo. De igual suerte Pericles, segun refiere Quintiliano, cuando debia hablar en público, hacia votos no solo para que no saliese de sus labios palabra alguna que pudiese ofender al pueblo, sino para ser entendido por este. Pues si la elocuencia de la tribuna, elocuencia de negocios y de accion, necesita por esto mismo ser una palabra popular, ó que esté al alcance del pueblo, ¿qué dirémos de la elocuencia del púlpito, que es

(1) De Doctr. Christ, lib. IV. cap. XXVI.

una elocuencia todavía más práctica y que debe ser eficaz, y no vana, pues que se trata de intereses superiores? Así vemos que los grandes maestros de la palabra sagrada, los Padres de la Iglesia San Juan Crisóstomo y S. Agustín, cómo también los varones verdaderamente apostólicos, cual S. Francisco de Sales, S. Alfonso de Ligorio y otros, se muestran siempre oradores prácticos, sencillos, populares, buscando las almas, á todas las almas, y hablándolas ese lenguaje sencillo, claro, expresivo, animado y caluroso que todo lo conmueve, que todo lo atrae. Su arte es maravilloso y su palabra correcta y bella; pero la frase no es para ellos más que la luz viva del pensamiento. Lo que les estrecha, lo que les impulsa, lo que les inflama, lo que ante todo ambicionan, es el resultado; es la clara y sólida enseñanza de la fé, cuando enseñan; es la persuasión y la conversión de los oyentes, cuando exhortan. Se comprende que hablan ménos que obran, y que su palabra es verdaderamente un ministerio; su elocuencia es paternal, pastoral, popular. Hé ahí los verdaderos oradores evangélicos.

—*Noble*.—Al decir que la elocucion del púlpito ha de ser sencilla, popular, no queremos dar á entender que sea un lenguaje parecido á lo comun, trivial ó grosero; pues á parte de que esto disminuiria de la dignidad que se merece la cátedra sagrada, ofenderia también á los oyentes, quienes, áun los más sencillos é ignorantes se creerian rebajados en el momento que entendiesen que se les tenia en poco, y que no se les estimaba en lo que valen. Es una verdad reconocida, que el pueblo más pueblo, quiere que su orador hable mejor que él. La predicacion debe hacerse para dar luz á las almas, para enseñar al pueblo, y es por lo mismo preciso que sea más elevada que él. La elocucion del púlpito es el vestido de la verdad; este vestido debe ser grave como el cuerpo que cubre: *Oratio sit plena gravitatis et ponderis*, dice S. Ambrosio (1). El predicador en manera alguna puede desentenderse de la nobleza y gravedad en el lenguaje, si considera cuanto se debe á sí mismo y á sus oyentes. La elevacion de su ministerio lo coloca á una altura extraordinaria, toda vez que se halla encargado de continuar la mision celestial de Jesucristo de evangelizar á los pueblos. En cuanto á su

(1) De offic. lib. 1. c. 22.

auditorio, debe no olvidar que sus palabras ván dirigidas á los grandes lo mismo que á los pequeños, á los sábios cómo á los ignorantes, á las personas de toda edad, sexo y condicion, y todas y cada una se merecen el respeto, la consideracion que reclaman, no sólo los principios de la ciencia, sino tambien los de la buena educacion y de la moral, y esto no debe olvidarlo el que trata de inculcar las buenas costumbres, y sabe apreciar las atenciones que exige la civilidad.

—*Moderadamente adornado.*—Así cómo un discurso demasiado engalanado adulteraría y desvirtuaría completamente la palabra divina; así tambien la envilecería, si careciendo de todo adorno, fuese tosco y desaliñado. Necesita, pues, de algun adorno para despertar la atencion, dar á la verdad un color más vivo que la haga comprender mejor y disponga los corazones á la conversion. El predicador ha de instruir, y debe expresarse con claridad; agradar, y necesario es que hable de una manera culta y aliñada, para que ilustrando así los entendimientos y ganando los corazones, pueda moverlos hasta el punto de que amen, abracen y practiquen las enseñanzas que se les predica. Verdad es que, la gracia del Señor es la única fuerza capaz de mover en tales términos; pero no por eso es ménos cierto, que así como no se dejan de emplear los remedios naturales prescritos por la medicina, aunque se sepa que su efecto depende únicamente de Dios, de la misma manera el orador cristiano puede y debe valerse de los medios y auxilios que le presta la oratoria, más sin poner en ellos su confianza. Al expresarnos así, no intentamos aconsejar al predicador que atienda más á los adornos y atavíos del discurso que á los pensamientos, más á las palabras que á las cosas. No, ya hemos dicho en otra ocasion con S. Agustin: *Nec Doctor verbis serviat, sed verba Doctori*; pero si queremos con Cicerón: «solicitud en las cosas, cuidado en las palabras.» Porque si reprochable nos parece en un orador cristiano que atienda más bien á agradar á sus oyentes que á instruirles, á ocuparse con preferencia en la forma que en la materia esencial del discurso, enervando tal vez la fuerza de las verdades evangélicas con una pueril afectacion y desfigurando la palabra de Dios con frívolos atavíos; digno de censura considerámos tambien el extremo opuesto, como de con-

secuencias más lamentables, tal es, el de mirar con desden el talento de la palabra, hablarsin orden, sin eleccion ni exactitud, y el de inspirar al pueblo con ésta afectada negligencia, disgusto y áun desprecio hácia la palabra divina, digna por sí de atraerse la veneracion de los hombres. «¡Qué dolor, dice Mr. Rollin, que pena para los que tienen una regular idea de la importancia del ministerio de la predicacion, ver la mayor parte de las veces desiertas ó poco concurridas las iglesias, y tener acaso que reconocer, que el modo de decir frio, desmayado, desagradable y redundante del predicador es lo que causa y retrae á los oyentes! En ello faltan á la más imperiosa obligacion de su estado: burlan las esperanzas de los pueblos que concurren con avides á satisfacer sus necesidades espirituales y tienen que volverse vacíos: envilecen la palabra de Dios atendido el desaliño con que la anuncian, haciéndola mirar con desprecio y disgusto, y deshonoran la Majestad divina, en cuyo nombre hablan y de la cual son sus embajadores.» Convenimos en que al orador que medite bien la materia no ha de faltarle expresion, porque cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan espontáneamente: pero no hay que desconocer lo defectible que es el hombre en el ejercicio de las facultades de su alma y en el uso del lenguaje: «Todos, dice S. Agustin, tienen dotes naturales para ser elocuentes, pero unos se expresan con *agudeza, ornato y vehemencia*, y otros, *confusa, deforme y friamente*.» La palabra con todo su poder, con toda su riqueza, no alcanza siempre á expresar completamente las ideas del espíritu, ni á enunciar los pensamientos del modo más apto y conveniente. Por esta razon, decia tambien el mismo Santo: «Casi siempre me desagrada mi propio lenguaje: pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me aflijo cuando no corresponde á él mi lengua..... Deseo que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo, y no lo logro.»

Por último, el lenguaje del púlpito ha de ser *acomodado* tanto á la persona del predicador, como á la condicion de los oyentes; á las circunstancias del dia, no ménos que á la naturaleza del asunto. El buen sentido dice en efecto, que es menester predicar de otro modo ante un auditorio compuesto de sábios ó de eclesiásticos, que en un catecismo ó ante un auditorio vulgar. El lenguaje familiar que

convendría en este último caso, no sería oportuno en el otro, en que el sentimiento solo de las conveniencias advierte que aquel auditorio exige un tono más elevado. Así S. Carlos, que predicaba habitualmente al pueblo en lengua vulgar con la mayor sencillez y de la abundancia de su corazón, hablaba en latín á sus sacerdotes, y escribía lo que tenía que decirles (1).

§. 2.º

DEL ESTILO Y SUS GÉNEROS.

Estilo en general es: *aquel aire ó forma con que el orador ó el escritor declara por medio del lenguaje lo que ha concebido por el raciocinio*. Por el estilo se diferencian y caracterizan los escritos, así como las personas por la fisonomía. De este modo vemos que uno es *fluido*, y otro *duro*; uno *conciso*, y otro *difuso*; aquel *claro*, y este *oscuro*, etc. Todo estilo debe ser correcto, puro, preciso y natural; más el oratorio pide cierta elegancia, grandeza y dignidad. El estilo, que es el alma en todos los géneros de la elocuencia, distingue al orador del filósofo y del historiador: porque como dice muy bien un célebre autor, el filósofo debe sentir y pensar; el historiador pintar y sentir; y el orador sentir, pensar y pintar. Al primero bástale el raciocinio, las imágenes al segundo; más el tercero no puede alcanzar su fin sin los afectos.

No hay un estilo solo para ser elocuente; se puede serlo en todos. No confundamos los estilos con los vicios del estilo, ni el estilo fundado en las reglas generales del arte con el característico de cada autor; ni tampoco las especies con los géneros. Pueden muy bien tres oradores tener cada uno su diferente estilo, que forme su carácter particular, y les haga dignos de fama, porque no se desvían del camino de la perfección, áun que tomen diferentes sendas. No se quiere decir con esto que la claridad en la expresión forma un estilo por sí, porque todo estilo debe ser claro; del mismo modo que la obscuridad, la afectación, la redundancia, tampoco constituyen

(1) Saxi, prefat. in hom. S. Carol., 13 y 14.

estilo, pues son vicios y no calidades. Estas se toman siempre en buena parte, y solo ellas dan nombre y clase á las especies de expresarse, como estilo *nervioso*, *florido*, *sencillo*, *natural*, *correcto*, *vehemente*. Las calidades opuestas no las define ni cuenta el arte como prendas, sino como defectos. Así pues, no hay estilo lánguido, ni estéril, ni desaliñado, ni afectado, ni frío, ni incorrecto; los lunares no realzan la hermosura, son manchas que las deslustran y afean.

Así los retóricos antiguos como los modernos han dividido el estilo en tres géneros: *sencillo*, *templado*, y *sublime*, division que se explica por los fines que la Oratoria propone al predicador, que son: instruir, agradar y conmover. Se instruye con el estilo *sencillo*, se agrada ó deleita con el *templado*, y se conmueve con el *sublime*. San Agustin en el lib. 4.º de la Doctrina cristiana aconseja el uso de cada uno de estos estilos segun convenga al fin que el predicador se propone, y al efecto nos dice: «Aunque el orador cristiano debe decir siempre cosas grandes, no por eso ha de usar siempre del estilo grande y sublime, sino que para enseñar ha de valerse del estilo natural y llano; para alabar ó vituperar alguna cosa del mediano y moderado; pero cuando se trate de una cosa que se debe hacer, y se habla con las mismas que deben hacerla, y no la hacen, entónces se han de decir las cosas grandes con estilo grande y sublime, y con el modo más propio para inclinar y doblegar los ánimos.» Véamos, siquiera sea con alguna brevedad, los caracteres de cada uno de los estilos que dejamos enunciados.

ESTILO SENCILLO.

«Este género, dice Capmany, cuyo carácter consiste en la claridad, precision y sencillez, conviene con más propiedad á la narracion y á las pruebas del discurso oratorio: porque es un estilo, que desechando toda afectacion y compostura, reprueba generalmente los adornos, y solo admite los simples y naturales. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta naturalidad y pureza en el lenguaje, que más se deja gustar que conocer, forman su hermosura modesta y suave, que saca su mayor realce de su misma negli-

gencia y poco aliño. La sencillez ha sido siempre prenda de ánimos generosos; porque obra en ellos más la naturaleza que el arte, y se muestra más el hombre que el escritor. No por esto se ha de entender por estilo sencillo una frase incorrecta, grosera y demasiado humilde, indigna del decoro de la elocuencia, que se acomoda muchas veces con lo llano, pero jamás con lo bajo y plebeyo.»

En el estilo sencillo la elevacion y magestad están siempre en el asunto, porque la grandeza del pensamiento dispensa del artificio de una relevante expresion. De aquí proviene que el carácter que predomina en el estilo de los libros sagrados es la sencillez: calidad conveniente á la magestad é importancia de los objetos. Y si, á pesar de esta sencillez de la Escritura, hay pasages hermosos y brillantes: es evidente que esta hermosura y brillantez no nacen de una locucion estudiada, sino de la naturaleza de las cosas que allí se tratan. ¡Qué magestad y simplicidad al mismo tiempo no encierra el primer pasage del Génesis: *Al principio crió Dios el cielo y la tierra...*! ¿Qué escritor, habiendo de narrar cosas tan grandes, hubiera comenzado como Moisés? ¿No se conoce que es el mismo Dios quien nos instruye de una maravilla que no le admira, porque es aún muy inferior á su poder? Un historiador comun hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la expresion á la grandeza de la materia: más la eterna sabiduría lo refiere sin conmóverse.

De estos caracteres del estilo sencillo inferimos que, en los discursos sagrados mejor es inclinarse á la sencillez que á la elegancia. Los asuntos que el predicador cristiano ha de tratar en el púlpito son graves y siempre grandes: *magna loquimur, magna vivimus*, dice S. Juan Crisóstomo; ellos interesan en gran manera á los fieles, como que se trata nada ménos que de su salud espiritual y eterna, y basta exponerlas para captarse la atencion. Solamente se necesita tratar esos asuntos con la dignidad que reclaman, no profanando la grandeza de la palabra de Dios, predicando de una manera trivial y ridícula ó repugnante que la haria desagradable á los que la oyen, lo cual está en abierta contradiccion con la sencillez misma del estilo que aconsejamos.

Para más esclarecer la naturaleza de éste, aducimos el siguiente

ejemplo de S. Alfonso Maria de Ligorio. Comentando aquellas palabras de Isaías: *Parvulus natus est nobis*, se explica tan sencilla como elocuentemente por las siguientes (1): «Para entender de algun modo cuanto haya sido el amor divino para con los hombres al revestirse de la humana naturaleza, y hacerse un tierno niño por nuestro amor, seria preciso comprender cuanta sea la grandeza de Dios. Pero ¿qué humano ó angélico entendimiento puede comprenderla, siendo ella infinita? Decir de Dios, segun S. Ambrosio, que es más grande que los cielos, que todos los reyes, que todos los santos, que todos los ángeles, es hacerle una injuria; como lo seria decirle á un príncipe, que es más grande que un mosquito. Dios es la misma grandeza, y otra cualquiera no es más que una mínima parte de la grandeza de Dios. Al considerarla David, y al ver que no podia, ni habria podido jamás llegar á comprenderla, no sabia decir otra cosa que: *¡O Dios mio! ¿quién es semejante á Vos?.....* Ahora bien: este Dios tan grande se ha hecho un tierno niño, y ¿para quién? *Parvulus natus est nobis*, para nosotros. ¿Y por qué ha hecho esto? Se ha hecho pequeñito para hacernos á nosotros grandes; ha querido estar envuelto entre pañales, para librarnos á nosotros de las cadenas de la muerte; ha bajado á la tierra para que nosotros pudiésemos subir al cielo. Hé aquí, pues, al Inmenso hecho un niño; aquel que no cabe en los cielos, vedlo envuelto entre pobres pañales y puesto en un pequeño y vil pesebre de animales, sobre un poco de paja que le sirve de colchon y almohada. Mira á un Dios todopoderoso, de tal modo envuelto y atado con las fajas; á un Dios que rige los cielos y la tierra; á un Dios que alimenta á todos los hombres y animales; á un Dios que es el consuelo de los afligidos y la alegría del cielo, que gime y llora, y se sujeta á todas nuestras miserias: *Parvulus natus est nobis.....* ¡Oh mi amado Redentor! Cuánto más grande fué vuestro anonadamiento al haceros hombre y al querer nacer niño, tanto mayor fué vuestra misericordia y el amor que nos manifestasteis para ganar nuestros corazones.»

Tambien S. Agustin en su lib. 4.º de la doctrina cristiana trae este otro tomado de las obras de S. Ambrosio: «Conmovido Gedeon con el oráculo que le decia que aun cuando faltasen muchos miles

(1) Discurso segundo sobre el nacimiento del Salvador.

de hombres, el Señor libraría de los enemigos á su pueblo con uno solo: le ofreció en sacrificio un cabrito cocido, cuya carne con unos panes ácimos puso sobre una piedra por mandamiento del ángel, y todo lo roció con caldo. Luego que el ángel del Señor le tocó con la punta de la vara que llevaba, salió con ímpetu fuego de la piedra, y de este modo se consumió el sacrificio que se ofrecía; con el cual indicio parece que se declaró. Aquella piedra fué símbolo ó figura del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque escrito está: «Bebian de la piedra que los seguía; pero la piedra era Cristo.....»

Aquí vemos que para nada entran en el estilo sencillo los adornos de palabras, ni la pompa de las figuras, ni la ostentacion de sentencias, porque no teniendo otro objeto sino instruir ó enseñar, se expresan los conceptos con naturalidad y precision, y sin el fuego que se necesita cuando hay que mover los afectos. No es otro el motivo porque casi siempre nos agrada lo sencillo, sino porque es más conforme á nuestra naturaleza. Sin embargo es el estilo más difícil de acertar, porque está precisamente entre lo noble y lo bajo, y tan cerca de lo último que pide gran tino para no rozar con él. En la sencillez se cifra bellamente la brevedad, y á ésta sienta bien lo grave.

ESTILO SUBLIME.

El género sublime es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor y de energía, y el que forma la verdadera elocuencia, aquella que domina los ánimos, que arranca lágrimas, que roba la admiracion. Todo lo que lleva nuestras ideas al más alto grado de extension y de elevacion; todo lo que afecta al alma tan vivamente que deja como suspensas las facultades de la sensibilidad es sublime en las cosas, y el mérito del estilo consiste en no debilitar el efecto que ellas solas producirian.

No es el estilo sublime una dición cargada de epítetos ociosos, frases pomposas y palabras altisonantes, cómo equivocadamente suponen algunos; esto sería confundir la hinchazon con la grandeza, las galas con la riqueza, y las flores con el fruto. Los oradores graves desprecian las flores, que más sirven al puro ornato que

á la verdad; y la esencia de lo sublime no está en decir cosas pequeñas con frases remontadas y floridas, sino cosas grandes con una expresión enérgica y natural: porque lo grande, lo admirable, lo estupendo no debe estar en las palabras, sino en el asunto, y las circunstancias y accidentes con que se acompaña la buena elección y el cúmulo de ellas, ocupan fuertemente el ánimo, y forman toda la fuerza de la expresión. Tampoco es preciso que en toda una composición ó discurso domine absolutamente lo sublime, para que tome este nombre y carácter. Basta que el orador mezcle con tal discreción los tres géneros en los asuntos que corresponden á cada uno, que el sublime sobresalga ó resalte sobre los demás, y nazca del objeto principal de la oración; y así, hablando con rigor, no hay tal estilo sublime, aunque hay conceptos y sentencias que llevan este nombre. Estos consisten en un modo de pensar elevado, grande y generoso. Esta sublimidad procede ordinariamente de la magnanimidad ó de la fortaleza, y por eso el empleo del estilo sublime es exaltar fuertes pasiones, pintar grandes caracteres, desenvolver grandes causas, celebrar acciones extraordinarias, etc., y hasta las palabras que se emplean en este estilo, como dice el V. Granada, han de ser magníficas y sonoras.

Véamos el siguiente ejemplo que nos ofrece S. Pablo en su segunda carta á los fieles de Corinto (cap. 6.) Intenta el Apóstol persuadir, que por el ministerio del Evangelio se sufran con paciencia y la consolación de los dones de Dios todos los males que vienen de parte de los enemigos de la Iglesia. En verdad el asunto es grande, y lo trata magníficamente, sin que falten los adornos de la elocución. «Ved aquí ahora, dice, el tiempo favorable; ved aquí ahora el día de salud. Y nosotros procurémos no dar en manera alguna motivo de escándalo, para que nuestro ministerio no sea deshonrado; sino que en todo nos portémos como ministros de Dios, haciéndonos recomendables por una gran paciencia en los males, en las necesidades, en las extremas aflicciones, en las llagas, en las prisiones, en las sediciones, en los trabajos, en.....; por la pureza, por la ciencia, por una dulzura perseverante, por la bondad, por los frutos del Espíritu Santo, por una caridad sincera: por la palabra de la verdad, por la fuerza de Dios, por las armas de justicia, para com-

«batir á la derecha y á la izquierda: entre el honor y la ignominia, entre la mala y la buena reputacion: como seductores, aunque sinceros y veraces: como desconocidos, aunque muy conocidos: como siempre muriendo, y no obstante viviendo: como castigados, más no hasta ser muertos: como tristes, y siempre en alegría: como pobres, y enriqueciendo á muchos: como no teniendo nada, y poseyéndolo todo..... *Y sintiéndose enardecido aun, prosigue:* «O Corintios! mi boca está abierta, y mi corazon se dilata por el afecto que yo os tengo..... etc.»

Cómo el sublime produce siempre una fuerte impresion en nosotros, toda vez que envuelve en sí un sentimiento vehemente, ó una afeccion profunda de admiracion ó respeto, nacida de lo grande y extraordinario de los objetos por sus circunstancias ó caractéres, y el efecto de esta impresion proviene á veces de dos causas diferentes; de aquí la distincion de dos especies de sublime, el uno de imágenes, y el otro de afectos. Al primero pertenecen aquellas impresiones profundas de admiracion ó secreto estupor causadas por la grandeza de las cosas. Así lo vemos en la naturaleza, donde los objetos que excitan conmociones más fuertes, son siempre las profundidades de los cielos, la inmensidad de los mares, los estremecimientos de los terremotos, las erupciones volcánicas, etc., por razon de las grandes fuerzas que en estas cosas suponemos, y por la comparacion que involuntariamente hacemos de estas fuerzas con nuestra debilidad y pequenez al tiempo de observarlas. Al contemplar cosas tan formidables por su grandeza, nos hemos de sentir forzosamente embargados del más tímido y profundo respeto. Nuestra ignorancia es también la que suele causar nuestra admiracion, porque el conocimiento de las cosas hace que los objetos más asombrosos nos hagan poca impresion. Así que, las ideas de eternidad é infinidad, que no podemos comprender, son las que más nos asombran, porque se queda muy atrás nuestra imaginacion. De ello tenemos una prueba en este ejemplo del P. Nieremberg: *Puesto uno fuera del mundo en aquel espacio imaginario, en aquel yermo inmenso de la naturaleza, en aquel vacío sin término, en aquella nada solitaria; contemplaría.....* En esta pintura, como dice muy bien Capmany, todo es asombro, porque las ideas de vacío, de espacio, de inmensidad,

de soledad, cómo manantiales del sublime, se hallan aquí reunidas.

Hablando Fr. Luis de Granada de la resurreccion del Señor, para hacer más maravilloso y augusto su descendimiento á los infiernos, viste con grandiosas y estupendas imágenes las circunstancias de aquel día glorioso, diciendo: «Los cielos que se cubrieron de luto, resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Descendió el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; luego, aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tierra de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los principados de Edon, y temblaron los poderes de Moab, y pasmáronse los moradores de Canaan» (1). La impresion profunda de esta describeion nace del modo de representar el poder del resucitado, y de lo obscuro y misterioso del sentido alegórico de las tres últimas cláusulas, porque la obscuridad es otra de las fuentes del sublime; como se experimenta en los templos góticos, cuya luz remisa nos convida á la contemplacion y recogimiento, infundiéndonos un profundo respeto envuelto en admiracion.

Más, cuando por boca de Moisés dice Dios, segun se lee en el Génesis: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*, vemos una imagen divinamente sublime, semejante á otras muchas de los sagrados escritores, los cuales, refiriendo con tanta sencillez como fresca los mayores portentos, nos manifiestan cuanto les ocupaba la verdad, y cuanto se olvidaban de sí mismos. Porque, cuando se trata de las *obras* de Dios, es sublime el decir que *Él quiere y la cosa es*. Para criar la luz en todo el Universo, bastó que Dios hablase; y aún es demasiado, bastó que quisiese: la voz de Dios es su voluntad. Bajo otra consideracion es altamente sublime la *imagen* de esta proposicion, porque no puede concebirse pintura más maravillosa que la del Universo repentinamente iluminado.

—*El sublime en los afectos*.—La pasion es el alma de los discursos elocuentes, pues de ella reciben vehemencia para arrebatarse, y ternura para ablandar los ánimos. Con la mocion de afectos un orador puede levantar á sus oyentes de aquella inercia, digámoslo así.

(1) Lib. de la Oracion y Meditacion cap. 26.

confraría á la accion del espíritu, pues dando interés al asunto que trata, despierta al hombre de su natural reposo é indolencia cuando las cosas no le tocan muy de cerca. La voluntad sin pasiones, dice Plutarco, es un necio que, para partir, aguarda que el viento vaya á hinchar sus velas. El corazon del hombre tiene naturalmente poco gusto para la virtud; no le deciden á abrazarla sino hablándole con alma y sentimiento; es frio para el bien, y no se le determina á él sino calentándolo por una palabra apasionada y ardiente: es, pues, poco para el predicador el dar luz al entendimiento, dice S. Francisco de Sales, debe tambien dar calor á la voluntad. Si el sol no tuviera más que la luz sin calor, seria en verdad el más bello adorno del universo, más no seria su vida, y dejaria de ser el principio de las bellezas de la naturaleza; del mismo modo, todo discurso que deja al oyente frio, que no remueve el corazon, y no le hace tomar resoluciones fuertes, puede ser, como dice muy bien S. Alfonso, brillante por sus bellezas, más por cierto no es un buen discurso. Le falta la condicion esencial que requiere S. Agustin: *flectendus auditor ut moveatur ad agendum* (1). Tocando á los hombres en el corazon se les hace volver más fácilmente que tocándoles en el espíritu, porque, para la mayor parte el asiento del mal está más bien en la voluntad que en el entendimiento. Así se explica como discursos medianos por la composicion, pero tiernos y patéticos, han producido grandes efectos. El sentimiento es el alma de la elocuencia, como hemos dicho anteriormente, y lo patético, expresion del sentimiento, obtiene las conversiones, las reconciliaciones, las restituciones; pues por medio de la emocion se hace uno dueño de los corazones, y consigue todo lo que se quiere. El discurso que no toca y mueve el corazon, es necesariamente un discurso sin efecto. En vano se probará, por ejemplo, que hay un juicio último y un infierno: el oyente no se convertirá, si por giros vivos y emociones apasionadas no se le inspira el temor del uno y del otro.

Por otra parte, siendo el cristianismo una religion de sentimiento: la uncion que sale del corazon y vá al corazon, debe ser el carácter esencial y como el alma de la elocuencia sagrada. Los rasgos elocuentes no nacen de los preceptos del arte, aunque no se desvian de

(1) Lib. 4.º de Doct. Crist, cap. 27.

ellos; nacen, sí, del corazón agitado de este manantial de vehemencia y calor que abrasa el estilo alguna vez, donde parece que la pluma escribe lo que el amor ó el dolor le dictan, ó se desata la lengua para decir, lo que el alma siente y padece, con palabras medidas siempre por la razón y el decoro. De aquí el cuidado que debe tener el predicador en no dejarse llevar de un furor intempestivo, queremos decir, cuando se acalora inoportunamente, ó se arrebatata con exceso, y el asunto no permite sino un calor templado.

El primer precepto en esta materia de moción de afectos es tener herido el corazón antes de querer herir el de los otros; porque lo que bien se siente, bien se dice. Más para conseguirlo, es necesario: 1.º, *que el orador penetre profundamente el asunto que vá á tratar, se convenza plenamente de su objeto, y sienta toda la fuerza de su verdad é importancia.* La razón de este principio se concibe fácilmente. Cuando el orador está profundamente penetrado del asunto, la emoción interior dá á sus palabras una acción apasionada que ejerce sobre los oyentes un poder irresistible. Testigos de éste son aquellos varones apostólicos, cómo S. Francisco de Sales, S. Felipe Neri, S. Alfonso de Ligorio, quienes á pesar de la gran sencillez con que explicaban en sus sermones las verdades de la religión, la ternura con que hablaban de ellas, tocaba á sus oyentes hasta hacerles derramar lágrimas; la vehemencia del sentimiento los hacia elocuentes. Más si no se tiene en el alma el sentimiento que se quiere inspirar, se ensayará vanamente el fingirlo; todo lo que no viene del corazón, no vá al corazón, y nada tiene peor gracia que un orador que quiere manifestar estar conmovido sin que lo esté realmente. Jamás la afectación ó lo que no es natural ha hecho derramar una lágrima. Esto hizo decir á S. Francisco de Sales (1) que: «para tocar es menester estar lleno de la materia; es menester que las palabras sean inflamadas no por gritos y acciones desmedidas, sino por el afecto interior, y que salgan del corazón más bien que de la boca.» No sabiendo enternecerse á sí mismo, ¿cómo podrá enternecer á los demás? Por esto los que han recibido del cielo este don precioso, deben trabajar en desenvolverlo, y aquellos á quienes la naturaleza no ha hecho sensibles, han de esforzarse en suplir esto que les falta. Para unos y

(1) Carta al Arzobispo de Bourges, c. 5.

otros hay un medio seguro, dice S. Alfonso, y es, la práctica diaria y ferviente de la meditacion. En este santo ejercicio, el alma, recogida delante del Señor, se penetra, se conmueve, se abrasa de un calor no aparente, sino verdadero y tomado del mismo Dios; entra entera en la materia, la profundiza: y de ahí, los hermosos movimientos que salen del fuego de la composicion ó de la pronunciacion: es el lenguaje natural de un corazon tocado. 2.º, *que se grave en la fantasia la imágen de que quiera servirse para mover los ánimos, y la presente con tanta naturalidad como energia.* La imaginacion es la facultad del alma que nos pinta todos los objetos de modo, que nos los pone tan presentes, como si los tuviéramos delante de nuestros ojos; creemos ver y tocar lo que nos muestra, como dice Quintiliano; y hasta al pensamiento, al objeto espiritual ó ideal, le dá un cuerpo para hacerlo servir á formar en los discursos esos cuadros tan llenos de vida, esas imágenes tan tiernas que arrebatan, que dán fuerza á la diction y sentimiento áun á las cosas inanimadas. La verdad enteramente desnuda es como una figura muerta y un cadáver, el oyente se deja conmover poco por ella; má, revestida por la imaginacion de cualidades sensibles, vive y respiras mueve el corazon, le interesa, lo enternece. Por esto, despues que uno se há penetrado bien de la materia, solo falta pintar bien los sentimientos que se experimentan. La viva pintura de las cosas, segun Fenelon (1), es el alma de la elocuencia; el verdadero orador no se contenta con expresar lo que quiere decir, lo pinta: y el que no tenga este talento, no llegará jamás á conmover. A la imaginacion puede ayudarle mucho la retórica con su génio patético, sus grandes y vivas figuras, tan propias para explicar los movimientos del corazon, como la *exclamacion*, la *apóstrofe*, la *interrogacion*, el *diálogo*, que pone en relacion al predicador y al auditorio, y que es tan propio para animar el discurso; la *adjuracion*, ó el juramento oratorio, que consiste en tomar por testigos los seres animados ó inanimados, el altar, la cruz, los tribunales sagrados, los muros de la iglesia, las personas, etc. Añadámos á estas figuras todo lo que un corazon, penetrado de una fé viva, puede inspirar á un orador bien informado de la materia: una corta oracion, una mirada hácia el cielo, un suspiro..... bastan á veces para dar á las reflexiones más

(1) Diálogo sobre la Elocuencia.

comunes una fuerza capaz de tocar hasta derramar lágrimas. Finalmente, á la imaginacion y á la retórica debe unirse el gusto, este instinto puro y delicado que conoce lo bello verdadero y lo distingue del falso, que expresa el pensamiento y el sentimiento con una verdad perfecta, sin decir demás ni de ménos.

Antes de concluir esta materia, y á pesar de lo que referente á ella hemos dicho en el capítulo I. §. 3.^o, queremos hacer las siguientes advertencias acerca del modo de dirigir las emociones: 1.^a, De lo patético debe usarse solamente en los asuntos que lo exigen y puntos del discurso en que convenga, porque hay asuntos que no admiten estos movimientos, y lugares en que serian inoportunos: pues aún cuando el lenguaje de la pasion pueda tener lugar en aquellos puntos del discurso en que se pretende mover y persuadir; en ninguno tiene más imperio y eficacia que en la peroracion ó epilogo. Aquí es donde la elocuencia, para triunfar de los corazones, y arrancarles su último consentimiento, se sirve atropelladamente, digámoslo así, ya de lo más tierno, ya de lo más vigoroso del estilo patético. Un orador hábil huye en estos casos de toda ostentacion y estudio; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desórden, se manifiesta estar poseido de entusiasmo; y esta efervescencia imita á los esfuerzos de la naturaleza agitada, que busca sin ródos la salida más breve, fácil y pronta para su desahogo. 2.^a, Toda emocion debe ser traída, cómo por grados, si cabe decirlo, procurando preparar para ella poco á poco á los oyentes por la exposicion de las razones y de las pruebas, y llegar á ella cómo una consecuencia natural de lo que se ha dicho. Hacerlo precipitadamente y sin preparacion, es salirse de lo natural y caer en ridiculo. 3.^a La emocion debe ser sostenida y no pararse en ella repentinamente. De nada sirve llegar al corazon sin conmoverle, si se deja imperfecta la emocion comenzada para pasar de un golpe á otra cosa. No sosteniendo la emocion, se dá á entender que era aparente, que no salia del fondo del alma, y por esto solo se destruye todo el efecto. 4.^a; Las emociones no deben ser llevadas demasiado léjos; es preciso saberlas detener á propósito y no hacerlas durar demasiado. Nada de lo que es violento puede, ni debe ser durable. 5.^a, En las emociones no ha de tener lugar nada que no tenga relacion y sea propio del asunto,

así cómo tampoco lo excesivo. Lo extraño á la emocion, le dá un aire falso que la hace fria y ridícula; lo desmedido, falta enteramente á su objeto, y puede muy bien excitar la hilaridad en aquellos, á quienes se pretende arrancar lágrimas. El corazon que quiere rendirse, no gusta de que le hagan violencia. 6.^a, Cándida, tierna y suave debe ser la expresion lastimosa y triste, noble y congojosa en los afectos para mover á todos; no hinchada, ni tampoco muy humilde, ni obscura con exquisitas sentencias. Su ornato ha de ser más limpio que curiosamente compuesto.

ESTILO TEMPLADO.

El estilo templado guarda cierto medio entre el sublime y el sencillo; tiene ménos vehemencia y calor que el primero, y más abundancia y esplendor que el segundo; y por esto es susceptible de los adornos del arte, de la belleza de las figuras, de la brillantez de los pensamientos, y de las galas de la elocucion: siendo esta la razon de llamarle *estilo florido*.

El orador no habla solo para hacerse entender; pues para esto le basta decir las cosas con llaneza y claridad; habla tambien para mover, convencer y deleitar. Este deleite no puede entrar en el corazon y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la cual es necesario hablar en su idioma. No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos; es menester algunas veces, segun la materia y circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y esplendor, que son su ornamento.

En este estilo medio entra aquel género de elocuencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleite de los oyentes, como son los panegíricos, las oraciones gratulatorias, dedicatorias y otras composiciones, en que es permitida la gala del bien decir. Sin embargo, aún en este género de composiciones debe usarse de los adornos con gusto, discrecion y sobriedad. Y si esto es necesario en los asuntos de mero aparato y ceremonia ¿cuánto más lo será en los discursos que tienen por argumento objetos grandes é importantes, cómo lo son todos, ó la mayor parte que ha de pro-

nunciar el predicador? ¡Ah! no le será lícito, al tratar asuntos tan graves, cómo las verdades, objeto de la fé cristiana, los sagrados misterios de la Religion y la salvacion de las almas, ocuparse en su propia estimacion, solo por lucir su ingenio y su cultura. Esto no es decir que, de tales asuntos se destierren de todo punto los adornos; sino que estos sean más sérios, más modestos y sólidos, porque la compostura en el predicador ha de ser siempre noble, grave y varonil.

Del género templado es aquella alabanza de la virginidad por san Cipriano (1): «Ahora, dice, hablámos con las vírgenes, cuya gloria, «cuanto es más sublime, tanto mayor debe ser el cuidado de conser-
«varla. Son ellas aquella flor del renuevo de la Iglesia, la honra y «ornamento de la belleza espiritual, fecunda materia de alabanza y «honor, obra entera é incorrupta, imágen de Dios semejante á su «santidad, y la porcion más ilustre del rebaño de Cristo. Por ellas se «goza, y en ellas largamente florece la gloriosa fecundidad de nues-
«tra Madre la Iglesia, cuyo gozo de cada día tanto más crece, quan-
«to la virginidad gloriosa más se multiplica.»

Tambien este otro de S. Ambrosio, quien, proponiendo á Maria Santísima por ejemplo á las vírgenes, para que la imiten en sus costumbres, dice (2): «Era virgen no solo en el cuerpo, sino tam-
«bien en el alma, que con ningun engañoso deseo corrompia su sin-
«cero afecto. En el corazon humilde, en las palabras grave, en el «ánimo prudente, en el hablar contenida, aficionada á la leccion: «poniendo la esperanza, no en lo incierto de las riquezas, sino en la «oracion del pobre: aplicada á la labor, vergonzosa en la conversa-
«cion... ¿Cuándo ella ofendió á sus padres? ¿Cuándo se fastidió de la humildad? ¿Cuándo se burló del flaco? Cuándo desvió de sí al menes-
«teroso? Acostumbrada á visitar tan solamente aquellos congresos «de Varones, á quienes, ni avergonzara la misericordia, ni faltara «la vergüenza..... No era su gesto afeminado, ni su andar disoluto, «ni su voz desentonada, de suerte que la compostura de su cuerpo «era como un retrato de su alma y una figura de su bondad.»

(1) De Hab. Virg.

(2) De Virg. lib. 2. cap. 2.

§. 3.º

DEL ESTILO FIGURADO.

Aún cuando, como dejamos dicho, pueden expresarse los pensamientos con cierta sencillez y naturalidad, sirviéndonos de palabras que tengan un significado propio; sin embargo, estas cualidades del estilo no siempre bastan al predicador para llenar los importantes fines de su sagrado ministerio, puesto que, á la vez que instruye debe también mover y deleitar. De aquí, el que pueda emplear en sus discursos *aquellas locuciones y modos figurados que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen más insinuante y persuasiva*, y esto es lo que llamamos *adornos del arte*, y vienen á formar el estilo figurado.

Este estilo no es invencion de las escuelas, ni resultado del estudio; es el lenguaje de la imaginacion ó de las pasiones, es la expresion de aquellos afectos que siente el hombre científico como el vulgar, y por esto vemos que aún personas las más rudas emplean en casos dados esas locuciones figuradas, sin advertir siquiera lo que hacen, pues naturalmente, y solo con el fuego de la imaginacion ó del sentimiento hablan en estilo figurado. La retórica nada más ha hecho en esta materia que dar reglas para perfeccionar la práctica, ó uso de las figuras, castigando los vicios que las pueden desvirtuar, y clasificarlas para su mejor aplicacion.

Se definen las figuras en general: *ciertas formas de lenguaje que expresan de una manera sorprendente algun afecto interior ó alguna idea notable*. Los retóricos distinguen dos géneros de figuras: unas llamadas de *diccion* ó palabra y otras de *sentencia* ó pensamiento. Las primeras son aquellas que consisten en explicar algun afecto interior, ó alguna idea notable por cierta disposicion que se dá á las palabras, de tal modo que, faltando esta disposicion de los términos la figura desaparece. Las segundas consisten en dar esa explicacion por ciertos movimientos que hace el ánimo; ellas residen esencialmente en la idea, ó en el afecto que expresan, y subsisten aunque se cambien las palabras ó términos con que se han expres a

Las figuras son de grande utilidad para el sermón, no ménos que para cualquiera otro discurso; pues bien empleadas, dán mucho realce á la oración, elevan los asuntos más triviales, impiden la monotonía, templan la severidad austera de las verdades que se anuncian, y gravando más vivamente en los ánimos lo que se dice, contribuyen poderosamente al fin que se propone el predicador, que es: *ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat*. De aquí, la clasificación que se hace de las figuras en *lógicas* ó de enseñanza, *patéticas* ó de pasión, y de *puro adorno*, segun que de ellas se sirve el predicador para instruir, mover ó deleitar. S. Alfonso explica primero los tropos, y despues las figuras bajo la doble clasificación de *palabras* y de *pensamientos* en esta forma:

DE LOS TROPOS (1).

«Tropo se llama el uso de una frase ó pensamiento en otra significación de la que propiamente tiene, por razón de alguna semejanza. La diferencia entre los tropos y las figuras consiste en que los primeros dán á las frases una significación distinta de la que tienen naturalmente, lo cual no hacen las segundas, segun luego veremos. Los principales tropos son seis: metáfora, alegoría, ironía, hipérbole, antonomasia y metonimia.

I. La *metáfora* consiste en atribuir á una frase una significación que no le es propia: para la metáfora basta que esta frase tenga alguna semejanza con la cosa significada, por ejemplo: cuando se llama á los sacerdotes *lumbreras del mundo* y *sal de la tierra*; importando nada que el cambio de significación se haga de una cosa animada á otra inanimada y viceversa.

II. La *alegoría* es una metáfora continuada, por ejemplo: cuando se dice de Jesucristo que es una *vid* y nosotros los *sarmientos*; que los sarmientos unidos á la vid producen fruto, pero separados, únicamente sirven para el fuego.

III. La *ironía* es un tropo por el cual se quiere dar á entender lo contrario de lo que significan las palabras v. gr.: decir á un cobar-

(1) Es doctrina textual de S. Alfonso, y hémos suplido solamente tres ó cuatro ejemplos en otras tantas figuras.

de que es un *Cid*, á un mal poeta *otro Virgilio*, á un hombre de pocas fuerzas un *Hércules*. Hablando de Dios en especial, es necesario que la ironía sea claramente comprendida del auditorio en su verdadero sentido irónico.

IV. La *hipérbole* tiene lugar cuando se engrandece ó rebaja sobremedida un objeto con exageracion de palabras por temor de no expresarlo bastantemente; por ejemplo: dijo el Señor á Abraham: *Multiplicabo semen tuum sicut stellas cæli*. La hipérbole es una figura en la cual se debe ser muy sóbrio.

V. Por la *antonomasia* en lugar de dar á una cosa el nombre que le es propio, se le dá otro, por medio del cual se significa la excelencia de la bondad ó el exceso de malicia que tiene; por ejemplo: cuando se llama á Lucifer la *Soberbia* ó el *Dragon*. La antonomasia puede tener lugar de cuatro maneras distintas: 1.º Atribuyendo á una sola persona, por cualquiera particularidad, un nombre comun á muchas, por ejemplo: llamar á S. Pablo el *apóstol*, y á S. Juan el *discípulo querido*. 2.º Atribuyendo á un objeto el nombre específico de la virtud ó del vicio que le es propio, v. gr.: á un goloso decirle el *parásito*. 3.º La antonomasia puede deducirse de un lugar, como cuando se llama á S. Agustin el *Doctor de Hipona*. 4.º Tambien se desprende de alguna accion notable, por ejemplo, llamando á san Francisco Javier el *apóstol de las Indias*.

VI. La *metonimia* es una figura que atribuye el nombre propio de una cosa á otra por razon de cierta afinidad que las une. 1.º Tomando la causa por el efecto, v. gr.: *Habent Moysem et Prophetas* (Luc. 16, 29.); entendiéndose los libros de Moisés y de los Profetas. 2.º Tomando el efecto por la causa, v. gr.: «la muerte *pálida*», por la palidez que causa en los cadáveres. 3.º Tomando el continente por el contenido v. gr.: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*. Dios pidiendo el corazon del hombre, pide el amor que este corazon encierra. Tomando viceversa, el contenido por el continente, como v. gr.: San Pedro en Roma, Sta. Sofia en Constantinopla, por *sus templos*.»

DE LAS FIGURAS DE PALABRA.

«Las figuras de palabras pueden tener lugar por adición, por destrucción y por semejanza.

I. Las figuras por adición, ó adjuncion de palabras son: 1.º La *anáfora* ó repetición, que tiene lugar repitiéndose muchas veces la misma palabra al principio de varios periodos. Por ejemplo, dice S. Ambrosio refiriéndose á Dévora:—*Femina judicavit, femina disposuit, femina prophetavit, femina triumphavit.* 2.º La *epífora* (conversion), por el contrario, repite una misma palabra no al principio sino al final de un periodo, como tiene lugar en el siguiente pasage de San Pablo:—*Hebræi sunt? et ego. Israelitæ sunt? et ego. Semen Abrahamæ sunt? et ego.*—3.º La *complexió* es un conjunto de la repetición y conversion, ó sea, cuando varios periodos principian y terminan con una misma palabra, por ej.: «Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseas ser curado de tus llagas, médico es. Si tienes necesidad de ayuda, fortaleza es. Si temes la muerte, vida es. Si quieres huir de las tinieblas, luz es. Si deseas ir al cielo, camino es.»—4.º La *anadiplosis* ó conduplicación repite una ó varias palabras de la precedente frase; v. gr. cuando dice S. Gregorio: *Quid miramur, Fratres, Mariam venientem, an Dominum suscipientem? Suscipientem dicam, an trahentem? Sed melius dicam trahentem et suscipientem.*—Cuando una misma palabra se repite en seguida de la precedente, tiene lugar la figura *epirensis* (reiteración), por ejemplo: *Consolamini, consolamini, popule meus.* (Isa. 40. 1.) Pero cuando la palabra que se repite es la última de la frase, la figura se confunde con la *anadiplosis*, como en el Salmista: *Stantes erant pedes nostri in atris tuis Jerusalem; Jerusalem, quæ edificatur ut civitas.* (Ps. 121.) Cuando la palabra que encabeza una frase es repetida al fin de la frase siguiente, toma el nombre de *epanalépsis*; v. gr. dice David: *Deus, quis similis erit tibi? Ne taceas, neque compescaris Deus.*—5.º La figura *poliptoton* ó tradición tiene lugar cuando una misma palabra es repetida en diferentes casos ó puntos, por ejemplo, en aquel pasage de S. Pablo: *Notum autem vobis facio, fratres, Evangelium quod prædicavi vobis, quod et accepistis, in quo et statis, per quod et salvamini.* (1.ª Cor. 15. v. 1.)—6.º La figura *climax*, ó gradación consiste en servirse de la última palabra de la frase precedente para la primera de la siguiente, y así de frase en frase: *Scientes quod tribulatio patientiam operatur, patientia tamen*

probationem, probatio vero spem, spes autem non confundit. (Rom. 5. v. 3.)

II. Las figuras por detracción son: 1.º La *asintetis*, ó disyunción; que tiene lugar cuando no se enlazan por medio de conjunciones las palabras ó miembros de una frase, como cuando Salviano, hablando de David penitente, dice: *Indumento deponitur, purpura exuitur, diademate exoneratur.....*—2.º La *Sinecdoque*, ó comprensión; cuando se omiten en el discurso algunas palabras que se entienden implícitamente por las restantes que se pronuncian, como tomarlo la parte por el todo ó el todo por la parte; por ejemplo: *Visitalo super orbis mala.* (Isa. 13. 11.); en qué se toma la palabra *orbis* por aquella parte del mundo donde se hallaba Babilonia. 3.º La *ellipsis*, omisión, reticencia, es: cuando se interrumpe el discurso, pero de modo que se deja comprender aquello mismo que se calla; v. gr. cuando David dice: *Et anima mea turbata est valde, sed tu, Domine, usquequo.....?* (Ps. 6. v. 4.) En cuya frase se sobreentiende, según Santo Tomás: *Usquequo non exaudies, et non dabis auxiliur ut resurgam?*—4.º La *Adjunción*, tiene lugar cuando un solo verbo rige distintos miembros de una misma frase; v. gr., dice S. Pablo: *Omnis amaritudo et ira, et indignatio, et clamor et blasphemia tollatur á vobis.* (Ephes. 4. 31.)

III. Las figuras por semejanza son: 1.ª La *paronomasia* ó anominador, que se comete repitiendo alguna palabra, pero cambiada á fin de que exprese una cosa distinta, como cuando S. Agustín, predicando lo del publicano, decía: *Quid miraris, si Deus ignoscit, quando ipse se agnoscit?* Del mismo modo decía S. Ambrosio: *Fructus est quidem maris, non fructus?*—2.º La *homocoptoton*, que los latinos llamaban *similiter cadens*, tiene lugar cuando muchas palabras están en unos mismos casos ó tiempos, v. gr.: *Discite bene facere, querite iudicium, Subvenite oppresso, iudicate pupillo.* (Isa. 1. 17.) 3.ª La *similiter desinens* se comete cuando muchos miembros de un mismo periodo acaban con el mismo sentido, v. gr. cuando dice S. Juan Crisóstomo: *Considera pactum quod spondisti, conditionem qua accessisti, malitiam cui nomen dedisti.*—4.ª La *isocolon*, en latín *compar*, es cuando los miembros de una oración tienen casi igual número de sílabas; v. gr. *Occidere vitulos,*

et jugulare arietes, comedere carnes et vivere vinum. (Isa. 22. 9.) Tambien este otro: «¡O muertel eres martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, mar donde todos peligran, pena que todos padecen, tributo que todos pagan.»—5.^a La *correccion*, que se produce cuando el orador quiere corregir alguna cosa, y para ello añade otra más propia á su objeto; v. gr. dice S. Agustin: *Magna pietas, thesaurizat pater flis; uno magna vanitas, thesaurizat moriturus morituris.*—6.^o *Antitesis*, cuando se juntan en un discurso palabras opuestas, como en el siguiente pasaje de S. Pablo: *Per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam, ut seductores et veraces.....* (2.^a Cor. 6. 8.)»

FIGURAS DE PENSAMIENTO.

«Las figuras de pensamiento sirven para enseñar, ó para deleitar, ó para excitar las pasiones.

I. Las que sirven para enseñar son: 1.^a la *definicion*, 2.^a la *enumeracion de partes* (1). 3.^a La *ocupacion*, á que los griegos llaman prolepsis, y tiene lugar cuando el orador se anticipa á la objecion combatiéndola; v. gr. «Dirás, que no merece tu enemigo perdon. Por ventura mereces tú que Dios te perdone? Qué Dios use contigo de misericordia? Y tú quieres usar con tu prógimo de justicia?» 4.^a La *concesion*, es cuando se condesciende en algo con la parte contraria para conseguir lo que se desea ó más. Dice, por ejemplo, san Agustin: *Si peccare vis, quare ubi Deus te non videat, et fac quod vis.*—5.^a La *suspension*, cuando se excita la curiosidad del auditorio teuiéndole algun tiempo en suspenso; v. gr. aquello del Apóstol: *¿Quis ergo nos separabit á charitate Christi? ¿Tribulatio? ¿an angustia? ¿an fames? ¿an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius?..... Sed in his omnibus superámus propter eum, qui dilexit nos.* (Rom. 8. 35.)—6.^a La *prescripcion* ó *paralepsis*, es decir en resumen aquello mismo que se supone querer callar; v. gr. dice S. Agustin: *Omitto dicere, qui forte, dum vivis, thesaurizas furi.*—7.^a La *paradoja*, cuando para engrandecer un objeto se sienta una proposicion que parece increíble, pero que realmente es verdadera.

(1) De estas hémos tratado en el cap. II. §. 3.^o al hacerlo de la *amplificacion*.

Así Origenes dice: *Audi ineffabile paradoxum: per non factum, sed genitum, omnia facta, non genita.*

II. Las figuras que sirven para deleitar son: 1.^a Apóstrofe ó conversion, que tiene lugar cuando el orador poseído de grande emocion dirige de repente la palabra á alguna persona ó cosa, bien presente ó ausente, animada ó inanimada, ya para reconvenirla ó invocar su testimonio. David, llorando la muerte de Saul y de Jonatás, se expresa así (lib. II de los Reyes): «Los inclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes; ¿cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni lo publiquéis en las plazas de Escalon..... *Montes de Gelboe, ni rocío ni lluvia vengan sobre vosotros.....* porque allí fué abatido el escudo de los valientes.» (1)—2.^a La *hipotiposis*, ó descripción consiste en la pintura de algun objeto de una manera tan viva que parezca que lo estamos viendo. 3.^a La *prosopopeya* ó confirmacion, cuando se atribuyen sentimientos y áun la misma palabra, á personajes, santos, á seres inanimados, y tambien á los objetos que no tienen vida, á los ausentes, á los muertos, etc. «Los rios *aplaudirán con palmadas*; juntamente los montes *se alegrarán* á la vista del Señor.» (Salm. XCVII.) Hay que cuidar, al hacer uso de esta figura, que las expresiones sean adecuadas á la cosa que se hace hablar, pues no es propio poner en la boca de un rey las mismas expresiones que en la de un hombre del pueblo.—4.^a *Perfrasis* ó circunlocucion se comete, empleando varias palabras para evitar el pronunciar un inconveniente. (2).—5.^a El *diálogo*, cuando se hace hablar á una ó muchas personas consigo mismo ó con otras; como en el monólogo del hijo pródigo de S. Lucas: *Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem hic fame pereo* (Luc. XV. 17.)

III. Las figuras que sirven para excitar las pasiones son: 1.^a *Interrogacion*, que es, cuando se dirige la palabra á alguno, sea para llamarle, como lo hizo Dios á Adán despues del pecado: *Adam, ubi est?* (Gen. 3. 11.), sea para responder, como el Señor por boca de Jeremías (XI. 5.): *Quid invenerunt patres vestri in me iniquitatis,*

(1) La figura *Apóstrofe*, es en elocuencia lo que lo maravilloso en poesía; conviene por tanto usarla con reserva, pues principalmente se adapta á los discursos de un género elevado.

(2) Se diferencia de la *Parafrasis*, que es una glosa ó comentario de una proposicion

quia elongaverunt á me?—2.^a La *subjeccion*, cuando se dá respuesta á una pregunta hecha á sí mismo ó á otro; v. gr. en S. Agustin: *Dic cui thesaurizas? Mihi, inquis.*—3.^a La *exclamacion* tiene lugar cuando el orador levanta la voz en tono patético y vehemente para manifestar algun fuerte sentimiento de dolor, amor, alegría, compasion, admiracion, etc., y expresa lo grande, lo nuevo, ó maravilloso de una cosa con el acento y la señal de la interjeccion; por ejemplo: ¡Qué locura, pecador, llevar en este mundo mala vida, para tenerla peor en el otro!—4.^a *Epifonema*, especie de exclamacion que hace el predicador, cuando despues de haber referido algun rasgo ó sentencia, termina con un breve dicho. Por ejemplo, despues de haber referido el rasgo de aquel jóven idólatra, que asistiendo á un sacrificio ofrecido por Alejandro, quiso mejor dejarse quemar el brazo que turbar la ceremonia, exclama Tertuliano: *Tanta in puero barbaro fuit disciplina reverentiae ut naturam vinceret.*—5.^a La *duda*, cuando el orador parece hallarse perplejo y como vacilante de lo que debe decir.—6.^a *Licencia* (oratoria), se llama aquella manera libre y extraordinaria con que el predicador habla en ciertas circunstancias, asegurado de su justicia y del poder de su palabra, proclamando la verdad sin temor de ser impugnado.—7.^a La *supplicacion*, cuando por medio de argumentos se han conmovido el ánimo de los oyentes, y se les pide pongan en práctica lo que se les ha predicado.—8.^a La *Comiseracion*, que tiene lugar cuando se demuestra sentimiento por la desgracia agena.—9.^a La *reprehension*, cuando se corrige á los oyentes, lo cual nunca debe hacerse con palabras ofensivas.» Hasta aquí S. Alfonso. Vamos á terminar este artículo con la siguiente observacion.

Las figuras, si bien son útiles al predicador; con todo, es necesario usar de ellas con discrecion y prudencia. Lo hemos indicado ya; es peligroso querer adornar demasiado lo que se dice, porque la redundacion de ornato sale del natural, distrae al oyente del fondo de las cosas, y le impide el ser conmovido. La prodigalidad de figuras oculta el pensamiento en lugar de hermosearlo, descubre la ostentacion y desagrada: estos ornamentos son como un bordado que no debe cubrir todo el fondo: como la salsa que disgusta cuando se toma sola para alimento. Hé aquí los principios que han de dirigir su

ma sola para alimento. Hé aquí los principios que han de dirigir su uso: 1.º, no servirse de las figuras, ó abandonar la expresion sencilla por la figurada, sino en caso de que la frase haya de resultar más clara, ó más propia para conmover, ó expresar más directa y fuertemente los pensamientos; 2.º, no aplicarlas más que á las circunstancias que lo merecen, y donde estén sóstenidas por el fondo de las cosas y en relacion con ellas: una prosopopeya, una apóstrofe, una exclamacion serian inconvenientes, si la cosa de que se habla no fuera propia para inspirar este movimiento. Nada más fuera de su lugar que el ser grande ó sublime contra el buen sentido. Todo discurso que no contenga pensamientos sólidos y verdaderos es ridículo, por más que esté magníficamente adornado. Sin duda por esto Fenelon llama declamador y charlatan al que hablando no busca sino frases brillantes é ingeniosas; 3.º hacer venir con arte las figuras. La aplicacion de esta regla nos la ofrece la misma naturaleza; jamás ella presenta repentinamente lo que nos agrada y nos hiere con gran viveza. Las flores no nacen súbitamente y ya formadas; su tallo débil en un principio se desarrolla por grados. El crepúsculo precede á la aurora, y esta al sol que se deja ver paulatinamente.

Todo esto nos dice, que se hace necesario preparar en el discurso el lugar que han de ocupar las figuras que en él empleemos, y que su entrada se haga fácil y natural, no violenta y repentina. Han de desecharse todas aqnellas que tuvieren algo de bajo y de trivial, así como las forzadas, estudiadas, que revelan un aire de pretension; y cuando hay que temer que la figura pueda parecer un poco dura ó demasiado atrevida, se le añade la correccion: *si puedo decirlo así..... si me fuere permitido.....*

§. 4.º

DOCTRINA DE S. ALFONSO MARÍA LIGORIO SOBRE EL ESTILO MÁS CONVENIENTE Á LA PREDICACION EN GENERAL, É INSTRUCCIONES ACERCA DE MATERIA TAN IMPORTANTE.

I.

EN LO GENERAL LOS SERMONES HAN DE PREDICARSE EN ESTILO SENCILLO Y FAMILIAR.

Prescindiendo de las oraciones fúnebres y de los panegíricos, los sermones deben predicarse en estilo sencillo y popular. Esta opinion, dice S. Alfonso, (1) no soy yo el único en defenderla, la sigue tambien el célebre Muratori, que segun el público concepto pasa por uno de los primeros literatos de nuestro siglo; ni puede objetársele que reprobaba la sublimidad y elegancia en el estilo por ser poco inteligente en este punto, pues es bien sabido, y lo publican bastante sus obras, que reunia un sublime talento y un aventajado conocimiento de la cultura de su idioma. Esto no obstante; en su preciosísima obra de la *Elocuencia popular*, que corre en manos de todos, sienta y prueba con maestría la indicada proposicion.

En apoyo de la misma, vendrán muy al caso las doctrinas y reflexiones de varios otros autores, especialmente de los Santos Padres. Suplico, *continúa el Santo*, á cuantos lean este escrito que nada pasen por alto, porque encierra muchas ideas sumamente útiles para quien se dedique á la Oratoria Sagrada con el deseo de ganar almas para Jesucristo. No repruebo que en los sermones nos sirvamos de la retórica, ¿pero cuál es el principal objeto de este arte? Es persuadir é inclinar el pueblo á practicar lo que se le inculca. Así lo asienta Muratori en su mencionado libro, del cual entresacarémos varias especies, ya que la autoridad de tan insigne escritor no será despreciada como lo sería mi opinion particular. Dice este autor: *Es necesaria la retórica no para acumular juguetes oratorios*

(1) Carta á un Religioso, amigo suyo.—Traduccion del Lic. D. Francisco Claramunt

en el sermón, sino para aprender el modo de persuadir y conmover. Añade en otro lugar, esto es, en la vida del P. Segneri: *La buena retórica es un medio de imitar en lo posible el modo popular y natural de hablar con otros y de persuadirles, suprimiendo al intento todo lo superfluo. Cuanto más el discurso del orador sagrado se aproxima á esta naturalidad, procurando que le comprenda bien el pueblo, al cual y no al corto número de literatos debe dirigirse el predicador, tanto puede graduarse este de más aventajado.* S. Agustín dice que el sagrado orador, *agat quantum possit, ut intelligatur, et obedienter audiatur.* (Lib. 4. de Doct. Christ. c. 15.) Predique de modo que no solo se le entienda, sino que le obedezcan los oyentes en cuanto les propone. Por el extremo opuesto, según el Doctor angélico, el predicador que pone todo su cuidado en afectar una cultivada elocuencia, no tanto pretende que el pueblo imite virtudes cuyos modelos le manifiesta, como que remede el estilo elegante con que se produce: *Qui eloquentiæ principaliter studet, homines non intendit inducere ad imitationem eorum quæ dicit, sed dicentis.* (Opusc. cap. 19.)

Es preciso por tanto cuando se predica ante un auditorio compuesto de literatos y de ignorantes, hablar de modo que todos entiendan claramente cuanto se les dice, y se decidan á practicarlo. Dos escollos hay que evitar, la sublimidad en los conceptos y la extremada afectación en las palabras. Sería muy oportuno en cuanto al primero que todos los superiores practicasen lo que de S. Felipe Neri refiere el autor de su vida (lib. 1, cap. 19, núm. 6.) Mandó el Santo que en las pláticas no se tocasen materias eclesiásticas, ni se anunciasen conceptos alambicados en demasia, profiriéndose en ellas únicamente ideas útiles y populares. Por este motivo cuando alguno de los suyos tocaba curiosas sutilezas le hacía bajar del púlpito, aunque estuviese en medio del sermón. Aconsejaba á todos, en una palabra, que procurasen demostrar la belleza de la virtud y la fealdad del vicio con un estilo sencillo y fácil. Ciertos predicadores pueden compararse con las nubes que vuelan encumbradas por la región del aire, como dice Isafas, 60, 8: *Qui sunt isti, qui ut nubes volant?* Según expresión de un lugareño, cuando las nubes pasan muy elevadas, no hay esperanza de lluvia. Lo mismo digo yo (sigue

hablando S. Alfonso) de los predicadores que se remontan mucho en sus discursos. No es de esperar que los tales den aguas saludables. Por esto el Santo Concilio de Trento impone á los párrocos la obligacion de predicar segun la capacidad del auditorio..... *pro eorum capacitate pascant salutaribus verbis* (Sess. 5 de Reform. cap. 2.) Con mucha razon por lo tanto dice Muratori: «Por el estilo con que un docto procuraria persuadir á solas á un hombre vulgar, debe el predicador hablar con el pueblo para hacer impresion en el ánimo del instruido y del ignorante.»

Escribe el apóstol: *Nisi manifestum sermonem dederitis, quomodo scietur id quod dicitur? eritis enim in aera loquentes.* (1.ª Cor. 14. 9. Es pues predicar al aire, segun S. Pablo, hablar sin hacer entender al pueblo lo que se dice: ¿Pero cuántos predicadores se afanan en llenar sus sermones de conceptos sublimes y de pensamientos agudos que difícilmente se entienden, y luego los recitan como si representasen su papel en un drama, para mendigar cuatro vanos aplausos de su auditorio? ¿Qué fruto se proponen sacar de tales pláticas? La ruina del mundo, segun el P. Luis de Granada, proviene de que los predicadores ejercen este ministerio más bien para adquirir fama, que impulsados por el deseo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Tambien el P. M. Avila, describiendo en una carta el miserable estado del mundo colmado de iniquidades, dice: «No se halla remedio para un mal de tanta trascendencia en gran parte por culpa de los predicadores, que debieran ser la medicina de esta llaga; pues para tan peligrosa dolencia son inútiles los lénitivos de cláusulas sonoras y redondeadas. Lo que se necesita es el cauterio.» No faltan oradores aficionados á declamar con un estilo sublime que parece ponen un particular cuidado en no dejarse entender; ó bien, como dice Muratori, se avergüenzan de hablar de modo que todos les comprendan, cuyo abuso deplora Jeremías diciendo: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis.* (Trhen. 4. 4.) Observa S. Buenaventura, comentando dicho versículo: *Panis frangendus non curiose scindendus:* El pan de la palabra divina no debe dividirse con curiosa pulcritud; conviene sí desmenuzarlo en pequeños bocados, para que fácilmente puedan alimentarse con él los más idiotas. ¿Qué provecho sacarán los igno-

rantes de un concepto sublime, de una exquisita é intempestiva erudicion, de la animada descripcion de una tempestad marítima y de un jardin ameno, á cuya composicion habrá dedicado el autor una semana entera, llevándose despues un cuarto de hora de su sermon? Sobre este particular debo advertir tambien (dice S. Alfonso) que los conceptos sublimes y reflexiones ingeniosas, como que excitan la curiosidad y distraccion, por más que gusten á los inteligentes, áun para estos mismos son perjudiciales en un sermon, pues, como dice Muratori, cuando un orador profiere ideas sublimes y curiosas, el que lo oye se entretiene en saborear la agudeza de su ingenio, sin atender á su propio provecho, de modo que, perdiendo el entendimiento un buen rato del sermon embelesado en aquel pensamiento, queda defraudada la voluntad sin coger ningun fruto.

No lo practicaba así S. Pablo durante su predicacion, como lo escribió despues á los Corintios: «Cuando os he predicado, hermanos míos, decia, no me hé servido de los sublimes discursos de la sabiduría humana; nada más hé creído saber que Jesucristo crucificado, esto es, que toda nuestra esperanza y nuestro bien están únicamente en la imitacion de sus dolores é ignominias.» (1.^a Cor. 2.) Son muy notables las observaciones que hace el doctísimo Natalio Alejandro, refiriéndose al indicado texto: «No es de extrañar, dice, que ningun fruto produzcan los sermones del que procura engalanarlos con palabras pomposas y agudos conceptos; el que recurre á tales medios deja á un lado á Jesucristo para formar coro con los oradores académicos; por este motivo añade, cuanto ménos sean los adornos sacados de la elocuencia secular, y ménos la confianza del predicador en los medios humanos, tanto mayor será el provecho para la conversion de los pecadores.» Con justo motivo por lo tanto el P. Sanchez califica de los mayores perseguidores de la Iglesia á los predicadores que no se expresan con sencillez, porque efectivamente la mayor persecucion y daño que puede sobrevenir al pueblo, consiste en que se le adultere la palabra divina, la cual en medio de floridos follages se hace ininteligible ó pierde á lo ménos su fuerza, con grave detrimento de las almas á las cuales se defraudan las luces y auxilios que se prometian, segun continuaremos probando.

II.

LOS PREDICADORES DADOS Á LA VANIDAD Y AFECTACION ADULTERAN
LA PALABRA DIVINA.

Con adornos de conceptos sublimes y de frases escogidas, tan distantes de la sencillez evangélica, se adultera la divina palabra, de lo cual se guardaba muy bien el Apóstol, cómo escribe á los de Corinto: *Non enim sumus sicut plurimi adulterantes verbum Dei, sed ex sinceritate, sed sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur.* (2. Cor. 2, 17.) Refiriéndose á este texto dice S. Gregorio: *Adulterari verbum Dei est, ex eo, non spirituales fructus, sed adulterinos fetus quærere laudis humanæ.* (Mor. lib. 2. c. 17.) Los adulteros no aspiran á tener hijos, antes bien los aborrecen y solo pretenden satisfacer su desarreglado apetito. Lo mismo son los oradores que no predicán principalmente para ganar almas sino para adquirir nombradía. Teman los tales que Dios no los aparte de sí, como lo amenaza por boca de Jeremías: *Propterea ecce ego ad prophetas, ait Dominus, qui furantur verba mea.... projiciam quippe vos.* (Jer. 23.) ¿Quiénes son estos que roban la palabra de Dios? Son los que se sirven de ella para obtener fama de grandes oradores, quitando la gloria á Dios para aplicársela á sí mismos. S. Francisco de Sales decia, que el orador cargado de hojarasca, esto es, de bellas expresiones y de curiosos conceptos, corre riesgo de ser cortado y echado al fuego como el árbol infructífero del Evangelio; puesto que el Señor dice á sus discípulos y en nombre de éstos á todos los sacerdotes, que los ha elegido para que den frutos duraderos: *ut fructum afferatis, et fructus vester maneat.* Por esto afirma Cornelio á Lapide (in Luc. 6, 26.) hablando de tales oradores, que pecan mortalmente, ya por abusar del divino ministerio para satisfacer su amor propio, ya tambien por impedir con su estilo hinchado y elegante la salvacion que les está confiada de tantas almas, las cuales se convertirian si se les predicase con sencillez apostólica.

Tal vez habrá quien diga: Yo lo que principalmente me propongo es la gloria de Dios. El que se produce, responde S. Alfonso, con frases sublimes y palabras poco usadas, de modo que no todos

le entiendan, impide la gloria de Dios impidiendo la conversión de muchos de sus oyentes, porque, como dice Muratori, el ministro del Evangelio está obligado á mirar individualmente por la salvación de cada uno de los que le escuchan, ya sea literato ya ignorante, como si fuese el único que le oyese. Si alguno (prosigue el Santo) deja de convertirse por no comprender lo que se le dice, tendrá el predicador que dar su cuenta á Dios, como lo declara este por medio de Ezequiel: *Si dicente me ad impium morte morieris, non annuntia-veris ei.... ipse impius in iniquitate sua morietur, sanguinem autem ejus de manu tua requiram* (Cap. 3, 18). Este texto bien lo saben los predicadores, aunque poco caso hagan algunos de él en la práctica; no pudiendo negarse que lo mismo sería dejar de predicar la palabra de Dios, que predicarla adulterada con un estilo sublime capaz de impedir el provecho que se lograra exponiéndola con sencillez. Declamando Sto. Tomás de Villanueva contra aquellos que llevando una mala conducta corren no obstante tras los sermones elegantes, dice: *O stulte, ardet domus tua, et tu expectas compositam orationem?* Este reproche, segun S. Alfonso, más bien podría dirigirse á los ministros del Evangelio, que hablan á un auditorio en el cual es de presumir habrá muchos que están en pecado, cuyas almas necesitan de rayos y dardos para despertarles de su letargo, y esto no obstante, se empeñan en adormecer á los oyentes con frases limadas y encumbrados periodos. «Si tu casa estuviera ardiendo, dice el P. Mansí, ¿no sería una locura acudir al farmacéutico, pidiéndole un poco de agua de rosas para apagar el incendio? Cuando oigo alabar á algun orador acostumbrado á predicar con pulido esmero, y siento decir que hace mucho fruto, ríome de ello y digo, que no es posible. La razon es evidente. Sé que Dios no concurre en tales sermones: *Prædicatio mea*, decia el Apóstol; *non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis sed in ostensione spiritus et virtutis*. (1.^a Cor. 2. 4.) ¿De qué sirven nuestras palabras sino las vivifica el espíritu y la virtud de la divina gracia?» En efecto, el Señor concurre con el ministro que anuncia su palabra desnuda, sencilla y sin vanidad, dando á su discurso una energía y virtud que conmueva los corazones de sus oyentes; pero esta virtud no la concede á las palabras afectadas y escogidas. La elegancia y cultura del idio-

ma segun la sabiduría humana, debilita la fuerza de la palabra divina, dice S. Pablo, y hace ilusorio el provecho que de ella podia esperarse.

¡Qué cuenta tan terrible darán á Dios los sacerdotes amigos de predicar con vanidad! Sta. Brigida, como se lee en sus revelaciones (lib. 6. cap. 35.) vió el alma de un religioso condenado al infierno por haber predicado de este modo; añadiendo el Señor á la Santa, que por boca de los predicadores vanos no es El quien habla sino el demonio. Conversando un dia (dice S. Alfonso) con el P. Sparano, me refirió que cierto sacerdote sumamente elegante en sus sermones, sintiendo en su agonía una grande aridez de espíritu en arrepentirse de sus pecados, casi desconfiaba de su salvacion, cuando el Señor le habló por boca de un Crucifijo puesto á su cabeza, de modo que lo oyeron todos los que estaban presentes, diciéndole: «Te concedo aquel dolor que has excitado en los otros con tus sermones.» Más terrible aún es el caso que refiere el padre capuchino Cayetano Maria de Bergamo en su libro titulado, *El hombre apostólico en el púlpito* (Cap. 13. n. 10). Dice el autor, que á otro capuchino le aconteció lo siguiente: siendo jóven y aficionado á las bellas letras empezó á predicar con vana elocuencia en la iglesia mayor de Brescia, y repitiendo en ella sus sermones, pasados algunos años se produjo enteramente con apostólica sencillez. Preguntándosele porqué habia mudado de estilo, contestó: Hé conocido á un religioso, célebre predicador y amigo mio, que se me parecia mucho en la vanidad de sus discursos, al cual en el artículo de la muerte no fué posible persuadirle que se confesase. Fui á verle y le hablé con eficacia; pero fijaba en mí la vista sin responderme. Ocurrió al superior llevarle el *Santisimo* para moverle así á recibir los sacramentos. Al llegar la santa *Eucaristía*, le dijeron los que allí estaban: «Ved á Jesús que viene para perdonaros.» Entonces el enfermo echó á gritar con desesperada voz: *Este es el Dios á cuya santa palabra he hecho traicion*. Los que presenciábamos aquella escena, unos nos pusimos á llorar, pidiendo al Señor que se apiadase de aquel infeliz, y otros á persuadir al moribundo que pusiese su confianza en la divina misericordia; pero él levantando más la voz, volvió á exclamar: *Este es el Dios á cuya santa palabra he hecho trai-*

cion. *Ya no hay esperanza para mí.* Proseguimos animándole, y repitió por tercera vez: *Este es aquel Dios á cuya santa palabra hé hecho traicion.* Y añadiendo luego: *Por justo juicio de Dios estoy condenado,* espiró. Este hecho, dijo aquel religioso, me ha enmendado y obligado á mudar de estilo en mis sermones.

No faltará (prosigue S. Alfonso) quien sería de los casos referidos y de todo lo demás que voy diciendo, pero en el tribunal de Jesucristo nos veremos. Es verdad, añade el mismo, que no siempre se ha de predicar por el mismo estilo. En una reunion de sacerdotes y de gente ilustrada, prodúzcase el orador con un language más culto; pero siempre con un estilo sencillo y familiar, del mismo modo con que se habla en una conversacion con hombres instruidos, sin el adorno de conceptos sublimes y de palabras escogidas. De lo contrario, se sacará menor fruto á proporcion de lo que sea más florido el language: *Quod luxuriat, dice S. Ambrosio, in flore sermonis, habetur in fructu* (In Ps. 118.) La pompa y hojarasca en los sermones los hace infructíferos. Segun S. Agustin, el predicador que trata de deleitar el auditorio con un estilo limado, no es un apóstol que convierte, sino un declamador que engaña, cuadrando á sus oyentes lo que se dice de los judíos, los cuales oyendo á Jesucristo, admiraban su doctrina sin convertirse: *Mirabantur, et non convertebantur.* Por más que digan: *Muy bien, se há explicado perfectamente,* ningun provecho espiritual habrán sacado. Por esto aconseja S. Gerónimo á su nepociano, se proponga más bien hacer llorar á sus oyentes, que obtener sus alabanzas: *Docente in Ecclesia te, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Auditorum lacrimae laudes tuae sint.* (Epist. ad Neptot.) De un modo más expresivo lo dice S. Francisco de Sales en una carta dirigida á cierto eclesiástico (part. 1, cap. 5.): Al salir del sermón no me gustaria que digesen: *Este es un aventajado orador: tiene una feliz memoria: es muy erudito.....* Quisiera sí que exclamasen: *¡Cuán hermosa é indispensable es la penitencia! ¡Cuán bueno y justo sois vos, Dios mio! ú otras cosas por el estilo, ó que, por decirlo en una palabra, hicieren tal impresion las máximas del predicador, que no hallasen los oyentes otro modo de demostrar cuanto las aprecian, que enmendando sus costumbres.*

¿Y creará el orador aficionado á las bellezas del language, obtener el voto universal, por más que en ello se empeñe? ¡Oh, y cuánto

se engaña! Unos le alabarán y otros le ceisurarán. Este criticará una cosa, aquel otra. En esto consiste la locura de los oradores sagrados que se predicán más bien á sí mismos que á Jesucristo. Con todos sus esfuerzos para obtener un vano aplauso, nunca consiguen los elogios de todo el auditorio. Al contrario, el que predica á Jesús crucificado, nunca yerra en su sermón; pues contenta á Dios, y este debe ser el único fin de todas nuestras acciones. Así pues, generalmente hablando, como dice Muratori, «los sermones familiares y sencillos pueden ser agradables y útiles á los talentos elevados, porque si el orador habla de un modo elegante y encumbrado, el oyente se embelesa en la sublimidad del ingenio, sin atender á su provecho. Al contrario, los mismos hombres ilustrados no pueden ménos de alabar á un predicador, que para ser útil á todos, desmenuza la palabra de Dios. No alabarán su talento, pero sí el fervor con que sin ostentacion de ingenio se propone únicamente el bien de las almas. En esto consiste la verdadera gloria, á la cual debe aspirar el ministro del Evangelio.»

III.

LA CONDUCTA DE LOS SANTOS Y VARONES APOSTÓLICOS EN EL EJERCICIO DE LA PREDICACION DEBE SERVIR DE NORMA PARA LA SUYA AL SACERDOTE CATÓLICO.

¿Dirémos, pues, que el orador elegante en sus sermones no ama á Jesucristo? Si bien no me atrevo á afirmarlo, diré no obstante, (habla S. Alfonso) que los Santos no han predicado de este modo. En las vidas de muchos celosos operarios, que hé leído, no hé visto que se les alabe por haber predicado de un modo elevado y florido; pero sí encuentro, que se tributan particulares elogios á los que han hecho uso del estilo sencillo y popular. Escribe el autor de la vida de Santo Tomás de Aquino (lib. 3. cap. 5.), que el Santo se acomodaba en sus sermones á la capacidad de sus oyénte, reprimiendo el vuelo de su ingenio, proponiendo con toda sencillez aquellas materias que consideraba más á propósito para inflamar los corazones que para satisfacer la curiosidad del entendimiento. Servíase al intento de las palabras más comunes y usuales, acostumbrando decir: *Tam apertus debet esse sermo docentis, ut ab intelligentia sua nullos quamvis im-*

peritos excludat. En la vida de S. Vicente Ferrer leémos, que para componer sus sermones no recurría á los libros reputados como modelos de buen language, sino á los piés del Crucifijo de donde sacaba su facundia. De S. Ignacio de Loyola refiere en su vida el P. Bartoli (lib. 2, n. 41): *Del modo que otros vistiendo la divina palabra él desnudándola la presentaba más bella y sublime. Su manera peculiar consistía en exponer las razones con cierta desnudez que las demostrase en sí mismas, ó segun expresion del Santo, como son en su esencia.* Por esto refiere el mencionado autor, que los hombres instruidos decian: *En su boca la palabra de Dios tiene su verdadero peso.* Lo mismo practicaba S. Felipe Neri, de quien se ha dicho ya anteriormente, que mandó á sus congregantes anunciasen en sus sermones ideas fáciles y populares, haciéndoles bajar del púlpito cuando presentaban conceptos elevados y curiosos. Tambien leémos, que S. Francisco de Sales se acomodaba á la comprension de los oyentes más rústicos. Es bien sabido el caso que le sucedió con monseñor Bellei. Este Prelado, instado por el Santo á predicar, profirió un elegantísimo discurso que le valió mil elogios del auditorio; pero S. Francisco callaba. Admirado el Prelado de este silencio le preguntó que le habia parecido del sermon, á lo que respondió el Santo: *A todos ha gustado excepto á uno solo.* Invitado monseñor Bellei á predicar por segunda vez, como ya comprendia que su primer sermon no habia gustado el Santo por sus ornatos, fué en este extremadamente sencillo y moral, y entonces le expresó S. Francisco que de este último habia quedado muy satisfecho. En otra ocasion dijo al mismo Prelado lo siguiente: *Es excelente el sermon del cual salen los oyentes sin decir palabra, mirándose unos á otros, y pensando más bien que en alabar al predicador en la necesidad de mudar de vida.* Lo mismo que aconsejaba el Santo lo enseñaba con su ejemplo. Refiere el autor de su vida que, predicando en Paris ante un concurso en que se hallaban algunos Príncipes, Obispos y Cardenales, se producía con solidez por sin adornos, no mendigando la fama de orador elocuente, sino procurando ganar almas. Consecuente á estos principios, escribia el Santo desde Paris á una religiosa de su orden. «La víspera de Navidad prediqué delante de la Reina en la iglesia de Capuchinas, pudiendo aseguraros que lo desempeñé mejor en presencia de

tantos príncipes y princesas de lo que acostumbro en nuestra pobre y pequeña capilla de la Visitacion en Annesi » Se cuenta tambien en la vida de S. Vicente de Paul (c. 11.), que no contento con predicar sencillamente, exigia de los sacerdotes de su instituto, que hiciesen las pláticas y discursos á los ordenandos en estilo familiar, por no ser la ostentacion de las palabras la que aprovecha á las almas, sino la sencillez y la humildad que predisponen el corazon á recibir la divina gracia. A propósito de lo dicho, citaba con frecuencia el ejemplo de Jesucristo, el cual pudiendo haber explicado los divinos misterios por medio de conceptos proporcionados á la sublimidad de los mismos, con ser la eterna Sabiduría, se habia servido de términos y comparaciones muy usuales para acomodarse á los alcances del pueblo, y para dejarnos un verdadero modelo del modo de explicar la palabra de Dios. Tambien se dice de S. Juan Francisco Regis que explicaba las verdades de la fé con tal claridad y sencillez, que las ponía al alcance de los más ignorantes.

«Hablando ahora de otros piadosos operarios (prosigue S. Alfonso) no debe pasarse por alto el caso del P. Taulero de la orden de santo Domingo, quien al principio predicaba de un modo muy elevado; pero habiéndose dedicado á una vida más perfecta, sujetándose á los consejos de un mendigo que le envió Dios para director, dejó de predicar durante algunos años, pasados los cuales, habiéndole mandado su mencionado director emprender otra vez esta carrera, cambió totalmente su estilo de sublime en popular, y se refiere que, en el primer sermón fué tal la compuncion del pueblo, que muchas personas cayeron desmayadas en el templo. El P. Avila se expresaba de un modo tan vulgar en sus pláticas, que muchos le tenían por ignorante, de suerte que, una vez cierto literato bastante depravado, sabiendo que predicaba dicho P. M., dijo á sus compañeros: «Vamos á oír este imbécil»; pero la gracia de Dios le tocó en aquel sermón, haciéndole mudar de conducta. Oigamos cual era el parecer de este siervo de Dios. Refiérenos el autor de su vida (lib. 1, c. 6) que decía: «Si el predicador no cumple con su ministerio; si pone más cuidado en deleitar los oídos que en mover la voluntad; si atiende más bien á las palabras que al fruto; y por decirlo de una vez, si con sus delicados conceptos se ensalza más á sí mismo que á Jesucristo; está en inminente peligro y en una prodigiosa perver-

sidad y traicion.» Lo mismo leémos en las vidas del P. Luis Lanuza, del P. Segneri, el jóven, y de otros que omito por brevedad.»

ORACION DE SAN ALFONSO.

«Divino Salvador de este mundo, que tan poco os conoce y os ama, especialmente por culpa de vuestros ministros: Vos, que para salvar las almas sacrificasteis vuestra vida; conceded, por los méritos de vuestra pasion, la conveniente luz y discernimiento á tantos sacerdotes que podrian convertir á los pecadores y santificar la tierra, predicando vuestra divina palabra sin vanidad y con sencillez; del modo que lo hicisteis vos y vuestros discípulos; pero léjos de practicarlo así, se predicán á sí mismos y no á Vos, de lo que resulta, que habiendo en el mundo tantos predicadores, el infierno se llena continuamente de almas. Poned, Señor, un dique al mal que por culpa de los predicadores sufre la iglesia. Pídoos tambien que humilleis, si es necesario, para escarmiento de los otros, con algun portento visible á los Sacerdotes que, para adquirir una efimera gloria, adulteran vuestra divina palabra; á fin de que se enmienden, y no se impida el provecho espiritual de los pueblos. Así lo espero y así sea.»

CAPÍTULO IV.

DEL MODO Y MANERA DE EXPRESAR Y ANUNCIAR LA MATERIA PREDICABLE.

Presentacion del predicador en el púlpito.—De la accion oratoria.—De la pronunciacion y language oral.—Del gesto ó language de accion.—Duracion de los sermones.

§. 1.º

PRESENTACION DEL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

Antes de subir al púlpito, conociendo el sacerdote predicador el importante y difícil cargo que vá á desempeñar, debe prepararse con la oracion, pidiendo al Señor le conceda los auxilios necesarios para el buen acierto y para que la predicacion sea provechosa á sus oyen-

tes, ó lo que es lo mismo, las gracias convenientes para sí y para su auditorio. Para sí, porque *todo don perfecto desciente del Padre de las luces*, y para su auditorio, porque *nada es el que planta, ni el que riega, sino Dios que dá el incremento*.

Una vez llegado al púlpito (1), debe arrodillarse, teniendo la cara vuelta al altar, y rogar á Dios con fervor que bendiga las palabras que va á decir á los fieles reunidos. Despues de la oracion se levanta: permanece algunos instantes en silencio y profundamente recogido; y cuando todo está tranquilo, dirige la vista modestamente á todas las partes del auditorio para familiarizarse con él, y no estar distraido despues. Luego, arrodillándose, saluda al Santísimo Sacramento y á María inmaculada con la deprecacion: *Sea por siempre bendito*, etc., dicho en tono mediano; hace la señal de la cruz, dice el texto en voz regular, conservando el bonete con las dos manos, y comienza.

La prudencia, de acuerdo con la humildad, exige que el predicador se presente en el púlpito con mucha modestia: este es el medio de conciliarse la benevolencia, la atencion y áun la indulgencia. Siempre se juzgará con mucha mayor severidad bajo el punto de vista oratorio á aquel que se presenta con un aire satisfecho de sí mismo, y persuadido de que vá á decir grandes y hermosas cosas. Entonces habla cómo hombre, se le escucha cómo hombre, se aprovecha poco, y se critica mucho. Los predicadores animados del verdadero espíritu y celo apostólico siempre se presentan en el púlpito con la mayor humildad, protestando así de la poca confianza que tienen en sus propias fuerzas, y dando á entender que todo lo esperan de la gracia divina. Se refiere de Massillon que, empezaba siempre de un modo tan modesto, que se le habria creído intimidado por su auditorio; más cuando esta disposicion no le hubiera sido sugerida por la fé, lo habria sido por las reglas del arte oratorio. Un orador que habla sin temor, no solamente es atrevido, dice Ciceron, sino áun insolente.

(1) Si el Sacerdote predica delante del Obispo debe pedirle su bendicion. Si es cura, Vicario ó simple presbítero, se arrodilla y dice: *Jube, domne, benedicere*; si es canónigo, pide la bendicion en pié, más inclinado. Hay grandes iglesias en que se acostumbra pedir la bendicion al cura; es menester conformarse á este uso, y al de pedirla al celebrante como se practica entre nosotros.

§. 2.º

DE LA ACCION ORATORÍA Y SUS CUALIDADES.

«La accion es el language y la elocuencia del cuerpo..... Es la reina del arte de bien hablar: sin ella el más grande orador es nulo, y con ella el orador mediano se eleva sobre los más hábiles.» Así se expresa Ciceron (1). Y S. Francisco de Sales: «Decir maravillas, pero no decir las bien, es no decir nada; decir poco y bien, es decir mucho.» Apenas hay, dice el P. Granada, quien pueda oír con paciencia los sermones de muchísimos predicadores, á quienes ni falta erudicion en el disputar, ni elocuencia en el escribir, ni piedad y religion en la vida. De lo cual no es otra ciertamente la causa sino que están destituidos de esta sola virtud. Y de estos dice el vulgo, que verdaderamente son hombres eruditos, pero que no tienen gracia para predicar; queriendo significar por esta palabra *gracia*, la virtud de la accion. Esta es, pues, la parte que más sobresale en el decir, sin la cual el predicador más docto no podrá ser contado en este número; y el medianamente instruido en ella podrá aventajar á los más doctos. Pues hubo niños que con la dignidad de la accion parecieron elocuentes, y muchos hombres discretos que por la fealdad de la accion han sido tenidos por niños. De cuya diferencia no parece ser otra la causa, sino que los oyentes se mueven segun aquella impresion que hacen en sus ojos y oídos el semblante y palabras del predicador.»

En efecto, la experiencia de cada dia prueba que un sermón medianamente compuesto, pero sostenido por una accion viva y conveniente, hace incomparablemente mayor impresion que otro bien arreglado, pero que carece de esa vida y de esa accion tan provechosas. Y por accion *provechosa*, entiéndese aquí, la que es firme, animada, natural, y que está siempre en relacion con lo que se dice, sin carecer nunca de gravedad. Es preciso además que se vea, que se conozca que el orador está profundamente convencido y fuertemente penetrado de las verdades que predica, y que tiene un ardiente deseo de persuadir las á los demás. Este es el gran medio de que la

(1) De Orat., 3, 23.

palabra sea viva y simpática. Que se establezca entre el orador y el auditorio una especie de corriente, digámoslo así, que trasmita al uno las impresiones del otro; y á producir todo esto contribuye poderosamente la accion, pero accion animada, propia, natural y variada, cualidades indispensables que deben acompañar á la accion oratoria.

I. *Animada ó expresiva.*—Quiere decir que la accion oratoria debe representar los pensamientos y los sentimientos; todas las pasiones diseminadas en el discurso; todas las figuras con que el predicador lo ha adornado: las interrogaciones y las respuestas; las exclamaciones y las apóstrofes; ella debe ser en sus pinturas tan verdadera, tan exacta, tan caracterizada, que no haya persona que no la comprenda, y de tal manera que, alguna vez supla lo que no se puede expresar con el language oral.

Será mala la accion oratoria si es obscura ó equívoca; cada movimiento debe tener una significacion clara, como en el language cada palabra su sentido. Cuando la accion tiene este carácter, la riqueza de la elocucion adquiere una nueva gracia; el pensamiento se hace más vivo; los sentimientos tienen más uncion y más fuerza. Si por el contrario la accion no es animada, expresiva, paraliza todo el efecto del discurso; un ademan del semblante, una sola mirada, un sonido de voz, un gesto que no esté en relacion con lo que se dice, bastan para acusar ó descubrir al predicador, colocándolo en una posicion desventajosa. Conviene, ante todo, cuando se habla á las almas, no salirse de lo verdadero, no expresar sentimientos falsos, dudosos, ni vanos, lo mismo en el fondo que en la forma. En general, el gritar sin razon, contristarse frecuente y afectadamente, usar un tono demasiado plañidero, las lágrimas y los impetuosos torrentes de palabras, no producen efecto. Es preciso evitar tambien todo movimiento, todo gesto, toda palabra que pudiera tener algo de pueril, de caprichoso, de falso ó de imperioso, sin razon de serlo. Pero siempre el punto capital está en buscar al auditorio y ponerse en relacion con las almas de los que lo componen, sin vehemencia intempestiva, y sobre todo sin violencia.

II. *Propia.*—La propiedad de la accion se refiere á conformar la pronunciacion, el gesto, la voz, todos los movimientos con las ma-

terias que se tratan, con las exigencias de tiempo, de lugar, de circunstancias, de los oyentes, etc. Hay cosas que se dicen mejor á unos que á otros; las hay que conviene practicarlas delante de unos y de ninguna manera en presencia de otros. Los mismos tonos de voz, los mismos movimientos no sirven igualmente delante de los magistrados que del pueblo, en un elogio que en un asunto sencillo. Vamos á considerar la conveniencia y propiedad de la accion bajo estos tres aspectos principales: en su relacion con la *persona del predicador*, la *materia* y los *oyentes*.

1.º Por lo que respeta á la persona del predicador, el carácter del ministerio angusto que está llamado á desempeñar exige ya de suyo una accion grave, modesta, respetuosa y edificante, ó lo que es lo mismo, que el orador sagrado arregle de tal manera el *exterior* que haya consonancia entre él y la elevada mision que lo lleva al púlpito; pero *arreglo* que sea propio, natural, pues toda afectacion del predicador en su exterior, ó aquellas maneras puramente mundanas, no se avienen ni pueden avenirse con la austeridad de los enviados de Dios para evangélizar los pueblos. De aquí esa natural repugnancia que produciria en el comun de los fieles la presencia en la Cátedra Sagrada de un predicador de frente altiva, de miradas ligeras é inmodestas, que revela en su continente y en su aire mundano que no ha comprendido la mision dignísima y apostólica que va á ejercer: que sube al púlpito donde ha de predicar la austera y santa moral de Jesucristo, con el lenguaje de los filósofos más despreocupados, y con la accion de un declamador que se presenta en el teatro, ó en otros círculos meramente profanos. «El pueblo, (dice un respetable escritor contemporáneo) que siempre tiene mucho de verdad en su criterio y apreciaciones, no puede comprender, por mucho que la fé lo ilustre y la caridad lo abraza, cómo aquel predicador ligero en sus maneras, afeminado ó superficial en su modo de hablar; estudiando con afectacion cómo ha de colocarse en el púlpito, y cómo ha de arreglarse su hábito y sus cabellos; en una palabra, ocupado absolutamente de su persona, pueda ser el sacerdote digno que está encargado de echar en rostro sus iniquidades á Israel, predicar la penitencia á los pueblos para la remision de los pecados, y trazar á los

hombres el camino estrecho de las otras virtudes evangélicas para llegar por ellas al cielo.» Es una verdad, y por ello repetimos que, la acción del predicador ha de ser propia y acomodada al representado de su persona; su exterior grave, modesto, penetrado de la santidad de su ministerio y de la verdad de lo que predica; pero sin que por esto se sienta la falta de aseo, el abandono de las reglas de urbanidad, y los miramientos que la cultura de la buena sociedad exige.

2.º También la acción debe estar relacionada con el asunto ó materia predicable. La acción conviene y se adapta al asunto cuando responde á la índole y naturaleza de las cosas que se tratan, siendo sencilla, fácil y familiar en las pequeñas; noble, fuerte y patética en las grandes. Así, en las pláticas ó instrucciones morales debe ser sencilla, diferente del género patético y elevado que conviene al discurso solemne. El predicador es entonces un padre que exhorta á sus hijos, que les habla de una manera tranquila, tierna, y que sin embargo de que revela su autoridad, es de un modo que apenas la hace sentir. En los panegíricos, conviene sea ligera, brillante y dulce, más sin vehemencia; así cómo en las oraciones fúnebres grave y seria, que inspire el dolor, el sentimiento y veneración que reclama la memoria de aquel de quien se predica. «Tratándose de los misterios, estos piden una acción noble, sostenida, y variada. Los unos exponen una especie de triunfo y participan más del panegírico que de la moral, cómo la Ascension, Pentecostés, la Resurrección; otros se limitan á la instrucción, tales como la Santísima Trinidad, los Sacramentos, etc., y piden una acción más popular, natural é insinuante y que es de un uso más comun. En todos ellos á través del velo que los oculta se descubre la grandeza y elevación de las cosas celestiales, y estas no pueden dejar de ir acompañadas de una acción magestuosa y digna, según el carácter del asunto que es tan digno y magestuoso.» Si se predica sobre los vicios ó corrupción de costumbres, la acción debe ser unas veces viva, activa, insinuante; otras, tierna, inspirada por el dolor y la compasión. Si de la sagrada pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, tan llenas de prodigios y misterios, la acción ha de ser triste, lenta, interrumpida, propia para excitar el sentimiento, los gemidos, la compunción y el ar-

repentimiento, puesto que las motivaron los pecados é iniquidades de los hombres.

3.º Por último, la accion debe ser apropiada á los oyentes. (1). El predicador, sin faltar á su sagrado ministerio, sin confundirse para hablar de las verdades de la religion en presencia de los monarcas y poderosos de la tierra, ni ménos avergonzarse del Evangelio cómo no se avergonzaba el Apóstol, procure siempre guardar en su accion los respetos y consideraciones debidos al auditorio cristiano, y mucho más si este lo componen personas de elevada distincion. Estas atenciones, que piden la urbanidad y cultura, y en nada perjudican á la verdad y grandeza de la religion, concilian el respeto al predicador, pues naturalmente hémos de principiar por respetar á aquellos de quienes queremos ser respetados. De aquí el gran cuidado que ha de tener en no ofender con sus palabras, formas y modales á los oyentes, y sobre todo, la delicadeza de los grandes. Antes bien procure usar ante estos de una accion noble y cortés, de movimientos llenos de discrecion y de un exterior siempre respetuoso. Verdad es que podrá permitirse alguna más libertad de accion entre la gente vulgar y auditorio de las aldeas, v. gr. el ser más vehemente, más enérgico en su pronunciacion, por cuanto el pueblo se persuade más por medio de una voz poderosa y movimientos imponentes que por la fuerza del razonamiento ó la belleza del language; pero en las grandes poblaciones es menester más reserva, moderacion y modestia; se necesita una accion noble y culta, un exterior siempre digno, y de tal suerte, que el aire de autoridad del ministro sea temperado por el modesto del hombre.

III. *Natural*.—Otra de las cualidades que ha de tener la accion oratoria es el ser *natural*. Nada más hermoso que la naturaleza: deja muy atrás la accion más estudiada; tiene gracias que la ciencia no puede dar, y de ella sola es el secreto de esos preciosos momentos, de esos momentos sublimes que nos arrebatan. Por el contrario, todo lo que es fuera de lo natural desagrada, y nada tiene tan poca gracia, como querer en el púlpito dejar de ser uno mismo, y tomar una accion ar-

(1) Véase lo que dejamos dicho en el cap. I. §.º 2.º de esta 2.ª parte acerca de la oportunidad de la materia predicable.

tificial y estudiada. «La acción del cuerpo, dice Fenelon (1), sirve para explicar los sentimientos y pasiones del alma. Ahora bien, siendo los movimientos del cuerpo una pintura de los movimientos del alma, esta pintura debe ser verosímil, pues se necesita que en ella todo represente con viveza y naturalidad los sentimientos del que habla y la naturaleza de las cosas que dice.... No falta quien crea, que un predicador debe moverse casi indiferentemente en todo lo que habla pero fácil será demostrar, que muy á menudo nuestros predicadores *se agitan demasiado, y que á menudo tambien no se agitan lo bastante*. Los hay que se mueven demasiado, porque no es natural mover siempre los brazos cuando se habla... Hay cosas que convendría decir tranquilamente; no hacerlo así, es imitar á estos malos oradores que se empeñan en declamar siempre, sin hablar nunca á sus oyentes: *por el contrario, es preciso que cada uno de vuestros oyentes se figure que le hablais en particular*; y para esto sirve el tono natural, familiar é insinuante. Es preciso en verdad que sea siempre *grave y modesto*; pero es preciso tambien que sea enérgico y patético en los lugares en que el discurso se eleva y se enardece.»

El buen sentido indica que la presencia de una gran reunion y la importancia del asunto de que se trata, deben indudablemente animar mucho más á un hombre, que una simple conversacion; «pero es necesario conducirse siempre naturalmente; que el cuerpo tenga movimiento cuando las palabras lo tienen, y que permanezca en calma cuando las palabras sean sencillas y graves. Nada me parece más chocante y más absurdo, que ver un hombre que se atormenta y se acalora para decirme cosas frías: mientras él suda, mi sangre se hiela.» (2).

Es, pues, condicion rigurosa para obtener un buen resultado en el púlpito, aplicarse á ser natural; todos los movimientos sencillos, medianos, sublimes, están en la naturaleza; basta, pues, estudiarla y seguirla sin violentarla. Toda la acción ha de parecer producida espontáneamente, y como inspirada por el sentimiento de que esté lleno el predicador. Más al decir que es preciso seguir la naturale-

(1) Diálogo II sobre la elocuencia.

(2) Hace algun tiempo dice Fenelon, me dormí oyendo un sermón. Al despertar observé que el predicador se agitaba extraordinariamente; creí que se hallaba en lo más fuerte de su reflexion moral; pero no era así, sino que advertía á sus oyentes, que al domingo siguiente predicaría sobre la penitencia.

za, no pretendémos se haga tan rigurosamente que se lleve á la cátedra sagrada lo que sea ridículo y trivial; pues hay en ese lugar elevado cierta gravedad que, por una parte se aleja de la familiaridad de las conversaciones y de los actos ordinarios de la vida, y por otra de la afectacion del teatro; hay libertades que no son convenientes en el púlpito áun cuando fuera de él puedan ser permitidas. Es menester hablar, no declamar: conservar la voz tal cual Dios nos la ha dado, sin querer hacerla parecer ó más dulce, ó más delicada, más llena ó más fuerte de lo que es en sí misma; guardarse de forzar el estilo peculiar de cada uno por imitar á otro predicador que agrada, en una palabra, limitarse á observar la naturaleza, corregir en ella lo que sea defectuoso, y perfeccionar lo que tenga de bueno.

IV. *Variada.*—La mucha variedad en la voz y en la accion, es la que hace á esta tan poderosa, que Demóstenes la colocaba sobre todo lo demás. «Cuando más sencillas y familiares parecen la accion y la voz, cuando solo se instruye, se relata, se insinúa, tanto más preparan la sorpresa y la emocion en los casos en que se elevan por efecto de un entusiasmo repentino.» Es una especie de música: toda su belleza consiste en la variedad de tonos, que suben ó bajan segun las cosas que deben expresar. Decirlo todo con el mismo tono y con el mismo gesto, seria asemejarse á un estudiante que recita más bien que al orador que habla. Seria probar que no se habla por conviccion, y en algunos casos hacer la frase ininteligible, pues que una misma palabra tiene un sentido del todo diferente, segun el tono con que se pronuncia. La voz, á la que acompañan el gesto y los movimientos del orador, es el intérprete del corazon, y siéndolo, debe tomar tantos tonos cuantos afectos hay en el alma, ideas ó sentimientos en el discurso: es decir, debe variar casi continuamente, porque cada palabra presenta una idea nueva, ó modifica la ya presentada; pues nada desagrada tanto á los oyentes cómo el desacuerdo entre la palabra y el pensamiento: esta falta de armonía quita en gran parte el interés y mérito al discurso. En efecto, aquellos, cuya voz tiene una monotonía permanente, y su gesto una uniformidad que no es ménos enojosa, ménos extraña á la naturaleza, ni ménos contraria al fruto que pudiera alcanzarse con la accion, dán

á entender que no sienten las cosas en que conviene animarse: agotan sus fuerzas en las más triviales, y están reducidos á decir débilmente las que requieren una voz vehemente. Por el contrario, cuando la pronunciacion vá acompañada de esa variedad de tonos y gestos que forma lo que se llama *acento oratorio*, entonces el discurso toma vida; tiene una marcha libre, franca y natural; el auditorio se interesa, se cautiva, se une á aquel que habla, le acompaña en sus pensamientos, en sus sentimientos, porque los halla claramente distinguidos, y caracterizados segun el giro de los periodos y las cadencias del estilo, ora graves y lentas, ligeras y rápidas, ya tranquilas y moderadas.

Expuestas, áun que con brevedad, las cualidades de una buena accion oratoria, indicaremos algunos de los obstáculos que pueden embarazarla ó viciarla. El primero consiste en no saber perfectamente el predicador su discurso. Cuando no se ha estudiado bien un sermón es imposible tener la confianza de pronunciarlo cual se debe. El temor mismo de extraviarse embarga al predicador en la pronunciacion, de tal manera, que solo atiende á decir, del modo que le es posible, lo que recuerda de su trabajo, y por consiguiente pierde toda la libertad de accion, pues se encuentra embarazado y sin soltura. Hay más; el sentimiento, sofocado en el predicador por el cuidado de recordar lo que aprendió mal, resulta que jamás se anima, y á medida que intenta hacerlo, es, para producirse con violencia, y al fin se hace sin naturalidad, y se concluye muchas veces por tropezar y caer.

Otro de los obstáculos es la timidez. Esta perturba, distrae, embaraza al predicador, y no le deja ser dueño de sí mismo. Careciendo de resolucion para expresarse, no puede estar animado, y así que, la timidez á la par que apaga el sentimiento, quita la libertad y la naturalidad. No es extraño hasta cierto punto, que los sacerdotes jóvenes ó principiantes en el ministerio de la predicacion se presenten en el púlpito con cierto temor, hijo de la poca edad y falta de ejercicio; pero nunca debe ser tal que embarace el acto de la predicacion. El orador colocado en la Cátedra Santa, es un embajador del mismo Dios, es el maestro de la verdad, y ante esta consideracion, por respetables que sean sus oyentes, ha de mirarlos como á sus

discipulos, y hablarles con la naturalidad y franqueza de tales. «*La accion*, dice S. Francisco de Sales, *debe ser noble y suelta. Digo esto*, añade, *contra los que tienen una accion tímida, cual si hablasen á sus padres y no á sus discípulos.*»

El amor propio que teme la humillacion y ambiciona la alabanza, es tambien obstáculo para la accion oratoria. El predicador que pre siente ser humillado al menor deslíz ó descuido, y con ello desvanecida la ilusion de recoger los aplausos de su auditorio, no puede tener tranquilo su espíritu, ni la libertad necesaria en su accion. Por otra parte el deseo de agradar le hace caer en la afectacion y esmero excesivo; todos sus gestos son estudiados, desmedidos ó poco naturales. El medio de remover este obstáculo es inspirarse en una santa y verdadera humildad; habituarse á una conversacion siempre noble y natural, á un lenguaje digno, decoroso, más apartado de toda afectacion. El que ha de presentarse en el púlpito, en aquella cátedra del Espíritu Santo, se ha de olvidar de sí mismo, de su estimacion y su gloria, y solo ha de fijar su atencion en la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas. A esto atienda, esto busque, esto desee, esto tenga delante de sus ojos, sin ocuparse en pensar en sí mismo; porque es una cosa en gran manera baja é indigna, que cuando se trata de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, se ocupe el hombre en el cuidado de su honorcillo, y se deje llevar del aura popular.

Por último, es un gran obstáculo para el predicador tener una idea imperfecta de la grandeza de su mision. «Una fé viva de la excelencia de tan alto ministerio, dice un escritor, dará á todos sus movimientos aquel carácter de nobleza que sienta tambien en la Sagrada Cátedra, le inspirará una elevacion de sentimientos y una dignidad de maneras convenientes al enviado de Dios, y llenará su alma de aquel santo entusiasmo que dicta los más bellos gestos. Pero si él juzga de su ministerio de un modo demasiado humano, si no siente su grandeza, entonces su palabra no es noble, su gesto no tiene dignidad, y nada en su accion, expresion fiel de su alma, estará á la altura de la palabra de Dios.»

Terminámos el presente artículo, diciendo que, á pesar de las varias reglas que dán los retóricos, al objeto de dirigir y perfeccionar

la accion oratoria, ésta no puede ser producto del arte y de la industria; el sentimiento de un alma llena y muy penetrada del asunto, es solo el principio que, á parte de los auxilios sobrenaturales, puede inspirarla y formarla. El sentimiento, dice M. Hamon, es el que ha dado las reglas, y el que solamente puede dar á cada cosa la accion que le pertenece. Ved un hombre apasionado, ¡qué tono! ¡qué inflexiones! ¡qué variedad en la voz! ¡qué vivacidad en los ojos! ¡qué movimientos animados en todo el cuerpo! ¡Cómo su exterior fija nuestra atencion y nos interesa! Sin embargo, él no estudia su accion; se entrega al sentimiento que lo domina, y lo expresa con toda perfeccion; todo habla en él; todo lleva la impresion de que se halla poseido.

Es pues del corazon de donde ha de partir la accion. Sentir lo que se dice, es el verdadero principio de una declamacion perfecta; esto es lo que sin pensar en ello dá á la voz el tono que se necesita, al cuerpo su actitud, á las manos el gesto, á los ojos el movimiento, al semblante la expresion, á la cabeza la posicion que conviene, y aquí como en el arte de escribir, puede decirse: *Pectus est quod dissertos facit* (1). Un gesto, una mirada, una inflexion adecuada, inspirados por el sentimiento, animan al oyente, lo conmueven y lo persuaden; el sentimiento suplè á veces la falta de talento, pero no puede ser suplido por nada.

El gran arte es, pues, saber apasionarse con reflexion y dar al sentimiento el grado de accion que exige sin rebajarlo ni debilitarlo; es penetrarse bien de la naturaleza, de la fuerza de cada pensamiento, y tener siempre en la memoria comunicarse á sus oyentes; en esto está todo el secreto y resultado de la accion. (2).

§. 3.º

DE LA PRONUNCIACION.

La pronunciaci3n es la primera parte de la accion oratoria, así como la más importante. Es increíble lo que la pronunciaci3n contri-

(1) Quinto, lib. 10, c. 7.

(2) Aún cuando, como decimos, el sentimiento sea el principio, el alma y vida de la accion oratoria, no pretendemos excluir el arte; antes bien, las reglas pueden convenir al predicador para mejorar la accion, para huir de los vicios y defectos que puedan hacer imperfecta esta parte de la Oratoria Sagrada.

buye al feliz éxito del sermón. Una composición perfecta, pero mal pronunciada, pierde todo el mérito: un discurso ménos que mediano, bien pronunciado, será oído con gusto y aceptación. Entiéndese por pronunciación: *aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexiones de la voz, ó de un tono más ó ménos subido, de una recitación más viva ó más sosegada, más rápida ó más lenta, expresa los afectos, sentimientos é ideas del que habla, y los comunica á los oyentes*. Por tanto, es la parte de la oratoria más difícil de sujetar á reglas fijas y particulares, porque, si bien el ejercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede más el talento que el estudio. Nunca hallará el lenguaje de las pasiones aquel que lo buscare con fría serenidad. Y es esta una verdad tan conocida en todos tiempos, y «sacada tan inmediatamente de la naturaleza humana», que há pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio, *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar*.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llama que quiere que prenda en el oyente. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso, hijo es de la fragua del corazón tierno, que envía á los labios los ímpetus de su ardor: no nacen pues de ella aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonía, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces y sin sentido. Es cosa bien sabida que la eficacia y poderío de la voz, animada de la verdadera pasión, ha sido causa de grandes triunfos obtenidos en el púlpito, así como de maravillosos efectos obrados en el auditorio por algunos varones apostólicos que debieron sin duda este dominio oratorio á su particular tono de voz y á su acción; pues no habiendo quedado de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes, la fama de su fruto evangélico no puede tener otro origen ni principio que el común consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras: frías y mudas en la escritura, de la pronunciación reciben calor, sentido y verdad, porque el tono engaña ménos que la palabra: así que nadie duda de una injuria ó de una burla, aún cuando las palabras no sean burlescas ni

injuriosas. Esta grande importancia de la pronunciaci3n la conocia muy bien el famoso orador de Grecia, Dem3steno3s, quien decia de ella, «ser el primero y principal precepto de la elocuencia.» Reconociendo esta misma importancia, léemos en las sagradas Escrituras que, Moisés se excusaba con Dios de que era tarda é impedida su lengua cuando le envió á Egipto á gobernar su pueblo; cuya excusa no reprobó el Señor, antes le aseguró, que asistiría á sus lábios, y le enseñaría lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su elocuencia se hacia reverenciar de los poderosos, y de que le oyesen puesto el dedo en la boca.

Detenemos á exponer metódica y prolijamente todas las reglas retóricas para la pronunciaci3n, seria trabajo tan fastidioso cómo vano; porque muchas de ellas se deben mirar cómo fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un continuo ejercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulaci3n de los preceptos.

Nos limitámos, pues, á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y ejercicio del predicador para la perfecta pronunciaci3n, cómo por ejemplo: 1.º Que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras, y quede bien terminada; 2.º que sea pura y correcta, esto es, conforme á las reglas de la gramática y uso de la buena sociedad; 3.º que empiece la voz lenta y sumisa para que se conserve más tiempo y más entera hasta la conclusion del discurso; porque ordinariamente, el que perrora, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabajo de la articulaci3n, y levanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo; 4.º que sea conveniente; el predicador debe hablar de un modo fácil y agradable, que nada tenga de chocante ó de rústico, de afectado ni embarazado cómo si estudiase los tonos que debe dar á cada palabra; 5.º que sea variada, para aliviar la respiraci3n, y no molestar los oyentes con una monotonia enojosa; 6.º que sea análoga y adaptada á los pensamientos y sentimientos que componen el discurso, esto es, que el predicador busque en el curso de su serm3n aquel género de acento que le sugiera las inflexiones de la voz y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sujetando al mismo tiempo la expresi3n de éstas

á la del pensamiento, á la situacion en que se halla, y al carácter que representa. Advertencia es ésta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido dá involuntariamente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domina: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo más comun. La palabra se acentúa y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexiones. De aquí saca el orador los diferentes tonos de pronunciacion; ya un bajo igual y profundo para la amenaza: ya un alto subido para la ira y la indignacion; ya grave é imponente cuando le agita el terror: ya suave y dulce cuando le eleva la esperanza, ó le alborozla la alegría; 7.º que la pronunciacion no sea tan veloz ó precipitada que no dé tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los ánimos, ni tan pausada que cause impaciencia en el auditorio.

«Muchos, dice S. Alfonso (1), tienen el defecto de cansar á sus oyentes, unos por emplear siempre el mismo tono de voz, otros prolongando indebidamente la pronunciacion de las palábras; otros por el contrario, precipitándose en la recitacion; otros alzando ó bajando la voz de una manera excesiva, y otros pasando bruscamente de una declamacion muy elevada á otra harto llana. Es indudable que uno de los medios más oportunos para cautivar la atencion de los oyentes, é imprimir vigorosamente en su ánimo aquello que se predica, es la variacion de tonos.»

Infiérese de lo dicho que: la *monotonía*, ó el hablar con insulso y único tono de voz; la *cantínela*, ó el modularla dándole siempre las mismas inflexiones; la *vociferacion*, ó el esforzar la voz sin método ni distincion de las partes de la oracion; la *languidez*, narrando siempre sin variacion alguna en los ademanes y semblante; la *precipitacion*, haciéndose insufrible á los oyentes con una demasiada y voluble celeridad que no les deja respirar un momento; la *lentitud*, expresándose con tal pausa que parece vá enumerando las sílabas, todos estos son vicios desagradables que el predicador debe evitar cuidadosamente.

Comprendiendo la pronunciacion estas dos partes, á saber: el ar-

(1) *Selva de materias predicables*, tercera parte § IV.

reglo de la voz, ó sea el language oral, y el del gesto y ademanes, ó sea el language de accion, trataremos de ámbos en los dos próximos artículos.

§. 4.º

DE LA VOZ Ó LANGUAGE ORAL.

«El púlpito exige una voz clara, limpia, dulce, penetrante, firme, expedita, robusta, varonil, y de un género de dignidad que corresponda al ministerio de la divina palabra que con ella se anuncia; y aunque la reunion de todas estas cualidades sea más para deseada que para conseguida, siempre debe procurarse. Por el contrario, el púlpito rechaza las voces oscuras y confusas, las broncas ó pueriles, y las de difícil pronunciacion; por cuya causa el celosísimo san Valerio, Obispo de Zaragoza, encomendó á su Diácono el invicto Mártir S. Vicente la predicacion, que él por la tardanza de su lengua apenas podía ejercer, «para que nada faltase á confirmar á su pueblo en la fé y enseñarle santamente,» dicen las lecciones de su vida. «Cuando la naturaleza no recibió una voz, por decirlo así, *predicadora*, esta no puede adquirirse con el arte, porque ningun arte puede hacer clara y sonora una voz naturalmente obscura y confusa; y esto deben tener presente aquellos señores Sacerdotes á quienes no dotó el Señor de una voz más favorecida. Podrán és tos ser buenos catequistas y celosos sembradores de la palabra divina fuera del púlpito, podrán ser médicos excelentes en el confesonario, caritativos dispensadores del pan del Cielo en el altar, y del mayor consuelo al lado de los enfermos y moribundos, pero no deberán subir al púlpito para predicar desde allí al pueblo cristiano; y no se diga que, según esta doctrina, no deberán predicar semejantes Sacerdotes, aun cuando sean párrocos, porque ya saben los párrocos, tanto por la doctrina de los teólogos, como por las declaraciones de la Sagrada Congregacion del Concilio de Trento, á qué clase de predicacion deben atenerse.» (1).

(1) Mazo. — Apuntes de Retórica.

Más no basta que la voz sea buena, es necesario además usar bien de ella, esto es, que se aclaren bien las cosas que se dicen, se guarde la conveniencia en los tonos, y hagan bien las pausas que pide la puntuación. El tono de voz ha de medirse según lo numeroso del auditorio y condiciones del lugar; es necesario y suficiente elevarla á un grado tal, que el oyente más apartado pueda fácilmente entender. Se ha observado que el tono general de la voz debe ser en *fa*, el más alto en *la*, y el más bajo en *re*. Más subido de *la* la voz es falsa y el tono desagradable; más bajo del *re*, no puede ser oído. Por regla general, la voz del predicador no ha de ser tan alta que hiera desagradablemente el oído, ni tan baja que no se le entienda bien, tan pausada que parezca que se escucha, ni tan precipitada que los oyentes no tengan lugar á hacerse cargo de lo que vá diciendo. Algunos de estos extremos podrán tener lugar en los diferentes pasajes del discurso. Al principio debe usar el predicador de una voz sumisa, ya para que no le falte luego la fuerza necesaria de la misma, ya porque es natural en el que comienza á hablar ante un concurso numeroso cierto rubor y encogimiento que cede en su recomendación. Cuando exhorte, es conveniente levantar la voz, más sin exageración: cuando instruya y diga cosas de especial importancia, ha de ir con más pausa, para dar mayor gravedad á lo que enuncia: y si reprende, ha de avivar la voz, más sin confundir las palabras. Así se evita la monotonía, y á la vez la disonancia ó diversidad de sonidos fuera de su lugar. «Lo que mueve y concilia la atención de los oyentes, dice S. Alfonso María de Liguorio, es hablarles, ora con voz fuerte, ora mediana, ora baja, según exige el sentimiento que se expresa: hacer ya una exclamación, ya una pausa, y luego volver á comenzar con un suspiro. Esta variedad de voces y de maneras mantiene atento al auditorio.»

Por último diremos: que sobre todo, tanto en la voz, como en el uso de ella debe haber naturalidad. Todas las reglas de la retórica se dirigen á enseñar el modo natural de hablar, sea que se predique con más ó menos elocuencia, más ó menos actividad y energía: de donde se sigue que, yerran mucho los que usan de un tono de voz para hablar ó conversar y de otro para predicar; porque en ambos casos el tono debe ser natural, con la diferencia de que, cuando se

conversa, la voz es baja y seguida, y cuando se predica es alta por causa del auditorio, y variada para dar al sermón la importancia que pide; pero ya se converse, ya se predique, la naturalidad es siempre necesaria.

Siendo muy conveniente al predicador la conservación de la voz, debe poner particular cuidado en no hacer abuso de ella. Como tal se considera, el estudiar los sermones en alta voz como si se predicase; unas cuantas horas de este trabajo cansan extremadamente y fatigan el pulmón. No se ha advertido que se ha predicado demasiado tiempo antes de subir al púlpito. También en este se abusa de la voz cuando los sermones son demasiado largos, ó con una entonación muy fuerte. Igualmente, la voz se aminora y llega á perderse hablando demasiado en el trato social, disputando con vehemencia, ó ejercitándose en el canto con exageración. Los médicos indican como medios de conservar la voz: un buen régimen alimenticio, la frugalidad, moderación en el estudio, paseos moderados, y observar las prescripciones severas de la moralidad que en todos los hombres son necesarias, y mucho más en los Sacerdotes, maestros y ejemplares de ella.

§. 5.º

DEL LENGUAJE DE ACCION.

Las mudanzas del semblante, ó sea el gesto, y los movimientos del cuerpo componen y forman el lenguaje de acción, y tanto aquellas como estos, deben acomodarse á la voz y acompañarla. De cuanta importancia sea esto, se conoce, porque muchas cosas se dan á entender con la variación de los movimientos y mudanzas del semblante sin necesidad de palabras, como lo vemos en los mudos, y en los animales, los cuales manifiestan con los ojos y otros movimientos su contento ó disgusto, su cariño ó enojo, su animosidad ó su cobardía.... y lo que es mas todavía, en las estatuas y pinturas que ni aun tienen movimiento, y hacen muchas veces más impresión en los que las miran, que las mismas palabras. Añádese á esto, que por el semblante nos manifestamos tristes ó alegres, altivos ó sumisos,

airados ó placenteros, humildes ó soberbios..... que en el semblante revelamos nuestro amor ó nuestro odio, nuestro cariño ó nuestro enojo, y finalmente, que en el semblante se leen muchas cosas, y nuestro semblante vale por muchas palabras.

Uno de los defectos de algunos oradores, por otra parte elocuentes, nace de aquel empeño en presentar la razon y la verdad demasiado desnudas como impresas en un libro; sin acordarse que los oyentes no son puras inteligencias, sino hombres á quienes se les ha de vencer por los sentidos para ganarles el ánimo. La razon por sí sola no es arma activa: si muchas veces contiene al hombre, pocas le excita, y jamás le ha hecho obrar cosas grandes. Así pues, el que olvida ó desprecia el lenguaje de accion, que es el que habla á los sentidos é imaginacion del oyente, desconoce el arma victoriosa de la elocuencia: porque la impresion de la palabra es siempre débil; y se habla al corazón por los ojos, aún mejor que por los oidos.

En este sentido, san Ambrosio llama á los gestos palabras visibles *verba visibilia*; y San Agustin opina que los movimientos del cuerpo son la voz del alma: *vox quedam est animi corporis motus*. Por esto refiriéndose á los últimos momentos de su conversion, dice: «Mi frente, las mejillas, el color, los ojos, las inflexiones de la voz, expresaban con más energía que mis palabras la lucha interior que desgarraba mi alma: *plusque loquebantur.... quam verba que promebam.*» Nó, no es bastante hablar á los demás por medio de la voz, es necesario tambien hablarles por la actitud y por el gesto. Nadie duda que la palabra del predicador no tendría la mitad de su fuerza, si el exterior ó sea la accion, no correspondiese á ella. Decimos más: es tal la fuerza de estos signos exteriores, que si el gesto y el semblante desmienten el discurso; como si, por ejemplo, hablamos de una cosa triste con alegría, ó decimos *sí* con el aire que debemos decir *no*, haremos perder á nuestra palabra no solo toda autoridad, sino toda creencia. Tanta es la importancia que entraña el lenguaje de accion.

Por lo que respecta al ejercicio de éste, no es fácil señalar reglas precisas y determinadas, puesto que tanto el gesto como los movimientos del cuerpo son actos involuntarios, las más veces, en el hombre que está agitado de una pasion, y la expresion exterior y mecánica de los afectos que no puede estar sujeta á los preceptos.

Esto no obstante, los predicadores más prácticos y experimentados dan algunos consejos al objeto de moderar dichos movimientos, y que no traspasen los límites de la conciencia y del decoro. Oigamos los de S. Alfonso, quien, en su *Selva de materias predicables* (1) dice así: «En cuanto al gesto debe evitarse que sea afectado, uniforme ó demasiado impetuoso, lo mismo que la agitacion excesiva del cuerpo. Los brazos deben moverse con cierta moderacion. La mano diestra ha de accionar más que la izquierda, y ninguna debe alzarse á mayor altura que la cabeza, ni extenderse desmedidamente hácia los lados, sino delante del pecho. El predicador debe pronunciar el exordio colocado en medio del púlpito sin moverse á los lados, y sin accionar en el primer periodo. Solamente en el segundo comenzará á mover la mano diestra, teniendo la siniestra apoyada en el pecho ó sobre el borde del púlpito. Absténgase de tener los brazos apoyados en los costados, y de elevarlos en forma de cruz, ó llevarlos detrás de la espalda. Herir una mano con otra, ó golpear con ellas el borde del púlpito, puede ser disimulable raras veces. El movimiento de la cabeza debe corresponder al de la mano, volviéndola hácia donde ésta dirige la accion. Es un defecto agitarla demasiado, tenerla siempre alzada, ó siempre caída, ó apoyada sobre el pecho. Los ojos han de acompañar el movimiento de la cabeza; y es defecto tenerlos cerrados, mirar siempre al suelo ó fijarlos siempre en una parte, como pasarse el orador bruscamente de un lado á otro del púlpito. Ordinariamente debe hablar estando colocado en medio, para que le puedan ver de todas partes: pero conviene que de vez en cuando se vuelva ya á la diestra, ya á la siniestra, más sin volver la espalda á ningun lado. En resúmen, el predicador representa la persona de Jesucristo de quien es órgano; así que, language, ademanés, todo en él ha de ser grave y sentar bien á un ministro de Jesucristo.»

§. 6.º

DE LA DURACION DE LOS SERMONES.

Los sermones no han de ser demasiado largos: la mayor parte de las personas que componen el auditorio, son gente del pueblo que

(1) Tercera Parte §. III.

no gusta de discursos extensos, porque es incapaz de fijar su atención por mucho tiempo. A excepción de los sermones propios para algunas raras ocasiones, todos los que excedan mucho de media hora, no conducen sino á que el auditorio se fatigue y no escuche, porque falta la vida en ellos. Además, ¡cuánto no puede decirse en media hora, si se sabe concretar las ideas y evitar lo que es inútil! En opinión de S. Alfonso, «los de mision y cuaresma no han de pasar de una hora, y de media los que se dicen en los restantes días del año.» Poco y bueno era la máxima de S. Francisco de Sales. «Cuanto ménos digereis, más prove ho se sacará; cuanto más digais, ménos se retendrá: á fuerza de cargar la memoria de los oyentes, se ofusca, como se apagan las lámparas cuando se les echa demasiado aceite, y se pierden las plantas regándolas con demasia. En un discurso si es demasiado largo, el fin hace olvidar el medio, y el medio el principio.» (1). Así se explicaba el célebre Obispo de Ginebra. Del mismo parecer es el V. Fr. Luis de Granada, pues dice: «Cuando los que nos oyen comienzan á cansarse, no prestan atención á lo que les decimos, y pierden aún el gusto y la memoria de las cosas que antes habian oido con placer.»

Efectivamente, los predicadores deben evitar ser demasiado largos en sus discursos; la multitud de palabras no produce grandes efectos. Por buena y escogida que sea la materia, si el sermón es largo, cansa la atención del auditorio, este se disgusta, y la predicación queda desvirtuada en gran parte. «El oyente, dice un escritor, tiene una dosis de paciencia que es preciso guardarse de apurar; el corazón del hombre es como los vasos de la viuda de Sarepta, luego que está lleno, todo lo que en él se vierte demás es perdido.» Una instrucción breve y sustancial agrada y deja el deseo de oír otra semejante, en tanto que una amplificación pesada y fastidiosa apura la paciencia de los que la oyen, y produce grande disgusto. Ha de tenerse en cuenta además, que no todas las personas que asisten á los sermones pueden disponer de tiempo sobrado; hay muchas que, si bien procuran aprovechar el preciso que sus ocupaciones legítimas permiten para consagrarlo á las enseñanzas evangélicas del púlpito, no pueden excederse sin embargo de ese tiem-

(1) *Guía de los que anuncian la palabra de Dios*, pág. 81.

po, cómo por ejemplo, la madre de familias, el jornalero, el artesano y otra multitud de personas que llevadas de los mejores deseos quieren conciliar sus obligaciones sociales y domésticas con los deberes de la piedad y de la religion. Si estas, esperando un sermón de regulares dimensiones, se encuentran un discurso demasiado extenso, ó toman el partido de ausentarse del templo á la mitad del sermón, ó si permanecen oyéndolo, es sin atencion y por lo tanto sin fruto.

Recóndamos, pues, la brevedad en los sermones, en cuanto ésta sea compatible con lo que el predicador deba á la explanation del asunto que se proponga, y consientan las circunstancias en que se halle. Los Santos Padres nos dan un ejemplo de ello en sus sermones y homilias, que en lo general son breves; y no hallamos razon para que en nuestros dias en que el fervor y el hambre, digámoslo así, por la palabra de Dios, no es ni con mucho semejante á la de los fieles de aquellos tiempos, y de otros aún posteriores, se prolongue más la predicacion con riesgo de no ser oida, ó al ménos, oida con la debida y provechosa atencion.

CAPÍTULO V.

DE LAS DIFERENTES CLASES DE SERMONES.

Hay cuatro clases de sermones, y son: los *morales*, que tienen por objeto reprender los vicios y exhortar á las virtudes. Los *magistrales* ó dogmáticos, que son para explicar los santos misterios y demás verdades de la religion. Los *panegíricos*, que se emplean para hacer el elogio de la Santísima Virgen, de los Ángeles y los Santos. Y los *fúnebres*, que se predicán en alivio y provecho de las benditas almas del purgatorio, y en la muerte de personas distinguidas ó por su alta clase, ó por los puestos que han ocupado, principalmente en la muerte de los Papas, Reyes, Príncipes, Cardenales, Obispos, etc.

Comprendidos en los *morales* los sermones llamados *homilias*, los de *cuaresma*, de *mision*, *doctrinales* y de *rogativa*, trataremos en primer lugar de todos y cada uno de ellos, y á continuacion de los

dogmáticos, panegíricos y oraciones fúnebres; exponiendo cual sea su argumento propio y peculiar, el método y disposición que requieren, los defectos é inconvenientes que deben evitarse, y los medios de hacer útil y provechosa la predicación en cada una de estas clases de sermones.

§. 1.º

SERMONES MORALES.

La predicación más frecuente, y la que, puede decirse, resume el oficio principal del orador católico, es la *moral*. Atraer los fieles al amor y práctica de la virtud, y al apartamiento y detestación del vicio por la fuerza y autoridad de las leyes y preceptos, por el temor de los castigos y penas, por la grandeza de los premios, por la hermosura de las virtudes mismas, y por el horror y fealdad del pecado..... tal es su fin.

La materia de la moral comprende la doctrina de lo que el hombre ha de creer, esperar y obrar; los medios que le faciliten todo esto; los deberes que la religión le impone cumplir para con Dios, consigo mismo y sus semejantes; lo concerniente al arreglo de costumbres, vida social y obligaciones propias del estado. Pues bien, los sermones morales abrazan tan vasta materia, y por esto se dice, que son los *únicos sermones* propiamente hablando. ¿Y qué instrucción, qué conocimientos no deberá tener el predicador para desempeñar bien su ministerio en este punto? Preceptos, leyes, consejos, reglas de moralidad, sacramentos, virtudes, vicios y pecados..... todo esto necesita saber, y saber explicarlo y aplicarlo; para lo cual es preciso que á la ciencia acompañe la prudencia, que ha de servir de guía al predicador, y de consejera para apreciar las cualidades de los oyentes, y las circunstancias de lugar y tiempo: pues si bien la moral es severa é inflexible en sus principios, es benigna en la aplicación de los mismos. Una moral demasiado rígida desalienta el espíritu, lo abate, pareciéndole imposible de practicar; por el contrario, la demasiado laxa entibia, desfervoriza, lleva á la indiferencia, cuando no, al desprecio de las reglas, y endurece el corazón peca-

dor. Uno y otro extremo ha de evitarse, y en ello debe el predicador poner grande cuidado. Hay diferencia de la teoría á la práctica, y aún cuando los preceptos y reglas se establecen por punto general para todos, en su aplicacion es necesario tener presentes las excepciones, así como las circunstancias que pueden hacer que dejen de ser obligatorios. Por esto, nos parece conveniente aconsejar á los jóvenes principiantes en la predicacion, que, sin creerse lastimados en su amor propio, antes bien dando una prueba de humildad sacerdotal y de deseo en el acierto, pasen sus sermones durante algun tiempo al exámen de sacerdotes instruidos, celosos y prácticos en el confesonario y púlpito: así evitarán escollos y consecuencias de que podrian tener que lamentarse, y más aún que por ellos por sus oyentes. Hechas estas advertencias acerca de la materia de los sermones morales, exáminemos lo relativo á la disposicion de los mismos, ó sea, el método que ha de guardarse en su composicion.

Disposicion.—Es bastante generalizada la práctica de elegir para esta clase de sermones un texto sagrado que resuma el asunto de que se vá á tratar, y de él tomar materia para el exordio; á no ser que, en lugar de éste se explique algun punto doctrinal que tenga enlace inmediato con el sermon. Más, aún cuando así no sea, conviene exponer en el exordio la dignidad, necesidad ó utilidad del asunto sobre que ha de versar la predicacion, á fin de hacer atentos y dóciles á los oyentes. A esto se sigue la *proposicion* que determine clara y concretamente el punto ó puntos de la materia predicable. En la *Confirmacion* ó exposicion de pruebas el predicador ha de mostrarse exacto y explícito; para que así suceda, preciso es haber hecho un detenido y concienzudo exámen de la materia, haberla tomado de autores de sana moral y prudente crítica, y sin perder de vista las condiciones del auditorio, disponerla en la forma conveniente. Las doctrinas falsas perjudican muchísimo en la enseñanza de la moral, así cómo no favorecen las que se apoyan en tradiciones meramente vulgares y no aprobadas por la iglesia; ó en opiniones particulares de autores, que aún suponiéndoles buena fé é intencion, son faltos de crítica, no han tratado detenidamente la materia, ó pecan de exagerados manifestándose muy rígidos ó demasiados laxos. Hémos dicho que, el predicador debe mostrarse expli-

cito en la exposicion de pruebas, En efecto, siha de hacer fructuosa la predicacion de la moral, necesita fijarse más en el terreno práctico que en el especulativo. No lo conseguirá, limitándose á reproducir testimonios de la Escritura, Santos Padres, Concilios..... sin cuidar desentrañarlos y exponerlos bien; lo que importa es, explicar con toda claridad los preceptos y leyes, enseñando su origen, calidad, extension á lo que mandan y prohíben, y la manera con que han de ser aplicados y observados: el amor á la virtud, el apartamiento del vicio; poniendo de manifiesto los argumentos con que la revelacion y la razon natural nos convencen y persuaden á la práctica de la primera y detestacion del segundo. Hay predicadores á quienes intimida, excitados por una vana delicadeza, penetrar en el cuadro de las costumbres, hacer el deslinde de los pecados y vicios, y poner de manifiesto sus funestos efectos. A estos diremos: que su temor en esta parte es infundado; que los fieles, lejos de ofenderse, no pueden ménos de ver con gusto el retrato verdadero de las costumbres cuando es trazado por mano hábil y diestra, y de complacerse en que el maestro de la sana moral no ignore lo que sucede en los diversos estados de la vida. Massillon, éste célebre predicador francés, tenia por costumbre en sus sermones morales, una vez sentados los principios, apelar á razones, segun las cuales, cada uno de por sí, áun sin conocimiento de ley ni de la necesidad de obedecerla, se pusiese en el caso de juzgarse á sí mismo. Buscaba aquellas en el corazon de sus oyentes y en el apego que cada cual tiene á sus pasiones, y allí descubria el inagotable manantial de frívolos pretextos y excusas vanas con que muchos pretenden eludir el cumplimiento de los preceptos y sus propios deberes. Por esto, dice un escritor: «Cada uno se reconoce en los cuadros vivos y naturales con que el insigne Obispo francés pinta el corazon humano, y muestra los resortes que le hacen obrar..... De aquí el efecto prodigioso de las palabras de Massillon.»

La *Refutacion* en los sermones morales suele reducirse á desvanecer los errores que pueda haber contra alguno de los principios sentados, las falsas interpretaciones que se dán á los preceptos y leyes, y los pretextos y fundamentos frívolos en que se pretende muchas veces apoyar la falta de su cumplimiento. Hoy interesa mucho al

predicador fijarse bien en este punto. Conocidos son el carácter del siglo y tendencia de la época presente; sabido es que, ante el egoísmo de unos, materialismo y sensualismo de otros, é indiferentismo de gran parte, se sacrifican los preceptos más venerandos; se desatienden obligaciones sagradas; se desprecian las leyes de la iglesia, y se hace escarnio y befa de las prácticas religiosas y morales. Necesario es, pues, que el sacerdote católico, llamado á velar y defender tan importantes objetos, se pronuncie en contra de aquellos que los ofenden y lastiman: levantando su apostólica voz con energía prudente desde la cátedra santa, para declamar contra tales abusos, corregir tamaños vicios, y reprender excesos tan punibles y escandalosos; si bien esto lo haga con la caridad que entraña su ministerio, y exige el buen celo por la salvacion de las almas.

Sobre la *peroracion* solo tenemos que hacer dos observaciones: que el predicador debe esforzarse en la parte patética ó moción de afectos, excitando vivamente al auditorio al amor de la virtud y detestacion del vicio y del pecado y que procure inculcarse en el modo de practicar aquella y apartarse de estos. Así, por ejemplo, si el sermón ha versado sobre la limosna y obligacion de hacerla; concluida la exhortacion, conviene enseñar la manera de practicarla útil y provechosamente, indicando las condiciones que han de acompañar á la obra caritativa para que sea aceptable á Dios.

Libros de consulta.—El primer libro que debe consultarse para la enseñanza moral es la Escritura Sagrada, pues en ella encontrará el predicador un arsenal riquísimo y abundante que le prestará materia suficiente para tratar cualquiera de los importantes asuntos que aquella abraza. En el antiguo Testamento, los libros sapienciales de los *proverbios* y del *Eclesiástico* se distinguen en añadir á sus exhortaciones argumentos poderosos de razon para excitar al amor de las virtudes y huida de los vicios. Los Santos Evangelios levantan incomparablemente esta misma enseñanza, y S. Pablo la extiende á todos los estados con tal profundidad, unción y eficacia, que prueban claramente la sabiduría inspirada de que el Señor le dotó. Las cartas de este gran maestro de la religion deben ser leídas y estudiadas frecuentemente por todo aquel que aspire al sublime ministerio de la predicacion. Entre los Santos Padres; S. Juan Crisós-

tomo, S. Agustín y S. Gregorio en sus obras morales son excelentes; pero quien desee hablar con propiedad en materias de moral cristiana, lea á Santo Tomás, pues en las suyas, y con especialidad en su *Secunda Secundæ* de su inmortal Suma, ordenó y recopiló cuanto acerca de aquellas dijeron los Padres. Muy conveniente es tambien la lectura de los autores ascéticos y de piedad de los últimos tiempos, entre los cuales merecen especial aprecio los españoles Avila, Granada, Puente, Alcántara y Rodríguez en sus *Ejercicios de perfeccion cristiana*; Señeri, *El Cristiano instruido*; Lanuza, *discursos predicables*; Cláus, *Specilegium Concinatorum et catecheticorum*; y la doctora Sta. Teresa de Jesús en sus *Cartas* sublimes y justamente celebradas.

I.

SERMON HOMILIA.

Confiada por Jesucristo á la iglesia la inteligencia de los misterios y verdades de las Santas Escrituras y tradicion, tienen sus ministros el deber de explicarlos á los fieles con toda claridad y sencillez; deber, por cuyo cumplimiento ha manifestado y manifiesta siempre su grande solicitud tan celosa cómo tierna madre, ya ordenando repetidas veces á todos sus hijos la frecuente leccion de los libros santos, ya tambien haciendo traducirestos en lenguas vulgares y disponiendo con maravillosa sabiduria que, en los oficios y celebracion de los misterios divinos, á cuya asistencia obliga en ciertos dias con riguroso precepto, se lea y aún cante gran parte de las Escrituras. Para concurrir á tan interesantes fines, debemos á los Santos Padres, y predicadores, celebrados justamente, que les han seguido, excelentes comentarios ó explicaciones de los libros divinos, especialmente de los Evangelios, Cartas apostólicas y de los Salmos; dejándonos en ellos bellisimos modelos del género de sermones que llamámos *Homilia*, que no son otra cosa que: *una breve y sencilla exposicion ó parafrasis del Evangelio, Epistola, ó cual quiera otro lugar de la Escritura para instruccion y edificacion del pueblo cristiano.*

Uso antiguo de la Homilia.—Si se pregunta por el origen de esta clase de predicacion, diremos que, aún cuando en variada forma, viene desde el tiempo mismo de los apóstoles; pues, examinados los sermones de estos (sermones del mismo Dios, como expresa un autor, porque Dios era el que hablaba por boca de ellos) no eran otra cosa que la exposicion de las Santas Escrituras hecha sencillamente á los fieles, y con la cual, llevada al ánimo de estos la inteligencia de aquellas y con ella el convencimiento, la mocion y compuncion, hacian conversiones numerosas, verdaderas y edificantes.

En los tiempos primitivos de la iglesia no se usó otra clase de predicacion. El que ejercia el oficio de *Lector* recitaba al pueblo el pasage ó pasages de la Escritura cuyo texto comentaba y explicaba despues el Obispo en la forma que creia conveniente, deduciendo las reflexiones morales y exhortaciones de mayor interés y aprovechamiento á los fieles. Casi todos los Santos Padres la usaron tambien, y prueba evidente de ello son las colecciones de *Homilias*, que componen la mayor parte de sus obras, que sirviendo de modelo de predicacion, han excitado á seguir su método en la misma ya de palabra ya por escrito á distinguidos predicadores, ilustrados y virtuosos varones, como los Granada, Lanuza, Lacordaire, Massillon, Raulica, Oudri, y otros que nos lo han continuado hasta nuestros dias.

Método en la formacion de la Homilia.—Á cuatro pueden reducirse los métodos ó maneras de formar la *Homilia*: 1.º, exponiendo uno por uno todos los versículos de la parte del Evangelio ó Epistola que sirva de base y se quiera explicar; 2.º Tomando tres ó mas versículos de la misma y que mejor se presten al intento del predicador y suministren abundante materia; 3.º, reducir todo el Evangelio á un punto ó dos, y aplicar al asunto que estos contengan la materia evangélica, comentando y ampliándola; y 4.º, formando la homilia en dos partes; la primera que contenga la explicacion de la letra del Evangelio, y la segunda la deduccion de las consecuencias morales y afectos que de la misma se desprenden. El método *primero* es mas sencillo y de mayor facilidad para el predicador, pero ofrece algun inconveniente, y es que: habiendo de tocar y tratar varios puntos, y estos entre sí diversos, no podrá detenerse mucho en las pruebas de cada uno, ni excitar afectos fuer-

tes que suponen larga amplificación; y que el ardor é impetu de decir, en que consiste casi toda la eficacia de la oracion, se ha de enfriar é interrumpir con frecuencia, pues cuantas veces haya de pasar el predicador de la explicacion de uno á otro versículo, por natural que sea la transicion, tantas es necesario que allí se suspenda aquel impetu.

El *Segundo* no ofrece estos inconvenientes, pues como dice Fray Luis «cualquiera que determina tratar ménos lugares, tiene realmente más tiempo para probar y amplificar copiosamente los asuntos, y encender así más ardientes afectos; siendo más prudencia digerir pocos lugares con estilo copioso, que con enjuto ir brevemente recorriendo muchos.»

Además tiene otra ventaja este segundo método, y es que, el sermón puede guardar mejor el carácter de unidad, puesto que siendo pocos los lugares del Evangelio que han de explicarse, necesariamente han de ir más compactas y enlazadas las ideas; y al propio tiempo facilita á los oyentes la retentiva de los puntos tratados. El *tercero*, que como se dijo, consiste en reducir la materia evangélica á un solo asunto, supone mayor trabajo en el predicador, como que viene á dar al discurso la forma de un sermón moral; pero conviene adoptarlo, con particularidad en evangelios largos y que comprenden muchos versículos, y aún cuando sean cortos, si el argumento se presta facilmente al encomio de alguna virtud ó reprension de un vicio. El método último, que es el usado por San Juan Crisóstomo, es verdad dá al predicador mayor libertad para expresarse, y le suministra abundante y variada materia, pudiendo á la vez exhortar á varias virtudes, así como reprender los vicios opuestos, pues á penas se podrá encontrar Evangelio ó Epístola que no se preste á ello; pero exige también habilidad particular y destreza para el lenguaje en medio de tantas transiciones, y facilidad para cambiarlo de natural y templado en grave, vehemente y aún enérgico, según lo requieran los diversos asuntos; privilegio concedido á pocos, y don no negado al Crisóstomo, quien, á la energía del carácter y vigor de expresion, reunia una grande elocuencia que le mereció ser llamado *boca de oro*.

Argumento.—En las homilias se reduce á indagar y desentrañar

el verdadero sentido del texto que se expone: impugnar los errores que hayan sido ó puedan ser condenados [por las palabras de este: descubrir, ó las virtudes que alaban ó los vicios que censuran, manifestando toda la autoridad y toda la fuerza divina que tienen como inspiradas que han sido por Dios; por cuyo método se conseguirá una admirable variedad que tenga siempre en atencion al auditorio, y haga que cada homilia sea una preciosa coleccion de máximas de fé y de moral.

Disposicion.—La homilia no está sujeta al artificio oratorio propio de otros sermones, ni exige adornos ni figuras galanas ó vehementes, siéndole el más adecuado el estilo tenue y casi familiar. Su disposicion suele ser la siguiente: *Texto*; se toma del Evangelio, Epístola ó lugar de la Escritura Santa que haya de exponerse, prefiriendo aquel que mas haga al intento y resuma mejor el espíritu del pensamiento que el predicador trate de desenvolver, principalmente si sigue el método de reducir toda la letra evangélica á un solo asunto, ó el de concretarse á explicar tres ó cuatro versículos de la misma. *Exordio*; este puede hacerse de dos maneras: 1.^a recitando la letra del Evangelio con brevedad, si bien de suerte que la narracion no carezca de hermosura y cierta elegancia; procurando referir con alguna extension y cierta cultura lo que los evangelistas dicen en un estilo breve y sencillo: á no ser que la letra sea larga, cómo sucede en el de la historia de la Samaritana, resurreccion de Lázaro y otros, pues en tal caso, la prudencia del predicador ha de dictar el consejo, pudiendo entonces resumir ó epilogar el evangelio en una ligera y sucinta explicacion del mismo. A veces conviene tomar el principio del exordio de algun antecedente del cual penda el contenido de la letra evangélica, ó tenga con él relacion íntima. Asi vemos que la parábola del *padre de familias*, que llama á los jornaleros al cultivo de su viña, es deribada y pende de la pregunta hecha por San Pedro sobre el premio prometido á los que todo lo abandonan por Dios; queriéndole manifestar el Señor en la indicada parábola las dos maneras de premiar, por justicia y por gracia. Pero es preciso detenerse poco tiempo en este género de explicaciones, á fin de que no falte el necesario á la exposicion del Evangelio. 2.^a Hay tambien otra clase de exordio, de que conviene hacer uso alguna

vez, y consiste según Fr. Luis de Granada, en procurar remover lo que puede servir de embarazo ó impedimento para que los fieles oigan con atención, se muevan y persuadan. Pues siendo indudable, que muchos asisten más bien llevados de la costumbre ó curiosidad que del deseo de aprovecharse; convendrá apartar estos obstáculos en el principio de la predicación, declarando el gran peligro de los que así oyen.

Proposición.—Cuando el predicador pretende exponer todo el Evangelio texto por texto, ó aun cuando no lo haga sino de aquellos que considere como principales, puede prescindir de formular proposición; bastando anunciar su propósito de explicar el lugar sagrado que acaba de referir. Tampoco hay inconveniente en que se formule, resumiendo el espíritu de la letra evangélica en un pensamiento ó idea, que se tomará como base, y se procurará domine en la exposición, haciendo con oportunidad las aplicaciones convenientes. Así por ejemplo, en el Evangelio de la *Epifanía* ó de *Reyes* puede tomarse como punto de partida y asunto principal: *las condiciones que deben acompañar á la fé verdadera*; y en el de la *Transfiguración*: *que solo en la posesion de Dios consiste el objeto de la verdadera y completa felicidad del hombre*. Mas cuando el intento del predicador no es exponer el Evangelio, sino reducir la materia á un solo asunto, referida la letra ó explicado sustancialmente su contenido, se procede á fijar la proposición. Como v. gr.: supongamos que el Evangelio es el que nos refiere el milagro de la multiplicación de panes y peces obrado por Jesucristo. El asunto podrá versar sobre la *providencia de Dios*, y ser formulado en estos ó parecidos términos: *no debemos fundar nuestra esperanza en el trabajo é industria, en los honores y riquezas, sino en la paternal providencia del Señor*.

Exposición.—Hecha la invitación al auditorio y suplica á María Santísima, comienza la exposición del Evangelio, antes de la que, no será fuera de propósito principiar por alguna sentencia ó lugar común que cuadre al intento, y detenerse un poco en ella. En órden á la exposición ha de observarse: que el texto sagrado sea interpretado conforme á la doctrina y sentir de los Santos Padres y expositores: que sea comentado con testimonios de estos y algunos otros de la Escritura: que se guarde proporción debida en la exposición de los

diversos textos ó versículos y arreglada al tiempo que haya de emplearse en el Sermon: que se deduzcan las reflexiones morales oportunas á que se preste el texto, explicado que sea, á fin de que los oyentes se aprovechen de la explicacion; y por último, que el predicador se muestre hábil en las transiciones de uno á otro punto, haciendo que sean naturales, suaves y nada violentas; pues así, guardando enlace unas materias con otras, lejos de que puedan aparecer tantos sermones distintos como sean los textos ó versículos explicados, se presentará el sermon como un cuerpo compacto de doctrina. Este puede decirse que es el trabajo que pide la *homilia*, y en el que se conoce la mayor ó menor destreza del predicador. Por lo demás, la composicion de esta clase de sermones es sencillísima, como se vé, y de gran facilidad para el que tenga una mediana erudicion y copia de doctrina para exornar las materias. *Conclusion.*—La más natural es, exhortar á los oyentes á la práctica de las virtudes que resulten recomendadas por la exposicion, asi como á reprobar los vicios opuestos á ellas, teniendo en cuenta las circunstancias del auditorio en general.

Ventajas que ofrece la Homilia.—Las tiene para el predicador y tambien para los fieles. Para el primero, porque no exigiendo, como ya dejamos dicho, la artificiosa argumentacion propia de otra clase de sermones, economiza mucho tiempo y trabajo en su composicion; y atendido el orden que ha de guardarse en exponer la letra del Evangelio, resulta que, por corto que sea el ingenio y regular tan solo la instruccion del predicador, rara vez ha de faltarle materia necesaria, puesto que la de un punto puede compensarse con la de otro. Es ventajosa para los oyentes, ya por lo agradable de la variedad de las materias, ya por lo útil de los diversos documentos que se dan para la vida cristiana. Por tanto, nada extraño es que veámos recomendada tan eficazmente esta manera de predicar por los más celebrados maestros de oratoria sagrada, siendo uno de ellos Fenelon, á quien hemos citado varias veces, y con cuyas palabras terminamos este artículo. «Quisiera, dice (1) que los predicadores no se contentaran con ir enlazando pasages sin hacer más que referirlos, sino que explicasen los principios y encadenamiento de la doc-

(1) Dialog. 3.º pág. 261.

«trina de la Escritura. Quisiera, que tomasen su espíritu, su estilo, sus figuras, y que sus sermones sirviesen de que todos la entendiesen y hallasen gusto en ella. No sería menester más para ser elocuentes, pues eso sería imitar el mejor modelo de elocuencia..... «Cuán diferente sería, si los párrocos, según el antiguo uso, explicasen al pueblo sin interrupción los libros sagrados. Grande sería la autoridad de un hombre que nada digese de su propia invención y que no hiciese más que seguir y explicar los pensamientos y palabras del mismo Dios. Por otra parte, haría dos cosas á un tiempo; pues explicando las verdades de la Escritura, explicaría también el texto y acostumbraría á los cristianos á unir siempre el sentido con la letra. ¡Qué ventaja para acostumbrarlos á alimentarse de este pan sagrado! Un auditorio que hubiese oído ya explicar las principales cosas de la ley antigua, estaría en muy diverso estado de aprovecharse de la explicación de la nueva del en que están la mayor parte de los cristianos de hoy día. Hay predicadores que, bajo el pretexto de la simplicidad apostólica, no estudian sólidamente ni la doctrina de la Escritura, ni el modo maravilloso con que Dios nos ha enseñado en ella á persuadir á los hombres. Piensan que no hay más que gritar y hablar á menudo del diablo y del infierno. No hay duda que conviene mover los pueblos por medio de imágenes vivas y terribles, pero en la Escritura es donde se aprende á hacer estas grandes impresiones. Así, un sacerdote que las supiese sólidamente y tuviera facilidad de explicarlas, junto esto á la autoridad de su ministerio y del buen ejemplo, no tendría necesidad de larga preparación para formar excelentes sermones.»

NOTA. Los Santos Padres, y entre ellos, S. Juan Crisóstomo, san Basilio, S. Agustin, S. Gerónimo, S. Ambrosio, S. Gregorio Magno y el Nacianceno nos han dejado excelentes colecciones de homilias. De tiempo posterior: Granada, Leon, Lanuza, Masillon y otros. Como expositores de la Sagrada Escritura, pueden ser consultados para el trabajo de Homilias; Cornelio A. Lapede, Calmet, y Piconio, *de Evangelios*. *El Católico* publicó también una buena colección de ellas en los años de 1840 al 46.

II.

SERMON DE MISION.

Aún cuando todas las reglas que dejámos consignadas para los sermones morales en general convienen y son aplicables á los de *mision*; con todo, vamos á reproducir algunas observaciones importantes sobre esta clase de sermones, y particularmente las que hace San Alfonso Maria de Ligorio.

La primera regla para el resultado de esta predicacion es la eleccion de los asuntos que deban tratarse; y para hacer esta eleccion segun conviene, el medio es simplemente tener el fin siempre á la vista. No predicar nunca más que lo que se tiene en los manuscritos, en lugar de predicar lo que pertenece á las verdaderas necesidades de las almas, es no trabajar formalmente. Mejor seria, á falta de tiempo, ocuparse ménos en preparar la forma, y dedicarse más á la inspiracion del cielo: hablar por un simple bosquejo, en lugar de haber escrito lo necesario y haberlo aprendido de memoria; pues predicar lo que conviene, esto, valdria más, que pronunciar discursos preparados cuidadosamente, discursos magníficos si se quiere, pero sin relacion con las verdaderas necesidades de una mision. *Pulchra sed non apta..... Non erat hic locus.....* Hé aquí el juicio que forma desde luego un hombre de buen sentido, cuando ante él se pronuncian esos discursos bellos pero fuera de propósito.

El fin de la mision es el de convertir, se ha de predicar pues, lo que convierta. Lo que convierte, lo que se presta admirablemente á tan importante objeto, es: el fin del hombre; lo que es la vida de la tierra en los designios del Criador; la brevedad del tiempo y la nada de cuanto pasa; la vida futura con sus recompensas ó sus castigos eternos; el pecado, único obstáculo para la salvacion, su malicia y los poderosos motivos que tenemos para aborrecerlo, para llorarlo cuando lo hémos cometido; y tambien los grandes atributos de Dios, su poder y justicia, su bondad y misericordia, sus justos derechos sobre nosotros como criador, conservador, soberano y universal bienhechor, como juez, vengador del crimen y remunerador de la virtud..... y añadiendo á todos estos títulos, la estrecha obligacion

que tenemos de servirle y amarle; Jesucristo, redentor y mediador de nuestras almas, por el cual solamente podremos acercarnos á su Padre; la confianza sin limites que debemos tener en él; y en apoyo de esto, algunos de los principales rasgos del Evangelio, los más propios para inspirar esta confianza y para excitar el corazon á la compuncion, como la conversion de la Magdalena, la de S. Pedro, la parábola del hijo pródigo.....

Despues; el Sacramento de la Penitencia, la preparacion que debe precederle; la necesidad y las cualidades de la contricion y del buen propósito; la confesion humilde, sincera y completa de los pecados; la satisfaccion, esta parte de la penitencia tan abandonada, y de la que se habla muy poco; la Santa Comunion con sus maravillosos efectos..... Y, á fin de iluminar las almas acerca de las resoluciones que deben tomar..... la idea y el plan de una vida verdaderamente cristiana; las virtudes con los pecados opuestos; la oracion, los deberes más esenciales del cristiano, el cumplimiento de los preceptos de la iglesia, etc.

Tales son los principales asuntos que es necesario predicar en toda mision, si se quiere trabajar formalmente en la obra de Dios, es decir, despertar, iluminar, conmover y convertir las almas. Es preciso, además de la buena eleccion de estos asuntos, coordinarlos, encastrarlos y disponerlos segun las leyes de cierto progreso que ordinariamente sigue la gracia en la obra de la conversion de los pecadores. Tenemos un buen modelo para esto: el que nos ofrece el Santo Concilio de Trento en el admirable capítulo *Disponuntur* el sexto de *Justificatione*. En él están perfectamente descritas todas las operaciones de la gracia divina, disponiendo el alma del pecador, y conduciéndole despues con fuerza y dulzura hasta esas supremas resoluciones que lo deciden todo, y entregan, en fin, una alma á Dios.

Otra observacion importante. Es menester no contentarse con tratar estos asuntos tan esenciales cada uno en su lugar y una sola vez, en un sermon *ad hoc*, de suerte que no se hable del cielo ó del infierno, sino predicando especialmente del cielo y del infierno, y lo mismo de otros puntos. No, conviene mucho que todas las verdades, todos los preceptos, todos los deberes que se juzgue más necesario

inculcar en una mision, se recuerden con frecuencia, de una ú otra manera, bajo una ú otra forma, en casi todos los sermones, y que, *oportune, importune*, como dice el Apóstol, sean repetidos. Este es el único medio de hacer penetrar en los espíritus lo que se desea, y de que el predicador pueda producir en las almas grandes y profundas impresiones.

Respecto al estilo y disposicion de esta clase de sermones, dice san Alfonso lo siguiente: «Es innegable que los sermones de mision deben ser más sencillos y ménos recargados de sentencias latinas. Ciertos misioneros jóvenes atestan sus discursos de citas de la Escritura y de largos textos de los Santos Padres. ¿Pero de qué sirven todas estas citas á los pobres que no las entienden? Son muy útiles los textos de la Biblia para corroborar lo que se dice, pero para este objeto, conviene que no abunden mucho y que se expliquen bien, atendida la corta capacidad del pueblo. Muchas veces viene tambien al caso alguna cita de los Santos Padres, con tal que sea espiritual y breve, y que declare el punto con un gusto y énfasis particular. Sírvanos de modelo los sermones de mision del V. P. Pablo Segnerí, tenido generalmente por consumado maestro en el arte de predicar, en los cuales escasean los textos latinos, al paso que abundan las reflexiones prácticas y la moralidad.»

«En las misiones debemos expresarnos de un modo más sencillo y usual, para que el pueblo se haga capaz, y se conmueva. Se necesita un estilo cortado y cláusulas cortas, de modo que quien no haya oido ó entendido una, no por esto quede á oscuras de la que le sigue, á fin de que, si alguno encuentra ya empezado el sermón, comprenda al momento lo que dice el predicador. No hay que esperar de los ignorantes si están demasiado encadenadas las cláusulas. Entonces el que no oye el primer periodo, nada comprende del segundo ni del tercero. Dice tambien con muchísima razon Muratori, que para obtener la atencion del auditorio, es muy útil servirse de interrogantes, por medio de la figura *Antífora*, por la cual el predicador se pregunta y se responde á sí mismo. Tambien es preciso, en el modular la voz, evitar el tono unísono ó hinchado á manera de panegírico. Evítase igualmente el hablar con voz violenta y forzada, como hacen algunos misioneros con riesgo de romperse una ve-

na, ó á lo ménos de que les falte el aliento, y fastidiando al auditorio sin provecho; pues lo que concilia la atencion es el interpolar el tono fuerte con el bajo, pero sin saltos excesivos y repentinos: haciendo tal vez una larga exclamacion, luego una oportuna pausa, un suspiro, ú otras cosas por este estilo, cuya variedad en la entonacion y en el modo, cautiva la atencion del auditorio.»

«En las pláticas de mision tampoco debe pasarse nunca por alto el acto de contricion, que es la parte mas interesante de semejantes sermones, de los cuales poco fruto se saca, sino quedan compungidos los oyentes con propósito de cambiar de vida, y este es el objeto del acto de contricion. Conviene por tanto repetirlo, variando de formas, cada una motivada de por sí, para que la gente se compunga, no á fuerza de gritos, sino por las razones que se alegan. En el acto del propósito, anejo al de contricion, hágase proponer al pueblo de un modo especial huir de las ocasiones peligrosas: recurrir en las tentaciones al auxilio de Jesús y de María, concluyendo con pedir á la divina Madre alguna gracia; como el perdon de los pecados, el don de la perseverancia, ú otras por este estilo.»

III.

DE CUARESMA Y DOMINICALES.

Comprendida tambien esta clase de sermones en la de los *morales*, de cuyo argumento, disposicion y demás hemos tratado anteriormente, nos limitamos á trascribir las advertencias especiales que de ellos hace S. Alfonso.

«Entre los sermones de clase, dice, que acabamos de indicar y los de cuaresma y dominicas, es cierto que debe haber alguna diferencia. Volviendo á nuestro tema, decimos que, cuando el auditorio se compone de literatos y de idiotas, todos los sermones cuaresmales deben ser sencillos y populares si se quiere obtener fruto, no de palabras sino de hechos, de modo que de resultas de los mismos, vayan los oyentes á confesarse. Me acuerdo, que predicando en Nápoles por este sencillo estilo un célebre misionero, no solo se agrupa-

ba la gente al derredor del púlpito, sino tambien al pié del confesionario, á donde se dirigia, concluido el sermón.»

«Y hablando de los pueblos cortos y aún de las ciudades en las cuales la plebe acude á los sermones, en conformidad á lo que dice Muratori, el predicador debe hacer uso de un estilo popular y hasta infimo, para acomodarse á los cortos alcances de la pobre gente. He visto pueblos enteros santificados por los sermones cuaresmales de predicadores que apelan al estilo sencillo y popular. ¡Pero que lástima causa al ver que en los pueblos del campo se predique anualmente la cuaresma y todo sea trabajo perdido! Al principio los pobres campesinos van á oír el sermón; pero viendo que el predicador recita su lección de un modo que ellos no entienden, y que no sacan de ello ningun provecho, no se acercan más á oírlo, diciendo, segun frase vulgar, *que habla en latin*. Quisiera que semejantes predicadores, ya que no se resuelvan á cambiar los sermones que tienen escritos en estilo sublime, á lo ménos en las últimas semanas de cuaresma diesen al pueblo ejercicios espirituales á modo de mision, escogiendo la hora última de la tarde, en la cual los trabajadores se retiran de sus faenas, pues por las mañanas, en los días de trabajo, y en la hora comunmente destinada para predicar, no pueden asistir los jornaleros; y estoy cierto que sacarian más fruto de semejantes ejercicios por un estilo sencillo, del que produce la predicacion de cien cuaresmas. No faltarán sacerdotes que se excusen pretextando ser predicadores y no misioneros, y tal vez se ruborizarian de dar tales ejercicios para no perjudicarse y ser tenidos por oradores de poca monta, porque es cierto que en los ejercicios es indispensable el estilo popular y sencillo, pues de lo contrario son inútiles. Pero he tenido la satisfaccion de saber, que varios sacerdotes y hasta muchos religiosos dán en la cuaresma los mencionados ejercicios con manifiesto provecho del pueblo.» (1).

(1) En efecto es así, y la experiencia me ha enseñado ser cierto lo que afirma S. Alfonso. Hallandome de Capellan mayor ó Cura principal de la ciudad de Barbastro, dispuso el M. I. Sr. Vicario Capitular de la Diócesis en *sede Episcopal vacante*, que lo era el Señor Dean de aquella Santa Iglesia Dr. D. Basilio Gil y Bueno, despues Obispo de Huesca, que: durante el tiempo cuaresmal, y sin perjuicio de la predicacion que segun costumbre se hacia en el templo Catedral, se diesen ejercicios, á modo de mision, en la iglesia de S. Francisco los martes, viernes y domingos de cada semana por los que te-

«También en los sermones dominicales se haría un bien imponderable si siempre se predicasen en estilo sencillo. En ciertas ciudades hay diariamente exposicion de *Sacramento* en varias iglesias, principalmente en aquellas donde están las *Cuarenta Horas*, á las que concurre por lo comun mucha gente de humilde estado, y se sacaría gran provecho de tales sermones predicando de un modo popular; insinuando la manera práctica de prepararse para la Santa Comunión, y de dar gracias despues de ella; de visitar al *Santísimo Sacramento*; de hacer oracion mental; de oír misa meditando la pasión del Salvador; explicando la práctica de las virtudes y otras cosas semejantes. ¿Pero es esto lo que se practica? Oímos las más veces ciertos sermones encumbrados y elocuentes que dificilmente se entienden.....»

Recomendámos á los predicadores la obrita *Sermones abreviados para todas las dominicas del año* por S. Alfonso Maria de Ligorio. Dos tomos en 8.º, y son editores de ella los libreros Sres. Pons y compañía, Barcelona.

IV.

DE ROGATIVA.

El objeto que las rogativas tienen en la iglesia no es otro que, el de implorar la misericordia del Señor en las grandes necesidades, ó pedirle el apartamiento de alguna calamidad pública, como peste, hambre, guerra, y otras con que, permite sean afligidos los pueblos y naciones de vez en cuando en justa expiacion de los pecados, crímenes y vicios.

níamos la cura de almas; cuyos ejercicios daban principio á las cinco y media de la tarde, y consistian en el rezo del Santo Rosario, letanía, canto de letrillas de mision, el sermón, y el *Miserere* cantado á dos coros por la capilla y sacerdotes.

Con la oportuna antelación, reunidos párroco y vicarios, formábamos el plan de predicacion para los ejercicios, tomando por base aquellas materias que, á nuestro entender, respondian á las mayores necesidades de los fieles; y aprobado por el Ordinario, se anunciaba por carteles en las puertas de la iglesias. La concurrencia á estos ejercicios era tal, que á pesar de lo muy capaz de la iglesia de S. Francisco, se veian privados muchos fieles de poder penetrar en ella; y el resultado que se obtenia, gracias á la misericordia del Señor, era grande y satisfactorio.

Al efecto, la iglesia tiene establecida su liturgia y celebracion de actos solemnes religiosos, como procesiones, misas, triduos ó novenarios á Maria Santísima, ó algun Santo de particular devocion; prescribiendo á la vez á los fieles la práctica de ejercicios de penitencia, recepcion de sacramentos, obras de caridad, etc. Las rogativas ofrecen ocasion muy oportuna para anunciar la palabra divina, y sacar de ella frutos saludables y copiosos de humildad, de temor santo, de compuncion, arrepentimiento, penitencia y otras virtudes.

Argumento.—Será la materia de esta clase de sermones, descubrir ó poner de manifiesto las causas que hayan podido motivar el castigo de parte de Dios; lo mucho que á éste ofende cierta clase de pecados; el abuso que se hace de sus bondades y desprecio de sus gracias; la infraccion de sus preceptos, la violacion de las leyes de la iglesia, los escándalos públicos..... y como todo esto, va preparando los efectos y rigores de la justicia del Señor, que así como sobre los individuos, deja sentir tambien sobre los pueblos: proponiéndose en ello su infinita sabiduría, que todo lo ordena á nuestro bien, un fin santo, cual es, separarnos del camino del pecado y de la culpa, haciéndonos entrar en el de la virtud y su gracia por la fuerza del castigo, cuando han sido menospreciados los llamamientos de su misericordia.

Disposicion.—El *Exordio* en los sermones de *rogativa* parece natural que sea vehemente; la *peroracion* debe serlo en todo caso, pues en ella es necesario excitar con eficacia á los fieles al verdadero arrepentimiento de las culpas, á la detestacion del pecado, á la práctica de la virtud y obras buenas como medio de conseguir el verdadero consuelo. Con todo, el predicador no debe proponerse aterrar más de lo necesario para apartar á los pecadores de sus vicios; y no ha de olvidarse de ofrecer á estos la idea consoladora, de que Dios es un Padre lleno de amor y bondad, que no quiere el mal, y ménos, la muerte de sus hijos, sino su enmienda y conversion. Como el filosofismo incrédulo y la impiedad pretenden enseñar, que todas las calamidades son obra de la naturaleza y resultado de la combinacion de causas de la misma; bueno será, que el predicador salga al encuentro de tales absurdos, refutándolos de una manera convincente, y ofreciendo en contra de ellos las pruebas que suministran

la fé y la religion. En los libros santos hallará materia abundante al efecto, así como pensamientos sublimes, expresiones y palabras eficaces con que instruir á los fieles é inspirarles afectos de compuncion. En el *Exodo*, *Deuteronomio*, *Jueces*, *Reyes*, *Judit*, *Ester* y en los de los *Macabeos* se habla de peste, hambre, esterilidad, guerras y otras calamidades públicas. Los Santos Profetas, y entre ellos *Isaias* y *Jeremias* más particularmente, levantan tanto sus ideas en esta materia, usan de figuras tan sublimes, de imágenes tan vivas, y de frases tan elocuentes para dar á conocer la grandeza inefable de Dios, su poder infinito, y su justicia sobre los pecadores; que su lectura no solo se recomienda, sino que se hace necesaria al predicador para anunciar dignamente la palabra en ocasiones de pública calamidad. Entre los Santos Padres, pocos habrá que no hayan tratado este punto interesante de la religion. Pero los que más se han señalado, y como que se han excedido en la abundancia y alteza de la doctrina, sublimidad de pensamientos, elocuencia y belleza de estilo, ternura y uncion en las palabras, son S. Cipriano, San Basilio y S. Juan Crisóstomo.

Tambien entre los escritores modernos, son pocos, los que han tratado materias predicables que no se ocupen en las *Rogativas*.

De las pláticas doctrinales se tratará en el capítulo siguiente al hacerlo de la predicacion parroquial.

§. 2.º

SERMONES MAGISTRALES Ó DOGMÁTICOS.

Llámase sermon *magistral* ó dogmático aquel en que se trata de alguno de los misterios ó verdades de fé, como la Santísima Trinidad, Encarnacion, pecado original, purgatorio, etc. Que hay necesidad de predicar alguna vez esta clase de sermones, no admite duda, y mucho más atendido el espíritu fatal de la época presente, muy favorable á la propagacion de la impiedad, herejía é indiferencia religiosa, así como si se tiene en cuenta la tibieza en la fé de muchos católicos, la falta de instruccion en doctrina cristiana y otras causas que justifican dicha necesidad. Es cierto tambien que, áun

cuando en nuestro suelo no tuviéramos que lamentar, cómo por desgracia lamentámos, el extravío de algunas personas en ideas religiosas, que es preciso corregir; sabido es que, la facilidad y rapidez de las comunicaciones, los asuntos de comercio y otros análogos son medios que contribuyen mucho para la importacion de libros y escritos de perniciosas doctrinas contra la fé y la moral, y para que cunda el contagio del mal por todas partes. De aquí, que los predicadores, encargados de dar á los fieles la enseñanza católica por medio de la palabra divina, sostenerlos en las verdaderas creencias y apartarlos de los errores, se vean hoy precisados, más que en otros tiempos en que no eran tan combatidas las verdades de fé, á recordarles éstas en el púlpito, y reprobando las doctrinas opuestas á las mismas.

«Si, en estos tiempos, dice un celosísimo y sábio Prelado español (1), en que superabunda la muerte, debe tambien superabundar la vida, y si la muerte se dá por medio de la instruccion que está cimentada sobre las columnas de la mentira y la filosofia del error, dése tambien la vida por el conducto de la que lo está sobre la verdad y la ciencia de Dios..... Contra tinieblas luz, contra errores verdad, contra principios disolventes principios de estabilidad; contra filosofia panteista y racionalista, filosofia cristiana, contra sabiduría mundanal sabiduría virtuosa, y contra instruccion que nace en la tierra y en la tierra muere..... otra instruccion que, partiendo del cielo, plegó sus alas angelicales y posó en la tierra para inmortalizarse en las alturas de donde salió para felicidad del hombre.»

Método de tratar las materias dogmáticas en el púlpito.—A parte del conocimiento profundo que el predicador debe tener de las verdades de la religion que haya de tratar, para que pueda discernir y señalar con claridad y precision los términos y límites de la fé, separando de ésta todo cuanto sea de sola probabilidad y admita la libre opinion; necesita grande prudencia y exquisito tacto en el modo de proponerlas y explicarlas á los fieles. Al efecto, debe tenerse mucho cuidado en no confundir de manera alguna el púlpito con la

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Cosme Marrodan y Rubio, dignísimo Obispo de Tarazona, en Carta pastoral al clero y fieles de su Diócesi de 6 de Enero de 1868.

cátedra de teología, porque siendo distintos el objeto y fin de uno y otro lugar, de diferente modo también han de ser tratados los asuntos en cada uno. El maestro de teología explica para convencer, el predicador más bien para persuadir: aquel enseña á los que han de tomar á su cargo la defensa de la verdad y la lucha con sus enemigos, éste á los que han de amarla y practicarla. En tal supuesto, el carácter de los sermones dogmáticos no ha de ser el de discursos especulativos y disertaciones académicas, sino el de sermones prácticos y propios para obrar sobre el corazón de los oyentes. La abundancia de citas tomadas de la Escritura y Santos Padres con que se prueban las verdades dogmáticas en las escuelas, el estilo árido que en estas se sigue, no son convenientes en el púlpito. Pocos, pocos serían los oyentes que pudieran seguir á un predicador en las abstracciones metafísicas; y siendo pocos también—en países verdaderamente católicos—los que duden de las verdades de la religión, y si muchos los que las olvidan ó desatienden por abandonarse á las pasiones, el predicador debe ceñirse ó concretarse por lo común á recordar aquellas, y excitar en el auditorio la resolución de acomodar su conducta á las mismas. No queremos decir con esto, que no sea conveniente probar las verdades que enseña la religión, pues hay ocasiones en que es necesario recordar su existencia y confirmar á los fieles en la creencia de ellas; especialmente, cuando en la localidad ha circulado alguna doctrina errónea, ó de pública voz se há propalado y vertido en contra de algún misterio ó artículo de fé. Lo que pretendémos inculcar es que, en ningun caso han de aplicarse á la enseñanza del púlpito el tono y sistema de la cátedra.

Respecto á la disposición que pueda darse á esta clase de sermones, nos parece como más adaptable la siguiente. Después de una ligera introducción, proponer la verdad dogmática; manifestar brevemente su existencia, y tomando por asunto principal alguna ó algunas de las máximas morales que de la misma se deduzcan para fomentar las virtudes y apartar de los vicios: ó bien los admirables efectos que resultan de la existencia de tal verdad católica, beneficios que puede producirnos y motivos de gratitud que nos reclama; insistir el predicador sobre ello en el cuerpo del sermón, excitando al final de éste los sentimientos del auditorio á que mantenga siem-

pre viva la fé en dicho misterio ó verdad, y repruebe cuanto en contra de ella se le diga, lea ú oiga.

Hay que tener en cuenta que, la mayor parte de las dificultades que se forman en los espíritus contra la religion, proceden de entenderla mal, y de que se le atribuyan enseñanzas que no son las suyas. La simple exposicion de la doctrina, cuando se hace bien, es suficiente para destruir una gran parte de las dificultades que embarazan á los ignorantes. Despues que se haya expuesto bien tal dogma, bastará muchas veces hacer notar cuán lejos está, tomado en su verdadero sentido, de ser contrario á la razon, áun cuando esté fuera del alcance de ella, y hasta qué punto las ideas que los incrédulos ó herejes tienen, y de las que nacen sus preocupaciones, son falsas y contrarias á la verdadera doctrina de la iglesia. Generalmente creemos que aquellos que abandonan la religion, saben lo que hacen y la conocen. Pues no, muy á menudo sucede que no lo saben, que no han conocido jamás el fondo de la religion. Es una cosa sumamente extraña ver hasta qué punto los que parecen más instruidos, desconocen los primeros rudimentos del cristianismo. No conocen la lengua, los términos más sencillos, ni los signos elementales. Es, pues, necesario enseñarles. Es preciso que, siempre que hablemos, pensemos en esos pobres espíritus enfermos, que tienen un velo ante los ojos, ó á quiénes detiene cualquier insignificante obstáculo, cualquiera nimiedad, cualquiera objecion, pero que basta para embrollarles y de que no saben defenderse: muchas veces, una palabra intencionada, un razonamiento, ó una demostracion dirigida con acierto á iluminarles, será suficiente para descorrer el velo, disipar la dificultad, y dejar que la luz penetre hasta su alma.

§. 3.º

SERMONES PANEGÍRICOS.

En la Oratoria Sagrada se dá el nombre de *panegíricos* á los sermones en que se hace el elogio de hechos y virtudes de los Santos, para que sirvan de estímulo y edificacion á los fieles. Nada más na-

tural y justo, que la iglesia honre y perpetúe la memoria de aquellos que fueron sus hijos esclarecidos, quienes, ya derramando su sangre en defensa de la fé, ya ejercitándose en una vida austera y penitente, en la práctica constante de la ley del Señor y cultivo de las virtudes cristianas, alcanzaron un grado heroico de santidad, haciéndose dignos del premio eterno de la gloria.

A este fin, les dá lugar en los altares, prescribe y ordena su culto, y autoriza la celebracion de festividades dedicadas á los mismos. El objeto, que en ello se propone la iglesia es importantísimo; pues no sólo consulta la mayor alabanza y honra de Dios, á quien veneramos en sus Santos, sí que también el provecho y utilidad de los fieles; presentándoles, en la persona de los que algun dia fueron moradores en este mundo, y hoy lo son en la pátria celestial, modelos acabados de perfeccion y de virtud acrisolada que imitar, y un testimonio irrecusable de la ninguna imposibilidad que ofrece la marcha constante por el camino de la ley santa de Dios, sea cualquiera el estado y clase á que se pertenezca, puesto que de todos ellos hay personas que consiguieron santificarse.

Nadie como el predicador cristiano puede cooperar tanto á llenar este interesantísimo propósito de nuestra madre la iglesia, si acierta á desempeñar bien su ministerio en la predicacion panegirica de los Santos, utilísima bajo todos conceptos y llamada á producir ópimos y copiosos frutos en los fieles. Por tanto, importa y conviene mucho al orador sagrado saber la conducta que ha de seguir en esta clase de sermones, la materia sobre que han de versar, modo y manera de disponerla y tratarla.

Materia.—La gracia divina considerada en los admirables efectos que ha obrado en los Santos; el grado heroico de las virtudes de estos, por las que deben ser honrados y respetados, y el cual, es incentivo poderoso para que nos esforcemos en su imitacion; los hechos notables acaecidos durante su vida y aún despues de la muerte; los beneficios que concedieron á sus semejantes mediante el buen uso que hicieron de los dones y gracias recibidos del Señor; la gratitud que nos merecen por el ejemplo edificante que nos han dejado; el valimiento que tienen para con Dios, de quien están gozando en premio de sus virtudes; su intercesion poderosa para con Él, interés

y caridad conque han de pedirle por nosotros; lo mucho que podemos prometernos de sus ruegos y súplicas en el socorro y alivio de nuestras necesidades y consecucion de toda clase de gracias; lo gratos que han de serles los cultos y obsequios que les hagamos..... todo eso, con las reflexiones morales que de cada uno de dichos puntos se desprenden, es lo que viene á servir de materia en los panegíricos. Más el predicador al ocuparse en el elogio y alabanza de los Santos, no debe perder de vista la enseñanza provechosa que de ello puede resultar para los oyentes. Por eso conviene, que al tratar de las virtudes y obras meritorias de aquellos, no se olvide de recordar á estos los medios que practicaron para alcanzarlas, las dificultades que tuvieron que vencer, los trabajos que emplearon, y demás; y como todo esto lo consiguieron con el buen uso y correspondencia á la gracia del Señor, lo que prueba, que la santidad es posible á todos aquellos, sean de la clase y condicion que quiera, que responden á los llamamientos de Dios y cooperan á sus divinos auxilios.

Es un error del mundo el unir la santidad con las acciones maravillosas, y no estimar en los Santos más que los hechos que traen el sello de lo maravilloso. El predicador debe destruir esta preocupacion, y enseñar á los fieles que la santidad consiste en las virtudes ocultas y que parecen comunes, en esta piedad uniforme y constante, sin brillo exterior, que sigue con un paso igual el camino del deber; que es exacta en las cosas pequeñas lo mismo que en las grandes, y se prepara á éstas por la fidelidad en aquellas.

Método.—Dos son los métodos señalados por los principales tratadistas de Oratoría para el desempeño de los panegíricos. Consiste el primero, en referir los hechos y virtudes del Santo desde su nacimiento hasta la muerte, con los anuncios que precedieron á su venida al mundo, y áun los prodigios que el Señor obró por su intercesion. El segundo, en elegir una, dos ó tres acciones principales del Santo que se celebra, ú otros tantos rasgos de sus virtudes sobresalientes, y en referir á estos puntos culminantes todo lo demás que se considere digno de mencion especial en la historia de su vida. Cuál de estos dos métodos sea preferible, lo dirán las reflexiones siguientes.

Adoptando el primer método, á que llaman *natural*, verdad es

que, el elogio puede ser, si se quiere, más cumplido, y que los oyentes tendrán noticia más circunstancia la de la vida del Santo; pero lo es también, que al predicador no le será fácil extenderse en reflexiones morales, y aún cuando quiera hacer algunas, no podrá acomodarlas de manera que hagan impresión profunda en los ánimos, con lo que, dejará de satisfacer una de las exigencias que la iglesia le impone en los elogios de los santos. Se ofrece a demás otro inconveniente, y es que, limitándose el sermón á ser una rápida reseña de la vida del Santo, necesariamente se sigue que, el predicador no podrá darle el interés que deseara, ni carácter alguno de novedad, cuando se trate de Santo que sea muy conocido. Estos inconvenientes, no despreciables por cierto, los hallamos obviados con el segundo método, ó sea, el *artificial*, el cual nos parece más adaptable. En primer lugar, fijándose en dos ó tres hechos, ó virtudes principales, el predicador podrá muy bien en la narración de ellos dar lugar á las reflexiones morales que les sean análogas; así como por la conexión íntima que las virtudes tienen entre sí, al tratar de la excelencia de una, hacerse cargo de otras diferentes, aún cuando ésto lo haga ligeramente. En segundo lugar, será más fácil dar interés al relato histórico propio de esta clase de sermones; prestarle novedad, por más que sea vulgar el conocimiento de las virtudes y cualidades del Santo de que se trate, y al panegírico la forma oratoria correspondiente, animándose por grados el predicador desde el mero relato de los hechos que entran en su plan, hasta los pasajes más vivos y patéticos de sus exhortaciones morales.

La práctica seguida por algunos predicadores, muy pocos, de reducir toda la materia del panegírico á un solo punto, fijándose en un hecho ó virtud que sirva de base al sermón, y al cual contraen todas las pruebas y reflexiones morales, haciendo caso omiso de los demás; no nos parece muy conforme, y creémos que en hacerlo así, no se interpreta bien el espíritu é intención de la iglesia. Esta quiere que, los hechos y virtudes de los Santos se den á conocer á los fieles, y se propongan para ejemplo y edificación de los mismos. Así vemos que, en los primeros siglos, antes del sermón, se leían las actas ó la historia del martirio del Santo, y á continuación se predicaban sus alabanzas. Vemos también que, en el oficio divino que

la iglesia les dedica, las lecciones contienen un relato sucinto de su vida, abrazando todo lo más notable ¿y podría decirse que esto tiene por objeto tan solo la instruccion de los sacerdotes, dejando á los fieles privados de su noticia? De ningun modo. El V. Granada no solo aconseja á los predicadores que se ocupen los panegiristas en las virtudes de los santos, sino tambien en los milagros que el Señor obró por estos, por ser éste un medio poderoso, dice, para declarar grandemente la infinita bondad de Dios, su inestimable caridad con los suyos, su paternal cuidado y providencia.

El Ilmo. Sr. Climent, Obispo de Barcelona, en una de sus cartas pastorales (1), refiriéndose á la predicacion panegírica, se expresa así: «No pretendemos que los predicadores refieran á la letra lo que escribieron los autores de las vidas de los Santos; pero sí comprendemos, que más aprovechará á los fieles oír una sencilla narracion de sus virtudes, que un amontonamiento de conceptos inútiles.» Por último, Fenelon, en uno de los últimos periodos de su *Diálogo 3.º sobre la elocuencia*, se declara abiertamente contra la regla de reducir á un solo punto toda la materia del panegirico. Hé aquí sus palabras: «Reducir en el elogio de los Santos todas sus acciones y virtudes á un punto, es forzar las materias, y á mí me parece falso para la mayor parte de los asuntos. Hay en la vida de un hombre un gran número de acciones que proceden de diversos principios y que manifiestan cualidades diferentes. Y así, es una sutileza escolástica, que dá bien á entender un orador muy apartado de conocer la naturaleza, querer referirlo todo á una misma causa. El verdadero modo de hacer un retrato bien parecido, es pintar al hombre todo entero, y ponerlo delante de los ojos del auditorio hablando y obrando. Al describir el curso de la vida es menester apoyarse principalmente sobre los pasages en que su natural y su gracia aparecen más, y dejar que el auditorio los considere un poco. El mejor modo de alabar á un Santo es contar sus acciones loables, esto es lo que dá cuerpo y fuerza al elogio, y esto es lo que instruye y lo que mueve... No queremos que se haga la historia de un santo en vez de su panegirico; pero sí que, de éste resulte una relacion concisa de los hechos principales, relacion viva y llena de mocion.»

(1) La publicada en 12 de Mayo de 1770.

Disposicion.—El *exordio* ha de ser templado y no largo. Despues vendrá la *proposicion* á manifestar el punto de vista desde el cual intenta el predicador ofrecer á la consideracion del auditorio al bien-aventurado á quien consagra el panegírico. Siendo bien elegida y anunciada con cierta novedad agradable, recomienda desde luego al predicador y le granjea la atencion y benevolencia de los oyentes. Podrá ser simple, ó enunciarse con *division*, cuando el asunto lo requiera. La *division* puede tomarse ya de las virtudes del Santo, como: *Francisco humilde y penitente*; ya de los varios estados de que fué modelo, ora de las grandes empresas que acometió, v gr.: *Vocacion de Pablo al apostolado, correspondencia á la gracia del apostolado, frutos gloriosos de su apostolado*. Tambien se puede tomar de lo que el Santo hizo por Dios, y de lo que Dios hizo por el Santo: *Ignacio glorificando á Dios; Dios glorificando á Ignacio*. A más de la *division* general del sermon, bueno será, ó claramente al principio de cada parte, ó con cierto disimulo y sin anunciarlo, hacer la subdivision de ésta; como por ejemplo: *Tomás de Villanueva amado de Dios por su celo, lo fué de los hombres por su caridad*. Subdivision en la primera parte: *Tomás sirvió á Dios con un celo activo, invencible y discreto*. La caridad de Tomás fué *universal, constante, bien ordenada*.

La confirmacion abraza en los panegíricos la prueba del aserto enunciado en la proposicion. En esta prueba se intercalarán los hechos y sucesos principales de la vida del Santo, refiriendo por medio de pretericion los ménos notables, pero cuidando de dar lugar á las reflexiones morales donde se crea oportuno y conveniente. Por ejemplo: si se trata de una accion heróica de caridad en un Santo, despues de referirla, será muy á propósito llamar la atencion de los oyentes, excitando al amor del prójimo, y desvaneciendo las excusas que se pretextan para no ejercer la caridad con el mismo. Se habla de alguna pasion vehemente, ó tentacion grave, de que el Santo triunfó y salió victorioso, como la que tuvo Sto. Tomás de Aquino contra la castidad por la seduccion de una mujer impura á quien apartó de sí, haciendo uso del fuego material para su defensa? entonces es ocasion propicia para que el predicador se dirija á los lascivos, á los que en vez de huir del peligro buscan las ocasiones de

pecar..... No hay duda que la oportunidad influye mucho en el resultado de las reflexiones morales, y así conviene saberla aprovechar, pues nunca mejor que cuando los oyentes se hallan afectados por una viva impresion, cual sucede en los momentos de referir un suceso notable, una accion heroica del Santo, pueden ser acogidas más favorablemente y producir grande efecto. Convencido ya el auditorio de las virtudes y hechos ejemplares que oyó celebrar, pueden renovársele en la *peroracion* las impresiones de los mismos, mediante una *recapitulacion* hecha segun las reglas dadas, á fin de excitarle á la imitacion del modelo ejemplar que le ha sido presentado.

Adorno.—Algunos suponen que el panegirico admite el estilo elegante y florido, y aún el estilo elevado y pomposo, como inspirado por el santo entusiasmo del predicador que ha meditado sobre su héroe, y viene con una piadosa ostentacion á comunicar á sus oyentes la admiracion de que está penetrado. El elogio es una corona, dicen, y por tanto es permitido adornarla de flores y aún de diamantes, si se puede. Nosotros sin embargo, diremos con S. Basilio (1): «la escuela del cristianismo no sigue en esta parte las reglas y los preceptos de los retóricos: las virtudes de los Santos no tienen necesidad de los adornos y las flores de la elocuencia humana: brillan bastante por su propio lustre, y la narracion sencilla y sin arte que hace el predicador de ellas basta á la alabanza del héroe cristiano como á la edificacion de los oyentes.» Segun este principio, un buen sacerdote, por más ocupado que esté en los trabajos del ministerio, puede dar con frecuencia para instruccion de los fieles los panegiricos de los Santos. Refiere con sencillez los rasgos edificantes que hermocean su vida; añade á ellos algunas reflexiones morales, saca consecuencias prácticas; y este método más fácil que los panegiricos solemnes, es por lo comun más útil.

De la misma opinion que S. Basilio es S. Alfonso, quien, en su *carta á un amigo religioso*, hablando de los panegiricos, se expresa así: «¿Cuál es la razon porque sean infructuosos los que hoy dia se recitan? ¿Cuán provechosos serian si se predicasen con sencillez, exponiendo con devotas reflexiones las virtudes de los Santos y procu-

(1) Orat. 29, in Gordian.

rando mover á los fieles á imitar sus ejemplos! Este es el objeto de los panegíricos, y por lo mismo los directores de alma aconsejan eficazmente la lectura de las vidas de los Santos. Por esto San Felipe Neri, como dice el autor de su vida, procuraba con tanto empeño que sus congregantes refiriesen la vida y ejemplos de algun Santo, para que se grabase mejor su doctrina en la mente de los oyentes; pero queria que se refiriesen hechos más propios para excitar la compuncion que la admiracion. El P. Juan Dielegis explicando el modo de hacer los panegíricos, dice, que no acostumbran dar fruto por culpa de los que á ellos asisten, no con ánimo de sacar provecho, sino para oír conceptos elevados y un lenguaje ameno; pero en mi concepto habria hecho mejor en dar la culpa á los predicadores que sobrecargan sus sermones de agudezas y de cláusulas afectadas con el objeto de adquirir varios aplausos, cuando su único fin debiera ser, como dice el mismo autor, inducir el auditorio á imitar las virtudes del Santo que motiva el sermón. Oigámos lo que dice Muratori de los panegíricos modernos en el cap. 13 de la obra de la Elocuencia popular: «Aquí es donde por lo comun cifran su mayor empeño los sagrados oradores, en amontonar flores y riquezas de lenguaje, haciendo alarde de los recursos oratorios. El verdadero objeto de los panegíricos, es el conducir á los oyentes por medio de los ejemplos á la práctica de la virtud; pero muy pocos panegiristas atienden á este fin, ¡Dios mío! ¡Cuántas exageraciones extravagantes se profieren en ellos, cuántas reflexiones arriesgadas, cuántas necedades, en una palabra!»

«Y verdaderamente, continúa el Santo, ¿que provecho se saca de los panegíricos de muchos literatos, cargados de flores, de agudezas, de ingeniosos conceptos, de curiosas descripciones, de cláusulas retumbantes que sobrepujan la comun inteligencia; de periodos redondeados y tan largos que el hombre instruido tiene que fijar en ellos una particular atencion, todo lo cual apenas puede pasar en una oracion académica, en la que no tiene otro objeto el orador que la propia gloria? ¡Qué desórden, ver á un ministro de Jesucristo perder muchos meses de tiempo y de trabajo! (pues como me decia cierto sujeto que ya pasó á la eternidad, para componer un panegírico necesitaba á lo ménos seis meses) y ¿para qué? para amon-

tonar follages y bellezas oratorias y redondeados periodos. ¿Qué provecho saca de esto ni el orador ni el auditorio? El orador, nada más que un poco de humo, y el auditorio nada ó casi nada, porque ó no entiende lo que se le dice, ó si lo entiende se entretiene en saborear la dulzura del lenguaje y la agudeza de los conceptos, perdiendo de este modo el tiempo. Se me refirió como cierto por persona fidedigna, que el mismo orador, de quien insinué que para un panegírico necesitaba seis meses, en el artículo de la muerte dispuso que se quemasen todos sus escritos. Se me añadió tambien: que él mismo, oyendo una vez los elogios que se le tributaban por sus oraciones panegíricas, contestó sumamente perturbado: *¡Ay de mí; estos sermones son los que un día me condenarán.* Por último, escribe Muratori en el tom. 2. cap. 25 de su obra *de la Caridad cristiana*: «A qué sirven tantos panegíricos que no encierran las más veces sino una vana ostentacion de ingenio y alambicadas sutilezas de una hinchada mente, que no es dado entender á la mayor parte del pueblo?» añadiendo luego: «Hágase el panegírico, si se quiere sacar provecho, con aquella elocuencia popular é inteligible que persuade y conmueve á los ignorantes y á los sábios, elocuencia tal vez desconocida del que se figura saber más que los otros.» Destiérrense de nuestros templos, concluye S. Alfonso, semejantes panegíricos llenos de viento, y háganse de un modo familiar y sencillo, como expresa dicho autor, tan recomendado por su piedad como por su ilustracion.»

Defectos.—Los defectos principales que han de ser evitados en los panegíricos son: 1.º El elogio de las prendas naturales ó políticas, pues no sobre ellas, sino sobre las sobrenaturales debe versar el panegírico, y si el Santo tuviese alguna buena cualidad profana, tóquese en su caso con mucho circunspeccion. 2.º, la vaguedad en los elogios, de suerte que puedan convenir á la generalidad de los Santos los tributados á uno en particular; no, es preciso formar y descubrir en el panegírico con la precision posible el carácter del Santo que se elogia, ó bien por los particulares favores con que Dios lo haya distinguido, ó por las virtudes especiales en que haya sobresalido, ó ya por las empresas cristianas en que se haya señalado. Porque querer aplicar á un Santo mártir, con-

fesor, virgen, todo cuanto en justa alabanza de cada una de estas clases se halla en la Sagrada Escritura, se ha dicho por los Santos Padres ó por la iglesia, ya no es alabar á un santo en particular sino á todos los santos en comun. Pues aún cuando la materia sea escasa, ó se tenga que hablar de un santo de quien apenas hay noticia alguna, por cuya razon el predicador se vea obligado á detenerse y fijarse más en los lugares oratorios comunes á todos los santos de aquella clase, aún en este caso, tiene un medio para evitar aquel inconveniente en lo posible, y es, insistir más en la moral que en la alabanza del bienaventurado; comparando nuestras depravadas costumbres con las virtudes de los santos, excitando los oyentes á su imitacion, y haciéndose cargo de los pretextos frívolos que para ello se suelen alegar. 3.º Las comparaciones de los santos entre sí, á fin de colocar en línea superior á aquel de quien se predica. Debe tenerse presente, que así como los grados de mérito y de virtud son diferentes de unos á otros en esta vida, así tambien lo son los de premio y gloria en la otra; por lo que dice Jesucristo que: *en la casa de su Padre hay muchas mansiones*. Pues bien, el grado de gloria que pueda poseer un Santo, solo Dios lo sabe, único que puede avalorar el mérito de las buenas obras hechas con su gracia en este mundo; y así, no deja de ser una presuncion temeraria, y de la que debe estar muy distante el predicador católico, pretender decir por sí el grado de gloria que tengan los bienaventurados respectivamente, como parece hacerse hasta cierto punto con semejantes comparaciones. Tampoco acredita mucho talento recurrir á la depresion de unos santos para elogiar á otros; á parte de que es faltar al respeto que se merecen. No se debe realzar jamás la santidad de un héroe sobre la de Jesucristo, de la Santísima Virgen ó de los Apóstoles: hay una distancia infinita de la santidad de los bienaventurados á la de Jesucristo; á la de María Santísima siempre una distancia indefinida; á la de los Apóstoles siempre una distancia apreciable. 4.º La exageracion en las calificaciones de los santos elogiados, extendiendo sus prerogativas y gracias más allá de lo que ha definido y declarado la iglesia. Como la religion está fundada en la verdad, y solo ésta agrade á Dios y pueda honrar á los santos; se comprende bien la obligacion que tiene el predicador

de apartar y alejar de los panegíricos el relato de hechos ó sucesos que no sean auténticos y estén aprobados por el juicio y censura de la iglesia. No hay duda que, algunas vidas de los santos han sido escritas por historiadores demasíadamente sencillos y piadosos, pero no con el juicio y discernimiento apetecibles; y de aquí, que el panegirista, á parte de un buen estudio, necesite tener una sana crítica, una prudencia sin límite, y un conocimiento cabal de la santidad y decoro que convienen á la religion, para que de esta suerte, pueda hacer el uso debido en materias tan delicadas como son las relativas á los santos. La misma ó mayor crítica le es necesaria para hablar de los milagros de los siervos del Señor, por la facilidad con que la devocion indiscreta los ha multiplicado y añadido circunstancias poco decorosas, y alguna vez pueriles, ofendiendo y manchando por ese medio la gloria de los santos, y por consiguiente la de Dios, en lo mismo que ha pretendido ensalzaria é ilustrarla. Para evitar este inconveniente gravísimo, no hay otro medio que sujetarse con todo rigor á la disciplina de la iglesia, que prescribe la abstencion de publicar desde la Cátedra del Espirita Santo milagro alguno que no esté autorizado por la misma, y al que no haya precedido el exámen y aprobacion de los Obispos y consulta de varones doctos y piadosos.

Modelos.—De los Santos Padres; pueden consultarse las oraciones que en honra y alabanza de varios santos se encuentran en las obras de S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno, S. Juan Crisóstomo y S. Bernardo. De los modernos: *Houdri*, Biblioteca predicable.—*Bridaine*, *Santander*, *Pantaleon Garcia*, *Gonzalez*, Chantre de Valladolid.

Si en algo pudiera valer nuestro consejo, diríamos á los panegiristas, y con particularidad á los jóvenes principiantes la carrera del púlpito; que en vez del uso de sermonarios, se sirvieran, para formar el elogio de los Santos, de las lecciones del Breviario, del Año cristiano, y de alguna obra de materias predicables, como la de Lanuza—*Discursos predicables*, que aunque así se titula, no contiene los sermones ya formados, y sí, materia abundante sobre las virtudes, etc. Con esto, conseguirian adquirir la facilidad en la composicion, la de retenerlos en la memoria y pronunciarlos con mayor libertad, viveza y desembarazo; pues la ropa ajena, por mucho

que procurémos acomodárnosla, nunca nos está tambien como la propia.

§. 4.º

ORACIONES FÚNEBRES.

Oracion fúnebre es: un discurso oratorio pronunciado en honor de personas distinguidas é ilustres por su dignidad ó clase en la iglesia y en el estado, como los Papas, Reyes, Príncipes, Cardenales, Obispos, etc. Se distinguen de los panegíricos, en que aquellas tienen lugar con inmediacion á la muerte de las personas á quien se dedican, y éstos por lo comun, mucho tiempo despues de haber dejado de existir las que les sirven de objeto.

Las oraciones fúnebres autorizadas por la iglesia, no han de confundirse en manera alguna con aquellos discursos profanos que á veces suelen pronunciarse sobre la tumba misma del finado y en el acto de darle sepultura, por amigos suyos, apasionados ó partidarios en política, pues tales discursos, por el lugar y ocasion en que se dicen, vienen á profanar las ceremonias augustas y respetables de la iglesia, no siendo otra cosa que una parodia pagana y gentilica.

Objeto.—Dos son los principales que la iglesia se propone en las oraciones fúnebres: uno, en favor de las personas difuntas á quien se dedican; otro, en provecho de los fieles en general. El primero consiste, en conceder un tributo de honor á las personas distinguidas en premio de sus servicios y beneficios públicos; proponiendo sus virtudes y hechos recomendables á los que les sobreviven, ya para que les sirvan de estímulo é imitacion, ya para excitarles sentimientos de gratitud que interesen sus oraciones en obsequio de tales personas. El segundo, el de llamar la atencion de los fieles sobre la brevedad é inconstancia de la vida, futilidad de los bienes terrenos, y transitorio de las honras, dignidades y glorias mundanas, á fin de despertar en ellos el deseo y amor hácia las cosas espirituales y eternas.

Materia.—Lo que el predicador ha de tratar en tales discursos

está reducido á la alabanza de virtudes, talentos y buenas cualidades del difunto: á proponer su conducta como ejemplar de imitacion: á consolar á la familia, pueblo ó nacion que lamenta su muerte, y por último, á demandar sufragios y oraciones por el eterno descanso de su alma. En la oracion fúnebre se ofrece al predicador una dificultad no pequeña, la de tener que aplaudir hechos y cualidades que no han sido examinados y juzgados por la iglesia, á diferencia de los panegíricos que versan sobre virtudes calificadas ya solemnemente por la misma; por cuya razon necesita de un buen juicio y prudencia exquisita para preparar el discurso. Puede ocurrirle tambien alguno de estos dos inconvenientes, á saber: falta de materia, ó de conveniencia, aunque aquella sea abundante. En el primer caso, que puede fácilmente suceder ó bien por el poco tiempo que ha vivido la persona objeto de la oracion fúnebre, ó por el reducido número de sus actos públicos, no tiene otro medio el predicador que fijarse en las escasas noticias que tenga de aquella, y suplir la materia con reflexiones genéricas sobre la brevedad de la vida, incertidumbre de la hora de la muerte, vanidad de las cosas terrenas y otras análogas. En el segundo, que podrá tener lugar cuando en la vida de la persona, á quien se dedica la oracion, se hallan defectos ó faltas que han sido ó puedan ser objeto de crítica y censura, diremos que: si los tales defectos son de poca monta ó escasa notoriedad, la caridad, el decoro y prestigio de la clase á que haya pertenecido el difunto, como tambien la dignidad del púlpito, exigen se guarde silencio sobre los mismos; y el predicador supla entonces la materia del modo antes indicado. Más si los defectos son de tal naturaleza que le pongan en precision de no pasarlos desapercibidos, puede muy bien en este caso, detenerse en consideraciones sobre la fragilidad humana, la lucha de las pasiones, la fuerza de la tentacion; y el como Dios permite á veces las caidas en personas, amantes de la virtud y santidad, con el fin de probarlas y acrisolarlas, de que reconozcan la poca confianza que deben tener en sí mismas sino cuentan con el auxilio divino, de humillarlas ante el poder de la gracia y hacerlas precavidas para lo sucesivo, como aconteció á un David, San Pedro Apostol y otros. Hechas estas reflexiones, convendrá desvanecer del ánimo de los oyentes cualquiera re-

sentimiento, aversion ó juicio desfavorable que puedan abrigar respecto á la persona del difunto; é insistir en la grande misericordia del Señor para con los pecadores, y que en la misma, juzgando piadosamente, habran sido perdonadas por Dios aquellas faltas, y deben serlo por los hombres.

De todos modos, el predicador, en este género de discursos, no debe proponerse nunca por fin principal alabar á su héroe; sería degradar la cátedra sagrada el hacerla servir á la vana alabanza de la criatura. Aún deben permitirse ménos alabanzas que no sean fundadas; la lisonja prohibida en todas partes, lo es más en la cátedra de la verdad; y la religion no permite que enfrente de los altares, en medio de los santos misterios, se conceda un elogio público á aquel que no lo merezca. De aquí viene la ley de la iglesia que prohíbe se pronuncie ninguna oracion fúnebre, sin permiso del Obispo, al cual corresponde juzgar si el difunto es digno de este honor. Lo que debe, pues, hacer el predicador encargado de una oracion fúnebre, es: proponerse por fin la gloria de Dios y la utilidad de los oyentes; la gloria de Dios, celebrando la accion de la Providencia ó de la gracia sobre el difunto; la utilidad de los oyentes, tomando en la vida y muerte de su héroe lecciones de virtud, de celo por la salvacion, de desprecio del mundo etc.; de manera que la alabanza en el discurso no parezca sino como un medio de hacer glorificar á Dios y de santificar á los fieles.

Disposicion.—El método en las oraciones fúnebres es semejante al de los panegíricos, pudiendo seguirse en ellas el mismo órden ya natural ya artificial que para estos. Es indudable que el texto es lo que interesa demasiado en estos discursos sagrados, y rara vez se encuentra que abrace todas las circunstancias necesarias al mismo. El texto debe ser como un elo; io abreviado del héroe que se predica, y de tal naturaleza, á ser posible, que pudiera ponerse en boca del difunto, de modo que se le representara como pronunciándolo el mismo; pues esto dá mayor energía á la oracion. Porejemplo, estas palabras que un célebre predicador pone en boca de una princesa jóven, arrebatada por la muerte despues de una larga y penosa enfermedad: *Dies mei sicut umbra declinaverunt: et ego sicut fenenum arui.* (Psal. I.) La naturaleza del texto puede facilitar mucho al predi-

cador el principio del exordio, que por lo regular suele ser vehemente, pues lo propio es que, el orador manifieste desde sus primeras palabras que se halla dominado por el profundo dolor de que supone poseído á su auditorio; exordio interrumpido, si le parece oportuno, por suspiros, exclamaciones, quejas, aunque parezcan desordenar algun tanto el discurso, á fin de que por tal medio queden suspensos los oyentes, mientras el orador vá desenvolviendo su plan con tal disimulo que apenas se advierta su tendencia hasta que llega á la proposicion. Esta y la division, en su caso, son, como dice un autor recomendable, las más difíciles partes de la oracion fúnebre. En esta, la division no debe ser tan marcada como en un sermon; será bueno que esté contenida en alguna figura, ó en el curso de algun periodo, y que las proposiciones que la continen la hagan observar sin que el orador tenga necesidad de advertirlo. El cuerpo del discurso debe estar todo lleno de celo de la gloria de Dios y del bien de las almas; exige un estilo noble, lleno de dignidad, de fuerza y sobre todo natural, tal cual conviene al órgano del dolor público, el cual en algun modo no hace más que prestar su voz al pueblo consternado. Hacia el fin es menester tomar un vuelo más elevado, dar al acento del dolor más energía, magestuosa tristeza, para dejar en las almas impresiones profundas de gracia y de salvacion, que debe ser el fruto de esta lúgubre ceremonia. «Cierta desórden elocuente cae muy bien en este lugar; y las circunstancias de una muerte edificante, ó algunas palabras del difunto presentadas con rasgos y colores convenientes, terminarán debidamente el discurso.»

En las oraciones fúnebres no es lo comun hacer uso del *Ave Maria* á la conclusion del exordio, y el final de ellas suelen ser estas palabras: *Requiescat in pace.*

Bossuet ofrece ejemplos admirables de oraciones fúnebres. La conclusion de la dedicada á la memoria del príncipe de Condé es, en frase de Chateaubriand, «el último esfuerzo de la elocuencia humana.» Flechér es tambien notable en este género, aunque no de un mérito tan superior.

Nada decimos de los sermones fúnebres dirigidos á los individuos de ciertas clases, como militares, miembros de congregaciones reli-

giosas, v. g., sacramentales, hermandades de... y los que se dirigen á todos los fieles en general y son llamados de *ánimas*, porque en ellos se siguen las reglas de los sermones morales.

CAPÍTULO VI.

DE LA PREDICACION PARROQUIAL.

La predicacion es obligatoria á los párrocos. — Cualidades que ha de tener la predicacion parroquial. — De los diferentes géneros de instrucciones que los párrocos suelen dirigir al pueblo y medios de hacerlas provechosas. — De la necesidad de método en las instrucciones parroquiales.

§. 1.º

LA PREDICACION ES OBLIGATORIA Á LOS PÁRROCOS.

El derecho comun de la iglesia ordena que haya en las *parroquias* sacerdotes con título encargados de su servicio, que se les llama curas; que en virtud de su título ejerzan estos sacerdotes las funciones pastorales en sus parroquias; que la universalidad de estas funciones esté de tal manera anexa á su título, que no se les pueda despojar de todas ó de alguna parte, más que por los medios de derecho; siendo tal la importancia de dichas funciones, que basta decir, no tiene el ministerio eclesiástico nada más interesante para los pueblos. Ningun cura ignora que es, no solo pastor que debe apacentar su rebaño, sino tambien un jefe que debe saber dirigir á sus feligreses por la senda estrecha y peligrosa que conduce á la felicidad, que es tambien su médico espiritual, y en cierto modo el depositario de sus almas.

De estas consideraciones nace lógicamente el concepto que hémos de formar acerca de los deberes que tienen los párrocos de instruir cuidadosamente á sus feligreses en la primera de todas las ciencias, en la ciencia de la salvacion. Los teólogos y canonistas que han tratado esta materia, convienen generalmente en que tal obligacion está fundada en el derecho divino, natural, y eclesiástico. Véamos, pues, el apoyo de esta opinion comun.

I.

PRESCRIPCIONES DEL DERECHO DIVINO.

Jesucristo vino al mundo, enviado por su eterno Padre, para instruir á los hombres en la verdad, formarlos en la virtud, y rescatarlos para el cielo. Que esta sería la mision del Verbo encarnado, lo habia dicho ya Isaías por estas sus proféticas palabras: «El Espíritu del Señor reposó sobre mí: por lo cual me ha consagrado con su unción, y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curará los que tienen el corazon contrito, á predicar la redencion de los cautivos, y anunciar la libertad á los encarcelados...» (1); palabras que, el mismo Jesucristo aplicó á su persona divina, en ocasion de hallarse en la Sinagoga con los Doctores de la ley, y haberle mostrado éstos el citado pasage del Profeta, pues les dijo: *La escritura que acabais de oir, hoy se ha cumplido* (2). Segun los evangelistas, el Salvador produjo sustancialmente el mismo concepto en presencia de Pilatos, á quien dijo: *Yo he nacido y venido á este mundo para dar testimonio á la verdad* (3). Esto supuesto, conviene fijarse en aquellas otras palabras que Jesucristo dirigió á sus apóstoles: *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra; euntes ergo docete omnes gentes* (4). Como si dijera: el Padre me ha dado el dominio del universo: el cielo ya es mio, quédame por conquistar la tierra; pues no solo la Judea, sino todo el mundo debe ser mi posesion. Y esta gloriosa conquista no quiero efectuarla yo en persona, sino por vuestro medio: *Id, pues, y enseñad á todas las gentes*, y á fin de que vuestra predicacion sea eficaz, y yo predique por vosotros y en vosotros, *Yo os envío cómo mi Padre me envió á mí*, esto es: Yo os encargo la misma mision, y os revisto de la autoridad que me dió mi Padre; con vosotros me quedo hasta la consumacion de los siglos. Ahora bien; ¿cómo se llenaria la mision que el Padre encargó á Jesucristo, cómo enseñaria con nosotros hasta el fin del mundo, si nosotros olvidásemos el ministerio de la predicacion? Más: si Jesucristo envió á los

(1) Isai. 61—1.

(2) Luc. 4—21.

(3) Joan. 18—37.

(4) Matt. 28—19.

apóstoles con el objeto mismo con que habia sido El enviado por su Padre, y los Obispos envian á los párrocos con el objeto mismo con que ellos fueron enviados por Jesucristo ¿puede haber duda de que los párrocos tienen para con sus feligreses la misma mision de instruirlos en la doctrina católica, que los Obispos tienen para con todos sus diocesanos?

Cuando S. Pablo hizo la enumeracion de los diferentes oficios que en la Iglesia se ejercen, diciendo que habia hecho el Señor apóstoles á unos, profetas á otros.... añadió, y á otros *pastores y doctores*. ¿por qué? Porque nadie puede ser pastor sin ser doctor, y por consiguiente, nadie puede tener la cura de almas sin la obligacion principalísima de enseñar la doctrina cristiana, que es la materia de la predicacion. No es pastor el que no apacienta, no apacienta el que no dá el pasto espiritual, ni dá el pasto espiritual el que no enseña la doctrina de Jesucristo. No es pastor el que no guia, el que no enseña el camino que conduce á la eterna salud, ni muestra éste camino el que no enseña la doctrina cristiana; siendo cierto que fuera de ella no hay verdad, no hay luz, no hay fuerza, no hay camino en orden á la vida eterna. Tan indispensable es esta enseñanza para los fines del santo ministerio, que el apóstol S. Pablo, lejos de eximirse de esta obligacion, *Necessitas mihi incumbit*, dice, *Væ enim mihi est, si non evangelizavero* (1). Estoy por necesidad obligado á predicar, y ¡ay de mí si no lo hiciese! Y escribiendo á su amado discípulo Timoteo, le exhorta encarecidamente á que predique sin intermision para fortificar el espíritu de los fieles: *Te conjuro*, le dice, *delante de Dios y de Jesucristo, juez de vivos y muertos, predica la palabra de Dios, insiste con ocasion ó sin ella; reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina.....* (2).

No créemos necesario ampliar nuestras citas en confirmacion de la verdad con que aseguramos, siguiendo á los más sábios escritores que tratan la materia, que la obligacion de predicar la doctrina cristiana está fundada en el derecho divino.

(1) 2.^o Corint. 9-16.

(2) 2.^o Tim. 4-1, 2.

II.

PRESCRIPCIONES DEL DERECHO NATURAL.

Es de derecho natural todo aquello que está fundado en la naturaleza misma de las cosas, en el fin á que todas ellas ván dirigidas, y en los medios indispensables para la realizacion de estos fines; esta es una verdad palmaria y generalmente admitida. Ahora bien: la enseñanza de la doctrina católica está fundada en la naturaleza, objeto, fin y medios del ministerio parroquial.

¿Qué son los Curas, y para qué son? Son los padres espirituales de una feligresía, y en clase de tales, han sido colocados al frente de ella para que gobiernen y dirijan á todos sus individuos al último fin para que fuimos creados. Segun esto, nada aparece tan claro cómo el deber de instruir á los fieles en todas las verdades religiosas, gobernarlos con las reglas de la moral cristiana, y ponerlos á cubierto de cuanto pudiera pervertir sus ideas, ó viciar sus costumbres. Por esta razon el magisterio instituido para ilustrar el entendimiento y desterrar con la ignorancia una de las causas principales del mal moral y social, es una cosa tan antigua cómo el género humano. Aún en el órden civil, cuyo objeto está reducido á los intereses terrenos y bienes temporales, vemos reconocida cómo la primera necesidad la enseñanza pública, institucion de todos los pueblos desde la más remota antigüedad. ¿Cuáles son los primeros cuidados de un buen padre de familia? Formar el espíritu de sus hijos, ilustrando su entendimiento y dirigiendo su corazon. Si pues los instintos de la paternidad, la economía de la familia, el gobierno de la sociedad civil, tienden ante todo á la enseñanza, es porque la ley de la enseñanza preexiste á todas las leyes, debiendo su origen, no á las disposiciones de los hombres, sino á las necesidades más imperiosas de la naturaleza. ¿Cómo pues, faltaria nunca esta institucion en el cristianismo que es el reino de Dios, la grey de Jesucristo regida por su palabra divina? ¡Ah no! Este divino Maestro, que vino al mundo á disipar las tinieblas ilustrando los entendimientos, y á desterrar los errores predicando la verdad, quiso levantar sobre la fé el augusto edificio de su reino espiritual, y allanar los caminos

de esa misma fé con la predicacion de su doctrina. A este efecto, dotó á su Iglesia de un magisterio, revistiendo á sus discípulos de la autoridad necesaria para predicar el Evangelio por todo el mundo, para que el mundo se salvase en la fé. Por esto la Iglesia católica es esencialmente docente, tiene una autoridad sobre la doctrina y un ministerio para enseñarla. Formando, pues, parte de este ministerio los párrocos; resulta que, por la naturaleza de la institucion de ese mismo ministerio, que entra en la grande economía de la institucion católica, cada uno de ellos está estrechamente obligado á enseñar á sus feligreses la doctrina cristiana por medio de la predicacion.

Además; es sabido que él quiere el fin de una cosa, ha de querer tambien los medios necesarios para conseguirlo; cómo igualmente que, quien quiere lo antecedente, no debe rehusar lo que sigue. Este es un principio incontestable de derecho natural. Ahora bien: el fin con que el párroco es instituido es la salvacion de sus feligreses. La doctrina católica es un medio necesario para conseguir la salvacion: *Qui crediderit.... salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur*; es así que, sin la enseñanza, ó sea la predicacion, no hay doctrina: *nam fides ex auditu, auditus enim per verbum Christi..... Et ¿quomodo audient sine predicante?* (1); luego los párrocos por el fin mismo de su institucion tienen un deber muy estrecho de predicar la doctrina católica, puesto que la enseñanza de esta doctrina es medio esencialmente necesario para la salvacion de los feligreses.

Concluimos con otra observacion. La obligacion por parte de los fieles de saber la religion, y la de los pastores de enseñarla, son notoriamente correlativas; y esta correlacion es una consecuencia necesaria de la idea misma y de la esencia del ministerio pastoral. Sí, pues, estas dos obligaciones—la de los fieles y la de los pastores—son correlativas, ésta debe medirse por aquella; y por tanto, debemos decir sin vacilacion, que los párrocos ó pastores de las almas están obligados en rigor, y por un estricto deber de su cargo, á enseñar á los fieles todo cuanto necesitan saber en orden á su salvacion.

(1) Rom. 10—14, 17.

III.

PRESCRIPCIONES DEL DERECHO ECLESIAÍSTICO.

La Santa Iglesia, usando para la salvacion de los fieles de aquel plenísimo poder y autoridad que le concedió su Divino Fundador para que rigiese y gobernase á todos los pueblos, ha tenido cuidado siempre de inculcar esa sagrada obligacion á los que constituye pastores de estos.

Ya desde los tiempos más antiguos, desde el principio mismo de la Iglesia, vemos á esta ordenar estrechísimamente á todos los sacerdotes encargados de las almas la enseñanza de la doctrina cristiana, imponiendo penas para los negligentes. El cánón apostólico 57 trae la siguiente prescripcion: «El Obispo ó el presbítero que se porta con mucha negligencia para con el clero y con el pueblo, y no los instruye en la piedad, sea apartado de la comunión; y si perseverase en aquel descuido, depuesto.» Enteramente conforme con este mandato, hallamos lo siguiente en el capítulo XIX del Santo Concilio: «Conviene que los que presiden las iglesias, enseñen todos los dias así al clero como al pueblo, y muy principalmente en los dias domingos.» El cuarto Concilio de Toledo, cap. XXV cánón primero, ha dicho que, «el principal empleo del pastor consiste en la predicacion y en la doctrina.» Fácil nos fuera ir mostrando estas disposiciones canónicas, repetidas en diferentes siglos por los Concilios generales y particulares, por los Pontífices y los Obispos; pero para no multiplicar citas, nos limitaremos á lo que dispuso en este punto el Santo Concilio de Trento; Concilio que, á parte de ser el más solemne de cuantos le precedieron por el mayor número de Obispos asistentes, abrazó en sus decisiones, no solamente los artículos dogmáticos, sino todas aquellas materias de moral y disciplina que exigian imperiosa reforma.

En primer lugar declara expresamente que la predicacion es mandada por precepto divino á todos los que tienen cura de almas: *Præcepto divino mandatum est omnibus quibus animarum cura commissa est, oves suas..... Verbi divini prædicatione, pascere* (Ses. XXIII., cap. I de Reform.) Despues descende á todos los detalles sobre este

punto capital: «Los que gobiernan iglesias parroquiales ú otras que «tienen cargo de almas, de cualquier modo que sea, instruyan con «discursos edificativos por sí, ó por personas capaces si estuvieren «legítimamente impedidos, á lo ménos en los domingos y festividad- «des solemnes, *diebus saltem dominicis et festis solemnibus*, á los «fieles que les están encomendados, segun su capacidad y la de sus «ovejas; enseñándoles lo que es necesario que todos sepan para con- «seguir la salvacion eterna; anunciándoles con brevedad y claridad: «*cum brevitare et facilitate sermonis*, los vicios que deben huir y las «virtudes que deben practicar, para que logren evitar las penas del «infierno, y conseguir la eterna felicidad » (Ses. V. cap. II.) Y añade: «Más si alguno de ellos fuere negligente en cumplirlo..... sea obligado á ello por medio de censuras eclesiásticas: *Si quis eorum præstare negligat..... per ceusuras eclesiásticas cogatur*»; palabras que revelan en esto una obligacion grave, puesto que no pueden imponerse las censuras sino por una culpa mortal.

No satisfecho todavía el Concilio con un precepto tan terminante, vuelve á ocuparse en este asunto en la Sesion XXII, cap. VIII, de Sac. Mis.: *Mandat Sancta Synodus pastoribus et singulis curam animarum habe utibus, ut frequenter inter Missarum celebrationem vel per se vel per alios..... aliquid exponant..... diebus præsertim dominicis et festivis*.

Finalmente en la sesion XXIV, cap. IV y VII de *Reform.* vuelve á inculcar este mismo deber el Santo Concilio; imponiendo á los fieles la obligacion de concurrir á la predicacion que se hace en la iglesia parroquial. Vemos pues en estas disposiciones canónicas, en primer lugar, cómo se recuerda, que la obligacion que tienen los párrocos de hacer la predicacion á sus feligreses está fundada en el derecho divino; en segundo, cómo se determina la materia de las instrucciones que cada uno de aquellos debe dar á su pueblo; en tercero, cuanto se insiste, para que la predicacion sea provechosa, en determinar áun el modo que ha de tener, diciéndose que ha de hacerse con palabras claras é inteligibles, y tambien con brevedad: *cum brevitare et facilitate sermonis*; en cuarto lugar, cómo el Santo Concilio, no satisfecho con esto, determina el tiempo y áun la ocasion en que ha de cumplirse este deber, diciendo que, en los domingos y fies-

tas solemnes por lo ménos, se predique entre la celebracion de la misa; y por último, cómo á fin de remover todos los obstáculos y facilitar todos los medios, arma, digámoslo así, á los Obispos con toda la potestad coercitiva de la iglesia para ejercerla contra los curas negligentes, y les dá facultad para que, como delegados de la Silla Apostólica, obliguen á los seculares que están exentos de la jurisdiccion ordinaria de los Obispos.

Bien podríamos añadir á las disposiciones canónicas citadas el venerable testimonio de los Padres y Doctores de la iglesia, pero lo expresivo, claro y terminante de las palabras del Santo Concilio de Trento que dejámos consignadas, nos revela de mayor ampliacion sobre el particular.

§. 2.º

CUALIDADES QUE HA DE TENER LA PREDICACION PARROQUIAL.

La predicacion parroquial es la palabra de un padre que habla á su familia y que desea ser comprendido por todos sus hijos. No debe por lo mismo ser exclusiva, afectar formas groseras ni demasiado delicadas, que no agradarian sino á algunos, y aún acaso chocarian á todos; porque hay palabras que no se dirigen á ninguna alma, á ningun espíritu, y que son por consiguiente vanas. Por el contrario, la palabra del pastor espiritual debe ser un lenguaje que impresionese, que esté al alcance de todos, aún de los más sencillos é ignorantes, y que al mismo tiempo convenga á las personas ilustradas.

De este carácter esencial, fundamental, derivan las cualidades de la predicacion parroquial, de que vamos á tratar, á saber: Que sea *instructiva, clara y sencilla, exhortativa ó persuasiva.*

INSTRUCTIVA.

Por predicacion instructiva no entendemos tan solo aquella en que hay alguna luz, alguna enseñanza religiosa, pues toda predicacion en este sentido es instructiva, porque seria difícil y muy extraño predicar durante media hora, sin que en lo que se digera hu-

biese nada de instructivo. Llamamos instructiva á la predicación, cuya base, cuyo carácter dominante lo constituye la enseñanza de la religion; pero una enseñanza pura, precisa, exacta y completa. En tal supuesto, decimos ser predicacion instructiva la de un pastor inteligente y celoso que se aplica á enseñar á los fieles confiados á su cuidado, todo cuanto es necesario y útil que sepan de la religion; es decir, las verdades de la fé y todos los grandes hechos históricos que le sirven de fundamento y de pruebas; los mandamientos de Dios y los de la iglesia; las virtudes cristianas, con los medios de adquirirlas y de evitar los vicios contrarios, como son la oracion, que obtiene la gracia, los Sacramentos, que la dán y la aumentan, las ceremonias principales del culto divino, las fiestas y las devociones católicas; de manera que en la parroquia de este pastor, todo individuo de una inteligencia regular que desee sinceramente aprender su religion, no tenga más que seguir con asiduidad durante algunos años la predicacion de su párroco, para adquirir una instruccion religiosa sólida y suficiente para ser un buen cristiano. Hé ahí, dice un respetable Prelado de la Iglesia (1), lo que se entiende por predicacion instructiva, que, en resúmen, es una predicacion que enseña la religion, es la enseñanza religiosa. Más no puede ni debe llamarse tal, aquella predicacion que no tiene por principal objeto dicha enseñanza, aquella que no dá las nociones necesariás, indispensables y ménos todavía las nociones completas de lo esencial de la religion; aquella que se oye por espacio de años enteros, sin aprender nunca á fondo la religion; la que pudiera multiplicarse, prodigarse en una parroquia, dejándola en la ignorancia. Sí, dejándola en la ignorancia, repetimos, porque hay parroquias en las que regularmente se predica todos los domingos y dias festivos, y en donde sin embargo la ignorancia en materia de religion reina todavía, porque en esas parroquias se predica, pero no se instruye.

Esta predicacion sin doctrina, sin verdadera y formal enseñanza de la religion, es la que Fenelon deplora en sus *Diálogos sobre la elocuencia*, cuando escribe: «He observado muy frecuentemente que no hay en el mundo arte ni ciencia que los maestros no enseñen pronto, por principios y con método. Solo la religion no se enseña de esta

(1) Mons. Dupanloup. — *La Predicacion popular*.

manera á los fieles. En la infancia se les dá un catecismo árido, que aprenden de memoria, sin comprenderlo, y despues de esto ya no reciben otra instruccion que sermones vagos é inconexos. Yo quisiera que despues de enseñar á los cristianos los primeros elementos de la religion, se les condugese con órden hasta sus más grandes misterios.»

Fleuri pensaba sobre este punto del mismo modo que el Arzobispo de Cambray. Veámos lo que dice en el proemio de su catecismo histórico: «Aunque se predica á menudo, puede decirse que los cristianos, hasta aquellos que abrigan mejores deseos, carecen de la instruccion necesaria..... No se trata en el púlpito más que de asuntos particulares, sin relacion los unos con los otros, segun la fiesta, el Evangelio ó el deseo del predicador. Rara vez se explican los rudimentos de la religion ni los hechos que son el fundamento de todos los demás..... Así es que, se hallan por doquiera personas que frecuentan las iglesias por espacio de cuarenta á cincuenta años, y que ignoran los primeros elementos del catecismo.»

Esto es seguramente una verdad, ¿pero cuál es su fundamento? el que la predicacion no es instructiva; el que, como dejamos dicho, en muchas parroquias se predica, pero no se instruye, y no se instruye, porque no se enseña. ¡Ah! es preciso desengañarse. La instruccion no es el todo, pero es la base y el punto de partida de todo. Nadie puede desear, y ménos áun amar, aquello que no conoce: *Ignoti nulla est cupido*. Para honrar á Dios y servirle es necesario conocerle; para practicar los preceptos del Cristianismo, es preciso saberlos; para desear el cielo y temer al infierno, es necesario saber que hay un cielo y un infierno, y para que los fieles empleen los medios de salud, la oracion y los sacramentos, es preciso que se les enseñe la naturaleza, la necesidad y el uso de estos medios..... En una palabra; que se les dé una instruccion sólida, una enseñanza religiosa, no solo exacta y precisa, sino que llegue á ser completa y forme cristianos verdaderamente instruidos que sepan todo lo que deben creer y practicar para salvarse. Esta es la predicacion que Jecristo quiere, esta es la que la iglesia manda dar á los fieles, predicacion instructiva, predicacion de enseñanza. Nuestro Señor Jesucristo al conferir su mision á los apóstoles, al constituir los predi-

cadore en todo el mundo y por todos los siglos, y en ellos á sus sucesores: *Id*, les dijo, *y enseñad á todas las gentes, bautizándolas, etcétera.... enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado*. Es claro, pues, que predicar segun el pensamiento de Nuestro Señor Jesucristo, segun su voluntad, es ante todo, instruir, enseñar. Y esta predicacion instructiva es cabalmente la que manda la Iglesia por el Santo Concilio de Trento, que hizo de ella una obligacion formal á todos los pastores, conforme hemos demostrado en el artículo anterior.

CLARA Y SENCILLA.

La palabra del pastor de las almas, cual es el párroco, debe ser popular, es decir, tal, que así los pobres como los ricos, los sábios como los ignorantes, puedan hallar en ella luz para sus inteligencias, sentimientos para sus corazones. Ante todo debe ser clara. Es preciso que todos la entiendan: nada hay peor que pasar al lado ó por encima de sus oyentes y hablar para no ser entendido. La palabra ininteligible, no es otra cosa que una palabra sin vida, una palabra muerta. La palabra pastoral debe ser tambien sencilla y áun familiar, pero nunca hasta la vulgaridad, antes por el contrario, siempre noble y digna: los vanos adornos la disfigurarían, y la afectada compostura la enervaría y despojaría de toda su belleza. Esto no quiere decir, sin embargo, que la palabra pastoral, áun la más popular, debe ser descuidada, inculta, baja ó trivial; porque esto sería deshonrarla é injuriar al mismo Dios, en cuyo nombre se pronuncia. Por otra parte, el pueblo de Dios quiere ser tratado con respeto, y sin ser retórico, conoce perfectamente cuando falta á la palabra que se le dirige la dignidad y la gravedad que debe tener. La predicacion debe hacerse para dar luz á las almas, para enseñar á ese pueblo, y es por lo mismo preciso que sea mas elevada que él, pero sin que deje ser una predicacion, tal cual recomienda el Santo Concilio, breve, fácil, clara, sencilla: *cum facilitate sermonis*, acomodada á la capacidad é inteligencia de los fieles que han de oirla, *pro eorum capacitate*. Y adviértase, que la brevedad que encarga el Concilio, no se entiende tanto respecto á la duracion del discurso, quanto del estilo ó de la manera de decir, que debe ser bre-

ve y concisa. Los discursos de muchas frases y á grandes periodos no aprovechan al pueblo, que se confunde con ellos y no puede seguirlos. Al pueblo es preciso hablarle como á los niños, con frases cortas, solo así es como puede entender la predicacion y prestar atencion. La medida de la capacidad humana no permite á las inteligencias vulgares aprender y retener muchas cosas: es necesario por tanto, no decirles demasiado, porque esto, más que ilustrarlas, seria ahogarlas. Así como tampoco, en asuntos de particular interés, hablarles una sola vez y bajo una sola forma, antes bien lo que conviene, es decirselo, repetirlo, é inculcarlo de diferentes maneras. Igualmente es preciso que, en cuanto sea posible, se hable á la vez á su imaginacion, á su inteligencia y á su corazon: hacerles comprender, sentir, y discurrir. Por esto no basta que se les predique con las ideas, sino que deben tambien hablarles la historia, la experiencia, los ejemplos, las comparaciones familiares, sacadas de cosas que ellos conocen, que ellos vén y practican todos los dias. Y no teman los párrocos y demás encargados de la cura de almas, que esta sencillez de estilo perjudique á su elocuencia; no, porque la verdadera elocuencia consiste en hablar de manera que se nos entienda, que produzcamos en el ánimo y en el corazon de los oyentes los efectos que el predicador debe proponerse: en el espíritu, la luz y la conviccion; en el corazon, la persuasion y las generosas determinaciones de la voluntad. Ni tampoco el que pueda inspirar el disgusto ó desprecio hácia sus personas. ¡Ah no! Véan—segun digimos en otro lugar—al eterno modelo de los predicadores, Nuestro Señor Jesucristo; véanlo en sus discursos al pueblo, en el sermón de la montaña y en las parábolas. ¡Qué naturalidad! ¡Qué claridad! ¡Qué sencillez! y al mismo tiempo ¡qué dignidad, qué majestad incomparable! Todos los más santos y populares predicadores, como los Vicente Ferrer, Felipe Neri, Francisco de Regis, y Alfonso Maria de Ligorio han imitado este divino modelo, y ninguno ha sido despreciado, sino al contrario escuchado con interés, con veneracion y con provecho. Por tanto, no teman ser sencillos; lo que deben temer es el ser vagos, vacíos, frios, oscuros; porque entonces la predicacion no será la palabra que instruye, que dá luz á las almas, sino una palabra vana, sin vida, infructuosa.

PERSUASIVA Ó EXHORTATIVA.

No basta que la predicacion parroquial sea instructiva, esto es, *luminosa*, que lleve la luz al entendimiento; es necesario que sea tambien persuasiva, exhortativa, que hable al corazon de los fieles, y los mueva, excite y determine á obrar el bien, á practicar las virtudes cristianas. Los párrocos no deben contentarse con subir al púlpito y dar una instruccion doctrinal á los fieles que concurren, es necesario que pongan el mayor empeño en que su predicacion y explicacion sean provechosas, procurando que los fieles, no solamente oigan, sino que entiendan y guarden la palabra de Dios.

Su mision no entraña tan solo la autoridad del magisterio para instruir y enseñar, si que tambien el importante cargo del apostolado para conquistar las almas, convertirlas y elevarlas hácia Dios; para hacerlas vivir la vida de Jesucristo, animarlas á que amen la verdad, á que aprovechen los auxilios de la gracia, practiquen todos los deberes, progresen en la virtud y sean santificadas, y todo esto se consigue con la exhortacion. Por esto, el gran ministro de la palabra divina, S. Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo acerca del modo que debe guardar en la instruccion de sus súbditos, despues de exponer varios puntos de doctrina, le dice: *Hæc doce et exhortare* (1). Igual recomendacion hace á su discípulo Tito, aconsejándole que abraçe firme la palabra de fé, que es segun la doctrina: *ut potens sit exhortari in doctrina sana....* (2) Que es lo mismo que si les digera: Enseñad, pero no os concreteis á enseñar; *exhortad*. Hablad; pero que vuestra palabra sea *exhortativa*, porque debe ser vivificante, esto es, debe convertir las almas. Pues estos mismos consejos son dados en los discípulos de S. Pablo á todos los pastores de las almas. Sí, á todos se les dice por boca del Apóstol: *Hæc loquere et exhortare*: hablad, enseñad; más tambien *exhortad*. Sed poderosos para *exhortar* en la sana doctrina. No basta predicar para la gloria de Dios; sino que es además necesario predicar de modo que esta gloria se haga sensible en la mejora espiritual de los fieles. Para esto es preciso en primer lugar, penetrarse de todos los designios que ha te

(1) 1.º Tim. cap. 6. v. 2.

(2) Epist. ad Tit. c. 1. v. 9.

nido y tiene Dios acerca de los hombres, considerar atentamente que quiere ser glorificado en la salvacion de todos ellos, ponderar cuánto crece la importancia de este fin á la vista de un Dios-Hombre enseñando personalmente á los pueblos la doctrina que trajo de los cielos, fortaleciéndola con los ejemplos de una vida immaculada, confirmandola con estupendos milagros, y por último, padeciendo y muriendo para que la gloria de esta doctrina santa triunfase en la santidad y en la salvacion del género humano. En segundo lugar debe considerarse cuál es la necesidad más imperiosa de los fieles, cuáles sus ignorancias, los vicios que han de ser corregidos, las virtudes que deban encarecerse. Es preciso poseer el espíritu de observacion, reflexionar mucho sobre lo que se vé y entiende, meditar bien todas las experiencias consoladoras ó dolorosas que se hubieren adquirido; y por decirlo de una vez, leer y estudiar mucho en aquel libro, que uno de los más hábiles maestros en el arte de la predicacion apostólica, S. Francisco Javier, llamaba «el gran libro de las almas y de la vida», el del corazon humano. El que no haya leído en este libro, sabrá poco para sí, y nada para los demás. Todo esto pide en el párroco, en el director y maestro espiritual de los fieles, una grande fuerza de intencion, una voluntad seria y decidida en hacer provechoso su ministerio, mucho trabajo, y más que todo, un celo santo en interés de las almas; esa virtud heroica que viene á ser como el sello del apostolado, y que comunicando á la palabra la uncion divina del Espíritu Santo, reviste á la predicacion de aquellos sublimes caracteres de poder y plenitud, de que nos habla S. Pablo: *Quia Evangelium nostrum non fuit in sermone tantum sed in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa* (1). Y ese celo santo ha de procurárselo en la oracion fervorosa, en la meditacion de las verdades divinas, en el amor á las almas. Si pidió la reina Ester á Dios que pusiese en su boca palabras dignas para hablar á Asuero en beneficio de su pueblo; ¿con cuánta más razon deberá pedir esta gracia el que ha de trabajar con las palabras y la doctrina por la salvacion de los hombres? ¿«Quién sabe lo que será más conveniente al provecho de las almas», dice S. Agustín (2), sino

(1) 1.^a Tessalon. 1. v. 5.

(2) Lib. 4. de Doct. Christ.

Aquel que conoce los corazones de todos? ¿Quién hará que hablemos lo que conviene y del modo que conviene, sino aquel en cuyas manos estamos nosotros y nuestras palabras?» «Dios solo es el que dá la voluntad y el deseo del bien, y el que le acaba y perfecciona», como dice el Apóstol (1). De Dios, pues, es de quien ha de esperar recibir el pastor de las almas, ese celo santo, esa unción divina, tan necesarias para la difícil conquista del corazón humano; ese celo santo, esa unción divina que hacen fecunda y provechosa la predicación, porque con ellos, ya no es el ministro de la palabra divina el que *exhorta*, esto es, el que persuade, cautiva y gana las almas, sino Dios por medio del ministro: *Tanquam Deo exhortante per nos*.

§. 3.º

DE LOS DIFERENTES GÉNEROS DE INSTRUCCIONES QUE LOS PÁRROCOS SUELEN DIRIGIR AL PUEBLO, Y DE LOS MEDIOS DE HACERLAS PROVECHOSAS.

La palabra que el párroco dirige á sus feligreses, tiene una materia y un solo fin: la materia es siempre la doctrina cristiana y el fin es siempre la salvación de los hombres. Pero la forma y la aplicación varían según las necesidades del auditorio, su capacidad, etc. Si no puede decirse que los párrocos, en clase de tales, tengan obligación de hacer el papel de oradores insignes en ciertos géneros de predicación; se hallan sí, en el estrecho caso de instruir y edificar á sus feligreses con el santo ministerio de la palabra divina. Bien está que no compongan excelentes panegíricos, elocuentes sermones morales; pero sí, deben dirigir al pueblo sus pláticas doctrinales de la manera más acomodada al objeto de esta predicación, que es, la enseñanza y edificación de los fieles. Las pláticas doctrinales tienen por objeto explicar algunos puntos de doctrina, bien consistan estos en los misterios de nuestra creencia, bien en la exposición de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ó bien en extender por el pueblo en el orden de enseñanza las máximas consoladoras de la moral evangélica. También se rectifican aquí las ideas que tienen

(1) Ad Philip. 2. 13.

los cristianos acerca del modo con que debe darse culto á Dios y á sus santos, la obediencia á las autoridades y todo aquello que concierne á la conducta pública y privada de los hombres. Teatro vastísimo es éste donde un párroco debe ostentar el espíritu de su vocacion, es decir, las luces de su doctrina, el fuego de su caridad, el amor del órden público y privado.

Esto supuesto, debemos fijar algunas reglas sobre las varias diferencias que por razon de su objeto, duracion, enlace y demás, admiten las pláticas doctrinales. Para esto conviene advertir, que entre ellas hay unas que componen un curso seguido de instrucciones acerca de las verdades de la religion y todos los puntos de la doctrina: otras que simplemente tocan un punto, sin formar parte de una serie; otras que se dirigen tan solo á hacer algunas advertencias, ó dar algunos consejos saludables á los fieles; y otras, finalmente, que se limitan á la exposicion directa de alguna leccion de la Santa Escritura. Comprendidas estas últimas en los sermones morales llamados *homilias*, de que ya hemos tratado en el capítulo anterior, nos ocuparemos solamente en las restantes.

I.

CURSO SEGUIDO DE INSTRUCCIONES SOBRE LA DOCTRINA CRISTIANA.

Sin género alguno de duda esta predicacion es la más útil para los pueblos, porque éste es el medio único de dar á los fieles una especie de curso popular, metódico y bien sostenido sobre la primera de todas las ciencias, la de la doctrina católica. Por muy bien explanados, clara y ordenadamente expuestos que aparezcan los puntos doctrinales en una plática aislada, ellos nada son, comparados con las ventajas que al pueblo proporciona un curso completo, metódico y sostenido de la doctrina católica. Por este medio los fieles se forman una idea cual conviene de la religion, de la Iglesia, de la moral, de la liturgia; son fuertes por la doctrina contra las tentaciones del error, y bastante ilustrados para difundirla en el seno de las familias, y sostenerla en medio de la sociedad. Excusado

nos parece por tanto, detenernos á probar la importancia de este curso de instrucciones.

Él debe comenzarse (1) fijando la parte histórica, continuarse desarrollando la parte doctrinal, y concluirse inculcando la parte moral. Un buen curso de instrucciones debería, por lo mismo, abrirse con la historia santa hasta el establecimiento de la Iglesia. Llegando á este punto, el predicador habria de detenerse á presentar el cuerpo general de la doctrina, para que el auditorio tuviese un punto de partida y una estacion metódica para seguir sin dificultad al predicador por el dilatado camino de sus instrucciones. Dada esta idea general, debía comenzarse por el símbolo, explicando uno por uno todos los artículos de la fé. Al concluir el símbolo, todo está pidiendo una segunda pausa, el predicador, su auditorio y la materia misma. Esta segunda pausa debía emplearse en manifestar que las verdades dogmáticas tienen todas un objeto práctico; y de esta suerte el predicador relacionaria de antemano los dogmas con los preceptos; tercer paso en la carrera de sus instrucciones.

El Decálogo, los preceptos de la iglesia en general, sus aplicaciones á cada uno de los estados en particular; tal debería ser la tercera serie de instrucciones doctrinales. Terminada ella, se presenta naturalmente esta cuestion: ¿por qué, siendo la eterna salud el primer interés del hombre, y no pudiéndola conseguir sino solo el que oye y guarda la palabra de Dios, conviene á saber, el que cree los dogmas y observa los preceptos, son tantos los que se apartan de este camino? Esta cuestion es de la primera gerarquía, tiene por sí misma un grande interés y un carácter práctico. Su solucion depende del conocimiento del poder natural y sobrenatural, porque solo así tendrá el pueblo las nociones que debe acerca del carácter, existencia, necesidad y distribucion de la gracia. Explanadas las ideas de la gracia en sus relaciones con el poder moral del hombre, é inculcada su necesidad, tan estrecha que sin ella es imposible cumplir la ley de Dios, el auditorio se interesa en conocer esta institucion sublime de Jesucristo para difundir constantemente su gracia por el gran cuerpo de los fieles. La cuarta serie de instrucciones

(1) Plan propuesto por el Ilmo. Sr. Munguia, Obispo de Michoacan (Méjico), en su obra *Exposicion de la doctrina católica*.

doctrinales corresponde por entero á los Sacramentos, y debe terminar con lo que se llama *Sacramentales*: conviene á saber, con esos medios auxiliares que quitan del alma la mancha del pecado venial.

Conocida perfectamente del auditorio esta maravillosa economía, debe saber que, para que surta sus efectos, es necesario que el hombre la concrete toda, digámoslo así, en su conducta individual y social; y como esto se consigue solo poniendo en práctica las reglas que sirven para el gobierno de la vida espiritual, la quinta série de instrucciones debería tratar esta materia, partiendo de la oracion cómo de un vínculo de comunicacion activa y eficaz entre el hombre y su Dios, y un medio indispensable para conseguir la gracia y fecundarla incesantemente en la naturaleza.

Tales son las materias que debería comprender este curso. Las reglas que podrían darse al propósito, vienen á reducirse á estas dos: orden y claridad. Por lo demás, como forman una série, todas las pláticas intermediarias no necesitan más exordio que lo bastante á enlazar una plática con la que precede. Excusado nos parece advertir que su carácter mismo demanda la continuacion y proscribire el aislamiento. Solo pues, en caso de una estrecha necesidad podrían pasarse algunas interrupciones: por ejemplo, en las grandes solemnidades de la Iglesia, para hacer un sermón sobre la fiesta ó el misterio, y tambien en los tiempos de adviento y de cuaresma, para seguir el espíritu con que la Santa Iglesia llama en ellos preferentemente el ánimo de los fieles á cierto orden de ideas, á cierto linaje de sentimientos.

Sí, no lo duden los señores párrocos, el curso seguido y ordenado de instrucciones es la predicacion más útil y provechosa para los fieles; y si en este supuesto siempre ha sido importante y considerada cual primera necesidad de los pueblos, hoy se ha hecho más indispensable que nunca, á causa de la invasion incesante del error y de los peligros crecientes para la fé. Persuadidos tambien de que la enseñanza doctrinal no deba darse solamente por pláticas ni sermones más ó ménos vagos sobre asuntos confusos y sin consecuencia: es preciso necesariamente, si se quiere alcanzar el grande objeto y cumplir el alto precepto de *enseñar* impuesto por el divino

Maestro, es preciso que haya *cursos de instruccion*, cursos que se continúen y desenvuelvan de manera que formen un conjunto, un cuerpo completo.

Esta clase de predicacion ofrece tambien otra preciosa ventaja; es la de que no instruye ménos al predicador que á los oyentes, porque para predicar así, se necesita estudiar. Las generalidades, las ideas vagas, los lugares comunes, no bastan para este género de predicacion: es precisa la doctrina; y para poseer esta doctrina, es necesario buscarla, adquirirla. ¡Cuántas cosas hay en el dogma, en la moral, en la liturgia, que creiamos saber, por haberlas estudiado en otro tiempo y por tener de ellas un recuerdo vago! Pero cuando queremos escribir ó hablar sobre estas materias ¡ah! pronto comprendemos que no las sabemos ó que las sabemos mal: nuestra pluma se detiene, porque para escribir sobre un asunto determinado, como lo son todos los doctrinales, es indispensable tener ideas precisas. Entonces nos vemos obligados á recurrir á los libros, á estudiar, á meditar; y á medida que lo hacemos, aprendemos cosas que no sabiamos, ó bien aprendemos mejor las que sabiamos mal; pasamos de lo confuso á lo positivo; adquirimos sobre cada asunto ideas claras, exactas y completas; nos instruimos más. Por consiguiente. ¿qué diferencia no habrá despues de cuatro ó cinco años de ministerio, entre un sacerdote que jamás haya predicado sino sermones sueltos, vagos, sobre asuntos impremeditados, y aquel que durante ese mismo tiempo ha hecho un curso sólido y completo de instrucciones, preparando con todo cuidado cada una de sus materias? El primero no habrá aprendido más: que á alinear frases; el segundo habrá repasado toda la gran doctrina cristiana con atencion, con reflexion, con una penetracion de las cosas tanto más íntima, cuanto que le era absolutamente necesario comprenderlas bien y apropiárselas, para estar dispuesto á explicarlas bien á su auditorio.

II.

PLÁTICAS SUELTAS.

Tienen este nombre, primero las moniciones impresas en los ri-

tuales; segundo, las instrucciones de cualquier especie que se dan al pueblo en la misa parroquial; tercero, en un sentido más propio y estricto, significa una instrucción corta y simple que el párroco, durante la misa parroquial, dá al pueblo sobre algun punto de dogma ó moral. Es visto pues, que esta clase de pláticas admiten, hasta cierto punto, el movimiento persuasivo del sermón en concurso de las explanaciones puramente doctrinales de una plática. Las reglas acerca de esto pueden reducirse á lo siguiente:

Primera. La materia de la plática abraza todos los deberes de la vida cristiana; pero el orador está en el caso de predicar sobre algunos puntos más esenciales, ó de que más necesita, segun sus circunstancias, el auditorio: tales como los novísimos, la fuga de las ocasiones, la frecuencia de los sacramentos, la caridad del prójimo, la reforma de los vicios más dominantes, etc.

Segunda. Esta clase de pláticas no necesita, por lo comun, texto, ni exordio, ni preámbulo: puede entrar en materia inmediatamente despues de la lectura del Evangelio ó del Catecismo. No caben aquí ratiocinios elevados, pruebas complicadas, grandes movimientos oratorios: explicaciones claras, exhortaciones urgentes, pinturas de costumbres características, estilo medio, grande naturalidad.... he aquí lo que se necesita.

Es de advertir tambien, que estas pláticas requieren dos cosas: buena y sólida instrucción, y preparacion inmediata competente. Se engañan aquellos que imaginen no ser necesaria preparacion de ningun género para esta clase de discursos: tal vez es la que requiere más tino y cuidado, porque complica frecuentemente los dogmas, afecta incisivamente la moral y expone á todos los riesgos la fé y las costumbres.

III.

ADVERTENCIAS Ó CONSEJOS.

Un párroco celoso por el bien espiritual de sus feligreses, no perdona medio alguno para instruirlos y edificarlos. Semejante á los más esmerados y amorosos padres de familia, consulta en todo y

por todo, y lo refiere todo tambien á la verdadera felicidad de sus hijos. Por esto, no contento con instruirlos y moverlos en el púlpito, curarlos y consolarlos en el confesonario y edificarlos en el altar, los reúne tambien cuando la necesidad se presenta, para hacerles ciertas advertencias oportunas y darles el buen consejo. Las reglas concernientes á estas alocuciones pueden reducirse: primero, á que se trate de una cosa de importancia; segundo, á que se tengan esperanzas bien fundadas de hablar con provecho; tercero, á que se hable con verdad, exactitud, precision y claridad; cuarto, á ayudarles con la oracion; quinto, á felicitarles por el buen éxito; sexto, á no tocar intereses personales, ni exponer el honor á la difamacion de alguna persona, ni tratar de ciertos desórdenes secretos cuya revelacion escandalizaria, ni censurar alguno de aquellos puntos que hayan podido pasar entre simples particulares ó en el recinto de las familias; y séptimo, á guardar la discrecion, prudencia y oportunidad convenientes.

Los *consejos* dados acertada y oportunamente, con el tono y acento que cada asunto reclama y pide son muy útiles, y obran más eficazmente que toda otra palabra. Los consejos forman la buena direccion de la familia, la educacion de las almas: son la palabra paternal, pastoral, que gobierna, que endereza, que forma el corazon, el espíritu y los hábitos: son: en una palabra, el alma y la vida de una parroquia.

La palabra en ellos ha de ser sencilla, familiar, cariñosa; sin perjuicio de serlo, cuando se estime necesario, animada y contundente, á fin de mover, de penetrar, de convertir. Lo natural, lo ajeno á toda investigacion, de toda pretension; pero al mismo tiempo con cierto aplomo, con cierta fuerza, con cierta dignidad de lenguaje, mezclado en caso necesario con cierto ingenio, y áun con salidas inesperadas de buen humor y de gracia: tales deben ser el tono y el carácter de los *consejos*.

Más no se crea, que estos pueden darse en cualquier ocasion y tiempo, sin estudio, sin preparacion alguna. No, antes bien es esencial no dar los consejos como por casualidad, sin consecuencia ni objeto; y al efecto es preciso preverlos y prepararlos; porque si bien no todos tienen igual importancia, los hay tan graves é inte-

resantes, que no pueden faltar á su objeto, sin seguirse de ello los inconvenientes más tristes, y por tanto siendo muy difíciles, requieren una discrecion muy rara, grande tacto y particular discernimiento.

§. 4.º

DE LA NECESIDAD DE MÉTODO EN LAS INSTRUCCIONES PARROQUIALES.

Es condicion del espíritu humano querer en toda enseñanza el orden y la consecuencia, para hallar en ella la verdadera luz. El método es el sábio concierto, el orden en todo lo que pensamos y en todo lo que hacemos. El orden es hijo de Dios: «considerad su esencia, contemplad sus atributos, examinad sus obras: donde quiera sorprenderéis la armonía, donde quiera vereis brillar el orden; constantemente ireis descubriendo nuevos motivos de admirar esa concordia maravillosa con que las partes de cada objeto están distribuidas para componer un todo perfecto, sometiendo todas las cosas á la ley de la unidad, á esta ley que pone un sello divino sobre todas las cosas que han salido de sus manos.» Debe pues el párroco inculcar á sus feligreses la necesidad que tienen de poner en práctica por su parte, cuanto sea dado á su capacidad, esta discrecion de pensamientos, este orden, este concierto precioso que debe hacer más abundantes y perfectos los frutos de su constante aplicacion. El medio mejor para conseguir esto, es, tener un plan bien ordenado de instrucciones, que á la vez que el párroco encuentre en él un camino fácil, amplio y espacioso para explicar con provecho todas las partes de la doctrina cristiana, sirva tambien de medio segurísimo al pueblo para conservar esta explicacion sin dificultad.

Hallar planes ordenados y completos es cosa fácil, pues á parte del catecismo del Concilio de Trento, los ofrecen todas las obras catequísticas; más tratándose de un plan, cual se desea, que pueda servir de guia y norma al párroco para dar las explicaciones, y al pueblo para retenerlas y seguir su enlace; no dudámos en dar la preferencia al contenido en ese precioso libro que manejamos desde la infancia, el catecismo de la doctrina cristiana. Con solo estudiarlo

atentamente, ligando las explicaciones doctrinales á la letra del mismo, donde están contenidos íntegramente los elementos fecundísimos de toda la sabiduría cristiana, el párroco tendrá ese camino fácil para dar con provecho y de una manera ordenada y metódica la explicacion de todas las partes de la doctrina cristiana, y los fieles el medio segurísimo, que acabámos de indicar, para conservar esa explicacion sin las dificultades con que de otra suerte lucharía no teniendo un texto sabido con que enlazar la predicacion de su párroco. Todas las grandes nociones que debémos tener acerca de Dios, del hombre y de las relaciones entre ambos seres, todas las reglas de conducta individual y social, todos los medios de comunicacion con Dios, toda la enseñanza sobre los sacramentos por donde se nos comunica la gracia, están contenidos en el texto de este libro de nuestras escuelas cristianas, tan pequeño en su volúmen como inmenso en su comprension.

«El Catecismo (de Ripalda), dice un Prelado español, reúne tantos caracteres de perfeccion en la pureza de su doctrina, en el método de sus preguntas, en la profunda sabiduría de sus respuestas, que á veces nos parece ménos el producto de un trabajo constante que la obra de una inspiracion celestial. Nosotros le tenemos y estudiamos desde nuestra infancia, meditamos en él todos los días, y á decir verdad, le poseemos como un tesoro. Este libro ha sido para nosotros el más grande maestro, y nunca hemos ocurrido á su texto sin descubrir nuevos espacios, sin hallar nuevas instrucciones, sin descender con el espíritu á mayor profundidad. Cualquiera de sus preguntas y respuestas entraña la metódica propuesta y la sábia resolucion de una cuestion dogmática ó moral. Una sola respuesta del P. Ripalda es una alta inspiracion para el talento del catequista, del controvertista y aún del orador. Sin salir de los precisos términos enunciativos de este pequeño libro puede extenderse abundante y directamente toda la ciencia teológica sobre el cuerpo de los fieles.»

Verdad es que el catecismo elemental que se enseña en nuestras escuelas, ciñéndose á las más imperiosas necesidades de los fieles, está reducido á los principales puntos de la doctrina, sin anticipar lecciones históricas, ni llevar sus declaraciones doctrinales hasta la liturgia de la Iglesia, cómo lo vemos en algunos catecismos *expli-*

cados y de perseverancia; pero tambien lo es que, con su Credo, mandamientos, oraciones, sacramentos, virtudes teologales y cardinales, pecado, obras de misericordia, potencias del alma, sentidos del cuerpo, dones y frutos del Espiritu Santo y bienaventuranzas, recorre un espacio inmenso: abraza por un lado toda la alta filosofia de la religion, y comprende por otro toda la moral del cristianismo. Cuando un pueblo llegase á comprender con las explicaciones de su párroco su catecismo manual, seria el más sábio de todos los pueblos; y cuando llegase á obrar en consonancia con esta doctrina, presentaria en su conjunto el cuadro maravilloso de la sociedad más perfecta.

Este método de seguir las instrucciones doctrinales por el catecismo no es nuevo; lo hallámos indicado por varios concilios, así como por las constituciones sinodales de algunas Diócesis. Hé aquí el texto que se lee en una de ellas: «Para aprender la teología, los sacerdotes están obligados á estudiar una serie de tratados durante muchos años. Del mismo modo, para instruir á los fieles, es menester explicarles todas las verdades que deben saber, por instrucciones detalladas, seguidas y unidas, que puedan producir sobre ellos el mismo efecto que una serie de tratados. Mandamos, por consiguiente, que en todas las parroquias de nuestra Diócesis se haga cada domingo una instruccion, puesta al alcance del comun de los fieles, y siguiendo el órden del catecismo de la Diócesis. Una experiencia constante prueba que *no hay otras parroquias bien instruidas fuera de aquellas en que la doctrina cristiana ha sido enseñada de este modo, y que en todas las partes, en donde se contentan con hacer pláticas ó exhortaciones sobre asuntos aislados, el pueblo cae bien pronto en la más deplorable ignorancia.*»

CAPÍTULO VII.

DE LA PREDICACION CATEQUÍSTICA.

El catecismo y su enseñanza.—Importancia y necesidad de la enseñanza catequística.—Solicitud constante de la Iglesia en la enseñanza catequística.—El ejemplo de Jesucristo, modelo perfecto de

catequistas, seguido por los hombres más ilustres en ciencia y santidad.—El catequista y sus cualidades.—Reflexiones importantes de S. Alfonso Maria Liguorio sobre el método que ha de guardarse en la enseñanza catequística.—Necesidad de organizar la enseñanza catequística en toda su extensión, ó sea, en los catequismos elemental, de perseverancia y del pueblo.—Constitucion Et si minime de Benedicto XIV dirigida á los Obispos de la cristiandad, recomendándoles la enseñanza del catecismo.

§. 1.º

EL CATECISMO Y SU ENSEÑANZA.

El catecismo no es extraño á la elocuencia del púlpito, pues el catequista, como todo otro orador sagrado, procura hacer penetrar la palabra de Dios en los espíritus y en los corazones de aquellos que la escuchan, para comunicarles la luz y la persuasión. Este empleo es uno de los más importantes del ministerio eclesiástico, y el verdadero y quizá único medio para un pastor, que entra en una parroquia ignorante, de difundir la luz. Sus pláticas, sus instrucciones y todos sus esfuerzos serán infructuosos, sino se aplica primero á la enseñanza catequística, á grabar bien en el espíritu y en el corazón de los niños y de los ignorantes los primeros elementos de la religion, á inspirarles su aprecio, y hacerles concebir el deseo de conocerla. Un sacerdote que tenga el consuelo de estar encargado de una parroquia bien instruida, hallará en la enseñanza del catecismo el medio más eficaz para conservar y aumentar la ciencia de Dios. Por poco negligente que sea en esta parte, la juventud caerá pronto en la ignorancia, y de aquí pasará á los extravíos á que la fogosidad de las pasiones arrastra con demasiada frecuencia áun á aquellos que son formados con cuidado; los desórdenes se multiplicarán, y poco á poco este campo fértil no producirá más que malezas.

Es pues un error, suponer que el catecismo sea extraño á elocuencia; muy lejos de eso, creemos, y de ello estamos plenamente convencidos que, ninguna predicación le es comparable, y es evi-

dentemente el modo mejor de enseñar la religion, no solo á los niños, sino tambien á las personas de toda edad. Los otros géneros de instruccion no permiten ciertas expresiones demasiado comunes, ciertas frases demasiado familiares, no obstante ser tan útiles en ocasiones para hacerse entender; no consienten descender á ciertos detalles, hacer uso de repeticiones, que á pesar de ser necesarias á inteligencias cortas, disgustarian á la generalidad de los oyentes. En el catecismo por el contrario, se habla familiarmente; se emplean, cuando es conveniente, expresiones populares; se puede repetir muchas veces la misma cosa sin inspirar disgusto. Los otros géneros de instruccion exigen algun trabajo, alguna fatiga en el espíritu para sostener la atencion; trabajo de inteligencia de que muchos ni siquiera son capaces, para seguir la rapidez del discurso y los razonamientos del predicador: el catecismo nada de esto exige, en él todo es más claro, más sencillo y acomodado al alcance de las capacidades más limitadas; en él se desmenuzan, digámoslo así, las verdades de salud y se repiten sin fastidio; aquí se averigua si son bien entendidas, y con un lenguaje familiar se instruye, deleitando, en todos los deberes del hombre y del cristiano. Finalmente, los sermones son como grandes lluvias que, arrastradas por su propia violencia, no penetran ni benefician sino las tierras bien cultivadas, y dejan sin fecundizar las otras; mientras que el Catecismo es como esas lluvias suaves que, repetidas, se infiltran sin sentir en las tierras aun peor dispuestas, y las preparan para producir buenos y abundantes frutos. Es un hecho reconocido por todos que, á una parroquia es más útil un buen catequista que un gran predicador, y que las personas del mundo aprovechan más asistiendo á un buen catecismo, que oyendo muchos y elocuentes sermones.

Esto supuesto, véamos que se entiende por Catecismo, y que, por su explicacion y enseñanza. La palabra *catecismo* trae su origen de dos voces griegas: *cata, secundum, y chom, sonum*. y significa instruccion de viva voz. En la primitiva Iglesia habia la ley del secreto, que prohibia escribir las instrucciones sobre nuestros misterios y sacramentos, para evitar que cayendo en manos de los paganos abusasen de ellas, y sirviesen de tema á sus burlas. Rarísima vez se escribian las instrucciones que se daban á los catecúmenos, y so-

lo de viva voz se les enseñaba las verdades de salvacion. El Catecismo, entonces como ahora, no era sino una instruccion familiar sobre las verdades elementales de nuestra santa religion, dada por lo comun en forma de diálogo entre el catequista y sus oyentes. Hoydia se llama tambien Catecismo á un librito que, en breves y preciosas preguntas y respuestas contiene con admirable orden todo lo que el cristiano debe creer, esperar y obrar. El uso de este libro incomparable data de la época de S. Ignacio de Loyola, quien, conociendo todo lo transcendental que era, hizo con sus discipulos revivir la hermosa costumbre de catequizar á los niños. Estandopues, como ahora está, compendiada toda la doctrina cristiana en el libro llamado Catecismo, interesa saber estas dos cosas: *¿Qué es enseñar el Catecismo? ¿En qué sentido entiendo la Iglesia esta enseñanza?* Aun cuando á primera vista ambas preguntas parecen sino extrañas, á lo ménos supérfluas; no lo son ciertamente, y en nuestro concepto envuelven una cuestion no solo importantísima, sino fundamental. Enseñar el catecismo, no es como generalmente se dice, instruir á los niños en los elementos de la doctrina cristiana, hacerles aprender y recitar el contenido de aquel precioso libro; enseñar el catecismo es mucho más; supone no la instruccion sola, si que tambien la educacion, la educacion religiosa del hombre, durante los años de su infancia y su juventud, y la instruccion y educacion son dos cosas muy distintas. La educacion es el objeto, la obra que hay que realizar: la instruccion no es más que uno de los medios. La instruccion no vá directamente más que á la inteligencia; la educacion forma á la vez que la inteligencia, el corazon, el carácter y la conciencia. «Por esto, dice un distinguido Prelado español (1), nos preocupa tanto la idea de la enseñanza catequística en los niños; por esto la recomendamos frecuentemente en los decretos de Santa Visita á los párrocos como el deber más imperioso, y á los demás eclesiásticos como la necesidad más grave de la situacion actual; inculcándoles que no se limiten á instruir, si que se ocupen principalmente en educar, sabiendo por experiencia que la instruccion sola no podrá formar al hombre

(1) *Instruccion y exhortacion pastoral* del Exemo. é Ilmo. Sr. D. Pantaleon Monserrat, Obispo de Barcelona, 20 de Enero de 1867.

cristiano, si solo ilustrar el espíritu; al paso que la educacion forma el corazon y esclarece la inteligencia, porque no pueden explicarse al niño los principios á que ha de arreglar sus acciones, sin que al mismo tiempo que los pone en práctica se sienta poseido de la verdad é importancia que tienen. Lo que interesa al bien de las familias, al de los pueblos, al del Estado y al de la Iglesia, no es tanto instruir á la niñez, como educarla; esto es, arreglar los afectos de su corazon, formar su conciencia y sus costumbres, é inspirarle á la vez el temor santo de Dios, que le dará luces y la fuerza necesaria para cumplir sus deberes.»

Explicar, pues, el Catecismo, no es solamente enseñar á los niños el cristianismo, es educarlos en el cristianismo; que quiere decir: educarlos en la inocencia y en la ciencia cristiana, en la luz y en la gracia de las virtudes evangélicas: educarlos en el temor de Dios, preparar en ellos la vida eterna, elevando y santificando la vida presente. En efecto, es evidente, que limitarse á instruir á los niños en los elementos de la doctrina cristiana, sin tomarse el trabajo de hacérsela probar y practicar, sin formar en ellos los hábitos, las inclinaciones, las costumbres cristianas, es hacer muy poco, casi nada, por el gran fin á que se debe aspirar, casi nada por la virtud y la dicha de la vida presente, y absolutamente nada para conquistar la vida eterna. Enseñarlos, ilustrarlos acerca de sus deberes, es muy importante en verdad; ¿pero de qué les servirá esta luz, sino se les hace amar tambien sus deberes y sentir el placer de practicarlos? Para esto, á la enseñanza con que se les instruye, es preciso añadir exhortaciones que les impresionen, ejemplos que les persuadan, prácticas piadosas que les edifiquen. Es preciso guiar su carácter, corregir sus defectos, iluminar y rectificar su conciencia, ennoblecer sus sentimientos; en una palabra, elevar por completo su alma hasta Dios. Tal es la enseñanza que quiere y recomienda la Iglesia. No es la voluntad de ésta el que nos limitemos á instruirlos; quiere que vigilemos su conducta, que les enseñemos como deberán vivir en el mundo cristianamente y perseverar en la virtud: para esto quiere que les enseñemos á amar á Dios, á orar, á reflexionar sobre lo que se refiere á la salvacion, á arrepentirse de sus pecados, á corregir sus malas costumbres, á pedir perdon á Dios, á hacer actos de

contrición y de firme propósito..... quiere que hagamos todo cuanto sea necesario para la santidad y pureza de sus acciones, y quiere en fin, que formemos y terminemos en ellos la obra de su educación cristiana.

§. 2.º

IMPORTANCIA Y NECESIDAD DE LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA.

Nada puede haber en el mundo más interesante para el hombre, como tener ideas exactas acerca de sí mismo, de su destino, de su fin y de su vocación, poseer un conocimiento práctico de que hemos nacido para la verdadera felicidad, y de que esta felicidad existe; saber por último que hay medios infalibles para conseguirla, y descubrir y poseer estos medios. Este es el objeto por excelencia, lo único que avalora y dá estimación á cuanto vemos y cuanto somos, el asunto importante que puede ocupar nuestras diarias meditaciones; y esto es precisamente lo que nos enseña á todos la doctrina cristiana, lo que por ella somos y podemos ser, lo que nos revela y proporciona al mismo tiempo la verdadera felicidad. Calcúlese por aquí todo lo que importa para cada uno el tener conocimiento de ella.

Si se quiere hacer todavía más sensibles estas consideraciones, profundicemos estas dos grandes ideas: la doctrina cristiana comprende á Dios y al hombre en el vasto conjunto de sus relaciones. Comprende á Dios, porque ella nos enseña quién es, y para qué nos ha creado, descubriéndonos alta y profundamente su ciencia, sus atributos y sus relaciones con la humanidad. Comprende también al hombre, enriqueciendo su entendimiento con una ciencia infinita, dando reglas á su voluntad, y conduciendo su libertad al bien por el cumplimiento de la ley divina.

La primera necesidad del hombre es la verdad, porque sin la verdad el entendimiento es nulo: la segunda necesidad del hombre es la ley, porque sin la ley la voluntad sería siempre desgraciada: la tercera necesidad del hombre consiste en los medios para contar siempre con los recursos necesarios en la vida: la cuarta necesidad

del hombre se refiere á los auxilios y socorros que no puede proporcionarse por sí mismo, y que hacen indispensable á la naturaleza la cooperacion de la gracia. Satisfechas estas necesidades, el hombre lo tiene todo, lo sabe todo, y lo puede todo; porque entra en una triple plenitud con su entendimiento, con su voluntad, y con su conducta. Ahora bien, la plenitud de la verdad está en la fé, la plenitud de la ley está en los preceptos de Dios y de la Iglesia, la plenitud de los recursos está en la oracion, la plenitud de la gracia comunicada está en los Sacramentos. ¿Y qué debemos inferir de todo esto? que la plenitud del entendimiento, de la voluntad y de la libertad, la plenitud del hombre, del individuo, de la sociedad, la sociedad intelectual y moral de todo el género humano está en la doctrina cristiana, pues que ella lo encierra todo en sus cuatro partes, que son, como es bien sabido por el catecismo: *Credo, Mandamientos, Oraciones y Sacramentos.*

Tal es la importancia de la doctrina cristiana, y por consiguiente su enseñanza; importancia que, en breves líneas expresa un filósofo no sospechoso de extremada adhesion á la iglesia. Hé aquí sus palabras: «Existe, dice, un librito que se hace aprender á los niños, y acerca el cual se les pregunta en la iglesia: leed este librito y hallareis en él una solucion á todas las cuestiones que he propuesto, á todas sin exceptuar una sola. Preguntad al católico de donde viene la especie humana, y lo sabe; preguntadle á dónde vá, y lo sabe; preguntadle cómo se vá, y lo sabe tambien. Preguntad al pobre niño, que no ha pensado jamás porque está aquí bajo y que será despues de la muerte, y os dará una respuesta sublime. El origen del mundo, y de la especie humana, las cuestiones de razas, el destino del hombre en esta vida y la otra, las relaciones del hombre con Dios, los deberes del hombre respecto á sus semejantes, los derechos del hombre sobre la creacion, nada de esto ignora, y cuando sea mayor no dudará jamás sobre el derecho natural, sobre el derecho político, sobre el derecho de gentes (1).»

Reconocida la importancia de la doctrina cristiana, ha de serlo tambien la obligacion que el hombre tiene de saberla, y de aquí, la necesidad de su enseñanza. Esta debe principiar con los primeros

(1) Jouffroy, *Miscelánias filosóficas.*

años de la edad, puesto que así lo exige y reclama el bien espiritual y temporal de los niños, de la familia y de los pueblos. Primeramente el bien de los niños. Toda la vida del hombre está en la infancia, como el fruto está en la flor. Sin duda que no toda flor dá su fruto, porque puede agostarse, secarse ó ser destruida por la lluvia ó la tormenta; pero es indudable que si no hubiese flores no habria frutos, y los años más abundantes son aquellos que han tenido mejores primaveras. Pues bien, los niños son plantas tiernas del jardín místico de la Iglesia, delicadas flores, inclinadas á veces hácia la tierra por soplos funestos, y agostadas prematuramente. Si queremos su conservacion, y que en tiempo oportuno dén frutos sazonados y abundantes, preciso es cultivarlas con todo esmero, con toda solicitud: en ellas existe toda la esperanza de la cosecha. La infancia es la edad decisiva en que las impresiones son vivas, en que el espíritu y el corazón son accesibles á la cultura, y en que el alma tierna se deja impresionar más fácilmente; es sobre todo, la edad fecunda en que todo crece y se desarrolla para el vicio ó para la virtud, en que se adquieren los hábitos para toda la vida. Irreligioso en su infancia, el hombre continuará casi siempre siéndolo. ¿Cómo sujetarle más tarde, si ya la fé no tendrá raíz alguna en su alma, si la incredulidad y las pasiones le habrán dominado siempre?—*Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*—Por el contrario, piadoso en su juventud, iniciado en los secretos y en la dulzura de la vida cristiana, habiendo conocido y probado el don de Dios, ha de suceder una de estas dos cosas: ó perseverará fielmente, ó, si la corriente del mundo le arrastrase, tendrá por lo ménos un principio, un punto de apoyo para su retorno al bien. Sí, la semilla de vida eterna que con su palabra arroja el catequista en el corazón inocente de los niños será quizá más tarde ahogada por la maleza de las pasiones: no obstante, tarde ó temprano, esas pasiones callan, y renace la fé con el recuerdo de los días tranquilos, de la paz que gozaba el corazón en los días de su inocencia cuando aprendía las verdades de nuestra santa fé en el catecismo. Bastará una enfermedad, un revés de fortuna para desvanecer las ilusiones de la juventud, y entonces los remordimientos le forzarán á volver á la casa paterna de su Dios, como otro hijo pródigo, al re-

flexionar sobre su triste estado actual. Casi nunca sucede, dice un ilustrado escritor, que despues de haber estado bien instruido en la religion desde la primera infancia, se muera impenitente; mientras que es muy dificil, y casi imposible, que los que no han sido formados por buenos catecismos entren de nuevo en el buen camino, áun en la muerte. Su ignorancia hace que no tengan interés por todo lo que se les pueda decir, y así se hallan en situacion casi desesperada. Es pues necesaria la enseñanza catequística, y necesaria, repetimos, en la primera edad de la vida, por estar en ella cifrado el porvenir de los niños, é interesados no solo su bien temporal, sino tambien su salvacion eterna. Aún dirémos más, y es: que si en todos tiempos ha sido reconocida la necesidad de esta enseñanza, una razon especial y extremadamente grave, hace que lo sea particularmente en los presentes dias.

En otro tiempo, cuando la familia era profundamente cristiana, cuando los hábitos, las costumbres, las leyes cristianas reinaban en el seno de la familia; cuando el niño, rodeado desde su cuna de piadosos ejemplos, se educaba naturalmente y sin esfuerzo, á la vista de sus padres y en medio de sus hermanos, en el respeto á la religion y en el amor de la virtud; cuando todas sus inspiraciones, todos sus gustos y hasta todos sus instintos nacian y se desenvolvian bajo el imperio de la fé y de la piedad ardiente; cuando no respiraban otro aire, y cuando de esta manera estaba formada y modelada su alma desde su tierna infancia, entonces el catecismo podria no ser más que una escuela cristiana, á donde iba el sacerdote durante algunos meses á añadir por la gravedad de su palabra y la precision de su enseñanza, el último toque de autoridad, de firmeza y de seguridad doctrinal, á las tradiciones, á las costumbres y á las lecciones de la familia cristiana. Pero, ¡hoy la situacion y los tiempos han cambiado, y son muy contadas las familias que pueden llamarse profundamente cristianas! Lo decimos con todas las reservas necesarias en favor de santas y gloriosas excepciones; pero hablando en general, ¿dónde vemos hoy las familias cristianas de otros tiempos? ¿En dónde están las antiguas costumbres, los antiguos hábitos, la antigua vida cristiana? ¡Ah! hoy no existen ya entre nosotros aquellos hermosos dias de la fé antigua, en que los pobres como los

ricos trataban á la religion con veneracion y amor; en que el Evangelio se honraba de contar en las clases más oscuras, como en las demás alto rango, numerosos discípulos, que cifraban su felicidad en la humilde obediencia á las leyes, gloriándose de transmitir á sus hijos, como la más preciosa herencia, su respeto y su reconocimiento para con esta religion santa. ¡Ah sí! pasaron ya aquellos tiempos de virtud, de piedad y de felicidad, y nadie ignora los dias que les han sucedido. La impiedad triunfante ha extendido por todas partes sus deplorables conquistas; y lo mismo en las grandes que en las pequeñas poblaciones, lo mismo en las familias ricas que en las pobres, se han dejado sentir sus fatales consecuencias. A la educacion verdaderamente cristiana que se daba á la familia en el hogar doméstico ha sustituido una educacion puramente profana y mundanal, y la enseñanza religiosa, es mirada en lo general, sino con desprecio, con una indiferencia que contrista. De aquí, esa lamentable ignorancia en doctrina cristiana aún de las cosas más precisas y necesarias, que observamos en los hijos de familia; ignorancia que, creciendo con la edad, es causa del extravío en ideas y perversion moral, tan generalizados hoy en nuestra juventud. ¿Cómo remediar un mal de tanta trascendencia? Un medio vemos solamente: la educacion profundamente cristiana dada por la enseñanza catequística. Sí, lo decimos con toda la fuerza del convencimiento: para infundir en los niños los sentimientos de religion y piedad, inspirarles costumbres puras, conservar ó reparar su inocencia, ponerlos al abrigo de todo lo que ven y oyen diariamente; para salvarlos de tantos peligros amontonados contra ellos, y proveerlos de armas contra tantas preocupaciones y errores como maman hoy con la leche, es indispensable, y necesaria de todo punto la enseñanza catequística. En el catecismo, y únicamente en el catecismo es donde pueden recibir los niños cuidados asiduos, hallar una accion directamente opuesta á la que tan tristemente ejerce el mundo sobre ellos, y de la que no pueden defenderse por sí solos; encontrar un asilo protector de su fé y de su inocencia, y una segunda cuna sagrada, en la que su alma podrá renacer á una vida nueva, principio y fundamento de un porvenir dichoso en el tiempo y en la eternidad. Es necesario llenar hoy por medio del Catecismo

ese gran vacío que se siente en las familias en punto á educación cristiana, y no solo por el bien de los niños, sino con el propósito y la noble aspiración de que haciendo por medio de estos llegar su influencia á las familias mismas, intentémos su reforma, y con ella la de los pueblos, que es otra de las ventajas que ofrece la enseñanza catequística, según veremos.

Doloroso ha de ser, ciertamente muy doloroso, al sacerdote que se halla al frente de una feligresía, presenciar hoy en la mayor parte de las familias el poco ó ningun cuidado en la educación cristiana, la indiferencia con que se mira el cumplimiento de los deberes religiosos, y el olvido á que han sido relegadas aquellas prácticas piadosas, objeto preferente de las ocupaciones diarias en otros tiempos; pero más doloroso debe serle aún la dificultad en aplicar el remedio que pueda curar estos males. ¿Lo conseguirá acaso por medio de los *sermones solemnes*, de las *pláticas*, tales como se predicán ordinariamente? No, porque fuera de un reducido número de personas devotas que conocen y cumplen su deber de asistir á ellos, y que suelen ser las que ménos necesitan de esta clase de predicación, pocos, muy pocos son los que concurren á los sermones. ¿Por medio del *Confesionario*? Tampoco. Mucho puede hacerse en el confesionario, es verdad; pero este es un recurso aparte, establecido con un objeto especial, y que no puede ser suficiente para todo. ¿A dónde, á quién apelará el sacerdote celoso, el párroco diligente en su deseo de proporcionar aquel bien á sus ovejas? A los niños que asisten al catecismo. Estos, bien afeccionados y dirigidos, serán el auxiliar del sacerdote, un misionero para aquellos padres, para aquella familia, en que, la acción del sacerdote no tenga fácil entrada, ni su voz sea escuchada. Las pequeñas recompensas, el afecto que profesa á los niños concilian al sacerdote el afecto y confianza de los padres. La modestia, piedad y docilidad de los niños hablan á los padres muy alto en favor de la religión que tales sentimientos inspira. Como el niño no sabe fingir por causa del respeto humano, dice en casa, cuenta todo lo que ha oído en el Catecismo: los ejemplos, historietas, etc....., y si es piadoso y celoso les obliga á veces con súplicas y lágrimas á que le acompañen á los actos religiosos: y este pequeño apóstol logra lo que nunca hubiera podido obtener el más sábio sacerdote. Así co-

menzó S. Francisco Javier la conversion de los indios, llamando con la campanilla en la mano los niños, al recorrer las calles de Goa; así se renovó la iglesia en los siglos XVI y XVII; así lo practicaron los más grandes Obispos y sacerdotes, S. Carlos, S. Francisco de Sales, S. Vicente de Paul; así se santificarán hoy día los pueblos. Sí, los pueblos; porque aficionándose el sacerdote á los niños, creará por ellos una generacion nueva y cristiana; estos niños darán el buen ejemplo en el interior y en el exterior de la familia; su conducta sola será una censura tácita de la disolucion de los demás: á lo ménos serán más tarde padres de familia cristianos, amarán la religion, educarán sus hijos en la piedad, y la parroquia se hallará así renovada al cabo de un tiempo más ó ménos largo. Continuando el catecismo se verá aumentar el bien, arraigarse la virtud en las familias, desaparecer los abusos y desórdenes; el verdadero cristianismo se establecerá en todos los corazones, y Dios será servido y honrado.

¡Dichosos, pues, los pueblos instruidos por buenos catequistas! La mejor bendición de Dios han obtenido, porque en ellos todas las funciones del ministerio sacerdotal serán fáciles y provechosas. Las verdades predicadas serán bien comprendidas, y cayendo la semilla de la palabra divina en tierra bien preparada dará ciento por uno; el tribunal de la penitencia perderá sus más grandes dificultades, porque los fieles conocerán el modo de disponerse para recibir provechosamente tan santo sacramento; la visita á los enfermos será obra de consuelo, pues su fé ilustrada les facilitará entrar en los sentimientos de conformidad y amor de Dios; el pueblo amará sus sacerdotes, y el sacerdote hallará su mejor dicha en verse rodeado de sus hijos, y morarán unos y otros en abundancia de paz. «Al contrario; en la parroquia donde no se haga bien el Catecismo, dice el sábio Prاتمans, Obispo de Tortosa, la juventud caerá pronto en la ignorancia, y de aquí pasará pronto á los otros extravíos á que la fogosidad de las pasiones arrastra con demasiada frecuencia áun á aquellos que son formados con cuidado; los desórdenes se multiplicarán; y poco á poco este campo fértil no producirá más que espigas y abrojos.» «Estos niños que dejais crecer en la ignorancia de nuestros misterios—dice Massillon dirigiéndose á los Curas descui-

dados en hacer el Catecismo—son plantas que dejais secar desde su nacimiento. En vano procurareis regarlas y cultivarlas más tarde, el mal es sin remedio. Segun parece, no habeis dado á estas inocentes víctimas la vida de la gracia por el Santo Bautismo, sino para arrebatarla y ahogarlas desde la cuna, no alimentándolas con la leche de la doctrina santa. Llevarán delante de Dios el título augusto é indeleble del cristiano; más este título será el título terrible de vuestra condenacion, más bien que el de la suya; se levantarán contra vosotros, y pedirán venganza de la profanacion y del envilecimiento á que los habeis abandonado, despues de haber hermoseado su alma..... Y lo que hay aqui de terrible es, que preparais á vuestros sucesores el mismo escándalo; al morir dejareis en medio de vuestro pueblo una llaga para la cual su celo no podrá quizás hallar jamás remedio: porque ¿qué fruto podrá hacer despues de vosotros un santo sacerdote en una parroquia en que no hallará conocimiento alguno de la religion, en que sería preciso hacer volver á las instrucciones de la niñez á unos fieles á quienes su edad ó sus ocupaciones harán en adelante incapaces de ellas?» ¡Oh si se meditan bien estas palabras! Ellas bastarian para hacer comprender toda la importancia..... toda la necesidad de la enseñanza catequística.

§. 3.º

SOLICITUD CONSTANTE DE LA IGLESIA EN LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA.

Es verdaderamente admirable el celo que en todos tiempos ha demostrado la Iglesia en la enseñanza del catecismo. Si investigamos sus disposiciones conciliares, constituciones pontificias, el espíritu y el método que dirigieron á los más célebres catequistas; nos maravillará seguramente encontrar siempre, en los primeros siglos, como en la Edad media, en los tiempos modernos y aún en nuestros dias, la misma inspiracion, la misma solicitud, los mismos cuidados, los mismos sacrificios sobre asunto tan interesante. Principiemos por los Concilios.

El de Gerona en el siglo V, y según otros en el IV, (can. 5), dicta las mismas disposiciones que más tarde dieron el Concilio de Aquisgran (cap. 135) celebrado en tiempo de Ludovico Pio, y los de Letran I, cap. 18, y el II, cap. 2; y hasta el mismo Carlos Magno ordena en sus leyes de los francos, lib. 1, cap. 68, redactadas lo mismo que las *Capitulares*, por Obispos y eclesiásticos en su inmensa mayoría, el *establecimiento de Seminarios en las iglesias y escuelas, cerca de los templos, donde los esclavos y los libres aprendan la religion cristiana*, previniendo á los Obispos y predicadores que enseñen con sus palabras *aquellas cosas que nos llevan directamente á la salvacion*.

El concilio V de Letran, celebrado en 1514, ses. 9, recibiendo la Constitución VII *Supernæ dispositionis arbitrio*, del papa Leon X, sanciona en el párrafo 32 el deber que tienen las escuelas cristianas de enseñar á sus discípulos la doctrina de Jesucristo, y dice así: «Estando todos los hombres propensos al mal desde su juventud, y siendo tambien muy importante y provechoso acostumbrarse á obrar el bien desde la tierna edad, *mandamos y ordenamos* que los maestros de las escuelas y los preceptores deban instruir á los niños y jóvenes, no tan solo en la gramática, retórica y demás materias que hayan de estudiar, sino tambien en las cosas que pertenecen á la religion, como son los preceptos divinos, los artículos de la fé, los santos himnos y salmos sagrados, y las vidas de los Santos; de manera que los domingos y días festivos no les deberán enseñar otras cosas que las pertenecientes á la religion y buenas costumbres.» Este mismo espíritu de vigilancia y solícitud de la Iglesia por la enseñanza catequística se descubre en varios otros Concilios anteriores al general de Trento, y si bien parece que, por razon de las vicisitudes de los tiempos, la causa de la infancia pudo sufrir un momento de descuido, este sábio y Santo Concilio, sale al encuentro con el remedio, mandando componer el Catecismo para los párrocos, á fin de que, traducido fielmente en lengua vulgar, tuviesen un método bueno en las explicaciones catequísticas al pueblo. Y no contento con esto, publica en la ses. 24, cap. 4, el siguiente solemne decreto: «*Episcopi, SALTEM dominicis et aliis festivis diebus pueros in singulis parochiis fidei rudimenta diligenter ab iis ad quos spectabit*

doceri curabunt..... et si opus sit, etiam per censuras ecclesiasticas compellent.

Apénas esta voz de la Iglesia se habia dejado oír, cuando por todas partes se dedicaron sus ministros con un celo admirable á la obra de los catecismos. Un gran número de Concilios confirmaron y publicaron el decreto del de Trento, con prescripciones tan detalladas, que demuestran la preferencia con que miraron este importante asunto. Los hombres de más mérito se dedicaron á procurar la ejecucion de aquel decreto, y para perpetuar su feliz influencia en la Iglesia, se formaron Juntas, que se ocupaban únicamente en dar á los niños la instruccion y la educacion cristiana.

En Italia, los Concilios provinciales de Milan, presididos por san Carlos Borromeo, publicaron los más oportunos reglamentos de *catechizandis pueris et rudibus*. Ejemplo que siguieron los sínodos de Siena, de Camerino, de Monza, los de Parma, Albano.

En Nápoles, el Concilio provincial de Salerno dispuso que los niños fuesen llamados al Catecismo á toque de campana.

En Francia, los Concilios de Besanzon y de Bourges, los Sínodos de Metz, de Rouen y de Orleans y otros varios ordenaron á los párrocos el ministerio de los Catecismos.

España no mostró ménos celo ni ménos diligencia en esto. A los varios Concilios celebrados en épocas anteriores al de Trento, como el de Valladolid en el 1322; el de Toledo en el siguiente año; el de Tortosa en el 1429, presidido por el Cardenal legado apostólico Pedro de Fox, y al que concurrieron más de trescientos Prelados de diferentes órdenes; y el provincial de Sevilla en el 1512, cuya constitucion 1.^a ordena que: «los párrocos enseñen á sus feligreses los misterios de nuestra santa fé católica, y en todas las iglesias haya una tabla, que esté en lugar público, y tenga escrito cuanto deben enseñarles», siguieron muchos otros, y entre ellos el 1.^o provincial de Méjico, en el Nuevo Mundo, celebrado en 1555, que *mandó* el ejercicio *catequístico* para toda clase de personas, ya fuesen de raza europea, ya de la americana y africana; los provinciales tambien de Toledo, Valencia y Compostelano (este último se reunió en Salamanca) celebrados en 1565, que se ocuparon detenidamente en la enseñanza catequística; otro provincial de Toledo, habido en 1566,

que hace extensiva á los maestros y maestras de niños y niñas la obligacion de *enseñar diariamente algun punto de doctrina*. Aún pudiéramos citar algunos más; pero nos detiene el temor de ser prolijos. Sin embargo, no debemos pasar en silencio los de Lima en 1582, de Méjico en 1585, de Toledo en 1586, y el de Tarragona en 1585, en los que, no se recuerda solamente el cumplimiento de disposiciones anteriores respecto á la enseñanza catequística, sino que establecen reglas importantes para el buen desempeño de la misma; llegando el último hasta imponer penas pecuniarias «á los rectores y demás que tienen cura de almas, que faltaren en un año por quince dias continuos ó interpolados en instruir a los niños en los principios de la fé y explicar al pueblo en lengua del país la palabra divina, en los domingos y dias festivos.»

Por último, y para que se vea que el celo de la Iglesia, en punto á la enseñanza del Catecismo, lejos de decaer, se ha mantenido constante en todos tiempos, y llegado hasta nuestros dias; el Concilio Eucuménico Vaticano, el más numeroso y respetable que registra la historia eclesiástica, convocado por el grande é inmortal Pio IX (en 1869), ha dedicado preferente atencion á la catequística, siendo uno de sus primeros cuidados el componer un Catecismo para los niños y el pueblo, completando la obra del Concilio de Trento que lo compuso para los párrocos. «Por cierto, exclama un Santo varon, en ninguna cosa podian emplear mejor el tiempo y sus talentos los Padres del Concilio; y aún que otra cosa no hubieran hecho, ella sola bastaba para obligarnos á dar gracias á Dios por todos los siglos.»

Mientras que en todas partes los Concilios se ocupaban con tanto interés en el importante asunto de la enseñanza catequística, los Sumos Pontífices por la suya no se descuidaron en aplicar toda su sollicitud apostólica á tan grande objeto; ora confirmando en sabias Constituciones las disposiciones conciliares, ya tambien abriendo el tesoro de las indulgencias con el fin de promover y fomentar tan santa obra. Paulo V, por su Constitucion *Ex credito nobis*, de 1607, erige en Archicofradía la congregacion de la doctrina cristiana, fundada en Roma desde el tiempo del Concilio de Trento, y que venia ocupándose con laudable celo en la instruccion cristiana de

los niños; la establece en la Iglesia de S. Pedro, asignándole un Cardenal protector, y la enriquece con multitud de indulgencias. Clemente IX, en 1713, por la Congregacion del Concilio expidió un decreto prohibiendo expresamente las varaciones para el Catecismo, y áun la interrupcion de un solo domingo en todo el año, añadiendo por un nuevo decreto, en 1744, que debía hacerse el Catecismo aunque no asistiese á él más que un solo niño: *etiamsi nullus, nisi unus ad audiendum accedat*. ¡Tanta es la importancia que la Iglesia dá á esta funcion sacerdotal! Clemente XI, luego que fué elevado al pontificado, mandó reunir todos los Curas de Roma para recordarles que su primer deber era catequizar á los niños. Benedicto XIII, manda, por el Concilio Romano que celebró en 1725, á todos los párrocos y celebrantes en las capillas rurales, iglesias, oratorios, bajo pena de suspension *á divinis* que, despues de la plática doctrinal en medio de la misa, en voz alta y en lengua del país, respondiendo todo el pueblo, enseñen al ménos la señal de la Cruz y misterios principales, el Padre nuestro, Ave Maria, Credo, Sacramentos, Mandamientos y el Acto de contricion.

El Papa Clemente, XII, en su Constitucion *Pastoralis officii*, dada en 16 de Mayo de 1736, despues de manifestar ser una de las partes más principales de su cargo pastoral la de promover la enseñanza de la doctrina cristiana, de referir los abundantes frutos y provecho espiritual que los fieles reciben del constante uso y explicacion del Catecismo, y hecha mencion de su rescripto ó breve dado en 15 de Noviembre de 1730, en que habia confirmado y ampliado las varias Constituciones que algunos romanos Pontífices habian publicado provechosamente para promover *una obra tan piadosa y necesaria al pueblo fiel*; hace extensivas á los adultos las gracias concedidas á los niños, y dispensa otras nuevas á los que enseñen la doctrina cristiana en Roma y en todo el mundo católico.

El sábio Benedicto XIV, en su Constitucion *Etsi maxime*, trata esta materia con tan grande elevacion de miras, lenguaje tan insinuante y persuasivo, que en las primeras líneas se advierte el celo ardiente y acendrada solicitud de que estaba poseído el renombrado autor del *Sinodo diocesano*. Considerámos de tan grande interés la citada Constitucion, que no hemos podido resistir el deseo de dar

íntegro su texto, como lo hacemos, al final de esta 2.^a parte del Tratado; concretándonos á consignar aquí el siguiente mandato que hace á los Obispos, para facilitar ayudantes á los párrocos en el desempeño de la catequística: «*Disponga el Obispo con terminantes resoluciones (y que los hechos correspondan á las palabras,) que nunca dará la tonsura á los mayores de edad, y que jamás conferirá las órdenes menores, y mucho ménos las mayores, á aquellos que hubieren menospreciado prestar su auxilio á los Párrocos para enseñar la Doctrina cristiana.*»

Por fin, Pio IX, quien ha extremado su celo por la enseñanza catequística hasta el punto que todos sabemos, y que, ya de palabra, ya por escrito no ha cesado de recomendarla eficazmente en el largo período de su Pontificado, siéndonos facil citar, en prueba de ello, no uno sino varios documentos; dice en su Carta Encíclica *Nostis et Nobiscum* de 8 de Diciembre del 1849, dirigida á los Arzobispos y Obispos de Italia: «*Commonete animarum curatores, ut seduli Vobis adjutores sint in iis, quæ scholas respiciunt infantium et juvenum primæ aetatis; quo destinentur ad illas Magistri et Magistræ probatissimæ honestitatis, et in pueris aut puellis ad christianæ Fidei rudimenta instituendis libri adhibeantur á Sancta Sede probati. Qua in re dubitare non possumus, quin Parochi ipsi exemplo illis sint, et vobis sedulo instantibus, in pueros ad Christianæ Doctrinæ primordia instruendos quotidie magis incumbant, eamque instructionem ad graviores sui muneris partes omnino pertinere meminerint.*»

Este mismo celo por la enseñanza catequística manifestado por los Concilios y los Papas, se observaba tambien en los Obispos, en los eclesiásticos más distinguidos, y en los Santos favorecidos con el don de milagros; viéndoseles desempeñar por sí mismos, á ejemplo del Divino Maestro, las funciones catequísticas, y confirmar la idea de su importancia con los grandes ejemplos que daban al mundo cristiano, como dirémos en el artículo siguiente.

§. 4.^o

EL EJEMPLO DE JESUCRISTO, MODELO PERFECTO DE CATEQUISTAS, SEGUIDO POR LOS HOMBRES MÁS ILUSTRES EN CIENCIA Y SANTIDAD.

No hay en todas las funciones del ministerio sacerdotal ninguna

más excelente, más perfecta, de más fecundos y permanentes resultados que la enseñanza del Catecismo. En otras funciones habrá más pompa, más brillo, como decía Gerson, pero no tanto fruto: *Pomposius, sed non efficacius nec fructuosius*. Por ello han dispensado á esta ocupacion del Catecismo preferente atencion, desde Nuestro Señor Jesucristo, todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, los hombres más ilustres en ciencia y santidad.

Jesucristo no vino al mundo para hacer grandes discursos oratorios, sino para catequizar en la más exacta y hermosa acepcion de esta palabra; esta fué su ocupacion favorita. Catequizó á los apóstoles, á los judíos, y de un modo especial á los niños. De ellos gustaba estar rodeado: *Sinite parvulos venire ad me* (1); á los niños ponía por modelo de imitacion á los que querian ir al cielo: *Nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum* (2); á los que escandalizaban á los niños amenazaba con los mayores castigos: *Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris* (3); de los niños, decía, que era el reino de los cielos, y que sus Angeles veian de continuo la cara de su Padre celestial: *Ne prohibueritis eos venire ad me; talium est enim regnum caelorum* (4).... *Angeli eorum in coelis semper vident faciem Patris mei* (5); á los que apartaban los niños de su lado reprendía ásperamente, por más que fuesen sus apóstoles y no lo hiciesen con mal fin: *Et offerunt illi parvulos ut tangeret illos. Discipuli autem comminabantur offerentibus. Quos cum viderei Jesus, indigne tulit* (6); á los niños, en fin, miraba con especial amor y abrazaba cariñosamente, les imponía sus manos benditísimas y les bendecía: *Et complexans eos, et imponens manus super illos, benedicebat eos* (7).

¿Y por qué esta predileccion de Nuestro Señor por los niños?

(1) Marc. 10, v. 14.

(2) Math. 18, v. 3.

(3) Math. 18, v. 6.

(4) Marc. 10 v. 14.

(5) Math. 18, v. 10.

(6) Marc. 10, v. 15.

(7) Marc. 10, v. 16.

¡Ah!..... Porque, á pesar de los defectos de su edad, nadie hay tan inocente como los niños; nada más digno de amor que sus cualidades. Ellos son en general sencillos, ingeniosos, cándidos; no usan artificios ni tienen desconfianza; son dóciles é impresionables; su alma se abre sin resistencia y con candorosa avidez á la verdad y á la luz; ellos son, en fin, afectuosos y aman á los que les aman; su corazón, no desecado todavía por el orgullo, el interés ó las pasiones, conserva toda su sensibilidad y su ternura. Hé aquí la razón por qué son los predilectos del Señor. ¡Oh! si á ejemplo de nuestro Maestro no sentimos conmovirse y encharcarse nuestro corazón de caridad para con los niños; si consideramos poco importante el apostolado en favor de esta edad; si nos impacientamos á su lado; si les hablamos con dureza y acritud; si los desatendemos..... ¡ah! ¿podremos decir, que obramos conforme al espíritu de nuestro divino Maestro Jesús? ¿Qué comprendemos todo el valor de nuestro ministerio?

Los apóstoles, á imitación de Jesucristo, no convirtieron al mundo con grandes discursos, *non in sublimitate sermonis*, sino haciéndose pequeños en medio de los pueblos para explicarles las verdades de salud como á niños: *facti sumus parvuli in medio vestrum, tanquam si nutrix foveat filios suos* (1).

Los más grandes ingenios y celosos Obispos en todos tiempos siguieron estos divinos ejemplos. Clemente Romano (Const. Apost. lib. IV., cap. 10). S. Dionisio Areopagita (Eccles. Hierarch. cap. de Baptismo), Tertuliano (lib. de Baptismo), y Orígenes (Comment. in VI, Epist. ad Rom.) manifiestan el espíritu de la Iglesia de catequizar siempre, de instruir á los niños é ignorantes en la doctrina del Señor.

Obispos tan sábios y piadosos, como fueron S. Cirilo, patriarca de Jerusalem, y S. Agustín, no obstante hallarse ocupados en negocios de altísima trascendencia para la Iglesia universal, escribieron el primero sus famosísimas *Catequesis*, y el segundo el admirable *Método de catechizandis rudibus*. Así como vemos á S. Gerónimo, á pesar de su avanzada edad, ofrecerse á ser catequista del hijo de Leta,

(1) 1.ª Thess. 2. v. 7.

señora romana: *Ipse me magistrum spondeo, et balbucentia senex verba formabo.*

En tiempos más cercanos se nos presentan fieles imitadores de tan santo celo por la enseñanza catequística, el docto y piadoso Cardenal Belarmino, arzobispo de Capua, quien reunía á los niños en su Catedral, les enseñaba él mismo el Catecismo, y distribuía recompensas á los más aplicados. El bienaventurado S. Gerónimo Emiliano, cuya memoria bendice toda la Italia, quien consiguió renovar la piedad en Venecia por medio de la explicacion diaria del Catecismo que daba á los niños de tan importante Ciudad. S. Carlos Borromeo, instituyendo en Milan la cofradía de la doctrina cristiana, y esforzándose en propagarla por toda su Diócesis; no habiendo ningun Domingo que no se viesen todas las iglesias de la Ciudad y del campo llenas de fieles y de niños, reuniéndose todos para oír la enseñanza y las exhortaciones del Catecismo, cantando despues letanías, salmos, himnos y cánticos piadosos. El Santo Arzobispo se complacia en visitar estas piadosas é interesantes reuniones, siendo su presencia un nuevo motivo de alegría y de publica edificacion. Cuando murió, habia en la Ciudad y la Diócesis de Milan, más de cuarenta mil personas que seguian estos santos ejercicios, cerca de setecientos cuarenta Catecismos, y más de tres mil catequistas.

En Portugal, D. Bartolomé de los Mártires, Arzobispo de Braga, aquel mismo que tanto habia brillado en el Concilio de Trento, no perdona medio para ejecutar en su Diócesis el decreto del Concilio sobre los Catecismos; y si dimite el cargo episcopal, es para entregarse por completo á esta grande obra, que fúe la única y más amada ocupacion en sus últimos dias.

De S. Ignacio de Loyola, dejamos dicho (Parte 1.ª §.º VIII) que su amor al Catecismo lo condujo á obligarse á este ministerio por voto suyo y de sus compañeros; y que habiendo llegado á ser General de su Orden, comenzó el ejercicio de su cargo, dando la enseñanza catequística en una Iglesia de Roma, á la que acudian en tropel para oírle, no solamente los niños, sino muchos teólogos, canonistas y personas de alta clase. Así que, el Catecismo era para S. Ignacio un apostolado, porque no se reducía á instruir, sino que exhortaba y ganaba las almas para Dios. S. Francisco de Borja recorría los pueblos y los campos con una campanilla en la mano, para llamar á

os niños y enseñarles á amar la doctrina cristiana. Lo propio que practicaba S. Francisco Xavier en la ciudad de Goa, recorriendo sus calles, «rogando en alta voz á los padres de familia enviasen sus niños y esclavos al Catecismo.» Y de S. Francisco de Sales, nos dice uno de los historiadores de su *vida*, testigo presencial de sus explicaciones catequísticas: «He tenido el honor de participar de este bendito Catecismo, de éste no visto espectáculo. Este amable y verdadero buen Padre se sentaba sobre un sillón ó sitial de cinco escalones, y rodeado de todo el ejército infantil..... Causaba un contento sin igual el oírle con qué familiaridad exponía los rudimentos de nuestra fé: sobre cada materia abundaban en sus labios bellísimas comparaciones para expresarse: miraba á su pequeño auditorio, y éste le miraba á él: se hacía niño con los niños para formar en ellos el hombre interior y perfecto, segun Jesucristo.» (1).

A estas graves autoridades añadiremos tambien el ejemplo del piadoso Gerson. Este gran doctor, canciller de la universidad de Paris, pensando que la obra de los catecismos era mas excelente que la enseñanza de la teología en la primera cátedra de la capital, se retiró á Leon de Francia para consagrar el resto de sus dias á catequizar á los niños. Algunos talentos brillantes de su tiempo se escandalizaron y atribuyeron este celo de Gerson por las funciones de Catequista á una debilidad de su cabeza, perdonable, si bien ridícula en un anciano, pero el célebre Canciller respondió á la extrañeza de sus amigos y sarcasmos de sus enemigos, con el precioso tratado *De parvulis ad christum trahendis*.

De este mismo celo estuvieron animados los Felipe Neri, Vicente de Paul, Alfonso Maria de Ligorio y otros muchos que pudiéramos citar áun de los tiempos presentes, cómo el Santo Pontífice Pio IX, á quien, imitando la conducta de Clemente XI y otros dignos predecesores suyos, se ha visto, en sus paseos por los alrededores de Roma, entretenerse santamente en preguntar la doctrina cristiana á los niños y repartirles medallas. Todo esto prueba, que hoy como en los tiempos antiguos, los pastores más recomendables de la Iglesia se ocupan con celo en la obra de los Catecismos; pudiendo decirse con verdad que desde el origen del cristianismo hasta nuestros

(1) El Padre de la Riviere.

días, el amor de Jesucristo por la infancia no ha dejado de vivir en el corazón de la Iglesia. No, no faltarán jamás personas que se complacen en ser los amigos y los padres de esta edad bendita del Señor, y los sacerdotes que comprenden sus deberes, pondrán siempre su mayor gloria en ser apóstoles y maestros de la infancia.

§. 5.º

EL CATEQUISTA Y SUS CUALIDADES.

Que sea el Catequista, nos lo dá á conocer su importante misión. Esta, hemos dicho, no consiste solamente en explicar el catecismo á los niños, sino en enseñarles á amar y practicar la doctrina cristiana; en formar y educar religiosamente su alma, en preparar en ellos la vida eterna, elevando y santificando la vida presente. En tal supuesto, claro está que, el Catequista no debe ser considerado simplemente cual un profesor de religion y de moral, que instruye más ó ménos á sus alumnos, sino como un Pastor, como un Padre. Los que le están confiados no son simples escolares, son los hijos de Dios, los hijos de la Santa Iglesia, las ovejas del divino Pastor, rescatadas con su cruz. El catequista cristiano verdaderamente digno de este nombre, es un Ministro sagrado, revestido de un carácter augusto, para cumplir en las tiernas almas la más hermosa de todas las obras; es un Pastor que conoce, que llama por sus nombres las más amadas ovejas del rebaño de Jesucristo, que las conduce solícito á los pastos de la vida eterna; es un Padre que ama á sus hijos con ternura: *Consolantes vos et deprecantes*, decia S. Pablo á los que catequizaba, *sicut Pater filios suos* (1); es una Madre que los cria: *Facti sumus in medio vestrum, tanquam si nutrix foveat filios suos* (2). Basta lo dicho para conocer que el ministerio de catequista no es un cargo sencillo y fácil que pueda ser desempeñado por todos indistintamente; antes bien, que es un oficio importantísimo, de sumo interés, trascendental, y que los llamados á desempeñarlo han de estar adornados de ciertas cualidades indispensables, sin las que,

(1) 1.ª Thess. 2. vv. 11—12.

(2) 1.ª Thess. c. 2. v. 7.

no podrán cumplir debidamente su mision. Vámos á explicar las más necesarias, de las que no puede prescindir el buen catequista, y son: *amor, ciencia, piedad, celo, y prudencia.*

Amor.—Para que el catequista sea pastor y padre, se necesita, cómo para toda paternidad, una condición indispensable, el amor. Ante todo, es preciso que el catequista ame á sus hijos; que sea amado de ellos, y que les haga amar á Dios: que les enseñe á orar y adorar á su Criador, á arrepentirse de los pecados que le ofenden, y á corregirse de los defectos que afean sus almas. «Mientras no les hayais enseñado á amar á su Padre celestial—dice un sabio Obispo dirigiéndose á los catequistas—; á amar la Iglesia que es la madre de todos los fieles.... mientras que no les hayais enseñado á amar á la Virgen santa y el Cielo..... y añadiré, á vosotros, sí, ¡á amaros! ¡porque es preciso que os amen!; y mientras no les hayais hecho conocer que les amais, que sois su pastor y su padre, no habreis hecho la obra que es preciso edificar. Si cuando les hayais enseñado y explicado á esos pobres niños, con la ciencia y la claridad del más hábil profesor, toda la letra del Catecismo, no os aman..... Si no aman el Catecismo que les enseñais, si no aman á Dios; si no aman á la Santísima Virgen, á los Santos y á los Ángeles, á todo lo que á sus ojos es la religion..... No, vuelvo á deciros, la obra no está hecha.»

En efecto, si el catequista no ama á sus niños, por grande que sea su solicitud en la enseñanza, no conseguirá educarlos, ni áun instruirlos como es debido. La instruccion no ofrecerá verdaderos encantos, mientras que el que la dá no ame á los que la reciben, y mientras que los que la reciben no amen al que les instruye. Este es el gran secreto para que el Catecismo sea realmente la educacion de las almas; no hay otro. Es preciso que los catequistas amen á Dios en sus niños, y que se lo hagan conocer; y entonces los niños amarán á sus catequistas, y á Dios en estos, produciendo efectos maravillosos en las almas de estos niños.

Algunos catequistas se lamentan del poco fruto de sus trabajos, atribuyéndolo á faltas de educacion, de respeto, de docilidad y aplicacion de los niños. Convenimos, en que hoy más que en otros tiempos se resienten los niños de ciertos hábitos de indisciplina y deso-

bediencia, debidos á la incuria y negligencia de los padres, y sobre todo á la indiferencia con que miran la educacion religiosa de sus hijos, y que esto, ha de embarazar mucho la accion del catequista. Sin embargo ¿no podrá contribuir en gran parte á esterilizar los esfuerzos de éste su poco amor á los niños? ¡Qué no podeis vencer la indocilidad con que se os presentan! ¡Qué no están atentos á vuestras enseñanzas! ¿Pero ya los amais con la ternura de padres? ¿Ya seguís el ejemplo del divino Maestro, cuidando de aproximarlos á vosotros para *bendecirlos y abrazarlos*? ¿Ya les tratais con aquella dulzura, hija del amor cristiano, que es la llave de los corazones, el iman que los atrae y los une?... «¡O buen Jesús!, (exclama el célebre y piadoso Gerson), cuando os veo extender los brazos para estrechar con tanta ternura contra vuestro pecho á estos pequeños niños, me siento conmovido hasta el fondo del alma. ¡Oh! quiero amar á á los que Vos habeis amado tanto, quiero imitar vuestra bondad, y cómo Vos tener entrañas de madre.» Tal es en efecto, el medio, el solo medio, de salir bien: amar á los niños, y hacerse amar de ellos. Si en vez del amor, se trata de inspirarles el temor, lo que se conseguirá, será únicamente apartarlos del Catecismo, que mirarán como un ejercicio odioso; escucharán sin interés, sin gusto, sin aficion, y no se obtendrá de ellos resultado alguno favorable. El rigor los intimida y los perturba, la dureza los aleja; el tone severo, el aire sombrío, los modales ásperos, las expresiones duras, los términos injuriosos ó irónicos, y más áun el mal tratamiento, los hieren y lastiman, los hacen perder toda confianza, sin contar que los padres se ofenden de ello, y los fieles se escandalizan. Todo se pierde si falta la dulzura; y si se pretende hacerse respetar mandando con imperio, reprendiendo con aspereza, lo que se logra solamente es hacerse aborrecer. *Discite*, decia S. Bernardo (1), *matres esse, non dominos, omnem ostendentes mansuetudinem ad omnes*.

Más no se entienda que, el amor y dulzura que ha de tenerse á los niños, deba consistir en una floja condescendencia que halague sus defectos en vez de corregirlos, ceda á todos sus gustos y exigencias, y les permita familiarizarse con aquel que deben respetar. Esto los conduciría á la disipacion y áun al desprecio, fruto demasiado ordinario de la familiaridad. No, la verdadera dulzura, si bien hace

(1) Serm. 2 in cant.

interesarse con el afecto de un padre, de una madre, en todo lo que mira á sus hijos estimados; compadecerse de todas sus penas; evitar lo que pueda serles desagradable, y prevenir las faltas con todas las precauciones que la caridad inspira: corrige igualmente con tono firme, más sin aspereza, y castiga, si es necesario, siempre con moderacion; dejando esperar al culpado el ser amado si es más cuerdo, y haciendo obrar sobre todos la religion y los sentimientos, más bien que el terror y las amenazas.

Ciencia.—El catequista ha de echar los fundamentos del edificio espiritual en el corazon de los niños; él ha de trazar en su alma los perfiles de la imágen de Cristo Jesús, y si estos fundamentos son falsos, el edificio será ruinas; si estos contornos no son perfectos, la imágen será fea, informe; y no estructura fundada sobre la verdad y cimiento de Cristo Jesús, como dice el Apóstol. Es, pues, necesario absolutamente al catequista tener una instruccion sólida de todas las materias objeto de la enseñanza doctrinal; ideas claras, seguras y exactas sobre lo esencial del dogma y moral, sobre el símbolo, los Sacramentos, mandamientos de Dios y de la Iglesia, los vicios y virtudes. Se requiere que le sean familiares y presentes todas ellas, lo que conseguirá con la meditacion ó reflexion y lectura de obras magistrales. Necesita además el catequista, saber amenizar estas verdades con ejemplos y parábolas, símiles é historias; adquirir el hábito de hablar con claridad y facilidad. De otro modo sin este fondo de doctrina se expone evidentemente á enseñar errores y heregias, y sin advertirlo ni áun sospecharlo, alterará el depósito de la fé, y comunicará ideas falsas que durarán mientras vivan sus oyentes; ó por lo ménos, sus explicaciones inexactas engendrarán dudas en el corazon de los sencillos que le oyen, dudas que, amenguarán ó arrancarán quizás su fé por completo. En la moral sus decisiones aventuradas, ya demasiado rígidas, ya relajadas, falsearán las conciencias, y serán causa de un sinnúmero de pecados. Se fijará muchas veces, á falta de doctrina, en cuestiones inútiles ó ridículas que podrán ceder en desprestigio de la religion y áun en desprecio de la misma; resultando acaso que, fastidiados los niños y los adultos de oír verdades á medias y confusas, se aparten del Catecismo, formándose en él preocupaciones contra la doctrina

católica, abandonen lo que no entienden, y se queden sin religion: pues la gente sencilla no ama con pasion sino lo que bien conoce, ó se le presenta como una cosa grande y elevada que inspira estimacion y aprecio, respeto y veneracion.

Debe, pues, el catequista prepararse cuidadosamente con el estudio y oracion, procurando 1.º aprender bien la letra ó texto del Catecismo para analizar todas las palabras, y determinar los puntos que necesitan detenida explicacion por su interés, oscuridad ó mala inteligencia, etc. 2.º leer con reflexion los autores que mejor tratan el asunto en cuestion, por ejemplo, el *Catecismo del Concilio de Trento*, que ha de ser el libro de texto del que quiera ser un buen catequista, los *Catecismos* de Belarmino, Mazo, Excmo. Claret, el *Catequista orador*, Turlot en latin, muy bueno, *Catecismo histórico*, el *Catecismo de perseverancia* de Gaume y otros. Hechas las lecturas, se apunta en un cuaderno lo más útil, se hace un extracto y se ordena en forma de plática familiar, de modo que lo comprendan los oyentes, buscando los medios de expresarlo con claridad y ponerlo á su alcance, valiéndose de sus mismas frases, modismos y expresiones, amenizándolo con ejemplos y comparaciones. De esta suerte instruirá sólidamente, agradará mucho y convencerá de las verdades que se propone demostrar. 3.º Como sin la gracia divina nada podemos, ore mucho el catequista, pidiendo á Dios el espíritu de sabiduría que le guíe en sus instrucciones: busque con celo el bien de las almas, el mayor acrecentamiento de los intereses de Jesucristo, y no dude que recogerá ópimos frutos.

Piedad.—Si la ciencia, dice el ilustrado autor del *Camino del pulpito*, puede formar niños instruidos, á la piedad pertenece el hacerlos virtuosos; ella sola conoce el secreto y sabe emplearlo. ¿Qué se requiere, en efecto, para arrancar al hombre de sus malos hábitos, y hacerle abrazar la virtud, por la cual naturalmente tiene tan poco gusto? Se requiere algo más que la palabra humana; los medios naturales no bastan para una obra sobrenatural, cual es la santificacion de las almas: se requiere la gracia de Dios, el cual solo, teniendo los corazones de los hombres en su mano, sabe formarlos segun su agrado, darles inclinaciones virtuosas y el gusto de la piedad. Esta gracia tan necesaria se obtiene pidiéndola con una ora-

cion ferviente, y mostrándose digno de cooperar á su accion, despojándose de su propio espíritu, y uniéndose al espíritu de Dios para ser animado y dirigido por él; todas estas cosas no las hace, no puede hacerlas, el catequista que no es piadoso. Aguardándolo todo de sí mismo, no ruega ó ruega mal para el buen resultado de su ministerio; desempeña su celestial funcion de un modo enteramente humano, y hace su Catecismo como un profesor su clase, sin union con Dios, sin pensar en Dios. Por el contrario, el catequista piadoso, esperándolo todo de la gracia, ruega con celo y perseverancia; ya por sí, á fin de obtener las luces, los auxilios, todas las virtudes que requiere su funcion; ya por aquellos que catequiza, para que el Señor se digne concederles un espíritu y un corazon dóciles, es decir, la atencion y la inteligencia, la buena voluntad y el esfuerzo de la virtud. No hace jamás el Catecismo sin recomendarlo al cielo por medio de una oracion ferviente..... Durante el Catecismo, mira á todos los niños *tamquam Christum membratim divisum*, segun la tierna expresion de S. Agustin..... y ruega, despues del Catecismo, dejando el resultado á voluntad de Aquél, que *dá el incremento*.

Otra razon no ménos decisiva es que sin la piedad, no podrá mover los corazones. El catequista que no es piadoso habla de Dios y de los misterios de un modo seco y frio, cómo de cosas indiferentes; en vano grita y se agita en ciertas circunstancias; los niños no reconocen ménos que él que no está conmovido, y desde entonces es imposible que mueva. Sucede tambien á veces que, sin motivo fundado, demuestra disgusto y fastidio, se impacienta y enfada, pronunciando palabras y haciendo gestos poco edificantes, poco dignos de su carácter. Nada de esto se oculta al ojo de los niños; reconocen por instinto que esto es malo, y su corazon se cierra á la accion de la palabra. Muy diferente es la conducta del catequista piadoso; no habla hasta haberse penetrado bien á los piés del Crucifijo ó en el fervor de la oracion; todo lo que dice vá acompañado de una union celestial que indica al hombre de Dios; y de su alma fervorosa salen palabras de fuego que penetran y calientan á las almas. Todo en él hace impresion, todo mueve; su tono, su gesto, su mirada, su estilo que parte del corazon y vá al corazon. No hay niño que no comprenda este lenguaje.

No obstante, por viva y tierna que sea su palabra, no hará á los niños virtuosos, si no junta á ella prácticas propias para hacerles tales; y de aquí se saca una nueva prueba de lo necesaria que es la piedad en el catequista. Es un hecho de experiencia que las prácticas exteriores son necesarias al hombre, y aún más al niño, para hacer nacer en su alma y desarrollar en ella el sentimiento interior de la piedad; fijan la movilidad de sus pensamientos, dán alimento á sus afectos, y le inspiran disposiciones en las cuales ni siquiera hubiera pensado. ¿Quién, pues, sino el catequista piadoso podrá escoger estas prácticas, y proponerlas á los niños de un modo interesante y amable que se las haga aceptar con un ardor santamente alegre? Él solo sabe por experiencia lo que es más á propósito para formar y hacer crecer la piedad.... Vedle ¡con qué arte se apodera de estas almas vírgenes, de estos corazones que en una edad tan tierna son aún, como la cera blanda, susceptibles de tomar todas las impresiones! Cómo les forma á la modestia y á la obediencia, les inspira el amor de Dios y de la Santísima vírgen, sugeriéndoles prácticas las más propias para su edad! Unas veces es, á la vista de la Cruz, un acto de amor de Dios ó detestacion del pecado, de deseo del paraiso á la vista del cielo, de adoracion pasando delante de una iglesia; otras veces son diferentes prácticas en la época de las fiestas para honrar los misterios ó los Santos; y con el auxilio de estos ejercicios, pequeños si se quiere á los ojos del mundo, pero grandes por sus resultados, forma y mantiene en los corazones el espíritu de oracion, el amor de Nuestro Señor y de la Santísima Vírgen, las virtudes cristianas y la verdadera devocion.

De estas observaciones podemos concluir cuán esencial es la piedad al catequista; esta puede suplir el talento, más el talento nó puede suplir á ella.

Celo y prudencia. —Es el celo como la llama ardiente del fuego del divino amor; un deseo vehemente una santa pasion de dar á conocer á Dios, de formar ó perfeccionar la imagen adorable de Jesús en todas las almas para lograr su salvacion. Este afecto, este abrazado deseo de la gloria divina y salud humana, es el principal maestro en el ministerio del catequista. Ni las escuelas todas de los retóricos, ni todos sus preceptos, podrán ayudar tanto para hacer bien

este oficio como este divino ardor, el cual por sí solo, dá al catequista casi todo lo que há menester. Le enseña á despreciar todo aquello que no conduzca directamente á la buena y sólida instruccion de los niños y salud de sus almas. Le obliga á buscar todos los modos de persuadir y mover el corazon de los pequeñuelos, á poner en juego todos los medios y recursos para inclinarlos al amor de la virtud, aborrecimiento del pecado, y formarlos en la vida cristiana. Le hace sufrir con santa resignacion las incomodidades y molestias que puedan producirle, disimularles sus imperfecciones, alegrarse en sus adelantos, identificarse en sus sentimientos, en una palabra, hacerse un *todo* para *todos* ellos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo. Pero ¿falta este afecto, no mora este deseo en el alma del catequista? Pues todo cuanto haga será inútil; nada ni nadie podrá hacerle desempeñar bien su mision. El Catecismo será para él una carga pesada y molesta; todo lo hará con disgusto y fastidio, con tibieza y frialdad, sin espíritu de fé, de dulzura y de amor, y los resultados por tanto serán nulos, infructuoso el trabajo, el tiempo perdido. Al contrario, ¿veis á un catequista que se esmera en vencer las dificultades y repugnancias que encuentra en esta obra, que prepara las explicaciones que ha de dar, que cuida de atraer á los niños sobrellevando con dulzura sus impertinencias y defectos? pues podreis afirmar que este catequista ama á Dios, que está poseido de un santo celo y que el Señor lo tiene elegido para ser ministro digno del santuario; puesto que, como dice muy bien el Ilmo. Sr. Pratmans (1): «El celo por la salvacion de las almas es el carácter distintivo de un buen clérigo, y la *marca más esencial de la vocacion al Sacerdocio.*»

Pero el celo del catequista, cómo la caridad que lo anima, debe ser universal, si bien ha de señalarse especial para tres clases de personas. 1.^a Los niños inocentes, flores las más delicadas y preciosas del jardin de la Iglesia, y las más amadas de Jesús: el catequista debe poner particular cuidado en que no se marchiten estas flores, procurando conservar su pureza, y de que no sean violados estos templos del Espíritu Santo. 2.^a Los pobres, que son tan ricos á los ojos de la fé, sin que por eso se descuide á los niños ricos. 3.^a Los

(1) Obispo de Tortosa.

niños que han nacido de padres sin fé, ni buenas costumbres, ó que viven rodeados de escándalos, ó no oyen sino blasfemias y burlas contra la piedad y religion. Con una sola de estas almas que se salve puede dar por bien empleados sus trabajos el catequista, no desanimándose si luego no descubre el fruto de sus desvelos; quizás Dios, prepara una gran desgracia ó contratiempo para esas almas despues de la edad de las pasiones, y recordando las palabras é instrucciones de la infancia, que cómo gérmen de salud llevan en el campo estéril de su corazon sin advertirlo, volverán entonces al buen camino, y podrán ser salvos.

Todavía falta otra virtud que ha de acompañar al celo del catequista para que pueda ser útil, y es, la prudencia. Esta gran virtud ha de ser la reguladora de todos los actos del catequista, necesitando de ella indispensablemente para estas tres cosas: 1.^a *Para dominarse á si mismo.* Si se toma la imaginacion y la voz de las pasiones por inspiracion del cielo, de temer es que, uno de esos arrebatos de celo enajene las voluntades de los niños para siempre. El celo prudente no se deja llevar de la emocion del primer momento, sino que reflexiona, consulta, mide las consecuencias ántes de pronunciar una palabra, ó tomar una resolucíon. 2.^a *Para el trato con los niños.* Se requiere unas veces blandura, otras firmeza: ya dulzura, ya severidad, segun la condicíon de quien se trate. Con los niños en general debe mostrarse firme y severo, «revestirse de autoridad, dice S. Alfonso, para que no se tomen libertad:s», pero dulce y tierno cuando se les habla en particular. Lo contrario con las niñas; debe mostrarse reservado en las relaciones particulares, pero dulce y afable cuando se les habla en general. El espíritu de discrecion varía sus medios segun las circunstancias, y el buen sentido enseña más que las reglas. Estúdiense el alcance del espíritu, el carácter y el corazon de cada niño, y la prudencia revelará lo que debe decirsele, y el modo más conveniente. 3.^a *Para no manifestarse parcial, ó aceptor de personas.* Esta es una de las advertencias más necesarias para que los niños amen y respeten al catequista. Si este tiene mayor aprecio á unos que á otros, al rico más que al pobre, al que vá bien vestido que al andrajoso, pronto lo notarán los niños, que son linceos en este punto, y creyéndose postergados verán en el ca-

tequista un hombre injusto, indigno por ende de su respeto y confianza: los padres murmurarán luego este proceder que los humilla y les irrita, y el Catecismo decaerá. Ha de tratar igualmente á todos, sean ricos ó pobres, de buen ó mal exterior, y solo reserve el catequista especiales caricias, alabanzas y recompensas, al verdadero y reconocido mérito, y esto será una fuente de emulacion que dará copiosos y buenos frutos.

Tambien ha de tener prudencia el catequista para tratar ciertas materias delicadas, particularmente lo que se refiere á la virtud de la pureza. Conviene evitar cuidadosamente una reserva que podria hacer concebir sospechas, y por lo mismo despertar una funesta curiosidad, y huir de una franqueza que no inspirase horror al vicio de la deshonestidad. En una palabra, se ha de hablar de él de tal suerte, como decia Santo Tomás, que los que ignoren el mal no lo aprendan ni lo sospechen, y los que lo conozcan se enmienden y arrepientan. En el siguiente artículo daremos más detalles sobre el particular. Vamos á concluir el presente con las interesantes palabras que dirige al catequista el piadoso autor del *Memoriale vitæ sacerdotalis*, y que vienen á resumir la doctrina que dejamos expuesta:

«Doce ergo parvulos, et doce frequenter. Ne alta, ne plura dixeris; sed pauca, sed obvia, sed ad captum accommodata, sed lucida, sed sæpius et varie repetita.

Ne dominanter nimis, sed, quoad fieri potest, cum mansuetudine et amore: ne nimis familiariter, sed paterne: ne joculariter, sed graviter et religiose.

Ne doctrinam et præcepta solum exponas; sed exempla et motiva trade.

Te venerentur, timeant, diligant, et audire gaudeant: sic verba tua mollita super oleum, fient jacula, quæ cordi semel infixæ manebunt.

Nec tantum tibi cura sit, eos fidem edocere; magis etiam ut fide vivant, et virtutem colant, invigila.» (I).

(1) Cap. I. De Catechizandis Parvulis.

§. 6.º

REFLEXIONES IMPORTANTES DE S. ALFONSO MARIA DE LIGORIO SOBRE EL MÉTODO QUE HA DE GUARDARSE EN LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA.

I.

EL CATECISMO DE LOS NIÑOS.

«El método para la enseñanza del catecismo, dice S. Alfonso (1), debe ser familiar y popular, adaptado á la inteligencia de los niños y de los rudos adultos que asisten como oyentes.»

«Desarrollado el misterio ó precepto, se hará breve exposicion de alguna moralidad. Por ejemplo: despues de haber explicado qué es lo que se entiende por Dios remunerador, se dirá: Hé aquí cuanto más vale servir á Dios y cuán gran mal es el pecado. Cuando se hable del misterio de la Encarnacion de Jesucristo: Hé aquí cuán grande amor sintió hácia nosotros el Hijo de Dios. Hablando del segundo mandamiento: La blasfemia es un gran pecado, y quien le hubiere cometido será horriblemente castigado en el infierno. Es así conveniente citar algunos ejemplos oportunos é insinuar algunos prácticos; v. gr.: Cuando esteis poseidos de cólera, decid: Dios mio, dadme paciencia; Maria, venid en mi ayuda. Pero estas moralidades deben ser muy breves, pues de otro modo dejarian de ser instrucciones para ser sermones, lo cual les sucede á algunos que predicán á propósito de todo.»

«Despues de explicado un misterio, un mandamiento, un sacramento, se hacen preguntas á dos ó tres niños, á fin de que estas verdades les queden más gravadas, y se les dá una pequeña estampa, advirtiéndoles para estos premios que no los conseguirán cuantos los pidieren.»

Acerca de los puntos de doctrina, que con preferencia ha de enseñarse á los niños, quiere sean: los tres principales misterios Trinidad, Encarnacion y Dios remunerador; el símbolo de los Apóstoles y las virtudes teologales; los mandamientos de Dios y de la Igle-

(1) *Solva* Part. 3.ª cap. V.

sia, con los Sacramentos que se deben recibir y las disposiciones necesarias para acercarse á ellos; la oracion dominical y los deberes del propio estado. Esta es la base del edificio espiritual, y por lo mismo de la instruccion religiosa.

Despues de estas verdades fundamentales, aconseja al catequista sea la materia más frecuente de sus pláticas, las postrimerías, por que estas, dice, es lo que de ordinario hace más impresion en los corazones: son el gran resorte que hace marchar bien toda la vida cristiana, y su recuerdo, como dice el Espíritu Santo (Eccli. 7. 40), preserva de todo mal, de todo pecado.

Quiere tambien que, «se hable muy á menudo de los tres grandes medios de conservarse en gracia de Dios: primero, huir las ocasiones y las malas compañías; segundo, encomendarse á Dios, y en las tentaciones invocar á Jesús y Maria; tercero, frecuentar los Sacramentos.» Así mismo, que se explique bien en qué consisten las virtudes cristianas, y los vicios más comunes á la niñez.

Finalmente, como para enseñar con fruto á los niños las verdades de salvacion, es menester hacer se penetren bien de ellas, y que nada de cuanto se les diga lo oigan con molestia, antes al contrario, les sea agradable y cautive su ánimo, recomienda S. Alfonso al catequista que, sus instrucciones sean breves, claras y persuasivas. *Breves*, esto es, que se les diga poco y bueno; porque los niños no pueden retener muchas cosas, y si tan solo un corto número de ellas; más estas cosas deben ser escogidas, excelentes: en esta edad no se debe echar en los espíritus, como decia Fenelon, sino lo que se quiere perseverare toda la vida. Es, pues, necesario imitar la conducta de Dios, que hizo su palabra abreviada sobre la tierra, siendo breve en las explicaciones. Para lograr este objeto es menester meditar bien y con tiempo la materia, determinar lo que se ha de decir, y lo que se debe omitir. — *Claras*. No por ser breve debe incurrir el catequista en el vicio de ser oscuro, antes bien, la brevedad en el decir ha de nacer de la claridad en concebir, de la exactitud en los conceptos. La explicacion debe ser clara y acomodada á la corta inteligencia de los niños. El catequista ha de imitar á una madre que divide las palabras, articula pausadamente cada una de las sílabas, para que sus pequeños aprendan y comprendan lo

que les dice. Nada pues, de expresiones figuradas, de frases largas y compuestas, de palabras ambiguas; claridad, mucha claridad es lo que necesitan los niños.—Por último, las instrucciones han de ser *persuasivas*, esto es, que den á conocer pronta, fácil y agradablemente la verdad á los niños. Al efecto, el catequista podrá servirse de las comparaciones, parábolas, ejemplos, símiles, historias, etc., pues todo esto, á parte de amenizar las explicaciones, contribuye mucho á fijar las ideas en los niños, á sostener su atencion, y á que oigan con gusto lo que se les dice. Sabido es que, esta era la práctica familiar de Jesucristo, pues no hablaba al pueblo sin parábolas ó comparaciones tomadas de las cosas más comunes á la vida, y todos conocemos y admiramos las tiernas parábolas del hijo pródigo, del buen pastor, etc. Este divino ejemplo lo han seguido los Padres y Doctores de la Iglesia, todos los catequistas más célebres; diciéndose de S. Francisco de Sales: que cuando este Santo Prelado explicaba á los niños las verdades de la religion, *las ricas comparaciones le nacia á cada instante en la boca.*

Sin embargo, el catequista debe ser prudente en el uso de esta clase de argumentos. Respecto á las comparaciones ha de cuidar que, sean tomadas de objetos bien conocidos de los niños, propuestas con brevedad, sin que la demasiada concision las haga oscuras, y que tengan una relacion manifiesta con la cosa que debe aclararse. Por lo que toca á las historias, para que su recitacion sea fructuosa á los niños, conviene observar las siguientes reglas: 1.^a La historia debe ser verdadera, y que tenga todos los visos de verdad. No conviene por lo comun referir cosas extraordinarias, visiones, raptos, etc. 2.^a Debe ser grave, y que de ella se desprenda un fin moral. 3.^a Notable por el fondo ó las circunstancias de la persona, lugar, sexo, etc. 4.^a Debe ser sencilla la relacion, y representada con viveza, haciendo hablar á los personajes con coloquios cortos, verdaderos ó verosímiles, de modo que los niños crean verlos, oirlos. 5.^a Fije la atencion de los niños sobre el punto principal. 6.^a Sea religiosa, no profana, en cuanto se pueda; y así el buen catequista enseñará la religion, y sus dogmas y misterios con un método, que á no dudarlo, dará excelentes resultados.

II.

EL CATECISMO AL PUEBLO.

«Las explicaciones en el Catecismo al pueblo, dice S. Alfonso, se darán con mayor extension y más distintamente que en el Catecismo á los niños, sirviéndose de distinto método, cuál es el empleo de la razon y de la autoridad. Las instrucciones deberán tener estas partes: introduccion, exposicion de la materia, division, explicacion del misterio, sacramento ó precepto, y la moralidad.

La *introduccion* se tomará de la anterior instruccion para enlazar las materias, y renovar la memoria de lo dicho. Pero esto debe entenderse cuando las materias tengan relacion entre sí; por lo demás la introduccion conviene que se tome de la importancia de la materia de que se vá á tratar.

La *exposicion del misterio ó precepto* ya deberá comprenderse cuál sea; pero en los preceptos deben distinguirse todas las cosas que contiene.

La *division* de los puntos ayuda para la claridad de la materia, y para imprimir más en los oyentes las materias que explican. Estas tres partes casi forman un proemio, por cuya razon deben ser muy breves.

Sigue despues la *explicacion del misterio ó precepto*, y es preciso que las doctrinas se prueben con autoridades, pero que sean cortas y pocas, y con razones y hechos oportunos al caso, y particularmente ayudar las semejanzas con la posible claridad.

Despues seguirá la *moralidad*, debiendo el instructor, no solo iluminar á los oyentes, sino mover su voluntad á huir de los vicios, y á practicar las obras para no caer en ellos; porque los pecados cometidos por malicia de la voluntad son en mayor número que los metidos por ignorancia. La moralidad debe ser breve y explicada con fervor, pero no se debe usar el tono de sermon, ni las exclamaciones. En el Catecismo debe llamarse la atencion en enseñar cosas prácticas, y el catequista ha de procurar además exponer las excusas ó dificultades que algunos acostumbran á oponer para que se les compadezcan sus faltas fundadas en razones falsas.

«Tocante al language, el del catecismo debe ser sencillo y popular. Los instructores que únicamente llenan sus catecismos de bellas frases, cuestiones escolásticas y metáforas, cuando el pueblo lo quiere es pan sustancioso y bien desmenuzado, la yerran grandemente. Las cláusulas deben ser breves y concisas, el instructor debe dirigirse frecuentemente algunas preguntas y contestarlas él mismo: de esta manera el pueblo está más atento y lo que se le enseña queda más inculcado en su memoria. Repito que, en los catecismos no deben tratarse cuestiones escolásticas; éstas únicamente son á propósito para los ejercicios de los teólogos, más no para el púlpito, ni para la instruccion del pueblo que, comunmente se compone de gentes sencillas que no las comprenden ni entienden cosa alguna; y aún cuando en el auditorio se halle alguna persona instruida, si es prudente y discreta, verá con satisfaccion que el instructor procura enseñar al pueblo, y se quejará de él si así no lo hiciera. Respecto á las frases bellas, ruego al lector que medite detenidamente sobre lo que llevo dicho. No niego que algunos instructores creen que el sistema de las graciosidades es á propósito para llamar la atencion del pueblo, hacerle oír gustoso, mantener su atencion y no fastidiarle; pero yo sé que los Santos, en sus instrucciones, nunca sirvieron de diversion á nadie, antes hicieron llorar á muchos. Léese en la vida de S. Francisco de Regis, que en predicando este Santo al pueblo—teniendo en cuenta que S. Francisco no predicaba sino sobre el Catecismo—los fieles no cesaban de llorar desde el principio al fin del discurso.»

«Por lo demás, si alguno quiere intercalar alguna graciosidad, cuando ésta nazca de la misma materia que se trata, puede hacerlo y es útil. Pero querer trocar la instruccion en una escena de comedia, ó intercalar en ella ridiculeces, anécdotas chuscas, ó palabras que exciten la hilaridad, soy de opinion que esto traspasa los límites de cuanto puedan permitir las conveniencias y el respeto debido á la Iglesia en que se está, á la cátedra desde la cual se anuncia la palabra de Dios, y en donde el instructor representa un ministro de Jesucristo. El pueblo se divertirá mucho escuchando graciosidades; pero pregunto yo, ¿reportará gran provecho de ello? Están, pues, en un error los que creen que el pueblo no acudirá á escuchar

el catecismo si no se procura atraerle; yo por el contrario sostengo que acudirá más aprisa y prestará mayor atención cuando vea que en el Catecismo no se pierde el tiempo inútilmente, y que en lugar de disipaciones se saca mucho provecho.»

«En ninguna ocasión deben predicarse en el Catecismo doctrinas que puedan producir relajación ó anchura de conciencia. Esto puede aplicarse á algún caso determinado de confesión; pero pronunciado desde lo alto de la cátedra, pudiera perjudicar á muchas personas propensas á ello; por cuanto conocedoras estas personas de la doctrina, que por lo demás será algunas veces muy justa y útil aplicada en circunstancias convenientes, pudieran deducir de ella indebidas consecuencias. Pero es bueno, y aún necesario, enmendar los errores de conciencia de muchas personas que juzgan pecado lo que realmente no lo es. Por ejemplo, hay personas que creen haber formado juicios temerarios y pecado por estos juicios, si sospechan algo donde hay ocasión de sospecha. Las hay también que creen pecar ño observando puntualmente algunos preceptos de la Iglesia, como v. gr. no asistir al Santo Sacrificio de la Misa, no ayunar cuando están excusados, etc. En estos casos debe explicarse y decirse que esto no son pecados, ó al ménos no lo son mortales, relativamente hablando. Por el contrario, es preciso que el catequista descubra cuáles son los verdaderos pecados, sobre todo aquellos que son causa de otros más graves. Por ejemplo; debe enseñarse al pueblo que aquel que no huya la ocasión próxima y voluntaria de pecar mortalmente, peca gravemente, aún cuando no tuviere tal intención de pecar, y por más que ignorase cuán grave falta es buscar la ocasión del daño, por cuanto es semi-seguro que buscándola sobrevendrá pecado. Cuando se hable del sexto precepto se advertirá el no dar escándalo alguno á los inocentes, moviendo su curiosidad sobre algunas malicias que ignoran. Tocante á este precepto es suficiente reprender en general á los que quebrantan la castidad, sin hacer mención de las especies y circunstancias, de manera que los comprendidos en este pecado conozcan el modo como deben confesarlo, y los inocentes se queden en su ignorancia. No obstante, es conveniente instruir al pueblo sobre este punto para que sepan cuando son pecado los malos pensamientos ó palabras, y cuando no.»

En el artículo siguiente diremos más acerca del Catecismo para los niños y el pueblo.

§. 7.º

NECESIDAD DE ORGANIZAR LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA EN TODA SU EXTENSION, Ó SEA, EN LOS CATECISMOS ELEMENTAL, DE PERSEVERANCIA Y DEL PUEBLO.

La causa de todos los males presentes que aquejan á la sociedad, no dudamos afirmar se halla en ese doctrinarismo presuntuoso que, prescindiendo de la verdad revelada, y aprovechándose de la ignorancia que reina acerca de los principios elementales de la religion, tiende á divorciar al mundo de la misma. Por ello podemos presentar como seguro antídoto á la influencia de esa malhadada escuela la decidida aplicacion, ó sea, la *enseñanza de la doctrina católica*. Ella, como que es la doctrina de Jesucristo, lleva el sello de la verdad que excluye toda doctrina humana contraria; es el remedio soberano para el gran mal moral que siente hoy la humanidad entera; es por fin, el código de la civilization que tanto se busca, y de la reforma que tan necesaria se considera. Porque cuando la doctrina católica, con la autoridad divina é infalible que la caracteriza, muestra al hombre su verdadero fin y el camino que á él conduce, puede seguirle con la seguridad de no perderse; sin que haya un instante en la duracion de su vida, y en todas las fases que ésta presenta, en el cual no sea dirigido al través de todos los peligros y escollos santa y pacíficamente. La infancia, la juventud, la edad madura hallan una guia y una regla segura en la doctrina católica; y véase porque ella establece con solo esto la dicha de la familia, de los pueblos, de las naciones y de la humanidad entera.

Segun la magnitud de los objetos que abraza la ciencia religiosa, pudiera creerse en la necesidad de grandes y profundos estudios. Pero no; todo esto se patentiza al cristiano en pequeño libro, en unos sencillos rudimentos, los cuales le enseñan que es creado á imagen y semejanza de Dios, que él cayó de esta altura por el pecado del primer hombre, pero que la muerte y méritos del Redentor nos res-

tituyen por el Bautismo á nuestro antiguo grado, nos sostiene en él por la gracia y por sus preceptos, y nos dá fuerza por los Sacramentos para conseguir nuestro destino futuro. Sí, en el Catecismo, en ese humilde y nunca bastante apreciado libro que se pone en manos de los niños, es donde el hombre adquiere las luces que le sirven como un faro para navegar en la noche de esta vida por el inmenso fluido de errores en que fluctúa el género humano, y la sola doctrina contenida en ese libro es el único medio poderoso y eficaz, que hoy se nos ofrece, para regenerar y salvar la sociedad.

Si queremos, pues, detenernos sobre el borde del abismo á donde ésta corre para precipitarse, es preciso volver á la enseñanza sencilla, y á las formas del Catecismo; es necesario trabajar por la organizacion y propagacion de la catequística, por la enseñanza metódica y constante de la doctrina cristiana á la niñez, á la juventud, al pueblo. ¡Ah! no hay que dudarle; si la obra de los Catecismos se organiza, si se ejecuta bien, si se la conduce con celo y perseverancia, por grande, por profundo que sea el mal, confiemos, todavía puede tener remedio. A la obra, pues, con ánimo decidido y resuelto.

En primer lugar, y con toda preferencia, debe procurarse la organizacion de la catequística á los niños, ó sea, *del catecismo elemental*. Por aquí ha de principiarse la grande obra de la regeneracion social. La razon es muy sencilla. La infancia es el espejo completo de la gran familia humana, los niños son *los hombres del porvenir*. Ellos están todavía con nosotros, bajo nuestra mano; si, pues, volviéndonos hácia estas preciosas almas cuya conquista es tan dulce como fácil, los educamos en los principios y santas máximas de la religion; los hacemos cristianos, buenos cristianos, habrémos conseguido mejorar profundamente lo presente y salvado lo porvenir, Sí, lo porvenir, porque nuestros niños de hoy, dentro de veinte años llegarán á ser los padres de familia, los labradores, los obreros, los propietarios, los magistrados, todo el pueblo, en fin: y si son educados en el temor de Dios amarán la religion y sus ministros, aleccionarán á sus hijos en la piedad, y florecerá el cristianismo.

Más, para que la enseñanza del Catecismo á los niños responda con resultados prácticos al importante y trascendental propósito que

se desea, es necesario, lo repetimos, que esté bien organizada, dirigida y ejecutada. Pensar que, como ha venido practicándose hasta hoy en lo general de las parroquias, el reunir á los niños en una sola y determinada época del año, por ejemplo, en el tiempo cuaresmal, y emplear el sacerdote tres cuartos ó una hora en hacerles algunas preguntas del Catecismo, sea suficiente á llenar hoy el grande objeto de la catequística, seria un error lamentable. Esto podia ser tolerable en aquellos tiempos en que, como hemos dicho en otro lugar, la familia era profundamente cristiana, la religion la primera de las ciencias que se enseñaban en las escuelas y colegios: en aquellos tiempos en que se instruía en particular, porque se daba una gran importancia á conocer la religion; pero hoy que, en punto á instruccion cristiana no puede contar el párroco con otros recursos que los propios de su ministerio, el continuar la práctica seguida hasta aquí, seria tanto como dejar abandonada la enseñanza religiosa. No, en los tiempos presentes hay necesidad de que la catequística á los niños sea permanente, apenas interrumpida en todo el año, ordenada y metódica; en una palabra, que el Catecismo sea una verdadera escuela de religion, donde los niños sean instruidos y educados cristianamente.

Comprendiéndolo así nuestros celosos Prelados, han organizado ya algunos en sus Diócesis la enseñanza catequística, y de tal manera, que nada deja que desear. En una de ellas, en la de Tortosa (1), está perfectamente reglamentada la *Asociacion de la enseñanza metódica y constante de la doctrina cristiana*. Tiene la parte directiva una Junta compuesta de un Director, un Vice-Director, un Secretario, un Tesorera y un Bibliotecario; siendo los dos primeros nombrados por el Prelado. Hay dos clases de socios, activos y bienhechores. Se consideran activos todos los sacerdotes (2), estudiantes, maestros y maestras, y seglares piadosos que se dediquen con celo

(1) El ilustrado y piadoso presbítero, Catedrático de aquel Seminario y Director de la catequística D. Enrique de Ossó, tiene publicada la interesante obrita *Guía práctica del catequista*, digna de recomendacion, por hallarse en ella cuantas noticias pueden desearse para el establecimiento, organizacion y desempeño de la catequística; conteniendo tambien el reglamento para la de Tortosa aprobado por el Ilmo. Sr. Obispo de aquella Diócesis.

(2) Véase lo que decimos en la Part. Prim. §. 7.º—VIII. sobre la utilidad y conveniencia de que los sacerdotes jóvenes se ejerciten en la enseñanza catequística.

y asiduidad á la enseñanza del Catecismo; y bienhechores, todas las personas de cualquier sexo y condicion que, con dinero, estampas, libritos, ó regalos de otro género, contribuyan al sostenimiento de la obra santa del Catecismo. Los socios activos están repartidos en tantas secciones cuantas son las iglesias donde se enseña el Catecismo, teniendo cada seccion un Prefecto—que es presbítero, ú ordenado *in sacris*—un sub—Prefecto y tantos catequistas, por lo ménos, cómo clases. El Catecismo se enseña todas las tardes en los dias festivos por todo el año, exceptuada la temporada de canícula, y se emplea en la enseñanza hora y media á dos horas. Como medios eficaces para conseguir la asistencia de los niños y hacerles amable el Catecismo, se procura proporcionarles toda la comodidad posible, colocando bancos para que estén bien sentados, y señalando á cada niño un asiento fijo. La explicacion de la doctrina vá precedida de una plática breve, familiar y amenizada con símiles y comparaciones, sobre un punto del dia, concluyendo siempre con algun ejemplo ó historieta edificante que anime á los niños á amar la virtud ó aborrecer al vicio, y con algun rezo ú oracion á la Virgen Santísima: durante las explicaciones se tiene cuidado de sostener la atencion de los niños con preguntas interesantes, vivas y variadas, así como en los intermedios con el canto de letrillas, himnos, etc.; y por último, se les estimula á la aplicacion con algunos premios y recompensas, consistentes en libritos, estampas, medallas, y áun alguna prenda de ropa para los que son pobres. Cada Catecismo, además de las fiestas de los Patronos generales de la Asociacion, celebra, con toda la solemnidad posible, una ó dos á su Santo titular y protector en los dias que el Director designa. Los niños que comulgan hacen en tales dias una Comunion general, y los que no se hallan en este caso se confiesan y oyen la misa. Por la tarde hay funcion extraordinaria y distribucion solemne de premios..... Esto por lo que respeta á la organizacion de la catequística á los niños; pasémos á ocuparnos en la necesidad de organizar tambien la de los jóvenes, ó sea, *los catecismos de perseverancia*, y despues lo harémos en la del pueblo, ó *Catecismo mayor*.

Es un hecho reconocido y confirmado por la experiencia que, de los niños que reciben la primera Comunion, pocos, poquísimos vuel-

ven al Catecismo, y como en su generalidad dejan tambien de asistir á las escuelas, resulta que, la instruccion, sobre todo la religiosa, queda en la mayor indiferencia. ¡Pobres jóvenes! Cuando el mundo trata de seducirlos desplegando ante sus ojos mil ilusiones y malos ejemplos; cuando las pasiones les presentan el camino de la vida sembrado de flores, encantos y deleites; cuando el demonio se esfuerza en corromper sus costumbres y afean su alma, entonces es cuando se consiente que se vayan del maternal regazo de la religion, y se les entrega en manos de su propio consejo. Ciertamente contrista el corazon pensar en ello, y sería una desesperacion grande que no hubiese un remedio para tal desgracia. Gracias á Dios no es así, y existe un medio, pero uno solo, el *Catecismo de perseverancia*. Si este Catecismo se funda y organiza, cual debe estarlo; si se cuida de atraer y retener en él á los jóvenes de ambos sexos algunos años más bajo la palabra y accion de los catequistas, la primera Comunión no será olvidada inmediatamente despues de hecha; la buena semilla sembrada en el tierno corazon de los niños no quedará estéril; la fé y las prácticas religiosas se afirmarán en esas jóvenes almas; serán educadas realmente las generaciones cristianas y asegurado el porvenir de la religion. Es evidente, pues, la necesidad de organizar el catecismo de perseverancia.

Acerca del método que en él ha de seguirse, poco tenemos que decir, puesto que, con corta diferencia, se observan las mismas reglas que en los catecismos ordinarios. Sin embargo, haremos notar lo que hay de particular. 1.º La instruccion debe ser algo más extensa y elevada que en los otros catecismos, de suerte que aún los más instruidos aprendan algunas cosas nuevas que por su interés y amenidad les cautiven la atencion y les inspiren deseos de volver. Deben tratarse las objeciones más extendidas contra la religion, y las máximas del mundo más sabidas, contrarias al espíritu cristiano, pero con la precaucion, como advierte S. Francisco de Sales, de que primero se presente la solucion de la dificultad y despues se aplique á ella, haciendo ver su falsedad, su impiedad, su absurdo.

2.º El método que tenga el catequista debe distinguirse por la claridad y la solidez, amenizando siempre la explicacion con hechos notables, comparaciones y ejemplos.

3.º Debe tratarse á los jóvenes con todo miramiento y respeto, sin consentir por una excesiva condescendencia que falten al reglamento: se les felicita por su constancia, se les dá muestras de predileccion por ello, y se les anima á despreciar los dichos del mundo, el respeto humano, principal escollo para la juventud en el camino del cielo.

4.º Celébrese todos los meses misa de Comunion general. Esta es una hermosa práctica para lograr la perseverancia de los jóvenes. Tambien es muy conveniente, despues de dos ó más años que frecuenten el Catecismo de perseverancia, hacerles pasar á alguna Congregacion de la Santísima Virgen Maria, de S. Luis, ó de otra asociacion que se juzgue más oportuna, porque el nombre de Catecismo, cuando son de alguna edad, mortifica su amor propio.

5.º Póngase especial cuidado, si se quiere que los jóvenes perseveren amando y practicando lo que manda nuestra Santa religion, en hacerles ejercitar algunas obras de misericordia, que tantas dulzuras comunican al alma, y la hacen saborear en este destino las delicias que han de constituir la felicidad eterna de los que han de ser un día coronados de gloria, despues de recibir aquí el ciento por uno. De esta suerte, viviendo en un círculo donde se respira con toda su pureza el aire embalsamado del espíritu de caridad, se fortalecerán, se robustecerán, y podrán resistir mejor los aires infectos del mundo sin contagiarse.

Esto es lo único de particular, puede decirse, que ofrece el Catecismo de perseverancia. Véamos ahora la necesidad de organizar la enseñanza del *Catecismo al pueblo*, ó *Catecismo grande*, como le llama S. Alfonso, que es lo que nos resta.

Una de las causas del progreso del error é impiedad en nuestros dias es, á no dudarlo, la ignorancia de las verdades de la religion, la falta de instruccion en la doctrina cristiana. Y este mal es tan general por desgracia, que no solamente en la clase del pueblo, si que tambien en otras clases, áun las más distinguidas, se encuentran personas, muchas personas, que no tienen sino conocimientos muy imperfectos, cuando no ideas falsas, sobre las verdades elementales de la religion; observándose á la vez que, la ignorancia y falta de instruccion religiosa están en mayor grado proporcional en las

poblaciones crecidas que en las aldeas ó pueblos de corto vecindario. ¿A qué atribuirse esto? ¿Será porque en los grandes centros de poblacion abundan más los medios de perversion y corrupcion de costumbres; el error, impiedad é indiferentismo encuentran mayor facilidad para propagarse, y son más repetidos los escándalos y malos ejemplos? Ciertamente que, todo esto contribuye mucho á sostener y aumentar el mal que lamentamos ¿pero no podrá haber alguna otra causa influyente en ello? A decir lo que sentimos, créemos que, en la predicacion que se hace al pueblo no se dá á la catequística la preferencia que se debe, particularmente en las grandes poblaciones. ¿Qué clase de predicacion es, por lo general, la que se hace en estos puntos? La de los misterios de Jesucristo y de la Virgen en las festividades mas solemnes, la de sermones morales en la Cuaresma, y la de panegíricos en las fiestas dedicadas á los Santos. Esta y no otra, salvas excepciones, es la predicacion que se hace á los fieles: hablándoles muy pocas ó raras veces de los mandamientos que deben cumplir, de las virtudes y obras que han de practicar, de los Sacramentos que tienen que recibir; puntos doctrinales, cuya enseñanza recomienda con todo interés nuestra Santa Madre la Iglesia.

Sí, no nos cansaremos de repetirlo, si se quiere desterrar del pueblo la ignorancia, ó al ménos aminorarla; si se quiere trabajar en poner dique á ese desarrollo progresivo de ideas y enseñanzas anticatólicas que tanto lastiman, envenenan y corrompen la sociedad, es preciso organizar, y organizar de una manera completa y satisfactoria la predicacion catequística al pueblo. Es necesario explicarle continuada y metódicamente la doctrina cristiana, no por algunos dias en el año, sino durante todo él, á lo ménos en las dos épocas de adviento y Cuaresma. Y no deje de hacerse por el temor á falta de asistencia de los fieles; no, los fieles sino asisten al Catecismo, es, porque no se les predica: predíquese, y asistirán. De ello tenemos conviccion completa, así cómo de los grandes resultados que han de tocarse. Empréndase la obra con propósito firme, con decision, con celo, sin abrigar dudas ni temores; encomiéndese la predicacion doctrinal á sacerdotes ilustrados, y más que ilustrados, á sacerdotes que, por sus virtudes, vida edificante y ejemplar ten-

gan conquistado el aprecio y amor del pueblo; procuren estos hacer interesante el Catecismo, hacerlo amable, con el buen método en sus explicaciones, con la claridad y dulzura en el lenguaje, con la exposicion sencilla y razonada de los puntos doctrinales, amenizándola con algunos ejemplos, símiles y comparaciones, y la experiencia vendrá á confirmar nuestros asertos. (1).

Convenimos todos, porque en la conciencia de todos está, que para reconstruir el edificio social, que vá desmoronándose, y destruyéndose, se necesita un esfuerzo heróico; que el precioso fruto de los Apóstoles y de los predicadores de la fé que les sucedieron se vá perdiendo; que la sociedad actual, apartada de Dios y desligada de los suaves y amorosos lazos de la religion, camina á la vuelta del paganismo, pero de un paganismo de peor género que el del tiempo de Jesucristo, de un paganismo hijo de la apostasia; y que es preciso comenzar de nuevo, digámoslo así, toda la obra de las almas: que es necesario emprender una regeneracion profunda. Pues bien, para todo esto, ya lo hemos dicho, el medio más propio, más radical, el más infalible es la obra de los Catecismos, es la enseñanza catequística completa, en toda su extension, que comprenda á los niños, á los jóvenes, á los adultos, á toda clase de personas. Quien no lo entienda así, no comprende lo más elemental de las cosas, no conoce las nuevas necesidades de la Iglesia, el estado de nuestra sociedad.

(1) Por los años de 1845 al 47, hallándose de Regente-Cura de la parroquia de la Catedral de Sigüenza (nuestro pueblo natal) el respetable y virtuosísimo sacerdote R. P. Mtro. D. Fr. Rodulfo Millana, quiso dar explicaciones de doctrina cristiana á los fieles durante el tiempo cuaresmal. Anunció en efecto, principiarian en la tarde del miércoles de ceniza á las seis, y continuarían en dias alternados hasta la dominica de Ramos. En la tarde primera el número de oyentes no fué más que regular, en la segunda aumentó considerablemente, y en la tercera no bastaba el templo, aunque muy capaz, á contenerlo; disputándose la entrada en las tardes sucesivas hasta el punto, de ir muchas personas con dos horas de anticipacion. Se le oía con tanto gusto al P. Millana que, á pesar de ocupar el púlpito cerca de una hora, todos sentían la conclusion de sus pláticas. Era tal la unción, la sencillez y claridad con que predicaba, lo ameno de sus explicaciones con símiles y ejemplos oportunísimos, que cautivaba la atención sobremañera. Cuando salía del templo para dirigirse á su casa, era seguido y escoltado por tal muchedumbre de personas de todas clases y condiciones, que formaba una verdadera procesion. ¡Así responde el pueblo católico español al llamamiento y esfuerzos de los sacerdotes que trataban con celo é interés en bien de las almas!

Y para que se véa cuán fundada es nuestra opinion sobre este punto, y en apoyo de la misma, vamos á trascribir algunas cláusulas de la importante Carta que el Sumo Pontífice Leon XIII dirigió á su Cardenal Vicario de Roma con fecha 26 de Junio del presente año 1878. Despues de indicar la grande utilidad de la enseñanza catequística y las imponderables ventajas que de ella resultan al bien de la Iglesia y de la sociedad civil, dice: «V., Señor Cardenal, sabe muy bien, sin que nos entretengamos en hablar largamente de ello, cuáles y cuantos sean los peligros de pervertirse que la juventud encuentra; doctrinas perniciosas y subversivas de todo órden establecido, audaces y violentas conspiraciones en daño y en descrédito de toda autoridad legítima, y finalmente, la inmoralidad que sin obstáculo se dirige descaradamente por todas las vias á ofuscar las inteligencias y á corromper los corazones..... De aquí la necesidad, no solamente de que los Párrocos redoblen su diligencia y celo en la enseñanza del Catecismo, sino que se llene con nuevos y eficaces medios el vacío que se hace por culpa de otros. No dudamos que el clero de Roma tambien seguirá cumpliendo los sagrados deberes de su ministerio sacerdotal, y se aplicará con el más afectuoso esmero á preservar á la romana juventud de los peligros que amenazan á su fé y su moralidad. Estamos ciertos, por otra parte, de que las asociaciones católicas que florecen en esta Ciudad con gran provecho de la Religion, concurrirán con cuantos medios están en su mano á la santa empresa de impedir que esta esclarecida Ciudad, perdiendo el carácter sagrado y augusto de Religion y el envidiable timbre de ser la Ciudad Santa, venga á ser víctima del error y teatro de la incredulidad. V. E., Señor Cardenal, con la sagacidad y firmeza que le distinguen, procure que se multipliquen los oratorios y las escuelas donde se reúnan los jovenzuelos para ser instruidos en la sagrada Religion Católica, en la que han nacido por especial gracia de Dios. Procure que, conforme se hace ya con gran fruto en alguna iglesia, algunos virtuosos y caritativos seglares, bajo la inspeccion de uno ó más sacerdotes, cooperen á enseñar el Catecismo á los niños, y procure tambien que los padres sean exhortados por los Párrocos respectivos á enviarles sus hijos. Ayudarán tambien las explicaciones del Catecismo á los adultos, las cuales deben estable-

cerse en los lugares que se crean más á propósito, á fin de mantener siempre vivas en los ánimos las saludables enseñanzas que aprendieron cuando niños. No dejaremos nunca de promover la piedad y de avivar siempre el empeño de los sacerdotes y de los laicos, poniéndoles á la vista la importancia de la obra, los méritos que adquirirán delante de Dios, delante de Nos y delante de la sociedad entera.»

Concurramos, pues, todos á esta importantísima y santa obra, y particularmente los Sacerdotes, llamados como estamos á ello de un modo especial por nuestro ministerio. Unamos nuestros esfuerzos á los de nuestros celosísimos Prelados; aprestémos nuestra cooperación con una voluntad firme, *con grande ánimo* y *con grande aliento*, como decia S. Francisco de Sales; y habrémos respondido, en cuanto está de nuestra parte, al cumplimiento de un sagrado deber, á las necesidades de los tiempos desdichados que atravesamos. ¡Mucho puede esperar la España del distinguido celo apostólico de sus sabios y virtuosos Obispos, de su ilustrado y piadoso clero, organizada que sea la predicación catequística. (1).

§. 8.º

CONSTITUCION *Etsi Minime...* DE BENEDICTO XIV, POR LA QUE SE RECOMIENDA ENCARECIDAMENTE LA ENSEÑANZA CATEQUÍSTICA. (2).

«A los venerables hermanos, Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos.

Venerables hermanos: salud y bendición apostólica. Aunque Nos no dudamos que aquellos á quienes se ha confiado el cuidado de las almas, y particularmente vosotros, venerables hermanos, elevados al oficio del apostolado, y puestos por Dios en lo más visible de la

(1) A ello puede contribuir muchísimo el interesante Instituto religioso español *Los Hermanos de la Sagrada Familia*, fundado recientemente en Segorbe bajo los auspicios del Ilmo. Sr. Obispo de aquella Diócesis, cuya misión principal es la enseñanza catequística. ¡Ojalá que, cual deséamos, se extienda por todas partes tan benéfica obra!

(2) Es la Constit. XLII.

prelacia; poneis en esto principalmente todo vuestro cuidado, á saber: que el pueblo cristiano nutrido con el pábulo de la celestial doctrina é instruido saludablemente en los principios de la fé se dirija con toda felicidad por el camino de los mandamientos del Señor, tomando vosotros la delantera; con todo no podemos tranquilizarnos sin que os excitemos con el estímulo de nuestra autoridad y amor paternal á promover con el más exquisito cuidado la obra tan piadosa y tan saludable de la doctrina cristiana despues de quitados todos aquellos obstáculos que se oponen á la salvacion de las almas.

1. Porque hablamos á los que conocen la ley, y exhortamos á los vigilantes Prelados de las iglesias, los cuales poseen abundante fondo de piedad y conocimiento de las Sagradas Escrituras, consideramos excusado probarles con muchos argumentos, que no es suficiente para conseguir la vida eterna creer confusa é implicitamente misterios revelados por Dios y propuestos por la iglesia católica; sino que es necesario recibir esta celestial doctrina divinamente inspirada, y que se aprende de oido por el ministerio de un doctor legítimo y fiel: de manera, que se expliquen separadamente sus capítulos, de los cuales unos se han de proponer á los fieles, para creerlos con necesidad de *medio*, y otros con necesidad de *precepto*. Además, si bien decimos que somos justificados por la fé, pues que ella es el principio y fundamento de la salvacion del hombre; con todo, es bien sabido que para llegar algun dia á la patria futura que buscamos, no basta la sola fé, sino que es necesario saber el camino, y seguirlo constantemente; esto es, conocer y observar los preceptos de Dios y de la Iglesia, con las virtudes que debemos practicar y los vicios que debemos evitar.

2. Todas estas cosas, pues, se contienen en los primeros elementos de la fé católica, ó como dicen, en la Doctrina cristiana. La condicion del cargo episcopal exige que dicha Doctrina sea explicada recta y ordenadamente en tódas las Diócesis y en todos los lugares; y que no puedan descuidarla los Obispos sin manchar su conciencia, sino que deben poner todo su cuidado y diligencia en esta obra la más necesaria. Con todo, no creemos que esta obligacion gravite de tal manera sobre el Obispo, que él mismo en persona tenga que asistir siempre á la Doctrina cristiana, preguntar á los muchachos y

explicar los misterios de la fé que profesamos. Demasiado conocemos, pues, que el peso del servicio apostólico se agrava con el cargo del cuidado pastoral....; más si el Obispo en tiempo de la visita de la diócesis, y tambien alguna otra vez, acude al lugar en que se enseña la Doctrina digna del hombre cristiano.... la obra del Pastor cederá en grande utilidad de la grey que tiene confiada, y su ejemplo excitará á los otros á cultivar, segun sus fuerzas, la viña del Señor.

3. Se impusieron ésta como ley de administrar tan santamente la iglesia, no solo antiguos, sino muy modernos Prelados inscritos ya en el libro de los Bienaventurados, á saber: S. Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Santo Toribio, Alejandro Saulí, algunos de los cuales, como está escrito, cuando ocupados y detenidos por más graves cuidados no podian asistir, nombraban de los Canónigos ó Sacerdotes algun Vicario de su cuidado y diligencia, que recibida parte del ministerio pastoral instruian á los muchachos en los elementos de la fé para todas las obligaciones de la religion.

4. Por consiguiente, el medio mejor y el más acomodado al adelanto de las almas será el ejemplo del Prelado, si, como hemos dicho ántes, lo hiciese siempre en todas las parroquias, particularmente cuando recorre la diócesis. Pero, como cualquiera conocerá fácilmente, no bastan para esto sus fuerzas, y por tanto, para conseguir su objeto, es necesario que cuide con la mayor diligencia posible para que no se eche de ménos el celo y exactitud en aquellos otros que ha constituido sus Vicarios de obra tan laudable y fructuosa.

5. Dos cargos principalmente determinó el Concilio tridentino para los que tienen cura de almas: el primero es, que en los dias festivos prediquen al pueblo de las cosas divinas; y el segundo, que instruyan á los niños y tambien á los ignorantes en los elementos de la ley divina y de la fé. Si en dias determinados tienen los párrocos aquella predicacion que no hiere los oidos con altisonantes palabras de la sabiduría humana, sino que, acomodada á la capacidad de los oyentes, caiga sobre sus almas en manifestacion del espíritu; si anuncian algun misterio, principalmente aquel que la iglesia en tal tiempo celebra, prefiriendo aquellos que sirven de más estímulo para la virtud, y para huir de los vicios, con particularidad los más

graves y que más escandalosamente reinan en el pueblo; si en los mismos días (esto lo deben igualmente por su cargo) nutren con la leche de la Doctrina á los niños como infantes recién nacidos, preguntando, ora á estos, ora á aquellos, explicando las dudas y dificultades; si por fin atienden con el Apóstol á la lección, exhortación y á la doctrina para que sea perfecto el hombre de Dios é instruido para toda obra buena, es lícito creer que el éxito podrá responder á los deseos, y que se conseguirá fácilmente un pueblo aceptable y rico en buenas obras.

6. Pero está demostrado por la experiencia que el trabajo del solo párroco es insuficiente, no pudiendo uno solo instruir á todos, donde el número sobrepaja á la diligencia del doctor (maestro). Sin embargo, siempre que el Obispo se ocupe con toda atención y celo de la iglesia que tiene confiada, nunca se verá privado de los auxilios necesarios y oportunos; hallando siempre quienes deseen ser iniciados en la tonsura, quienes ser promovidos á la dignidad del sacerdocio, ya por las Órdenes menores, ya por las sagradas, quienes por fin deseen allanar el camino á los beneficios eclesiásticos. *Disponga, pues, el Obispo con terminantes resoluciones (y que los hechos correspondan á las palabras), que nunca dará la tonsura á los mayores de edad, y que jamás conferirá las órdenes menores y mucho ménos las mayores, á aquellos que hubieren menospreciado prestar su auxilio á los párrocos para enseñar la Doctrina cristiana.* Por fin, que el mismo Obispo distribuya convenientemente este número de clérigos entre todas las iglesias de la Ciudad y diócesis, inscribiendo algunos de ellos en determinada iglesia. Además, denuncie y asegure que en la colación de las parroquias y demás beneficios tendrá en grande peso y estima el celo y diligencia que hayan puesto los clérigos en esta obra, y en esto mismo se manifestará que no tanto se ha impuesto al rector el cargo de enseñar, sino que tiene muchos cooperadores para poder cumplir exactamente todas las atenciones de su oficio.

7. A esto se añade haberse mandado muy saludable y acertadamente por sagradas constituciones apostólicas, y particularmente por la séptima de nuestro predecesor Leon X, de feliz memoria, dada en el Concilio lateranense 5.º, que, tanto los maestros que ins-

truyen á sus discípulos, como las piadosas mujeres que educan á las niñas, los nutran y confirmen con doctrina sana é incorrupta como alimento de vida, exigiendo esto el Obispo con mucha especialidad. Consta tambien que el Obispo puede y debe recomendar con la mayor diligencia á los oradores sagrados, que en el sermón expliquen y persuadan á los padres cuanto les interesa instruir bien á sus hijos en los misterios de nuestra Religion, y que si fuesen ménos aptos para esto, están obligados á llevarlos á la iglesia en la que se explican los preceptos de la ley divina. Así mismo en muchos lugares se ha introducido la piadosa y laudable costumbre, y *se debe introducir* donde no esté recibida, de que auxilien al párroco en el desempeño de este cargo algunos seglares, tanto hombres como mujeres, prestando un trabajo como secundario en la instruccion cristiana, cuando oyen á los niños y niñas que recitan de memoria la Oracion dominical, la Salutacion angélica, el Símbolo de los Apóstoles, y otras doctrinas semejantes. En otras partes se han erigido tambien *Congregaciones* que tienen por objeto explicar la Doctrina de la religion cristiana, á cuyo instituto, no solo cólmó de merecidas alabanzas Pio V, de santa memoria, sino que tambien pidió encarecidamente que *se propagase en todas las diócesis*, en su constitucion que empieza *Ex debito*. Si se consideran, pues, todas estas cosas en conjunto, resultará cierto y manifiesto para todos, que donde haya mucha miés, debe haber siempre muchos operarios, y que jamás falten los necesarios para distribuir el pan á los párvulos que lo piden.

8. Pero es demasiado cierto, *que no solamente los niños y los jóvenes viven en la ignorancia de las cosas divinas, sino que tambien muchos adultos y no pocos ancianos desconocen del todo la saludable doctrina*, ya porque nunca la aprendieron, ya porque han olvidado lo que en otro tiempo habian aprendido: *remediará asimismo este mal la pastoral vigilancia de los Obispos*, si obligan á los Vicarios de su cargo á aplicar con oportunidad y constancia los medios que están preparados.

Dada en Roma en Santa Maria la Mayor, en 6 de febrero de 1742, año segundo de nuestro Pontificado.

T. de F. B.

PARTE TERCERA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á SUS OYENTES.

CAPÍTULO I.

EL PREDICADOR DEBE CONOCER LAS NECESIDADES DE SUS OYENTES.

Tratando de la eleccion de asunto para los sermones—Part. 2.^a, Cap. II, §. 1.^o—decíamos: «La regla más importante y la más segura para el acierto en la eleccion del asunto, es la de que, el predicador *busque la inspiracion de este en el alma de aquellos á quienes ha de hablar*. La predicacion no debe ser una palabra vaga, ni vana, palabra al aire, como dice S. Pablo, *aerem verberans*, sino precisa, directa, siempre *ad rem*. Es preciso hablar al auditorio y *para* el auditorio, y no simplemente *ante* el auditorio. Esto es capital, evidéntísimo. No mirar á las almas, es decir, á las necesidades presentes y apremiantes de las almas; no dar á la palabra el objeto determinado; girar dentro de esas generalidades vagas, á nadie aplicables, que sirven para todo, para todos tiempos y para toda clase de oyentes; semejante palabra no es ni podrá ser jamás una palabra de vida; no produce ni jamás podrá producir nada.» Y añadíamos: «Para hablar con fruto, es preciso conocer las necesidades perentorias y apremiantes de los oyentes y dirigirse á ellas; estudiar y apreciar la disposicion de aquellos á quienes se habla, meditar lo que puede impresionarles, conmoverles, y decidirles á lo que se pretenda obtener de ellos.»

En efecto, para que la predicacion sea provechosa, es necesario conocer bien al auditorio, al pueblo á quien ha de hacerse. «En todas partes á donde se es llamado á ejercer el santo ministerio, dice San Francisco Javier (1), aunque no sea más que por poco tiempo, preguntad con cuidado á los hombres de bien que tengan experien-

(1) Cartas al P. Gaspar Barzéo.

cia de la vida que observa comunmente la gente del país; aprended de ellos con la mayor exactitud posible, no solamente los crímenes, los vicios, las pasiones más dominantes, los fraudes ordinarios..... sino tambien los usos admitidos en el pueblo, la opiniones generalmente recibidas, las costumbres particulares de la religion, en una palabra, todo lo que pasa en la sociedad civil, y el modo con que los hombres acostumbran obrar entre ellos. Creed mi experiencia, no hay conocimiento más útil..... Es menester procurar adquirir esta ciencia del mundo con tanto cuidado cómo la filosofía ó la teología, porque con ella se hacen los discursos más útiles: de este modo se conoce sobre que debe insistirse en las predicaciones, y cómo se deben tratar los espíritus; de este modo se adquiere una grande autoridad sobre los oyentes, los cuales á menudo desprecian nuestros discursos porque piensan, que no conociendo el mundo, no somos capaces de juzgarlo; más, cuando reconocen por experiencia que el predicador está tan versado y acostumbrado cómo ellos á los usos de la vida civil, le admiran, se entregan á él con confianza, y ejecutan gustosos lo que les aconseja.»

Dedúcese de estas observaciones tan oportunas cómo prudentes lo indispensable que es al predicador el conocimiento de las necesidades de sus oyentes, y su deber en procurarlo por todos los medios posibles. Varios son de los que podrá servirse para conseguir tan importante objeto, y entre otros, como principal, el estudio del corazón, el mejor libro donde se puede aprender á conocer los hombres. Las relaciones ordinarias con el mundo le podrán facilitar tambien noticias interesantes; y no ménos, el ejercicio del Santo Tribunal, pues en este es donde se aprende de un modo exacto, qué vicios deben corregirse, qué errores han de ser combatidos, qué preocupaciones reformadas. Más en el uso de este medio debe tenerse una discrecion grande, para no dar lugar á ofensas particulares, ni á sospechar que se ha hecho traicion al secreto de las conciencias. Una vez adquirido tan necesario conocimiento, no lo dude el predicador, sus sermones serán verdaderas instrucciones, enseñanzas útiles y provechosas, que serán oidas con gusto y producirán resultados admirables. «Los hombres, dice el ya citado S. Francisco Javier, nada escuchan con más atencion que las cosas cuya verdad les hace co-

nocer el testimonio íntimo de su conciencia. Hacedles, *continúa el mismo*, un retrato fiel de lo que pasa en ellos, despues de haberlos examinado cuidadosamente, y de este modo enseñareis útilmente, adquirireis un grande imperio sobre los pecadores para atraerlos, apartarlos del mal camino, y hacerles gustar la verdad y la virtud.»

Y ciertamente que, decir la verdad en abstracto y á la ventura, no deja de ser una predicacion incierta en resultado, ó si se quiere, una siembra que se hace en el aire, sin mirar donde cae la semilla; que equivale á decir que en realidad es navegar sin rumbo, es obrar á ciegas. ¿Y no es esto lo que Nuestro Señor reprochaba al sembrador del Evangelio? Éste sembraba, ó más bien arrojaba su grano sin considerar que la mayor parte caía sobre las piedras, sobre el camino, ó en medio de los espinos; siendo así que debiera mirar con cuidado y no echar el grano sino sobre la tierra buena, que nunca falta. Pues esto es cabalmentelo que hace el predicador que no tiene conocimiento de las verdaderas necesidades de los oyentes; siembra, pero no en la tierra que debia, sino en el aire, y su palabra no es semilla de vida, queda muerta. Es preciso pues, si se quiere que la palabra divina sea fructuosa, estudiar y conocer á fondo aquellos á quienes se predica. Especialmente los párrocos, deben saber la disposicion de las almas de que están encargados; como viven determinados feligreses, y pensar, meditar mucho lo que puede impresionarles, moverles, y obligarles, digámoslo así, á aceptar de buen grado lo que se desea, á decidirse por lo que se quiera obtener de ellos. Así es cómo la predicacion será instructiva, persuasiva, provechosa; así se dará á la palabra su verdadero tono, su accion, su poderosa eficacia; así por último, se presentará bien clara y fácil la forma en que debe hablarse.

Pero no basta tener conocimiento de las necesidades de los oyentes, es menester tambien abrazarlas todas en la predicacion, esto es, ocuparse no en las de una clase, sino en las de todas las clases de oyentes á quienes se habla. El predicador es deudor á todos los fieles que le oyen, todos tienen igual derecho á la distribucion de la divina palabra; ellos están al rededor del púlpito como los enfermos del Evangelio cerca de la piscina, y el predicador es el ángel enviado de Dios para sanarlos: médico de todos, se debe á todos, á

los ciegos para hacerles ver la luz, á los débiles para fortalecerlos y animarlos, á los caidos para levantarlos, y á los perseverantes para sostenerlos. Más, ¿cómo, se dirá, podrá el predicador proveer á tan diversas necesidades en un solo discurso? Ante todo, ha de tenerse en cuenta que, en casi todos los auditorios hay tres clases de pecadores: los que pecan por flaqueza ó ignorancia, los que lo hacen por hábito, sin haber ahogado áun los remordimientos, y los pecadores endurecidos y obstinados; tres clases de justos: los que comienzan á darse á Dios, los que han hecho ya algun progreso, y los que se hallan más avanzados en el camino de la perfeccion; y por último, hay personas de diversos estados. Establecida esta distincion, véase primero cómo el predicador podrá satisfacer las necesidades de las diferentes clases de pecadores y justos. Se trata, por ejemplo, de un vicio; combatirá con todo el poder de su palabra los pecados graves que de él se originan y derivan, hablando compasivamente de los que caen por flaqueza, con fuerza contra los habitudinarios, con energia contra los endurecidos: censurará despues los defectos, las imperfecciones relativas á esta materia, y finalmente prescribirá los medios de prevenir ó corregir este vicio. Si se trata de una virtud, procurará inspirar horror á los pecados y vicios opuestos á ella; pondrá las prácticas comunes de esta virtud, y hará conocer tambien las más perfectas: de este modo satisfará á todas las necesidades indicadas; cada clase de pecadores y justos recibirá su remedio propio, y nadie habrá en el auditorio que no pueda sacar provecho de la predicacion.

En cuanto á los diversos estados ó profesiones, conviene inculcar con frecuencia los deberes que imponen, la obligacion sagrada de cumplirlos, y los daños y perjuicios que resultan del descuido y negligencia en hacerlo. Siempre que la oportunidad convide á ello, debe hacerse en el púlpito explicacion clara y detenida de las obligaciones de cada condicion [ó estado, de los padres y de los hijos, de los amos y de los criados, de los ricos y de los pobres; pero cuidando de tener presentes estas dos observaciones: 1.^a No explicar los deberes de estado que tienen obligaciones respectivas, sin decir al mismo tiempo los de la parte correlativa, á fin de que no se crea haber consideracion á los unos, y falta de ésta á los otros.

2.^a No dirigir cargos ni avisos públicos sobre un estado ó empleo cualquiera, cuando en el punto donde se predica son pocos los que á él pertenecen ó ejercen, pues en la opinion general equivaldría á una personalidad ofensiva.

CAPÍTULO II.

CONDUCTA PRUDENTE DEL PREDICADOR EN REPRENDER LOS VICIOS Y DESÓRDENES.

Uno de los principales deberes del predicador es la correccion de los vicios y desórdenes. Llamado por su ministerio á la conquista de las almas y ganarlas para Jesucristo, no ha de procurar solamente enseñarles el camino de salud y los medios para seguirle, es menester tambien les haga conocer los inconvenientes y obstáculos que se oponen á la práctica del bien, los peligros de que han de precaverse, y los males que han de evitar. Contra la verdad está el error, contra la virtud el vicio, contra el bien moral los escándalos, excesos y desórdenes. Sí, pues, el predicador está obligado á enseñar y defender la verdad, inculcar el amor á la virtud, excitar y estimular á la práctica del bien; lo está correlativa é indudablemente á combatir el error, reprender y extirpar los vicios, corregir y condenar los escándalos, y males públicos.

Sabido es que, Jesucristo, á pesar de manifestarse siempre humilde, sencillo y caritativo en sus predicaciones á las turbas que le seguian ansiosas de oir su celestial doctrina; arguia, increpaba y reprendia en ocasiones á los escribas y fariseos, censurando su hipocresía, su soberbia, sus injusticias y faltas de cumplimiento á la ley. Lo propio observaba tambien S. Pablo. Léanse sus cartas, y se verá, particularmente en las dirigidas á los fieles de Roma, de Corinto, de Efeso y de Galácia, que, á la vez de procurar el Apóstol instruirles con lecciones interesantísimas, consejos saludables y exhortaciones vivas y amorosas, á fin de asegurarlos en la fé recibida, precaverlos de la impostura y doctrina falsa, y alentarlos al ejercicio de las virtudes y buenas obras; no descuida llamar seriamente su atencion sobre los abusos, escándalos é infracciones que

cometían ó toleraban impunemente: dirigiéndoles sentidas frases de reprobacion, y aún cargos severos, cómo lo hizo á los de Corinto por mantener en su comunión á un incestuoso, á quien el mismo Apóstol declara anatema ó excomulgado. En la que escribió á su amado discípulo Timoteo, dándole documentos importantes para el ejercicio del cargo episcopal, le encarga y recomienda que, no sea tolerante con los vicios, con los errores y desórdenes públicos, antes bien los persiga y corrija, *sicut bonus miles Christi*, cual cumple al buen soldado de Cristo: *Argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina....* Esta misma práctica la vemos seguida por los Santos Padres, y prueba de ello son los varios discursos que nos han dejado, en que son reprendidos los vicios y desórdenes de su tiempo: tales cómo los de S. Ambrosio contra la usura, del Crisóstomo contra el lujo, avaricia y dureza con los pobres, de S. Agustín contra la intemperancia, y otros que seria prolijo citar.

No puede, pues, dudarse de la obligacion que tiene el sacerdote predicador de condenar los errores, corregir los vicios y reprender los desórdenes. Más, ¿cómo ha de desempeñar este grave y delicado encargo? Esto es lo que nos proponemos tratar en el resto del presente capítulo, exponiendo algunas reglas, tomadas de la doctrina de S. Alfonso, S. Francisco de Sales y otros, que podrán ilustrar y guiar al predicador en una materia de suyo tan interesante como trascendental.

1.º *El predicador no debe usar en la reprension el tono acerbo y de la invectiva.* El verdadero celo no conoce este lenguaje: es dulce, tierno y compasivo para con el pecador que se extravía. La invectiva hiere, lastima, no corrige: el solo modo de hacer una reprension provechosa, es quitarle todo lo que sea ofensivo, y revestirla de toda la dulzura del lenguaje, de todos los encantos de la caridad. La susceptibilidad humana recibe mal, aún las mejores cosas, sino se le presentan de un modo conveniente. Una reprension es siempre una medicina amarga; no se puede hacer aceptable, sino atemperando su amargura con la bondad de las formas. Está bien que, el predicador, segun la índole y calidad de los vicios y desórdenes, los corrija y reprenda con vigor y energía en el fondo, pero con dulzura y suavidad en el modo y maneras de hacerlo, segun

aquella regla de S. Agustin: *Fortiter in ré, suaviter in modis*. De este mismo sentir es S. Alfonso. Hé aquí cómo expresa su opinion sobre este punto: «Una correccion hecha con un semblante tranquilo y sereno y en términos suaves, causará una impresion mucho más eficaz que mil reprensiones, por justas que sean, hechas con movimiento de indignacion. Pero no por esto se crea, que para cumplir lo que nos prescribe la mansedumbre, y para no disgustar al prójimo, debemos dejar de corregirlo con el rigor conveniente cuando la necesidad lo exige. Obrar de otro modo no sería virtud, sino una falta, y una criminal negligencia. *¡Ay de aquellos—exclama el Profeta Ezech. 13, 18.—que ponen la almohada del descanso bajo la cabeza de los pecadores, para que queden dormidos en una fatal seguridad y en el sueño de la muerte.* Esta funesta complacencia, *non est charitas*, dice S. Agustin, *sed languor*; no es caridad, no es mansedumbre, sino un reprehensible olvido de sus deberes, y aún una crueldad grande contra aquellas pobres almas, que así permanecen en el abismo de la perdicion, sin que nadie se tome la pena de advertirles la próxima ruina que les amenaza..... La mansedumbre exige, pues, de nosotros que corriamos á nuestros hermanos con fortaleza, sí, pero con una dulce y benigna moderacion.» (1).

2.^a *Debe evitarse la exageracion de la gravedad de los desórdenes.* Presentar estos cómo más graves ó más comunes de lo que son, ofrece peligros é inconvenientes. Si cómo más graves, es dar ocasion al pecador que no llega á tal extremo, á no creerse aludido, y aún á considerarse cómo ménos malo que muchos otros; si cómo más comunes, hay peligro de que el predicador sea tratado de hombre exagerado que no merece confianza, y de que los culpables puedan decir á sí mismos: *vivimos, pues, como todo el mundo*, y así se envalentonarán para el mal. Añádase á esto la injusticia de difamar, tal vez á un pueblo, á una parroquia entera, por los desórdenes de algunos particulares. Por esto, en las reprensiones generales se debe poner siempre alguna excepcion, para no confundir á los inocentes con los culpables. Tratándose de grandes crímenes, es preciso suponer siempre que son raros, á fin de inspirar mayor confusion y pesar á los que se sientan culpables de ellos; más se debe insistir

(1) Selva, part. 2.^a. Instrucc. VII.

largamente sobre los ménos enormes, ó sean más ordinarios y comunes, tanto más peligrosos, cuanto por causa de su menor gravedad, tienen ménos de deshonoroso á los ojos del mundo, y se hallan aún en personas que se aman, y se llaman buenas y honradas. Así por ejemplo, hablando de la salvacion, no ha de censurarse ó reprobar solamente la conducta de aquellos que la descuidan por completo, sino llamar la atencion tambien de los que no trabajan lo que debieran en negocio tan importantísimo, manifestándoles el peligro de perderse á que los expone su tibieza y poca diligencia.

3.^a *En la exposicion de los vicios han de guardarse grande reserva y delicadeza extrema.* Aquellas pinturas tan vivas y delicadas, que parece dejar al vicio sus gracias; aquellas descripciones de los desórdenes mundanos, hechas en language divertido y ligero, más propio para inducir al amor del mundo que para desacreditarle; aquellos detalles que anuncian en el predicador un hombre perfectamente enterado de las modas, del nombre de los adornos, de las diversiones y de los juegos, no son propios ni convenientes en el púlpito sagrado. El sacerdote no ha de aparecer cómo demasiado conocedor del mundo, su mérito está, en que digan de él que lo ha adivinado. Tampoco debe hacerse uso en la cátedra del Espíritu Santo de aquellas locuciones que, aún cuando los términos sean castos, puedan despertar en la imaginacion alguna cosa capaz de alarmar el pudor. Por más casta que sea nuestra lengua, el velo con que se cubririan ciertas materias seria siempre trasparente, y las almas puras é inocentes serian por ello ofendidas, en otras produciria escándalo, y la malicia quizá llegara á sospechar del mismo predicador no hallarse exento de los vicios de que habla tan clara y detalladamente.

Tambien en los retratos ó pinturas de las costumbres han de evitarse estos tres defectos: 1.^o El hacerlo con malicia ó enfado. Lo que pinta la malignidad y el mal humor, no será bendecido por Dios, irrita á los que se pretende corregir, y á nadie convierte. 2.^o Ocuparse en detalles demasiado bajos, y caer en lo trivial: así, por ejemplo, seria indecente referir las palabras, y representar la postura de dos mujeres que disputan, los modos ridiculos de un ebrio, citar las palabras que la pasion le inspira; es menester conservar siempre al

púlpito su dignidad, y su majestad á la palabra divina. 3.º Permitirse alguna personalidad, es decir, alguna reprension que, por su naturaleza, ó por la interpretacion prevista de los asistentes, es de tal modo aplicable á ciertos individuos, que se pueda considerar como una difamacion. Este género de reprensiones nunca es bien recibido del público, puede ser causa de grandes excesos, llevar la confusion y division á las familias y aun á los pueblos, y hacer que el predicador pierda la estimacion y confianza, al ménos de aquellos que descubran en él una secreta animosidad contraria á la dulzura evangélica. Para no caer en esta falta, lo mejor es enunciar las reprensiones en términos generales, evitando aun la más remota alusion á personalidad alguna, especialmente si se predica en lugares pequeños, porque siendo más corto el número de los oyentes, las aplicaciones son más fáciles. Mientras que el predicador se mantiene en las generalidades, es irrepreensible. Si entonces alguna persona halla aplicable para sí lo que se dice, el predicador en este caso es mucho más digno de elogio por su acierto en señalar el mal y aplicar la medicina.

4.ª *Cuando el predicador tenga necesidad de combatir prevenciones, ó tratar ciertas materias delicadas, debe consultar la oportunidad, y hacerlo con moderacion y prudencia.* Hay ocasiones verdaderamente difíciles para el predicador, y que le obligan á poner en juego, digámoslo así, todos los recursos de su ingenio, habilidad y destreza para no faltar á su ministerio y á la vez no desacreditarlo. Tales son las en que, ha de ocuparse necesariamente en hechos que puedan herir las susceptibilidades del amor propio, tratar puntos delicados que mortifican pasiones amadas, y combatir preocupaciones arraigadas. En cualquiera de estos casos el predicador, ante todo, debe consultar la oportunidad. Obrar de otro modo, decir fuera de tiempo conveniente ciertas verdades, seria trabajo perdido. Un discurso, que podrá ser excelente en sí, y hacer mucho bien siendo pronunciado en tiempo y circunstancias favorables; producirá un efecto funesto si lo es en ocasion inoportuna, ó dirigido á un auditorio mal dispuesto. Tal sucederia, por ejemplo, si un Sacerdote, llegado recientemente á una parroquia para ejercer el ministerio pastoral, ó para predicar en algunos dias, comenzase por decir in-

vectivas contra los desórdenes, censurar costumbres admitidas en el pueblo, tratar materias terribles.....; los parroquianos, no dispuestos á estas salidas violentas, se prevendrian, y no verian en él más que á un hombre duro, que no sabe guardar consideraciones, ni salvar las conveniencias. Cuando se teme prudentemente no alcanzar un buen resultado, lo mejor es callar la cosa, aguardando el momento favorable para decirla, como lo hizo el Salvador en cierta ocasion, segun lo dán á entender estas sus palabras: *Habeo multa dicere vobis, sed non potestis portare modo* (1).

Aparte de la oportunidad, necesita tener tambien el predicador un gran fondo de buen sentido, tacto delicado y mucha prudencia. Necesita de un gran fondo de buen sentido, que consiste en presentar la verdad, en los casos á que nos referimos, como una cosa tan justa, buena y conforme á la recta razon que, los oyentes no hallen impedimento en aprobarla. Es difícil al hombre enojarse contra el buen sentido, sobre todo cuando se le ofrece con calma y moderacion. No obstante, conviene que, al buen sentido acompañen testimonios de estimacion para los oyentes, evitando el suponerlos, á lo ménos á todos, culpables de los excesos que se censuran, y pareciendo más bien fortalecerlos contra un mal que se teme, que corregirlos de un mal existente. El corazon halagado por la estima que se le manifiesta, escucha con una prevencion favorable, y sufre aún con gusto la llaga que se le hace, sobre todo, si reconoce en el predicador aquel amor tierno, y aquellas dulces efusiones de caridad, de que el apóstol S. Pablo nos dá en sus cartas tan hermosos ejemplos. Un corazon que ama, y ama con ternura verdadera, tiene derecho á decirlo todo, y el oyente no puede tomarlo á mal: comprende que todas las palabras que salen de una boca amiga, no son inspiradas sino por el amor que se le tiene, y por un vivo deseo de su mayor bien.

Es necesario tambien un tacto delicado. El predicador debe comenzar por entrar en el espíritu y en los sentimientos de los oyentes, y hacer de sus disposiciones cómo el punto de partida para lograr el objeto que se propone. Tal era la táctica que seguia el R. de Polignac, despues Cardenal, en sus conferencias con el Pontífice

(1) Joann. 16—12.

Alejandro VIII.: *V., siempre principia*, le decia el Papa, *por pensar como yo, y concluye por hacerme pensar como V.* ¡Bello modelo para el predicador, cuando tiene que combatir prevenciones ó tratar ciertas materias delicadas! Por último, ha de tomarse como consejera la prudencia. Guiado, por ésta, verá el predicador, que hay casos en que, es menester hacerse cargo de la parte buena ó excusable de la cosa, y disimular la otra. Otros en que, es conveniente atenuar las justas reprensiones con excusas que disminuyen la falta; medio, con que se logra á veces, que los culpables se condenen con más severidad, y que empleó S. Pedro para recordar á los judíos su deicidio: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis sicut et principes vestri* (1). Y otros en fin, en que puede el predicador, sin dirigir cargo alguno directo á los culpables, limitarse á lamentar en general tal ó cual desórden, dejando á cada uno el tomar la parte que le toca en la censura. Estos modos de suavizar lo que la verdad tiene de amargo, pueden ir acompañados de ciertas fórmulas de urbanidad, por ejemplo: *permitidme que lo diga; ó bien: mucho me cuesta, hermanos míos, hacerlos oír verdades pesadas, más mi deber..... vuestro interés me obliga á hablar.....* El padre Señerí, en su sermón 29, nos ofrece un ejemplo notable de moderacion y urbanidad en la censura del vicio, que gustosos trascribimos por conclusion de esta regla. Despues de haberse dirigido con energía á los que no siendo buenos, impiden que lo sean los demás, hace así la aplicacion de su materia á los oyentes:

«No quiero ofenderos, hermanos míos; más gustoso seria para mí
 «el alabaros que el reprenderos. Só que entre vosotros hay muchos
 «que se aplican á desarraigar los vicios con celo, á hacer aumentar
 «las virtudes con el ejemplo; más ¿es el mayor número? apelo al
 «testimonio de vuestra conciencia. ¿No os reprende ella de haberos
 «burlado algunas veces de los jóvenes que, despreciando vuestras
 «reuniones, y huyendo de vuestros juegos, hallaban sus delicias en
 «su conversacion con Dios en nuestras iglesias? Responded: ¿estais
 «seguros de no ser para nadie un obstáculo que le detenga en los ca-
 «minos de la piedad, que le distraiga de asistir al Santo Sacrificio, ó
 «de participar de los Sacramentos tan á menudo como lo haria si-

(1) Act. 3, v. 17.

«guiendo los instintos de su corazón? Dios me es testigo, hermanos «míos, de que hallo placer en pensar de vosotros todo el bien posible; más plegue al cielo que no seais de esos hombres, de quienes «habla la sabiduría, que invitan sus compañeros á participar de culpables divertimientos.... A veces se hallan en el mundo personas «que, viendo á David pronto á perdonar á Saúl, le animan á la venganza; que, hallando á Asuero trasportado de una justa indignación contra Vasthi, aplauden sus furores; que, asociándose á un «Amnon devorado de un amor impuro por Tamar, aprueban esta «pasion frenética, y le enseñan el arte de satisfacerla. ¿Podriais aseguraros, hermanos, de que no se halla entre vosotros alguno de «estos hombres? ¿Qué no hay uno en esta poblacion por otra parte «tan santa, en este auditorio por otra parte tan edificante? ¡Oh! qui, «siera Dios, que pudierais darme esta seguridad! Por esto daria, sí, «daria gustoso toda la sangre de mis venas.»

5.^a *Al propio tiempo que se combate los vicios, y deplora los desórdenes, es menester indicar los remedios.* De éstos, los hay generales y particulares. Son los primeros; el retiro, la oracion, meditacion, el ayuno, las lecturas piadosas, la mortificacion, la limosna. Los particulares varían segun los defectos ó las disposiciones de las personas, y deben ser presentados por el predicador, no de un modo vago y oscuro, sino con toda claridad y precision, á fin de que todos conozcan bien lo que han de hacer, las prácticas y los medios porque pueden corregirse, las obligaciones que tienen que desempeñar, y el método de vida que han de emprender.

6.^a *El predicador debe hallarse exento de los vicios y desórdenes que pretenda corregir.* El ministro de la divina palabra ha de predicar más con la inocencia de su vida y pureza de sus costumbres, que con sus exhortaciones y doctrina. David, despues de hacer una humilde confesion de su pecado, y declarar la rigorosa penitencia con que había procurado satisfacer á la divina justicia, se dedica á enseñar á los impíos los caminos del Señor: «Yo les mostraré en mí, dice, los tristes efectos del pecado, los peligros de la ocasion, y la verdadera penitencia con que debe el pecador purificar su alma.» (1). Conforme á esta conducta del Real Profeta, ha de procurar el

(1) Ps. 50, 15.

predicador estar libre de aquella terrible reconvencion que, Jesucristo hace á los pecadores por boca de S. Mateo (1): *Hipocrita ejice primum trabem de oculo tuo*. Si él es reo de las mismas, ó acaso mayores culpas que corrige, no podrá reprender sin peligro de que se le arguya con ellas. No halló expresiones el patriarca Judas para reconvenir á Tamar, ni el rey David al capitán Joab, luego que fueron arguidos con sus faltas. Por esta razón, el profeta Samuel, antes de entrar en residencia con el pueblo de Dios, y convencerle de su rebeldía, la hizo de su conducta en presencia de todos, diciendo: «Ved si alguno tiene que arguirme de algun defecto, si he agraviado á alguno, si he faltado á las obligaciones de mi cargo en todo el tiempo que os he gobernado.» (2). Y respondiendo todos negativamente, dijo entonces el Profeta: *Nunc ergo, state, et iudicio contendam adversus vos coram Domino*. De aquí tomó fundamento S. Pablo, dice S. Gerónimo, para señalar, cómo primera condicion en el Obispo, que por razón de su ministerio ha de exhortar y reconvenir á los pecadores, la de una vida irreprochable y santa: *ut potens sit exhortari, et eos qui contradicunt arguere*. El mismo Jesucristo, para reprender á los judíos su malicia, los citó y convocó solemnemente á que si habian notado en él algun defecto, se lo manifestasen y arguyesen con él: *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* (3).

No hay duda que, la buena y santa vida del predicador, cómo expresa S. Agustin (4), hace mucha mayor fuerza é impresion que la más fina y per suasiva elocuencia. La vista sola en el púlpito de un hombre lleno de piedad y de ejemplar conducta, despierta ideas de virtud, y dá á sus palabras una autoridad cómo divina: *Es verdamenteramente el hombre de Dios, el ángel del Señor*, se dicen todos los corazones, es menester escucharle con un religioso respeto. S. Alfonso Maria de Ligorio no tenia más que presentarse en el púlpito; la expresion persuasiva de su fisonomía, su aire majestuoso, sus gestos inspirados convertian á los pecadores más endurecidos, é impresionaban los ánimos del auditorio. Hé aquí lo que produce el ejemplo de un santo predicador, ¿qué no harian sus palabras? ¡Ah!

(1) Matt. 7, 5.

(2) 1. Reg. 12, 2.

(3) Joann. 8, 46.

(4) Lib. 4. de Doct. christ. cap. 27.

si, es un hecho, de que dá testimonio la experiencia, que la santidad contribuye maravillosamente á la elocuencia: constituye una parte esencial del genio apostólico, inspira los grandes pensamientos, los sentimientos elevados, los sacrificios nobles, generosos, y todos los sublimes movimientos que hacen latir los corazones, que embargan la admiracion y arrastran las masas; enseña á hablar de la religion, de los misterios, de las virtudes, con alma, inteligencia y uncion. Quien ama á Dios con todo su corazón, es elocuente para decir á los demás que le amen. Si S. Pedro en su primer sermón convirtió cinco mil personas, es porque su corazón ardiente en el amor divino hacia llegar á sus labios palabras de fuego que penetraban el corazón de los oyentes: *Virtute magna reddebant apostoli testimonium resurrectionis Jesu Christi* (1).

Por el contrario, el predicador que no conforma su vida con el ministerio santo que ejerce, no espere hacer gran fruto en la santificación de las almas. Destruyendo con sus obras lo que procure edificar con la palabra, será impotente para el bien; por la sencilla razón de que, ni Dios bendecirá sus trabajos, ni puede prometerse la benevolencia de los oyentes, ni la conversión de las almas. Las bendiciones celestiales están reservadas solamente para el predicador que ama y respeta lo que predica, que tiene un fondo sólido de santidad, y una unión estrecha con Dios en nombre de quien habla, con Nuestro Señor que habla en él, y con el Espíritu Santo de quien es órgano. No puede prometerse la benevolencia de los oyentes; porque cuando se sospecha que el predicador no obra y practica lo que enseña, los oyentes vuelven contra él sus instrucciones, diciéndole interiormente: *medice, cura te ipsum.... In quo enim judicas alterum, teipsum condemnas* (2). Cuando se destruye con los ejemplos lo que se edifica con las palabras, dice S. Gregorio, el predicador queda sin autoridad, y su predicación es despreciada: *Loquendi auctoritas perditur, cum vox opere non adjuvatur: cujus vita despicitur, restat ut ejus prædicatio contemnatur* (3). Tampoco puede esperar la conversión de las almas. El que no tiene piedad habla de un modo frío y

(1) Act. 4—33.

(2) Rom. 2. v. 1.

(3) Pastor., part. 1.^a c. 2.

flojo, que no toca los corazones ni conmueve las voluntades. Los fieles no vén en él al ministro enviado de Dios, al que con una conducta irreprochable ha de presentarse á sus ojos cual *fidel dispensador de los misterios divinos* segun S. Pablo: *Commendemus nos metipsum tanquam Dei ministros, et dispensatores misteriorum ejus*, y le retiran su confianza. Tal vez se nos diga que, algunos predicadores, no obstante su vida poco ejemplar, obtienen grandes resultados. Respondemos: que estos resultados por lo comun consisten en mucho ruido y poco ó ningun fruto; y que si en alguna ocasion los hay realmente, son debidos á la reputacion de virtud y santidad que tienen estos predicadores sin haberla merecido.

CAPÍTULO III.

EL PREDICADOR DEBE TRATAR Á SUS OYENTES CON CARIDAD Y MANSEDUMBRE.

«La caridad, dice S. Agustin, cria á unos y se hace pequeña y débil con otros; cuida de edificar á estos, y teme herir á aquellos; se eleva contra unos sin encolerizarse, y se humilla delante de otros sin degradarse; de nadie enemiga, se muestra la madre de todos; severa para aquellos, pero sin rigor: dulce y suave para estos, pero sin adulacion; se une con los fuertes, pero los deja para volar en auxilio de las necesidades de los débiles.» Hé aquí expuestos los verdaderos caractéres de la caridad, de que ha de estar poseido el predicador, y con que ha de tratar á sus oyentes. Sí, esa caridad, ese amor que obra en las almas con todo el atractivo de su dulzura, con todo el encanto de su ternura, y con toda la fuerza de su invencible abnegacion. Esa caridad, ese amor de que procedian aquella atemperacion, aquellas condescendencias, aquellas solicitudes y efusiones que constituyen todo el ministerio del grande Apóstol. Tal es el amor, tal es la caridad que S. Alfonso quiere en los ministros de la palabra divina. «Yo no exijo al predicador muchas cosas, dice, pero si quiero, sobre todo, que tenga un verdadero amor á las almas.» Sí, ¡Ah, que las ame! porque amándolas, todo lo que á ellas les interese, le interesará tambien á él. Que las ame; porque amándolas, ya

puede dejar á su corazon que las hable, y estará seguro de hablar siempre bien, de hallar lo que necesite decir, de ser útil á todos, de atraerlos y ganarlos.

¡Cuántos ejemplos podríamos citar de esta caridad tiernísima, inspirada por el verdadero celo apostólico, por ese grande deseo de conquistar y salvar las almas! Vamos á referir algunos; pues seguramente han de servir más que cuantos razonamientos pudiéramos hacer sobre la materia. Sea en primer lugar el de S. Agustin. Deseando el santo Obispo Valerio corregir al pueblo de Hípona del abuso de los festines demasiado libres en sus solemnidades, encomendó esta tarea á S. Agustin, quien habló á sus oyentes tan afectuosa y tiernamente, y logró conmoverlos de tal manera, pidiéndoles la renuncia á aquellos desórdenes, ya que no por consideracion á su persona que tanto les amaba, siquiera por los dolores de Jesucristo, por su cruz, por su sangre, y por respeto tambien á la piedad del anciano que le habia encargado les anunciase la verdad, que consiguió un triunfo completo. «No fué, dice, llorando yo como les hice llorar, sino que mientras yo hablaba, sus lágrimas se anticiparon á las mías; y confieso que ya no pude contenerme. Despues que hubimos llorado juntos, ya pude esperar fundadamente su correccion.

Veamos ahora con que acento paternal y caritativo, con que naturalidad y ternura hablaba S. Juan Crisóstomo á su pueblo.

«Os ruego, decia á los fieles, me recibais con afecto cuando éntre aquí, porque yo os amo con el amor más puro. Sí, siento que os amo con las entrañas de un padre. Si alguna vez os reprendo fuertemente, es solo por el celo con que miro vuestra salvacion.... ¿Rechazareis mi palabra? No sacudiré, sin embargo, contra vosotros el polvo de mis zapatos; y esto, no porque pretenda en este punto desobedecer á mi Salvador, sino porque la caridad que me ha dado me impedirá hacer otra cosa. Y si rehusais amarme, amaos al ménos á vosotros mismos, renunciando á esta desgraciada tibieza que se ha apoderado de vosotros. Me bastará para consolarme, el ver que os enmendais, y que avanzais en el camino del Señor....»

«Os doy lo que he recibido, y dándooslo, no os pido otra cosa que vuestro amor. Y si de él soy indigno, amadme, sin embargo, y quizá vuestra caridad me haga digno de que me ameis.»

¡Qué caridad y mansedumbre! ¡qué ternura de corazón revelan todas estas palabras!

Más no debe extrañar esta elocuencia del Crisóstomo. Impregnado del espíritu del gran Pablo, á quien leía y meditaba continuamente, habia aprendido de tan sublime maestro á tratar á los fieles con aquella dulzura, efusion tierna y caritativa condescendencia, que revelan todos los escritos del Apóstol. ¡Oh! sí, S. Pablo es un modelo todavía mayor de esa mansedumbre y caridad de que debe estar lleno, si cabe decirlo así, el ministro de la palabra evangélica. No hay una sola epístola suya en que no se hallen estos rasgos, estos gemidos del alma, que la conmueven en lo más íntimo. Citaremos aquí algunos.

Escribiendo á los fieles de Corinto, les dice: «Nuestra boca se abre por vosotros, ó Corintios: nuestro corazón se ha dilatado. No estais estrechos en nosotros.... Y correspondiendo igualmente, os hablo como á hijos; ensanchaos tambien vosotros.» (1). En otro lugar á los mismos: «Ved aquí, estoy aparejado para ir á vosotros la tercera vez; y no os seré gravoso: porque no busco vuestras cosas, sino á vosotros.... Yo de muy buena gana daré lo mio, y me daré á mi mismo por vuestras almas, aunque amándoos yo más, sea amado ménos.» (2).

Pero el ejemplar más perfecto de caridad y amor para las almas es Nuestro Señor y Redentor Jesús. Durante los tres años de su vida pública, su predicacion era cotidiana, y si se estudia atentamente en los Santos Evangelios su método y su divina manera de proceder cuando hablaba, se vera que nunca hubo una palabra más afectuosa y tierna que la suya. Dirigiéndose verdaderamente al pueblo, es decir, á todos y á cada uno, á los escribas, á los fariseos, á los doctores, como tambien á las mugeres, á los arrianos, á los niños; sin olvidar á nadie, exponiendo las verdades santas, pero en el lenguaje más sencillo, más claro, más accesible; acomodándose con una divina condescendencia á las ideas, sentimientos y necesidades de aquellos á quienes hablaba; diciéndoles cosas que les interesaban; valiéndose de sus comparaciones familiares, las elevaba luego

(1) 1.^a Corint. 6.

(2) 2.^a Corint. 12.

poco á poco á los sublimes misterios que, bajo esta forma popular, constituian el fondo de la predicacion evangélica, como lo son de la predicacion sacerdotal. Variada, llena de imágenes, de giros, de sentimientos, tomando todas las formas, la exposicion, el diálogo-la parábola; el apóstrofe directo, el grito del alma, segun el asunto y la necesidad de los oyentes lo requeria; tal era la palabra del Salvador, y tal debe ser la palabra del Sacerdote, que es continuacion de la de Nuestro Señor, que expone las mismas verdades á los mismos oyentes, por decirlo así, esto es, á todo el pueblo sin excepcion, y para el mismo fin, para la salvacion de las almas.

¡Oh, si los Sacerdotes encargados del ministerio santo de la predicacion considerásemos y meditásemos bien estos ejemplos.....!!!

CAPÍTULO IV.

EL PREDICADOR NO DEBE ENTIBIARSE EN SU CELO POR LA FALTA DE ASISTENCIA, ATENCION Y APROVECHAMIENTO DE LOS FIELES.

La poca concurrencia de los fieles á oír la palabra divina no es causa bastante, ni puede servir de excusa para que el predicador deje de cumplir su ministerio. En primer lugar, ocurrenos una observacion. Los apóstoles y tantos sacerdotes celosos que han ilustrado los fastos de la iglesia, tenian sin duda auditorios ménos á propósito que los que cuenta el sacerdote en las naciones católicas, y sin embargo, aquellos consiguieron tantos frutos con su celo apostólico, que despues tenian que dirigir la palabra de Dios á millares de hombres que se agolpaban á la cátedra de la verdad, para instruirse y moverse. Además; la doctrina católica, sin variar nunca su fondo, recibe las formas que el talento y el celo saben comunicarla para producir mayores frutos: en este supuesto, nada de extraño es que, á veces, no tanto á los fieles cuanto á los predicadores mismos pueda atribuirse la falta de concurrencia. Un discurso embrollado, indigesto, oscuro, negligente, etc., desprovisto de las cualidades necesarias para mover el interés y excitar vivamente la atencion, ¿no es bastante para alejar á los oyentes en vez de atraerlos?

En segundo lugar, el número de los que concurren, no es ni puede ser nunca la medida de la obligacion de predicar la doctrina

evangélica, antes bien, la puntualidad de los que asisten á oirla, aunque sean pocos, en medio de la indiferencia de muchos, es un título más recomendable á la solicitud del predicador y un derecho mayor, si así podemos decirlo, que asiste á los que concurren. Jesucristo, gran modelo de todos sus sacerdotes, pastor de la inmensa grey que ha figurado en el mundo católico desde el principio de los siglos, no aguardaba las turbas para desplegar sus labios divinos, sino que hablaba siempre á la muchedumbre lo mismo que á los pocos; y áun cuando no tuviese sino uno solo, á éste enseñaba, á éste convertía.

En tercer lugar, es tanto el precio de una sola alma que se edifique y salve, cuanto es el de la sangre de Jesucristo que la redimió. Cuando no hubiese pues sino uno solo á quien enseñar y convertir, éste solo debía fijar toda la atencion de un predicador celoso. El Salvador nos dió de ello un ejemplo admirable. Llegado al pozo de Samaria, vió allí á una mujer del pueblo que sacaba agua, y á la vista de ella, se inflamó su celo para convertirla, y no se desdeñó de dirigirla una de las alocuciones más solemnes que salieron de sus labios. No es, pues, ni puede ser excusable, fundar en el corto auditorio el derecho de no predicarle.

Las reflexiones que acabamos de hacer á propósito de la concurrencia, militan igualmente tratándose de la atencion. No puede un predicador alegar esta excusa; primero porque es falsa, segundo por que es fútil. Es falsa, porque de ordinario la falta de atencion no es tan absoluta ni tan universal: algunos atienden, y áun los que parecen perezosos y distraidos, suelen fijarse en algo: sería necesario para esta falta de atencion tan absoluta una falta igual de aptitud y de celo por parte del predicador; y en este caso suya y no del auditorio sería la culpa. Es fútil, porque no prueba el derecho de no predicar, sino que ántes estimula el deber; pues á medida que la naturaleza es más rebelde, mayor y más fuerte debe ser la accion de la mano para hacerla dócil. Por esto Jesucristo mandó enseñar á todos, y no solo á los que atendiesen, y por esto el apóstol S. Pablo, despues de haber encargado á su discípulo Timoteo que predicase la palabra de Dios, le dice que *inste*, que *ruegue*, que *increpe* con la solicitud de la paciencia y con el poder de la doctrina.

¿Qué diremos de la excusa fundada en el poco aprovechamiento de los fieles? La deuda de instruir, dice el P. Señerí (1), no está atada con tan débil nudo á vuestro estado, que se desate con una cinta: aún en caso que no se consiga algún fruto, siempre ha de predicar quien tiene obligacion de hacerlo. Si al predicador tocara sanar las almas enfermas, se pudiera retirar de predicar no sanándolas; pero el sanarlas no le toca á él, le toca á Cristo: á él solo corresponde curarlas: «Pende el cuidado, no la salud.» (2). Haga pues él lo que á él le toca. Si hizo todo cuanto pudo para sanar, cumplió con su obligacion el médico, aún cuando no logre la sanidad del enfermo. No podia ignorar el Señor que no harian fruto alguno en el obstinado Faraon las palabras de Moisés: *F'arao non audiet vos*; sin embargo Moisés es enviado á él, y desempeña fielmente su ministerio, exhortando, predicando, amenazando con santa resolucion é intrepidez. Lo mismo hace Ezequiel con unos rebeldes, de quienes el mismo Dios le dijo, que se exasperarian contra él, sin que pudiese hacer en ellos fruto alguno: *Domus exasperans est, et irritatores sunt*. (3). El mismo Jesucristo sabia bien cuán despreciada seria su doctrina de los pérfidos judíos; no obstante, jamás dejó de proponérsela, y de exhortarlos á penitencia. Tan encendido era el celo del bien de las almas que abrigaba en su amoroso pecho, y así le quiere y solicita en sus ministros. El temor de que la predicacion no llegue á ser provechosa para todos, nunca justificará su conducta si por ello dejan de cumplir tan santo ministerio. Si solo se quisiera atender á lo cierto, ninguno cultivaria los campos, ninguno negociara, ninguno fuera á sitiar plaza alguna; y sin embargo, en semejantes casos, sino se obtiene el suceso deseado, se pierde el trabajo y el oro. En la predicacion no: siempre se tiene premio. Si el ministro hiciese fruto con su palabra, habrá glorificado al Señor; y si no lo hiciese, habrá justificado su sabiduria y providencia. A parte de que ¿quién puede jamás saber verdaderamente si el provecho deseado se sigue ó no? La palabra de Dios nunca se arroja en vano: «Mi palabra, dice el Señor (4), no se volverá á mí vacía, más hará todo cuanto gus-

(1) *El Cura instruido*, Cap. VI., §. 1.

(2) S. Bern, lib. 4 de Consid. cap. 2.

(3) Ezeq. 2. 5.

(4) Isai. 55, v. 11.

te, y tendrá próspero suceso en aquellas cosas para que la envié.» Y en otro lugar: «No quieras privar de la palabra, por si acaso oyere ó se convirtiere alguno de su camino malo.» (1). No porque el fruto de la predicacion deje de ser sensible en el momento mismo en que se habla, es algunas veces ménos real. La palabra divina es una semilla echada en las almas, se requiere tiempo para que germine y fructifique. Un día, que quizá no está lejos, se verán los frutos. Por esta razon, el predicador jamás debe desconfiar de la conversion de los fieles, áun los más obstinados: una madre tierna no abandona á su hijo mientras respira, aunque esté desahuciado del médico. El amor espera siempre, y ensaya los remedios hasta el fin. Jesucristo, no obstante saber que Judas no se convertiria, quiso hasta el fin tentar su conversion, dándole á conocer su falta con los términos más tiernos: *amice ¿ad quid venisti?* Pues si el Salvador, Nuestro Señor y Maestro, trabajó con tan grande interés y hasta el momento último por la conversion de un hombre desesperado, ¿qué no deberémos hacer nosotros por aquellos, respecto de los cuales nos es mandado esperar? Además; la experiencia muestra que, entre los muchos oyentes, hay siempre algunos que sacan fruto de la predicacion, y áun cuando éste no corresponda al deseo del ministro evangélico, lejos de servirle de motivo para desanimarse, debe serlo por el contrario, para redoblar su celo, y empeñar más y más su caritativa solicitud en bien de las almas. Pídale humildemente al Señor, remueva los obstáculos, que ya por parte de su ministro, ya por la de los oyentes, puedan impedir la gracia de conversion y del mayor fruto de la divina palabra, y no dude que, Dios Nuestro Señor vendrá en su auxilio, satisfará sus deseos, y colmará sus esperanzas.

CAPÍTULO V.

ES NECESARIA AL PREDICADOR LA VIRTUD DE LA FORTALEZA, PARA RESISTIR LA PERSECUCION Y CONTRADICCIONES DE QUE PUEDA SER OBJETO POR CAUSA DE SU MINISTERIO.

Jamás ha sufrido el mundo que se publiquen y arguyan sus fal-

(1) Jerem. 26, v. 2, 3.

sedades y pecados. El injusto no puede consentir sean puestas en evidencia sus injusticias, ni el profano sus liviandades. Oirá con gusto al predicador que pronuncie discursos elocuentes, con tal no toque en ellos sus defectos; más si le reconviene y corrige, se declarará contra él y le perseguirá. Así lo dá á entender el Señor por estas palabras de su Profeta: «*Odio habuerunt corripientem in porta, et loquentem perfecte abominati sunt* (1). El ministro celoso y activo que dé sencillo y vigoroso testimonio de la verdad, será siempre aborrecido y calumniado; porque la verdad *odium parit*. ¿Quién, dice S. Agustín, sufre con docilidad la reprensión? ¿En dónde está el sábio, de quien se ha dicho, corrige al sábio y te amará?: *Quis facile invenitur, qui velit reprehendi? Et ubi est ille sapiens, de quo dictum est, corripe sapientem, et amabit te?* (2). El profeta Jeremías fué objeto de los mayores oprobios y desprecios por parte de los pecadores, cuya voz era: *Persequimini eum, persequamur eum*; llegando á ser encerrado en una estrecha cárcel, y obligado á formar resolución de no tomar más en boca el nombre del Señor. Isaías fué aserrado, porque corrigió á los Príncipes en el nombre de Dios, llamándolos *principes de Sodoma*. Miquéas, abofeteado, porque se opuso al desconcertado juicio de los profetas falsos. El Precursor, Juan Bautista, decapitado en la cárcel, por haber reprendido á Herodes su trato ilícito con la muger de su hermano. El mismo Jesucristo, no solamente fué perseguido y calumniado, sino condenado á una muerte afrentosa y cruel, por haber predicado la verdad, y arguido contra los desórdenes, escándalos y vicios de los escribas y fariseos: *Si veritatem dico vobis.....*

Igual suerte siguieron sus apóstoles y discípulos, pues todos, ó la mayor parte, fueron conducidos á los tribunales, encarcelados y martirizados, no por otra causa, que por anunciar y defender la doctrina de su divino Maestro. Y la misma es, la que pueden prometerse todos los sucesores de aquellos en el ministerio santo de la predicación, si es que han de desempeñarlo con fidelidad, y no portarse como ministros débiles, indulgentes y ociosos. Porque ahora cómo antes, y en todos tiempos, el error será siempre enemigo de la ver-

(1) Amós 5. 10.

(2) Epist. 87 ad Felic. et Rustic.

dad, el vicio de la virtud, el pecado de la gracia, la luz de las tinieblas. Porque mientras haya hombres en el mundo los habrá obstinados en el error y bien hallados con su enfermedad, que abominen del médico que podría sanarla. Hombres rebeldes al amor, que resistan las pruebas ménos equívocas de la caridad que consisten en la correccion de los defectos, segun lo que dice el mismo Dios: *Ego quos amo, et castigo* (1). Hombres en fin, contra quienes el Señor tiene fulminada esta terrible sentencia: «Castigaré vuestra rebeldía, cerrando la boca de los sábios para que no os amonesten. Caereis, y no tendreis quien os levante.» (2). Hé aquí la mayor desventura que puede tener el pueblo cristiano: que Dios le prive de sus ministros, y que no deje llegar á él su palabra.

Más todo esto, que nos prueba evidentemente la ceguedad y obstinacion en algunos pecadores, fué anunciado por Jesucristo como una señal de honor y de bienaventuranza para sus ministros: *Beati estis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos* (3). Sereis bienaventurados, cuando os aborreciesen los hombres, os separasen y avergonzasen; detestando vuestro nombre: llenaos entonces de consuelo y alegría..... así lo hicieron sus padres con mis profetas: *secundum hæc enim faciebant prophetis patres eorum*. Por el contrario, llenaos de afliccion y de tristeza, cuando seais bien recibidos, respetados y alabados en el mundo, porque en esto seriais semejantes á los falsos profetas: *Væ cum benedixerint vobis homines; secundum hæc enim, faciebant pseudo prophetis patres eorum*. El ministro fiel del Señor ha de temer ser comprendido en la suerte de los profetas engañosos: no ha de pretender ser mejor recibido en el mundo que lo fué su Maestro. El apóstol S. Pablo referia á su discípulo Timoteo las persecuciones que habia sufrido en Antioquía, Iconio y Listra, como las pruebas de fidelidad con que habia correspondido á la vocacion divina. ¡De cuánto consuelo debe ser esta consideracion para el ministro de Dios, y cuánto valor le debe dar para declararse abiertamente contra el pecado, por más que le oponga el mundo su aborrecimiento!

(1) Apoc. 3. 19.

(2) Amós 5.

(3) Luc. 6. 22, 26.

No, no debe detenerle en el fiel cumplimiento de su mision el temor de los desprecios y persecuciones. Repetirá, dice S. Gregorio Niseno, la memoria de lo que por el bien de las almas sufrieron los Profetas y el mismo Jesucristo. Qué? dirá: unos fueron aserrados, otros arrojados en pozos, apedreados otros, Jesucristo muerto en un cadalso, ¿y yo temeré no habiendo aún recibido una sola bofetada? *Nos autem nondum pro veritate colaphis casi sumus.* Sufre el médico, dice S. Juan Crisóstomo, palabras descompuestas del frenético, y muchas veces injustos tratamientos, y por eso no deja de acudir á su remedio: y yo dejaré de atender al cuidado y salvacion de las almas por un desprecio, un odio, una persecucion? No, nada temeré, ha de decir el predicador con el Apóstol, con tal que, *consume mi carrera, y el ministerio de la divina palabra que recibí de mi Señor Jesucristo.*

Excusámos tratar otros puntos que se refieren á los oyentes, por haberlo hecho ya en las partes 1.^a y 2.^a

*Laus Deo, Immaculatæ semper Virgini Mariæ et
B. Josepho, Ecclesiæ universalis Patrono.*

ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
Censura y aprobacion.	5
Prólogo.	7
Introduccion.—La predicacion cristiana.	
I.—Su origen.	11
II.—Su objeto y fin.	14
III.—Su excelencia.	16
IV.—Su necesidad.	21
V.—Deber que tienen los sacerdotes de predicar la palabra divina.	24
VI.—Del estudio de la Oratoria Sagrada cómo auxiliar de la predicacion.	30
VII.—Diferencia entre la elocuencia sagrada y la profana.	34

PARTE PRIMERA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á SÍ MISMO.

Cap. I.—De las cualidades que debe tener el sacerdote para predicar con fruto la palabra de Dios.	37
1.º—Mision legítima.	37
2.º—Rectitud de intencion.	39
3.º—Celo apostólico.	45
4.º—Vida edificante.	49
5.º—Humildad.	54
6.º—Espíritu de oracion.	58
7.º—Ciencia.	62
I.—La Sagrada Escritura.	65
II.—Los Santos Padres.	70
III.—La teología dogmático-moral.	73
IV.—La filosofía cristiana.—La Historia eclesiástica.	74
8.º—Ciencia de la vida espiritual.	77
9.º—Preparacion y ejercicio.	79
Las lecturas.	81
Las Colecciones.	83
Utilidad y conveniencia de que los sacerdotes jóvenes se ejerciten en la predicacion catequística.	87

PARTE SEGUNDA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á LA MATERIA PREDICABLE.

Cap. I.—De la materia predicable y su preparacion.	92
§. 1.º—Cual sea la materia predicable.	92
§. 2.º—Estudio, eleccion y oportunidad de la materia predicable.	97
§. 3.º—Triple carácter de la materia predicable.— <i>Instructivo, deleitable, afectivo.</i>	102
§. 4.º—Necesidad de la preparacion próxima.	110
§. 5.º—Reflexiones sobre los diferentes modos de preparar la materia predicable.	116
§. 6.º—Del uso de los Sermonarios.	122
Cap. II.—Del modo y manera de ordenar y disponer la materia predicable.	125
§. 1.º—Eleccion del asunto.	125
§. 2.º—Plan del discurso predicable y sus condiciones.	129
§. 3.º—Observaciones importantes para la ejecucion del plan.	134
1.ª—De las palabras.	135
2.ª—De los razonamientos.	137
3.ª—De la amplificacion y sus modos.	138
4.ª—De las comparaciones, símiles y ejemplos.	142
§. 4.º—Partes principales de que se compone el sermon.	144
I.—Exordio.—Partes, cualidades, clases y fines del id.	145
II.—Confirmacion.	154
III.—Peroracion.	161
Cap. III.—Del estilo ó forma de language con que ha de ser tratada la materia predicable.	164
§. 1.º—De la Elocucion.—Propiedades del language.	164
§. 2.º—Del Estilo y sus géneros.	169
Estilo sencillo.	171
Sublime.	174
Templado.	182
§. 3.º—Del Estilo figurado.	184
De los Trópos.	185
De las figuras de palabras.	186
De las de pensamiento.	189
§. 4.º—Doctrina de S. Alfonso Maria Ligorio sobre el estilo más conveniente á la predicacion en general, é instrucciones acerca de materia tan importante.	
I.—En lo general los sermones han de predicarse en estilo sencillo y familiar.	193
II.—Los predicadores dados á la vanidad y afectacion adulteran la palabra divina.	197

III.—La conducta de los Santos y varones apostólicos en el ejercicio de la predicacion debe servir de norma para la suya al sacerdote católico.	201
Cap. IV.—Del modo y manera de expresar y anunciar la materia predicable.	204
§. 1.º—Presentacion del predicador en el púlpito.	204
§. 2.º—De la accion oratoria y sus cualidades.	206
§. 3.º—De la pronunciacion.	215
§. 4.º—De la voz ó language oral.	219
§. 5.º—Del language de accion.	221
§. 6.º—De la duracion de los sermones.	223
Cap. V.—De las diferentes clases de sermones.	225
§. 1.º—Sermones morales.	226
I.—Sermon=homilia.	230
II.—Sermon de mision.	237
III.—De Cuaresma y Dominicales.	240
IV.—De Rogativa.	242
§. 2.º—Sermones magistrales ó dogmáticos.	244
§. 3.º—Sermones panegíricos.	247
§. 4.º—Oraciones fúnebres.	258
Cap. VI.—De la predicacion parroquial.	
§. 1.º—La predicacion es obligatoria á los párrocos.	262
I.—Prescripciones del derecho divino.	263
II.—Prescripciones del derecho natural.	265
III.—Prescripciones del derecho eclesiástico.	267
§. 2.º—Cualidades que ha de tener la predicacion parroquial.	
—Instructiva.	269
—Clara y sencilla.	272
—Persuasiva ó exhortativa.	274
§. 3.º—De los diferentes géneros de instrucciones que los párrocos suelen dirigir al pueblo, y de los medios de hacerlas provechosas.	276
I.—Curso seguido de instrucciones sobre la doctrina cristiana.	277
II.—Pláticas sueltas.	280
III.—Advertencias ó consejos.	281
§. 4.º—De la necesidad de método en las instrucciones parroquiales.	283
Cap. VII.—De la predicacion catequística.	285
§. 1.º—El Catecismo y su enseñanza.	286
§. 2.º—Importancia y necesidad de la enseñanza catequística.	290
§. 3.º—Solicitud constante de la Iglesia en la enseñanza catequística.	297
§. 4.º—El ejemplo de Jesucristo, modelo perfecto de catequistas,	

séguído por los hombres más ilustres en ciencia y santidad..	302
§. 5.º—El catequista y sus cualidades.	307
§. 6.º—Reflexiones importantes de S. Alfonso Maria Ligorio sobre el método que ha de guardarse en la enseñanza catequística.	317
I.—El Catecismo á los niños.. . . .	317
II.—El Catecismo al pueblo.	320
§. 7.º—Necesidad de organizar la enseñanza catequística en toda su extension, ó sea, en los Catecismos <i>elemental</i> , de <i>perseverancia</i> y del <i>pueblo</i>	323
§. 8.º—Constitucion <i>Et si minime</i> de Benedicto XIV, por la que, se recomienda encarecidamente la enseñanza catequística.	332

PARTE TERCERA.

EL PREDICADOR EN ÓRDEN Á SUS OYENTES.

Cap. I.—El predicador debe conocer las necesidades de sus oyentes.	337
Cap. II.—Conducta prudente del predicador en reprender los vicios y desórdenes.	341
Cap. III.—El predicador debe tratar á sus oyentes con caridad y mansedumbre.	351
Cap. IV.—El predicador no debe entibiarse en su celo por la falta de asistencia, atencion y aprovechamiento de los fieles.	354
Cap. V.—Es necesaria al predicador la virtud de la fortaleza para resistir la persecucion y contradicciones de que pueda ser objeto por causa de su ministerio.	357





María América Balbás y Lorenzo

(CONTINUACIÓN)

BOADILLA y Agosto 24 del 1904.—Respetable y estimado padre: Mucho he tardado en escribirle esta vez, porque estoy pasando un mes de prueba, y no ha sido posible hacerlo antes. Lo peor es que los males físicos han llegado á perturbar la marcha del espíritu, el cual está un poco abandonado y revuelto.

Estoy pasando unos días de luchas y contrariedades, que las llevo bastante mal por cierto. Hasta hace unos veinte ó cosa así marchaba bien, tanto que le dije al P. B. (cuando tuve el gusto de estar con él dos días que pasó con nosotras), que sentía volver á Madrid, por lo contenta y bien arreglada que me encontraba de espíritu, y hasta con más fervor y tranquilidad que otras veces. Pero desde entonces me he descompuesto por completo. He pasado nueve días sin poder comulgar, incluso el día de la Virgen, que estuve muy mal, y me contrarió de tal modo esto, que me impacienté un poco interiormente, y tuve que hacer muchos actos de paciencia para conformarme con su voluntad. En lo espiritual me da con abundancia, pero en lo del mundo no me concede muchos consuelos. Ya tuve con El una explicación sobre esto, y me parecía que decía Jesús era porque me quería toda para Sí; pero la verdad, agradeciéndoselo mucho, me gustaría ambas cosas.

Además, los cariños me están dando malos ratos. No crea usted que me he extralimitado, aunque en ello no tengo mérito, porque no encontrando más que frialdad en todo el mundo (excepto los de casa), no voy á hacer extremos por mi parte. Precisamente lo que temo es volverme fría y egoísta; pues aquí, como me encuentro bien, no echo de menos la compañía de amigas. Sin embargo, soy más demostrativa que nunca con todo el mundo, y no finjo, sino que así lo siento al hablar, pero me hace menos impresión en el

zón adonde no debe. Este es mi gran temor, no puedo vivir sin cariños, y como no los tengo, sólo á Dios, según es mi deseo y obligación, me voy á ir tras terrenos amores. ¡Si usted viera cómo me voy, apenas y hace sufrir esta idea!

Las obras de San Juan de la Cruz me gustan mucho, aunque es doctrina muy sublimada, que, como yo, está tan pegada á la tierra que no puedo leer nada.»

«Boadilla 28 de Septiembre del 1904. Le hablaré de mi conciencia, que lo diré. La meditación continúo haciendo en *Puente*, pues ya me gustan más las actuales primeras, y comprendo me es muy necesario conocer algo á nuestro Señor, á ver si por algún día empiezo á amarle. Desde luego me gustan más agradables las que tratan de su vida, pero no es el gusto el que debe ser, sino la conciencia. Algunos días no tengo ganas de hacerlo, pues con la misa y comunión, después mis quehaceres y visitas, se va el corazón. Dios quiera que en Madrid me vea otra vez.

Desde mi última carta, donde le decía que dejaba el señor disfrutar de nada, me he dado algunas satisfacciones, no sin antes haberme dado la mayor. Pero mi opinión, que he de sostengo, porque la experiencia me confirma en ella cada vez más, me ha dado ahora un resultado. Siempre he creído que las cosas nuevas causan más impresión que las viejas, pues aunque desagraden, de todos modos me gusta estar preparada. El día de Santa Catalina me dieron amigas, y como ya me suponía, me dio un mal aquel día, que no pude ni estar con ellas, pero, obstando, previéndolo así, tenía hecho el sacrificio y acataba la voluntad divina, y él me hizo la gracia de que lo sufriera con

agradecida D.
reer

como yo, carece de él ¿qué ha de hacer sino desear el otro, aunque nunca pueda satisfacerme?... Las palabras de San Agustín, que usted tan oportunamente me recuerda, están perfectamente de acuerdo con mi modo de pensar. Estoy convencidísima que no amo á Dios, pero también de que á no ser por un golpe grande de la gracia, como el del Santo ú otro análogo (el cual no se ve á diario), nunca jamás llegaré á poseer ese amor, no diré tan deseado, pues si así fuera, no me lo negaría el Señor, sino ilusión de deseo, ó deseo poco recto y generoso. No crea usted que por eso me voy á abandonar. Ahora sí, que me desilusiona y apena.

Yo no puedo disculparme con carencia de medios espirituales, ni con favores de Dios que, si no en sí muy extraordinarios, dada la indignidad de la que los ha recibido, llegan á serlo. A mí me asombra cómo El me ama tanto; cómo le encuentro la mayor parte de las veces que le busco. Y cuando me pide y exige amor, es prueba que puedo dárselo. Con todo esto aún se lo niego. ¿A qué voy á esperar y en qué consiste mi resistencia? Cada vez me comprendo menos á mí misma, y así pasa la vida vacía de buenas obras.

Muchas veces pienso: Si el día del juicio me dijese el Señor: por tu culpa y sólo por tu culpa (pues yo te proporcionaba medios para que fueses mejor), no has querido aprovecharte y llegar

al grado de virtud que con mi gracia podías haber adquirido. Cada vez que esto pienso, me aterra, y casi me desespera, pues preveo ha de sucederme.

Este mes lo he pasado en tonto completamente. Sin hacer la mayor parte de las cosas que debía, pues estaba distraída, y se pasaban algunos ratos sin pensar en Dios, más que breves instantes. No obstante, esos momentos eran afectuosos por mi parte, y á El le encontraba propicio. ¡Es tan bueno conmigo! A pesar de lo mal que he estado de salud, me ha permitido comulgar más que los dos años anteriores. Ahora el fruto de ellas sólo Dios sabe cuál será.

Mándeme usted todo lo que crea debo hacer, pues siendo mandato suyo, parece lo hago mejor, y tengo más cuidado en no desobedecer.

He estado unos días enseñando á hacer oración á una niña de quince años, con muy buenas disposiciones, y si se la enseñase, aprovecharía. Cuantos consejos la he dado, los ha puesto en práctica. Esto es lo que á mí me entusiasma: enseñar el buen camino, y si pudiera ayudarlas á continuar por él, mejor todavía. Precaber y no reparar: A esto tengo afición decidida. Las niñas y jovencitas me interesan y seducen por completo.»

P. BONIFACIO, MORAL.

(Continuará.)

ANA DE LAS ISLAS

II

DESDE entonces temblaban todos al solo nombre de Ana de las Islas; la sangre de Joel corría por sus venas; era una sacerdotisa y una maga. ¡Desdichado del que la encontraba en su camino! Por la tarde, cuando la niebla envolvía el diminuto golfo, se divisaba á veces su barca jugar como ligero copo de espuma sobre las crestas de las altas olas, para descender luego retozando en el profundo surco y trepar por el pendiente, para volver á jugar sobre las planchas de los pesqueros que se lavaban por el mundo se enredaba hasta las estrellas, y al estar la es-... una larga

esta mágica barrera, en donde, según decían, se escondía la muerte entre dos aguas para acechar su presa.

La misma Ana contribuía á confirmar este terror, huyendo de las miradas de los hombres; un momento le bastaba para perderse entre la bruma ó detrás de una roca. Ni los arrecifes ni las rocas pientes de la costa podían detener su marcha; una gota de agua parecía bastar á su barquilla. Quizá hasta sabía saltar como esos peces de que hablan los marineros, y de los que dicen que tienen alas y que vuelan, ni más ni menos que los pájaros.— Esto dicen los marineros.

Durante la tempestad ella amainaba las velas abandonaba el timón. Se la podía contemplar entonces sentada en la popa de su barca, con los brazos cruzados sobre el pecho, inmóvil, con la actitud del fiero é intrépido desdén; allí don-

F. A.

10150

2500